
Noa Pascual
La Duquesa Ultrajada
Damas poderosas 1

Damas poderosas I

La duquesa ultrajada

Noa Pascual

Título: Damas Poderosas I: La duquesa ultrajada
Autora: Noa Pascual
Ilustradora: Verónica GM
Correctora: Cristina M. Navarro

En memoria de mi madre, una gran mujer que luchó hasta el final.

Capítulo I

Los hermanos mayores no siempre tienen que actuar como tal

Primavera de 1815

Connor St. John, más conocido como el conde de Stanton, hijo primogénito del marqués de Bristol, tras entrar en el despacho de su padre, cerró la puerta con una misión: reunirse con su hermano Duncan en el club de caballeros *White´s* y darle la noticia él personalmente.

Se quedó parado, pensativo, pues, ¿cómo se daba una confidencia de esa índole?

Negó con la cabeza.

No, ningún hombre estaba preparado para escuchar ese tipo de información, o por lo menos, su hermano Duncan no.

No es que él no disfrutase poniendo a Duncan en algún aprieto, pues desde que tenía uso de razón, siempre había gozado con ello y viceversa. Fue una suerte que su único hermano naciera con tan solo un año de diferencia, pues así pudo disfrutar de su infancia en compañía, aunque llegase a convertirse en su mayor pesadilla y fastidio. Claro que, su hermano también se convirtió en la única persona en quien podía confiar y a quien sería capaz de dejarle su propia vida en sus manos.

Volvió a negar con la cabeza; esta vez le estaban poniendo en bandeja poder mofarse de Duncan sin ser él el verdugo, y no se sentía satisfecho ni atraído ante la idea de verlo enfurecer.

Bufó y se irguió. Le gustase o no, era mejor que él se encargara de contarle cuál iba a ser su destino.

Dio un par de pasos con decisión y pensó que la divinidad había jugado a su favor, gracias a haber acordado con anterioridad su encuentro en un lugar público; así no montaría en cólera. No deseaba que el buen apellido St. John se viese salpicado por un escándalo.

Sonrió satisfecho. Sí, Duncan encolerizaría pero no le saltaría al cuello ni recibiría un puñetazo por ser el portador de la noticia. Por lo menos, en el club de caballeros no. Una vez fuera ya no estaba tan seguro, pero ya se encargaría él de demorar su estancia en aquel lugar, o al menos hasta que Duncan digiriese la información y entrase en razón.

Sí, ese día almorzaría en White´s; seguro que los tentempiés eran tan

exquisitos que les dedicaría el tiempo suficiente para poder saborearlos con gusto.

Le faltaban un par de metros para alcanzar la puerta cuando se escuchó una voz femenina.

—¡Connor, querido!

Connor se detuvo. No necesitaba abrir la puerta de la sala verde para saber lo que se encontraría allí: a tía Philomena, a lady Hermione y a lady Violet. Tres solteronas octogenarias que, sin saber nadie cómo, se habían convertido en el paradigma de la respetabilidad.

¡Increíble!

No existía un evento social al que no fuesen invitadas. La presencia de las tres damas otorgaba a cualquier anfitriona el respeto y la aprobación de la alta sociedad.

¡Asombroso!

Si había algo que desde la infancia tenían en común Duncan y él, era su unión a la hora de desenmascarar a tía Philomena; estaban convencidos de que tanto ella como sus dos inseparables amigas eran brujas.

De hecho, en contadas ocasiones se habían escondido para pillarlas infraganti. Cierto que llevaban veinte años intentándolo y todavía no lo habían conseguido, pero algún día…

Abrió la puerta y mostró su mejor sonrisa, pues bruja o no, tanto Duncan como él sentían adoración por la anciana. Más, cuando la mujer conseguía sacar de quicio a su padre que, para ser francos, era casi a diario.

—Buenas tardes, miladis —saludó, afable.

No se equivocaba, allí estaban las tres mujeres, sentadas cada una en un sillón de estampado floral idéntico, con sus vestidos oscuros, cabellos plateados y ojos inquisitivos.

Nadie lo había comentado, pero estaba convencido de que su padre había encargado esos sillones iguales para que tía Philomena lo dejase tranquilo.

Las damas hicieron una pequeña reverencia con la cabeza.

—¿Vas a darle la buena nueva a Duncan? —indagó tía Philomena.

Connor entrecerró los ojos.

¿Cómo no iba a pensar que eran brujas? ¡Si tan solo hacía veinte minutos

que su padre le había puesto a él al tanto! Y de sobra sabía que ese tema no lo había tratado con tía Philomena.

Connor retrocedió, sacó medio cuerpo por la puerta y miró hacia el final del pasillo. Era demasiado largo, aunque no es que fuese una casa de grandes dimensiones como la de *Great Sea*, la residencia habitual de la familia, del siglo XV, tan grande y antigua como el título del marqués. Pero estaban en *Bristol House*, la residencia que ocupaba la familia al completo cuando permanecían en Londres.

Dio un paso al frente y, antes de pronunciarse, echó la espalda hacia atrás, sin mover los pies, tan solo para cerciorarse de que no se había equivocado; el pasillo era muy, pero que muy largo.

Las tres ancianas lo miraban sin gesticular.

Connor regresó a su posición, se estiró el chaleco y las miró una a una, hasta que dejó su verdosa y curiosa mirada clavada en los grisáceos ojos de su tía Philomena.

—No sé si debería llamar al arzobispo —pronunció escrutándola con la mirada—. Poseéis un *don* demasiado importante —rectificó—. Digno, más bien. Tanto, que se podría considerar milagroso.

Las tres mujeres permanecieron en la misma posición, sin mostrar un ápice de sorpresa o enfado tras su acusación.

—Mi querido Connor —dijo tía Philomena con una leve sonrisa, un gesto que a Connor lo perturbó, pues cuando ella sonreía quería decir que alguien estaba a punto de ser sometido a sus mofas, y esta vez él estaba solo ante esas tres hechiceras—. Tienes suerte de que no somos católicos —se mofó—, pues si tan milagroso es mi *don*, al ser mi sobrino favorito, estoy convencida de que tendrían que canonizarte.

Connor escuchó las risitas de las otras dos ancianas.

—Sería excepcional que mi sobrino más querido se convirtiera en el más notable de la familia, llevando el apellido St. John a todo el mundo.

Connor prefirió no responder, era mejor alejarse de allí antes de convertirse en el blanco de las retorcidas mentes de esas tres mujeres.

Hizo una inclinación de cabeza y se alejó.

En cuanto Connor desapareció, lady Hermione hizo un comentario:

—Pensaba que tu sobrino favorito era Duncan.

Era bien sabido por todos, que el ojito derecho tanto de lady Philomena como el de Violet y ella misma, era el pequeño de los St. John.

La aludida restó importancia al comentario con un gesto de mano.

—Por descontado, pero el futuro heredero del marquesado de Bristol es Connor —reconoció—. Hay que estar a bien con él, pues de él dependerá mi renta.

Las otras dos sonrieron y asintieron con la cabeza.

***

Duncan St. John estaba disfrutando de los rayos de sol que esa mañana ofrecía el cielo de Londres. Paseaba con tranquilidad y observaba todo cuanto le rodeaba.

La voz, o mejor dicho, el aullido de una joven, le llamó la atención.

Por lo visto, a la doncella que acompañaba a la joven que estaba montando una escena en medio de la vía pública, se le había caído un paquete bien preciado por la muchacha.

La doncella no hacía más que disculparse y la otra no cesaba en sus alaridos.

Duncan parpadeó; el paquete bien envuelto de la discordia no era más que unas medias de seda recién adquiridas.

No se podía creer que por semejante objeto, aquella muchacha hubiese encolerizado de tal manera. Más, cuando la joven en cuestión podía permitirse comprar todas las medias de seda que estuviesen a la venta.

Pensó en el pobre desgraciado que acabase siendo el marido de la lozana duquesa.

Al día siguiente, por la noche debutarían las jóvenes promesas de la alta sociedad en el Almack´s y, sin duda, la que tenía a unos cuantos metros de distancia sería la más solicitada.

Sintió un escalofrío. Solo de imaginar que tuviese él que cortejar a esa dama se le revolvía el estómago, pues no poseía nada especial que pudiese atraer a un hombre, o por lo menos a él no. Que una mujer fuese fea todavía se podía tolerar, pero ser fea y desagradable era inconcebible. Y viendo la escena en primera persona, podía asegurar que Penelope Kennt poseía los peores modales que jamás hubiese visto.

Sí, definitivamente sentiría lástima por el hombre que se casara con ella.

Sin lugar a dudas, algún noble venido a menos desesperado por la gran dote de la única mujer que había conseguido heredar el título de duquesa de su madre y que pronto poseería un segundo ducado, nada menos que uno de los más antiguos y notables de Inglaterra.

Decidió emprender de nuevo su caminata para llegar al club de caballeros, donde se reuniría con su hermano.

Mientras avanzaba se fijó en el gran ajetreo que había en las calles; sin duda, las damas iban de tienda en tienda ultimando sus últimas adquisiciones para lucir hermosas en los eventos que, tras el debut, darían comienzo a la temporada.

Sonrió al pensar en Connor; él decía que no había nada más temible en la vida, que la madre de una joven casadera, o las acompañantes mayores que acudían para no dejar a solas a las muchachas. Dejaban de ser personas normales para convertirse en dragones de hasta tres cabezas.

Soltó una carcajada que llamó la atención de un hombre que pasaba por su lado.

Duncan hizo una pequeña reverencia como saludo y continuó caminando.

Nada más cruzar la puerta del club, entregó el abrigo, el sombrero, los guantes, y se dirigió a su mesa habitual.

Pidió un brandy y se quedó pensativo.

No tenía intención de acudir a ningún acto social. Él era un romántico, pero jamás lo reconocería en voz alta aunque le fuese la vida en ello. Y por mucho que su tía Philomena insistiera en que acudiese junto a ella, esta vez le pasaría ese honor a su hermano; ya era hora de que Connor actuase como el primogénito, estaba dentro de sus obligaciones acompañar a la dama.

Sonrió al pensar en la cara de su hermano cuando se lo dijera.

Cierto que había más posibilidades de encontrar a la mujer de su vida en los bailes. Pero tenía la teoría de que si una mujer estaba predestinada a convertirse en su esposa, llegaría a él sin necesidad de buscarla. Las almas gemelas antes o después acababan uniéndose de una forma u otra.

Había crecido con la creencia de que un día su camino se cruzaría con el de esa mujer, la que le haría palpitar el corazón y sus miradas al encontrarse se reconocerían.

No había pensado en unas características específicas para el amor de su

vida. No sabía si sería rubia o morena, alta o baja. Tan solo que sabría reconocerla entre un millón, de eso estaba convencido.

La voz de su hermano le hizo regresar al presente.

—Lamento la tardanza —se disculpó, al tiempo que tomaba asiento en un sillón de cuero negro frente a su hermano—, pero es imposible caminar hoy por la calle sin que las madres de las futuras debutantes te paren para presentarte a sus hijas —criticó con desgana, consiguiendo que Duncan sonriera de oreja a oreja—. Y por supuesto, todas ellas coinciden en lo mismo: sus hijas son un techado de virtudes imposibles de superar.

—Oh, pobre hermano mío —se mofó Duncan—, ha de soportar ser el centro de atención de todas esas jóvenes virtuosas.

Connor contempló el brillo centellante de esos ojos grisáceos que caracterizaba a casi todos los St. John excepto a él, que había heredado el verde esmeralda de su madre.

Casi le dio pena tener que borrarle esa arrogancia de la cara… Casi.

Justo iba a hacerlo cuando uno de los trabajadores del club le entregó una copa de brandy.

—Por cierto, tía Philomena y su aquelarre hoy han pasado a un nivel superior —comentó, para no dar la noticia delante de un camarero—. Han conseguido escuchar una conversación privada a cientos de metros y con las puertas cerradas.

Duncan levantó las cejas.

—Y además está convencida de que nuestro padre morirá antes que ella —informó intentando aguantar la risa—. Me ha ascendido nada menos que a su sobrino favorito.

—Cuánto honor —bromeó su hermano—. Aunque para ser franco, estoy convencido de que tía Philo nos enterrará a todos.

Los dos se carcajearon, plenamente convencidos de ello.

Connor levantó su copa y alargó el brazo en una clara invitación a que Duncan hiciese lo propio.

—Por tía Philomena.

Chocaron sus copas y dieron un pequeño trago.

Duncan se arremolinó en el sillón y bostezó.

—¿Agotamiento tan temprano? —preguntó Connor, estudiando el rostro cansado de su hermano pequeño.

—He pasado una noche ajetreada.

El conde de Stanton no necesitó más averiguaciones, Duncan acababa de confesar que había pasado una noche placentera junto a su amante.

Era el momento de sacar el tema.

Se puso más serio de lo habitual y carraspeó para aclararse la voz; era importante que Duncan entendiese bien lo que le iba a decir.

—Igual ha llegado el momento de cambiar de hábitos —sugirió—. Una de esas debutantes virtuosas espera que mi hermano la convierta en su esposa.

Duncan negó con la cabeza.

—Me temo, Connor, que esas muchachas o sus madres —aclaró con rapidez—, no es a mí a quien quieren; solo tú tienes tan alto privilegio.

Connor se irguió en su asiento; iba a confesar la charla que había mantenido con su padre, una noticia que cambiaría la vida de su hermano.

Duncan se adelantó, postergando las palabras que se quedaron atrapadas en la garganta del conde.

—Hoy he contemplado con mis propios ojos que la dama más destacada y respetable de la temporada, no solo es la más fea del reino, sino que su voz es capaz de ahuyentar a cualquier ser vivo que posea un oído sano —se carcajeó—. ¡Que el buen Dios nos proteja a todos! Si lady Penelope Kennt es considerada el paradigma de la sofisticación, no quiero pensar qué futuro nos espera en este país.

Connor se mordió los labios.

Un buen hermano le daría la noticia; claro que, ¿por qué iba a considerarse él un buen hermano? No, mejor dejar que su padre tuviese ese gran privilegio. Sí, esa era la mejor opción.

Definitivamente, él no era un buen hermano.

Capítulo II

Una duquesa debe ser presentada y admirada.

Primavera de 1815

Penelope, o mejor dicho, la duquesa de Kennt, única hija y futura heredera del ducado de Whellingtton, caminaba de un lado a otro retorciéndose las manos, angustiada por la decisión que su enfermo padre había tomado con respecto a su futuro.

—No lo entiendo —comentó sin comprender qué clase de enajenación transitoria había afectado a su padre—. No necesito casarme.

El duque, que estaba postrado en su cama afectado por unas fiebres que poco a poco iban consumiendo sus fuerzas, apretó los labios.

Él siempre había tratado a su hija como si de un primogénito se tratara. La propia duquesa, fallecida hacía exactamente tres años, se había opuesto infinidad de veces a su proceder: «Una dama no necesita saber llevar las cuentas, necesita un esposo». Esas habían sido sus palabras cuando el duque se encerró en el despacho con su hija.

—Penelope… —pronunció con voz suplicante, pero la duquesa de Kennt estaba demasiado alterada.

El *fru fru* de las faldas producido por sus movimientos estaba alterando al duque. De pronto, la joven se paró y miró a su padre con intensidad.

—Sabes que estoy capacitada para asumir el ducado.

Su padre asintió lentamente; lo sabía, pocos hombres poseían la inteligencia de su hija. Pero el peso del ducado era tan grande que ni siquiera Penelope era consciente de ello. Ahora, viéndola frente a él, se arrepentía de no haber escuchado a su esposa. En vista de que su única hija era una mujer adelantada a su época, sería casi imposible encontrar un candidato interesado en ella; solo la herencia atraería a esos hombres para convertirse en el duque consorte de Whellingtton. Por ello, había tomado una decisión.

—He dado mi palabra —pronunció el duque—. También he exigido firmar un contrato.

Penelope puso los ojos en blanco.

¿Un contrato? ¡Santo Dios! Los hombres trataban a las mujeres como simple mercancía de compra y venta. Miedo le daba preguntar, aunque no tenía muchas más opciones.

—¿Y qué habéis acordado?

—En primer lugar, tu pretendiente te cortejará; no es necesario que la gente piense que esto es un mero acuerdo.

Penelope resopló como si eso fuese un alivio. ¿Qué más daba?, al final tendría que desposarse con él.

—En segundo lugar, se comportará como un auténtico caballero; no podrá levantarte la mano.

La duquesa se desplomó en el *chaise-longue*, cogió uno de los tres cojines redondos que hacía poco había comprado para decorar el dormitorio del duque, y lo abrazó con fuerza, intentando mantener una calma que muy lejos estaba de sentir. Tragó saliva con dificultad.

Hasta ese instante no había pensado en ello. Ciertos hombres se tomaban la licencia de maltratar a sus mujeres por el mero hecho de que ellas no estaban amparadas por la ley ante las decisiones conyugales de sus esposos.

—Y en tercer lugar, hasta el día de la boda, que por supuesto será a finales de verano —aseguró sin dar opción a réplica—; será un hombre discreto. Tanto en vuestro matrimonio como ante cualquier decisión monetaria, tendrá que contar con tu aprobación.

Penelope se puso en pie. Se alisó las faldas y miró directamente al duque.

—Ningún hombre acatará esa voluntad —afirmó—. El día que se convierta en mi esposo, no cederá a ningún convenio.

Bien sabía Penelope que ningún varón pediría permiso a su esposa; menos cuando se trataba de dinero.

—Preferiría seguir como hasta ahora —propuso Penelope.

—Está todo acordado. Mañana vendrá la marquesa de York y será tu acompañante en tu debut.

Penelope se retorció las manos.

—Ya soy mayor para presentarme como debutante.

—Tonterías —se expresó rápido el duque—. Tu madre soñó durante muchos años que te convertirías en la debutante perfecta.

La duquesa de Kennt sintió un pinchazo en el estómago. Al nombrar a su madre, al duque le habían brillado los ojos. Su matrimonio fue por amor, por ello su padre había exigido que su futuro pretendiente la cortejara, porque de alguna manera deseaba que una pequeña parte del sueño de su esposa se

cumpliera.

Penelope debería haber debutado tres años atras. Su madre llevaba años instruyéndola para convertirse en la dama más sofisticada de toda Inglaterra. Pero un accidente fortuito impidió el sueño de ver a su hija debutar en Almack´s. Cayó por las escaleras y un mal golpe la dejó sin vida.

—Tengo veinte años, las debutantes suelen ser más jóvenes —intentó razonar Penelope.

—Hay mujeres más mayores que tú que son presentadas en sociedad —repuso el duque—. Además, todos saben que has estado de luto durante tres años.

Penelope gruñó, parecía que su padre tenía respuesta para todo. Por lo visto, la decisión estaba tomada y, por primera vez en su vida, su padre no tendría en cuenta sus deseos. Además, dos días antes había sido presentada en la corte, ante el príncipe regente. Odió aquel momento como estaba segura de que aborrecería el siguiente. La gente la miraba con descaro, sabía que los hombres sentían inquina hacia su persona; pocas mujeres habían conseguido que el rey tomase en cuenta la petición de un noble para que heredase el título una primogénita. Sin embargo, ella había obtenido el de su madre y en un futuro sería poseedora de un segundo ducado. Sí, los hombres no veían bien que una mujer tuviese más poder que ellos. Su vida iba a ser un infierno, pues los mismos que la alabaron en la corte, por dentro la odiaban y deseaban arrebatarle su poder.

Tan solo había sacado algo bueno de aquella presentación, una buena relación con el regente. Les unía una afición común: la decoración. Hablaron durante un par de horas, donde Penelope explicó al príncipe que al fallecer su madre, para mantenerse ocupada durante su duelo había decorado sus residencias con la importante compañía de los ebanistas londinenses *Bailey & Saunders*, algo que agradó al regente. Fue tal la conexión entre ambos, que el príncipe se aventuró a confiar en ella algunos de sus próximos proyectos, los mismos que Penelope alabó con sinceridad y guardó en secreto, como bien prometió por haber confiado en ella; un gesto que jamás olvidaría y atesoraría de por vida.

—Grrrrrrr… ¡Por favor, padre! —se expresó exasperada—. Si ya has tomado la decisión de desposarme, no hay necesidad de presentarme en sociedad.

Odiaba ese tipo de eventos que tanto gustaban a la mayoría de las mujeres. Ella se sentía fuera de lugar. No podía entender cómo era posible que madres e hijas se luciesen delante de todos, pavoneándose para que un hombre se fijara en ellas. Era la misma exhibición que cuando su padre elegía los mejores sementales.

—Y tanto que la hay, Penelope. Una duquesa debe ser presentada y admirada.

—Sigo pensando que no hay necesidad ni de una cosa ni de la otra.

—Hija, te guste o no, estás obligada a desposarte.

—¿Por qué?

—Tu ducado lo exige.

Penelope abrió los ojos con tanta intensidad que incluso asustó a su padre.

Heredero. No había usado la palabra, pero había quedado flotando en el aire sin necesidad de pronunciarla.

La imagen de tener que intimar con un hombre al que no conocía le pareció repulsiva, y entonces preguntó con preocupación:

—¿Y a quién has elegido como mi futuro esposo?

—A Duncan St. John.

A Penelope se le aceleró el corazón.

—Querrás decir al conde de Stanton, futuro marqués de Bristol.

No le extrañaba que su padre hubiese elegido al futuro marqués, teniendo en cuenta que sus tierras delimitaban.

Golden House era la residencia habitual del duque en las tierras de Somerset, y estaban cerca de *Great Sea*, la casa del marqués de Bristol. Y la verdad, estaba deseando regresar a casa. Odiaba Londres y todo lo que implicaba estar allí.

—No, el conde tiene el beneplácito del marqués para desposarse cuando lo precise —informó el duque, consciente de que esas palabras dañaban a su hija—. Será el hermano del conde, segundo hijo del marqués, el futuro duque consorte de Whellingtton.

—Una vez más, las mujeres tenemos que sufrir la condena de ser enjauladas, mientras los hijos herederos pueden vivir libremente para tomar sus propias decisiones.

Nada más expresar su desacuerdo en voz alta, salió del dormitorio de su padre y se alejó a grandes zancadas hasta el suyo.

Capítulo III

Solo al primogénito se le tiene en consideración

Duncan St. John entraba en la residencia Bristol en Londres, a las ocho de la mañana, agotado después de haber pasado la noche con la bella Elaine Hawkins, una joven aspirante a actriz.

El marqués de Bristol estaba sentado en su despacho, frente a su mesa, hojeando a conciencia unos documentos, cuando sus grisáceos ojos levantaron la vista de los papeles y la fijó en el recién llegado.

—Duncan —pronunció con voz rotunda—. Te estábamos esperando.

El aludido giró la cabeza y vio la puerta del despacho abierta, allí estaban su hermano y su padre. Dio media vuelta y se encaminó hasta ellos, no sin reparar en que la voz de su progenitor no anunciaba nada bueno. Claro que, era una suerte ser el segundón; no debía cumplir ninguna expectativa, eso recaía en el primogénito.

—Buenos días —saludó, afable.

—Siéntate —ordenó el marqués.

Duncan tomó asiento y miró a su hermano mayor, quien le regaló una sonrisa ladeada, síntoma de que se iba a reír a su costa. Intentó pasar por alto ese gesto y preguntó:

—¿Sucede algo?

—Acabas de convertirte en el hombre más afortunado de Gran Bretaña.

—¿En serio? —guaseó.

—He pasado por alto hasta ahora tu vida disoluta —comentó el padre sin perder tiempo—. Hasta hoy había hecho caso omiso a todos los comentarios, pero a partir de hoy, se acabó tener una amante tan descarada y sin ningún tipo de discreción.

—¿Perdón? —preguntó, por si la falta de sueño le estaba pasando factura.

—La baronesa Dudley y la vizcondesa Portman, afirman que tu amante se presentó en casa de la modista y dejó encargado todo un ajuar de ropa interior. A cargo tuyo, por descontado —le recriminó.

Duncan pensó en esas prendas de ropa y sonrió como un tonto.

—Hablaré con ella para que sea más discreta.

—¡No! Hablarás con ella para poner fin a esa relación.

—¿Cómo dice? —preguntó sin comprender por qué su padre estaba tan alterado.

—A partir de hoy, esa mujer tiene que desaparecer de tu vida, porque a partir de mañana, serás el prometido de la duquesa de Kennt.

Duncan se removió en su asiento, ¿qué estaba diciendo su padre? La duquesa de Kennt, próxima duquesa de Whellingtton, era por decirlo de alguna manera… ¡La mujer más fea del reino!

—No puede estar hablando en serio.

—Hermano, mi más sincera felicitación, pronto te convertirás en el hombre más admirado de Londres —se burló el conde.

Duncan se puso en pie; no estaba dispuesto a tolerar una majadería más.

—No pienso prometerme a… a… —No le salían las palabras, era imaginarla y se le nublaba la razón.

—Lo harás, porque ya lo he acordado con el duque.

—¿Por qué no se casa Connor con ella? Es él quien tiene el título —preguntó, ofuscado porque su padre hubiese decidido amargarle la vida.

—¿No es una suerte que siendo tú el segundo acabes poseyendo un título superior? —alegó el conde de Stanton, encantado de ver a su hermano en esa tesitura de alteración e irracionalidad.

Se felicitó interiormente por no haberle dado él la notica el día anterior. Era mejor ser el espectador y no el verdugo, así podía disfrutar sin cargos de conciencia. No había sido él quien había tomado esa decisión, sino su padre.

—Cualquier hombre desearía estar en tu piel. Tu futura esposa tiene un pedigrí inigualable, su linaje es excepcional, doble ducado y poseedora de los cinco títulos nobiliarios.

—¡Pues que se case con otro! —exclamó, pegando un puñetazo en la mesa.

El marqués se puso en pie para tener a su hijo a la misma altura. La complexión del marqués, a pesar de su edad, continuaba siendo esbelta; sus hijos habían heredado de él la altura y el pelo negro como el carbón. Duncan, además sus ojos grises.

De los dos hijos, Duncan poseía un cuerpo más ancho, sobre todo de espalda, pues durante años, antes de decidir vivir la vida a costa de la fortuna familiar, se había encargado de trabajar en el campo, en las tierras que

poseían en Jamaica. Allí trabajó duro para demostrar que a pesar de ser un don nadie para muchos, podía sacar adelante unas cosechas que todos daban por perdidas. De los dieciocho a los veinticuatro años se dedicó por completo a la explotación del campo. Cuando las tierras fueron fértiles y logró su objetivo, regresó a Londres. Hoy, con veintiséis años, seguía teniendo un cuerpo escultural que toda mujer admiraba y al que él, por supuesto, sacaba partido. Además, tenía una pequeña fortuna nada desdeñable, ya que el marqués le regaló esas tierras tras demostrar que había sido el único que había sabido sacarlas adelante.

—He dado mi palabra. A no ser que la duquesa se niegue, a finales de verano estarás desposado con ella —aseguró el marqués. Cogió los papeles que tenía delante de él y se los tendió a su hijo.

Duncan los recibió sin saber qué eran esos documentos.

—Léelos, ahí está bien detallado el acuerdo al que hemos llegado el duque y yo.

Duncan, con la documentación en la mano, se retiró a su dormitorio, los lanzó sobre la cama y maldijo en voz alta antes de tumbarse.

Debía de estar enajenado su padre para creer que él pasaría por la vicaría con esa mujer.

Llevaba toda una vida soñando con ese momento especial, con entregar su alma a una única mujer, y no estaba dispuesto a cambiar su destino. Ni por su padre ni por nadie.

Cerró los ojos, pero la curiosidad pudo con él. Se incorporó y quedó apoyado en el cabecero, alargó la mano y leyó con atención.

Maldijo en voz alta una y otra vez.

¡Cómo se le había ocurrido tal ofensa! Su padre lo había vendido sin miramiento.

Romper ese contrato era lo que tenía que hacer, pero ese desplante llevaría a su familia a las habladurías y el escándalo. Uno, por haber vendido a su hijo; y dos, por dejar la palabra del marqués en entredicho.

Gruñó en voz alta y, con fuerza, golpeó el jergón repetidas veces, desesperado por la rabia interior que, en lugar de decrecer, aumentaba por momentos.

«A no ser que la duquesa se niegue, a finales de verano estarás desposado

con ella», retumbó la frase que había dicho su padre en su cabeza.

Como un resorte, se puso en pie y se dirigió de nuevo al despacho; por suerte, no había nadie.

Entró y cerró la puerta intentando no hacer ruido para que nadie lo molestase. Se sentó frente al escritorio, cogió la pluma y escribió una carta dirigida a la duquesa de Kennt.

A medida que iba escribiendo sonreía con más seguridad. Una cosa estaba clara, la sorpresa que se iba a llevar la duquesa al leer sus letras, haría que rompiera el acuerdo. Nada como violentar a una dama, más, cuando la dama en cuestión era el paradigma de la sofisticación, para que se avergonzase y exigiera un nuevo pretendiente.

En cuanto terminó de escribirla se sintió satisfecho, el canalla que llevaba dentro podía asegurarle un futuro sin la condena de pasar por el altar.

Regresó a la cama y cerró los ojos.

***

En la sala pequeña donde el marqués de Bristol y su esposa solían desayunar, estaban mirándose el uno al otro, sentados alrededor de la mesa, mientras uno de los lacayos terminaba de servir.

El marqués le hizo un gesto para que se marchase, no quería que nadie escuchase la conversación.

Una vez a solas, el marqués esperó con cautela; conocía a su esposa y poco tardaría en preguntar.

—¿Qué le ha parecido a Duncan? —se interesó la marquesa.

—Por lo visto, no ha sido de su agrado mi elección.

La marquesa levantó las dos cejas.

—¿Y no te parece comprensible? No deberías haber acordado nada sin su aprobación.

El marqués alargó el brazo para coger un trozo de beicon, intentando ignorar el enfado de la marquesa.

—No sé si algún día te perdonaré esta afrenta.

El marqués clavó su afilada mirada en los ojos verdes de su esposa.

—Georgina, deberías estar contenta —adujo—. No todos los días una madre ve convertirse a su hijo en duque.

—Consorte —lo corrigió ella.

El marqués, de mala gana dejó el cucharón con huevos revueltos que en ese momento sostenía en la mano para servirse en su plato. Cruzó los brazos y se reclinó en su asiento.

—Un título superior al que jamás pensó nadie que mi hijo segundo podría llegar a aspirar.

La marquesa se levantó y caminó de un lado a otro, haciendo volar sus faldas.

—¿Cuántos duques consorte conoces? —indagó, al tiempo que se paraba en medio de la sala.

Al ver que su esposo no respondía, ella volvió a preguntar:

—¿No merecía por lo menos decidir él su destino?

El marqués arrugó la servilleta y la lanzó a la mesa. Se puso en pie. Se estiró el chaleco y estalló:

—¡Le he ofrecido un futuro brillante!

—¿De verdad? ¿Acaso no lo ves? —alzó la voz—. ¡Lo has tratado como a una debutante!

El marqués levantó la mano en plan amenaza.

—No se te ocurra volver a decir algo semejante.

—¿Por qué? ¡Tengo razón! —adujo—. Los padres de las debutantes deciden a quién dar la aprobación para que sus hijas sean cortejadas…

—¡Cállate, Georgina! Te guste o no, Duncan es nuestro segundo hijo. Gracias a mi acuerdo, todos los que le miraban por encima del hombro, en cuanto se convierta en el duque consorte tendrán que bajar la cabeza ante él. ¡Incluso yo!

La marquesa se dio cuenta de que su esposo tenía razón. El marqués estaba cansado de que a su segundo hijo no lo respetaran.

—Discúlpame, Marcus —se excusó—. Pero me duele que solo a los primogénitos se les tenga consideración.

Capítulo IV

Cartas de presentación

Penelope levantó la cabeza al escuchar a August, su mayordomo.

—Su Excelencia, ha llegado una carta para usted.

—¿Quién la manda? —preguntó mientras extendía el brazo para cogerla.

—Es del lord Duncan St. John.

Penelope se sorprendió. De todos los que podrían haberle enviado una carta, jamás hubiese imaginado que se trataría de su futuro esposo.

—Gracias, August, puede retirarse.

El mayordomo salió de la biblioteca y cerró la puerta.

La duquesa titubeó un buen rato antes de abrirla, pero al final cogió un abrecartas que tenía sobre la mesa y la abrió sin vacilación.

Agrandó los ojos nada más leer la primera línea.

Querida Pen:

¿Cómo se atrevía a tratarla con tanta familiaridad? ¡Menuda presentación!

Me veo en la obligación de ser sincero. Este acuerdo matrimonial entre nosotros no es de mi agrado. No estoy interesado en desposarme.

Penelope se irritó, St. John la tuteaba sin en el menor reparo.

En mi naturaleza no tiene cabida ni el decoro ni la fidelidad, por lo tanto, será imposible que nuestro matrimonio tenga futuro.

Soy un hombre de palabra, Pen. Y te doy mi palabra de que jamás te tomaré en el lecho. Cuando tomo a una mujer por amante es porque me siento atraído hacia ella y la deseo. Lamento ser tan sincero, pero no me atraes lo suficiente, por ello jamás copularemos juntos.

Una vez aclarado que nuestro matrimonio será una farsa, te doy mi beneplácito para ser cortejada por otros hombres. Si consigues ser feliz con otro, ¿para qué continuar con este acuerdo? Serás libre de romper el trato que nuestros padres han impuesto.

Sin más, se despide:

Duncan.

Penelope se levantó y paseó por la biblioteca como horas antes lo había hecho en el dormitorio de su padre. ¿Quién se creía que era para tratarla de esa manera? Sin educación y sin el respeto que merecía una mujer con el título de duquesa. Una vez más, se ofendió al verse tratada de forma vejatoria. Si hubiese nacido hombre, jamás se le habría ocurrido a nadie hablarle en esos términos.

¡Santo cielo! Ese hombre había dicho *copular* sin un ápice de vergüenza o arrepentimiento.

Se paró en medio de la sala, se llevó la mano a la cara, y mientras con el dedo pulgar se sujetaba la barbilla, con el índice se daba toquecitos en la nariz, un gesto muy típico en ella cuando estaba reflexionando. De pronto sonrió. No sabía si salir corriendo y buscar a su progenitor para darle dos besos, o ponerse a chillar eufórica, agradecida de que el duque hubiese elegido a St. John. Desde luego, esa carta, que en un principio parecía querer intimidarla, acababa de darle la solución a su estrepitoso futuro matrimonio.

Bien, una vez con la idea en mente, se encaminó hacia el despacho de su padre. Se sentó frente al escritorio y sacó del cajón su mejor papel, el más grueso, con el membrete estampado del sello ducal, mostrando su poderío para que a St. John no le quedase la menor duda de quién era la duquesa. Sonrió con cinismo, ya que de todo cuanto había dicho St. John, lo que más le había molestado era que le diese el *beneplácito* de ser cortejada, como si ella tuviese que pedirle permiso a un ser tan arrogante.

Pues bien, mientras mojaba la pluma en tinta, asintió con la cabeza, orgullosa de lo que iba a hacer. De momento, pensaba darle de su propia medicina, pues ese hombre merecía un escarmiento.

Querido lord Duncan St. John:

Negó con la cabeza, ese hombre no merecía tal trato. Arrugó el papel y lo lanzó a la papelera. Sacó otro y comenzó de nuevo.

Querido:

Me complace que sea tan sincero, una cualidad que respeto. Por tanto, voy a

confesarle que tampoco es de mi agrado tener que desposarme.

Agradezco que sea un hombre de palabra y espero que la cumpla. Yo le permitiré que satisfaga sus necesidades fuera de mi casa y de mi lecho, y solo le exigiré que sea discreto cuando copule con sus amantes. Por supuesto, mi discreción será de igual manera. Debe comprender que ostento un título, por ello me veo obligada a cumplir como duquesa. Ah, igual al no poseer usted uno, es posible que no sepa de estas obligaciones. Discúlpeme, estaré encantada de aclarar mis palabras. Todo ducado necesita descendencia. En vista de que nuestro matrimonio será una farsa, que ha dado su palabra de no intimar conmigo y que no entra en su naturaleza la fidelidad, estaremos de acuerdo en que me veré obligada a tener mis propios amantes para poder cumplir con mi obligación de tener un heredero.

Sin más, se despide:

Su excelencia la duquesa Penelope de Kennt.

Después de releer la carta tres veces, sonrió satisfecha y en parte avergonzada. Primero, por darse el gusto de poder responder a semejante majadero. Segundo, porque dejaba bien claro que ella era la dueña de la casa donde vivirían en el futuro. Y tercero, por restregarle que al no tener título, se le podría tachar de inculto por no pensar en la obligación de mantener el ducado en años venideros mediante un heredero.

Imaginaba que, con tales palabras, St. John se presentaría muy pronto ante el duque para romper el acuerdo al que habían llegado. Pocos hombres, por no decir ninguno, se dejarían insultar por su futura esposa; más, cuando ella había recalcado que *le permitiría satisfacer sus necesidades*, para que le quedase constancia de la jerarquía en su matrimonio.

Cerró el sobre y lo selló con el cuño del ducado Kennt. Se levantó y fue a entregárselo al mayordomo para que lo enviasen lo antes posible.

Estaba a punto de regresar a la biblioteca cuando la visita de sus dos únicas amigas la interrumpieron.

Eran las hijas gemelas de los marqueses de Stanford, Abby y Sophie; dos jóvenes que, al igual que la duquesa, estaban preparadas para debutar esa noche en Almack´s.

A diferencia de Penelope, Sophie estaba encantada y deseosa de que llegase el gran momento. Incluso se había pasado un año enfadada con su padre por demorar una temporada entera su debut.

Las gemelas eran idénticas físicamente, poca gente era capaz de reconocerlas, y muchas amistades se sentían inseguras a la hora de dirigirse a

ellas, al no saber con qué hermana estaban tratando.

Habían heredado la belleza de la madre y la altura del padre. Delgadas y de cuello largo, de pelo rizado rubio y nariz recta perfecta. El mayor encanto de las gemelas era su mirada, sus ojos azul brillante parecían hipnotizar a cualquiera. Desde luego, la belleza y esplendor de las dos muchachas pronto darían que hablar, pues ningún hombre podría dejar de admirarlas.

Por lo que Penelope sabía, las dos hermanas deberían haber debutado el año anterior, pero el marqués era reacio a su presentación en sociedad. Por fin, su esposa ese año había conseguido imponer su voluntad y obligar al padre a ceder, pues toda dama debía ser presentada ante la alta sociedad.

—¿En serio? —preguntó alarmada Sophie, después de escuchar atentamente a Penelope.

—¿Y vas a buscarte un amante? —se interesó Abby, a quien le había parecido fascinante que la duquesa respondiese a St. John con tanta vehemencia.

Penelope se llevó las manos a la cara, se la notaba ardiendo.

—No sé cómo pude decir… —Se avergonzó de sus palabras.

—¡Ay, Penny! ¿Tienes idea de lo apuesto que es St. John? —se expresó la joven Sophie.

Abby miró a su hermana directamente a los ojos.

—¿Cómo lo sabes? Nunca hemos tenido trato con él —dijo Abby, condesa de Aberdeen. Solo había nacido cinco minutos antes que su hermana, pero eso le hacía ser la mayor y ser ella quien, por jerarquía, poseyera el título. Claro que, su padre había tenido que pedir que se lo transfiriesen a ella puesto que no tenía hijos varones, convirtiendo así a Abby en una de las pocas mujeres que habían conseguido un título otorgado por el rey. E igual había sucedido con Penelope, pues era la única hija de los duques.

Sophie suspiró, se recostó en el sofá donde estaba sentada y, con voz soñadora, habló:

—Un día, al salir de la librería vi pasar al conde Connor Stanton —Penelope y Abby se miraron extrañadas, Sophie tenía los ojos cerrados rememorando aquel momento—. ¡Es tan apuesto! Nunca he visto un hombre tan… tan… ¡No existen palabras!

—Pero lord Stanton no es St. John —quiso aclarar Penelope, que sí

conocía al conde de Stanton.

Sophie volvió a sentarse tal y como lo haría una verdadera dama, miró a su amiga y continuó:

—No, no lo es. Pero cuando le pregunté a la baronesa Milfor, ella me aclaró quién era. Justo en ese momento, lord Duncan St. John pasó por nuestro lado y la baronesa nos presentó.

—Pero has dicho que Stanton es guapo… —le recordó Abby.

—Sí, lo es. St. John, a pesar de ser un año menor que el conde, tiene un porte más exultante.

—¿Exultante? —preguntaron las dos al mismo tiempo y se rieron por ello.

—Uff… No sabría expresarme bien. Es que Stanton es tan guapo, con esos ojos verdes… —Volvió a suspirar—. Sin embargo, St. John tiene mirada de cazador; sus brillantes pupilas grises y su sonrisa ladeada lo convierten en un hombre muy atractivo… La verdad, Penny —dijo, sorprendiéndolas por el cambio brusco de actitud—. Deberías sentirte muy afortunada; vas a ser una de las mujeres más envidiadas de Inglaterra.

Penelope se tensó en su asiento; de hecho, casi derrama el té.

—¿Y para qué quiero ser de las más envidiadas si mi futuro esposo no tiene intención de intimar conmigo? Sus palabras fueron que yo no le atraigo.

—Eso es lo que no entiendo —comentó Abby—. ¿Acaso él te conoce?

Penelope se quedó pensativa. Era muy difícil que St. John y ella hubiesen coincidido, pues nunca había acudido a ningún acto social. Además, durante los tres años de luto no había salido de *Golden House* más que para ir a sus casas de campo en Yorkshire, Hampshire o Escocia.

Como respuesta, Penelope se encogió de hombros.

—Nunca hemos sido presentados oficialmente ni recuerdo haberlo visto —respondió—. Lo único que sé de él, es que su fama de libertino le precede. Puede que no me haya codeado fuera de estos ladrillos, pero las visitas de la marquesa de York, la baronesa Dudley y la vizcondesa Portman, siempre me mantienen al tanto de todos los cotilleos que circulan por Londres.

Las tres jóvenes se rieron; las mujeres que Penelope había nombrado, podría decirse que estaban al tanto de cualquier escarceo o rumor que circulara por la ciudad.

—¿Y qué harás? —se volvió a interesar Abby—. ¿Seguirás el consejo de

St. John y te dejarás cortejar por otros hombres?

—Ni siquiera comprendo cómo mi padre ha llegado a ese acuerdo —protestó—. No me ha tenido en consideración.

—Tu padre está muy enfermo, Penny —intentó razonar Sophie—. Imagino que el duque quiere marcharse de este mundo sabiendo que ha dejado a su hija en buenas manos.

Abby sintió lástima por Penelope. El duque, a pesar de que no era tan joven como su padre, ya que su progenitor acababa de cumplir cuarenta y tres años, tampoco era un anciano; en dos meses se celebraría su sexagésimo aniversario. Por lo visto, la duquesa de Kennt, madre de Penelope, tuvo muchas dificultades para engendrar un hijo, por eso su embarazo fue de alto riesgo, pues la duquesa ya había cumplido los cuarenta. Eso le hizo pensar; debía comportarse esa noche como una gran dama sofisticada, pues deseaba casarse joven y tener familia cuanto antes, igual que sus padres.

—¿Y el lord Duncan St. John es esa elección?, ¿sus manos son las buenas? —preguntó angustiada Penelope.

Las gemelas notaron el temor en su voz; por eso, Sophie quiso hacerla sonreír.

—No sé si serán buenas, pero reconocerás que por lo menos son de las más expertas. Y eso, amiga mía, siempre es un consuelo; sabrá tocarte y hacerte entrar en calor como tantas mujeres desean cuando llegan al matrimonio.

—¡Sophie! —la reprendió su hermana—. ¿Se puede saber dónde has escuchado tú eso?

Sophie se echó a reír, una risa dulce y contagiosa que embriagaba la estancia.

—A diferencia de ti, Abby, a mí me gusta escuchar por detrás de las puertas cuando las amigas de mamá vienen a tomar el té. Y no os podéis imaginar lo divertidas, estimulantes y educativas que llegan a ser.

Penelope acabó riendo, mientras Abby entrecerraba los ojos; ella siempre buscaba información, pero jamás se había planteado espiar a nadie, pues estaba fuera de lugar.

—¿Queréis que os cuente lo que se dice de la baronesa Mitton y su nuevo amante?

—¿Nuevo? —preguntó Penelope con rapidez. Ni siquiera sabía que hubiera tenido uno anteriormente, ya que era una mujer muy conocida y respetada, cuyo marido siempre estaba junto a ella en los actos oficiales.

—¡Ay, Penny! Ni te imaginas la cantidad de mujeres que tienen amantes, ¿no os parece excitante?

—¡Se acabó, Sophie! —la riñó su hermana—. No digas nada más. No es propio de una señorita hablar de las intimidades de una dama.

—Bueno, los hombres siempre pueden buscar información o simplemente acercarse a algún salón donde haya cortesanas para aprender, nosotras debemos fiarnos de lo que nos dicen —dijo Sophie, molesta porque su hermana la recriminara—. En los salones de té nadie habla abiertamente de estos temas, una aprende más cuando lo hace a escondidas. ¿Acaso no tienes curiosidad por lo que se siente o se experimenta cuando estás junto a un hombre?

Abby se puso en pie, no pensaba responder a esa pregunta.

—¿No tienes anhelo por recibir tu primer beso? —insistió su gemela.

—Sophie, no deberías decir esas cosas.

—Abby, precisamente tú, que lo preguntas todo, me sorprende que…

Penelope interrumpió. Conociendo a Sophie, sabía que quería avergonzar a Abby. Era de todos conocido que Abby era una muchacha inteligente y muy espontánea, que no sabía encontrar los límites a la hora de averiguar lo que le interesaba. Su fehaciente interés por todo le había pasado factura, pues su madre llevaba un año entero echándole en cara que si continuaba con esa actitud, jamás encontraría un pretendiente. Una tarde le preguntó al barón Lexington por qué no se permitía a una mujer ingresar en Oxford, pues al fin y al cabo, algunas damas eran más inteligentes que muchos hombres. Ese comentario ofendió al barón y, por descontado, a todos los hombres a los que les llegó el rumor de aquella conversación.

—¿Estáis nerviosas? Porque yo estoy temblando de imaginar lo que nos espera esta noche. —Así zanjó la conversación Penelope.

Capítulo V

Una duquesa no repite vestuario en actos sociales

Duncan St. John sonrió cuando le entregaron la carta que estaba esperando. No tuvo paciencia y la abrió en la misma puerta. Se quedó tan atónito, que no se dio cuenta de que un par de ojos lo estaban observando.

Por algún extraño e incomprensible motivo, sintió admiración por la duquesa de Kennt. Pocas veces había sentido admiración por nadie, y menos por una mujer. Era una lástima que fuese una mujer tan fea, pues acababa de despertar en él mucha curiosidad. Sin ser consciente, sonrió y negó con la cabeza; había que reconocer que esa mujer, con elegancia, lo había puesto en su sitio. ¡Menuda ironía! Él, que pensaba que con su carta ella rompería el acuerdo, y ahora se la restregaba en la cara, con razón, dejando claro que al lado de ella él no era nadie, tan solo un simple hombre que tendría que vivir a su lado siendo el duque consorte. Y no solo eso; además, tendría que aguantar unos buenos cuernos, y por si fuese poco, incluso tendría que aceptar a un bastardo de su mujer como hijo propio ante los ojos de los demás.

—Si no te conociera, diría que estás sorprendido —comentó Connor, el hermano de St. John, desde la puerta del salón principal.

Duncan lo miró fijamente.

—Se supone que el gran conde y heredero eres tú. Deberías casarte con la duquesa.

—Ah, así que todavía sigues enfadado por eso —dijo apoyándose en el quicio de la puerta—. No sé por qué te molesta tanto, vas a casarte con una de las mujeres más poderosas de las islas británicas. Además, sin lugar a dudas, serás un hombre doblemente envidiado.

—Doblemente —repitió, para que su hermano aclarara sus palabras.

—Sí, Duncan. Además de que poseerás una fortuna que ni viviendo cien años llegarías a forjar por ti mismo, la belleza de tu prometida es la envidia de la mayoría de las mujeres y, por supuesto, la admiración de cualquier hombre.

Duncan gruñó; su hermano estaba mofándose de él, a pesar de no usar un tono burlesco.

Dio dos pasos y salió de la casa; tenía una cita ineludible con la mujer de la que, después de pasar sus últimas horas juntos en la cama, tendría que despedirse.

Iba a ser doloroso decir adiós a su amante, y totalmente decadente acudir al evento más esperado de la temporada, para presentarse ante Penelope y fingir ante toda la sociedad un cierto interés por ella.

Se le revolvió el estómago.

Mientras su carruaje se dirigía hacia la casa de Elaine, su mente buscaba la forma de acabar con la pantomima que su padre le había impuesto.

***

—¿Qué ha pasado con el escote? —preguntó alarmada Penelope al ver su imagen frente al espejo.

—No ha pasado nada con él, está donde tiene que estar —aseguró la marquesa de York.

Penelope intentó subir el escote, pero fue imposible; el corsé corto estaba bien apretado y sus pechos se marcaban a la perfección.

—No me dejarán entrar en Almack´s con este vestido —dijo casi para sus adentros, pero la marquesa y su doncella personal la escucharon.

—Penny, querida, este vestido está hecho para que te luzcas, hoy vas a ser la debutante más admirada.

—¡Por supuesto! ¡Me mirarán porque este vestido es escandaloso!

La marquesa no pudo reprimir la risa, su pupila era una joven que llevaba encerrada en casa demasiado tiempo. Estaba acostumbrada a vestir de diario con vestidos sencillos, buscando la comodidad. Era el primer vestido de noche que usaba, y aunque era cierto que el escote cuadrado bajo, con el corsé corto, dejaba al descubierto bastante carne —la que necesitaba enseñar para ser cortejada—, no era la única muchacha que esa noche acudiría a la fiesta con un vestido similar. Corrían tiempos difíciles, el enfrentamiento con Francia podía pasar factura, y las madres de las jóvenes debutantes se habrían esmerado para que las muchachas pronto se desposaran.

—Estás preciosa, Penelope. Madame Amélie no está considerada la mejor modista porque sí, ha demostrado su valía. Desde luego, todo un acierto el color. La fina muselina con ese toque violeta suave es idéntico al color de tus ojos.

Penelope negó con la cabeza mientras se ponía los guantes de piel de cabritilla que madame Amélie, por obra y milagro, había conseguido que fuesen del mismo color que el vestido.

La marquesa la miró y afirmó.

—¡Perfecta!

Su benefactora siempre estaba halagándola, mientras que ella, cuando se observaba frente al espejo detestaba su apariencia.

—Preferiría llevar el vestido con el que me presentaste en la corte —sugirió Penelope sin éxito.

—Una duquesa no repite vestuario en actos sociales —aclaró la marquesa con sencillez.

Penelope subió al dormitorio del duque, pues había pedido ver a su hija antes de que se marchara. Al verla se emocionó, alargó la mano para coger la de su hija y le besó los nudillos.

—Tu madre estaría muy orgullosa de ti —adujo el duque con lágrimas en los ojos—. Con ese vestido, hoy te pareces más que nunca a ella.

Penelope sonrió agradecida. Ojalá su padre estuviese en lo cierto, su madre había sido una mujer muy hermosa.

El corazón se le encogió. Ver a su padre postrado en la cama, con los brazos vendados cubriendo las marcas de los sangrados, le partía el alma. Y eso que en la última semana el duque había aparentado gozar de mejor salud.

—Recuerda, Penelope, todos han de pensar que St. John y tú os habéis enamorado a primera vista.

Ella tragó con dificultad; no podía decirle a su padre que St. John, después de recibir su carta, esa noche no asistiría.

—Querido, en cuanto St. John vea a nuestra Penny, caerá rendido a sus pies —afirmó la marquesa.

Aparte de sus dos amigas Abby y Sophie, la marquesa era la única que estaba al tanto del acuerdo. El duque nunca tomaba una decisión con respecto a Penelope sin conocer la opinión de su madrina.

Capítulo VI

Los jardines de noche son el mayor peligro para una dama

Penelope estaba muy nerviosa, su vestido cada vez le parecía más inapropiado. En vez de retorcerse las manos como solía ser habitual en ella, no paraba de subirse los manguitos del vestido.

—Querida, si continúas así los harás más grandes.

El carruaje paró y el cochero alargó su mano para ayudarlas a descender.

Todavía no había puesto los dos pies en el suelo y ya quería montar de nuevo en el carruaje para que la llevasen a casa.

—Ahí está Sarah Villiers, la condesa de Jersey —informó la marquesa a Penelope para que supiese quién era la patrona de Almack´s, ya que esa distinguida dama había mandado la invitación personalmente a la duquesa de Kennt.

Penelope estaba tan nerviosa que apenas prestó atención.

Cuando fueron anunciadas, prácticamente todos los asistentes se giraron para no perderse la aparición de la duquesa. Se había especulado mucho, pues eran pocos los que conocían algo sobre ella.

Penelope se sintió observada. Por su mente pasó la idea de salir corriendo, pero eso todavía daría más que hablar. Por tanto, con la cabeza alta, digna hija del duque de Whellingtton y de la fallecida duquesa de Kennt, bajó los escalones sin titubear.

No había alcanzado el último escalón cuando vieron a tres caballeros que estaban esperándolas. En primer lugar, saludaron a la marquesa, algo evidente ya que tenía que presentarlos antes de poder entablar conversación con Penelope.

Media hora había pasado desde que había entrado en el recinto y ya estaba exhausta de tanto saludar. ¿Por qué tenía que ser presentada a todo Londres? Sabía que esa era la intención, pero no pensó que todos los caballeros más las madres de ellos, se interesarían tanto en conocerla.

Se disculpó un segundo ante el barón Durchill, necesitaba un respiro. Cuando vio la oportunidad, salió al jardín y se escondió detrás de unos helechos gigantes, justo debajo de uno de los balcones más concurridos.

Respiró hondo. No estaba acostumbrada a tanto bullicio. Menos, al calor sofocante de la sala y al ahogo que le provocaba el humo de los puros que

tanto a bien les gustaba fumar a los caballeros más mayores, pues incluso haciéndolo en las zonas para ellos, el humo se colaba por todas partes y se mezclaba con el olor a vela derretida de las gigantes lámparas.

Se tapó la cara con las manos y se sobresaltó cuando alguien la sujetó por detrás, rodeándola por la cintura al completo.

—¡Eres una inconsciente! Recibí tu nota y no podía creer que hablases en serio. ¿Sabes que no puedes colarte en este lugar? Además, te dejé claro que lo nuestro se había acabado por completo.

Penelope trago con dificultad, ¿quién era ese hombre? ¿Por qué tenía la voz más varonil que jamás había escuchado antes? ¡Cielo santo! ¿Le estaba besando el cuello? ¡Sí, lo estaba haciendo!

Un hormigueo recorrió todo su cuerpo; no sabía si estaba temblando por frío o por lo que le estaba provocando ese hombre.

—No deberías estar aquí —le reprendió—. ¡Dios, Elaine! ¿Por qué justo hoy tienes la piel más suave que nunca? —preguntó, aunque era una afirmación, mientras volvía a besarle el cuello, trazando un reguero de besos cortos hasta su hombro.

Penelope quería responder, pero estaba paralizada, y una frase que había escuchado infinidad de veces la golpeó en su interior: «Los jardines de noche son el mayor peligro para una dama».

—¿Por qué hueles a lirios frescos? Tu perfume siempre ha sido el jazmín —Quiso averiguar, enfadado, pues ese nuevo aroma acababa de convertirse en una obsesión para él.

La volteó, la estrechó contra su pecho y se sorprendió, pues hasta ese mismo momento, ni Elaine ni ninguna otra mujer había encajado con su cuerpo con tal perfección.

—¿Elaine, por qué no reconozco tu cuerpo?

—Quizá, milord, porque no soy Elaine. —Por fin Penelope reaccionó—. Por lo tanto, le agradecería que me soltara, no me gustaría montar un escándalo.

Duncan St. John soltó a Penelope en el acto. La voz de ella, a pesar de intentar sonar amenazante, era suave, seductora y adictiva, tanto como el perfume y la piel que había olido y besado.

—Disculpe milady, la confundí con otra persona.

Intentó mover las ramas del helecho para que algún halo de luz, por poco que fuese, le dejase ver el rostro de la mujer que tenía delante. De momento, lo único que podía observar de ella era su altura, pocas mujeres eran tan altas. Él medía casi uno noventa y ella le llegaba casi a los hombros.

—Lo imagino, dudo que se tomase tantas libertades de no ser así.

—¿Penelope? —Se escuchó la voz de Abby a lo lejos.

Ella no respondió porque justo en ese momento Duncan también habló.

—¿Y con quién tengo el gusto…?

La duquesa lo interrumpió:

—Milord, no hemos sido debidamente presentados, por lo tanto, le agradecería que se marchara. Me está comprometiendo.

Duncan esbozó una sonrisa que siempre le había dado buen resultado con las mujeres, claro que Penelope no pudo verla.

—Mmmm… Creo que hemos superado esa fase, ¿no crees? —intentó intimidarla. Se notaba que la mujer que tenía delante, por su forma de expresarse debía de ser una joven debutante—. Después de haber besado tu piel…

Penelope se inquietó, y no por sus palabras, sino más bien porque se había estremecido al recordar el beso. Sin dar opción a más, se giró y salió acelerada para unirse a Abby, que la estaba buscando.

Duncan también salió de detrás de los helechos. Quería ver a esa mujer, y cuando lo hizo, se quedó fascinado.

—¿Te ocurre algo? Te noto azorada —se preocupó Abby.

—No es nada, entremos de nuevo —mintió, pues estaba agitada, nerviosa y descolocada por todo lo que ese hombre le había hecho sentir con sus caricias.

Se reunieron con la marquesa de York. Estaban mirando a su alrededor cuando Duncan St. John, intrigado por conocer a la joven, se posicionó delante de ellas.

—Marquesa, es un placer verla de nuevo.

Penelope reconoció la voz y se sonrojó. Aun así, fue incapaz de apartar la mirada de él, que por supuesto, estaba clavada en los ojos de ella.

Duncan no podía apartar la mirada de ese bello ángel que había tenido el

placer de tener entre sus brazos. Más que un ángel, era la diosa Afrodita reencarnada en mujer. ¡Y qué mujer! Era la perfección personificada. Un cuerpo con curvas, una piel blanca de seda, unos labios carnosos que incitaban a ser besados y unos ojos que nunca antes había visto. Intentó parpadear pero era inútil, no quería perderla de vista. Había escuchado que existían ojos violetas, pero hasta ese momento no los había admirado. Y ese pelo rojizo estaba creado por manos divinas, pues no era el típico anaranjado que toda mujer pelirroja solía tener… No… Esa dama tenía un color cobrizo más fuerte, más intenso; un tono que advertía de que bajo ese cabello había una mujer ardiente. Y él desde luego tenía intención de conocer y besar cada peca de ese cuerpo, tanto las que se veían en su rostro como las que se repartían por los suaves hombros. ¿El resto del cuerpo estaría cubierto de pecas también?

Su corazón se aceleró, un síntoma que confirmó su teoría: a su alma gemela, sin buscarla la encontraría.

Ahora ya no tenía dudas al respecto, delante de él estaba la mujer que había estado esperando toda su vida. Ya no necesitaba seguir soñando con ella, por fin la había encontrado. Podía ponerle rostro, ¡y qué rostro! ¡Y qué cuerpo! ¡Y qué…! Todo, toda ella era perfección.

Maldijo al destino, a su padre, al duque de Whellingtton y a su mala suerte, por poner en su camino a la mujer de su vida, en el momento más inoportuno.

Tragó saliva, todavía con los ojos clavados en los de ella. Sí, reconoció en ellos lo que sabía: se habían reconocido.

Lamentó en su interior lo que sucedería al día siguiente, pues entre tener que cumplir aquel contrato y mantener el buen nombre de su padre, o dejar escapar a su alma gemela, solo tenía una opción, por más dolorosa y perjudicial que fuese para el buen nombre de la familia St. John: él no iba a renunciar a la mujer que llevaba esperando con tanto anhelo.

El duque de Whellingtton pondría el grito en el cielo, o igual, para que su hija no saliese perjudicada por el escándalo, lograba que todo quedase silenciado. Aunque estaba convencido de que desde el mismo instante en que se presentase ante el gran duque para romper el acuerdo de su padre, el marquesado Bristol y todos los St. John se convertirían en personas non gratas para el ducado de Whellingtton.

Tanto le daba, con tal de poder poseer a la mujer que tenía delante de él con esos ojos tan hermosos mirándolo con expectación.

—Lord Duncan St. John, el placer es mío —respondió la marquesa, al tiempo que le ofrecía la mano para que se la besara, rompiendo así el embrujo al que parecía estar sometido ese hombre ante Penelope—. Si me lo permite, me gustaría presentarle a Lady Abigail, condesa de Aberdeen.

—Un placer, milady —pronunció Duncan mientras besaba los nudillos enguantados de la joven.

—Y su excelencia Penelope, la duquesa de Kennt.

Duncan agrandó los ojos, y apenas pudo alargar la mano para sostener la de ella.

—Discúlpeme, milady, no quisiera incomodarla —se apresuró Duncan, dirigiéndose a la marquesa—. Me temo que está confundida, la duquesa de Kennt no es esta dama.

Penelope entrecerró los ojos, ¿qué estaba diciendo?

Duncan se dio la vuelta con rapidez, necesitaba encontrar por el abarrotado salón a cierta persona.

Mientras daba la espalda a las damas, Penelope suspiró. Un suspiro que no pasó desapercibido para Abby ni para la marquesa. Pero no pudo evitarlo. Agradeció que para los hombres la moda de esa temporada fuese vestir muy ceñidos… muy, muy ceñidos. Ese hombre tan elegante, con la levita de buen corte color azul marengo a juego con el pantalón, era todo un pecado. Se recreó en la amplia espalda, y bajó la mirada para comprobar que poco a poco se iba estrechando hasta llegar a una cintura fina. Ni qué decir, que las piernas de St. John mostraban dureza. Comprendía que tuviese fama de seductor, cualquier mujer con ojos en la cara caería rendida a sus pies. Y ese pensamiento le hizo recordar que él jamás le sería fiel. Por lo tanto, era mejor mantenerse con la cabeza fría, por mucho que el recuerdo del beso en su piel le estuviese calentando partes del cuerpo que ella jamás imaginó que podían llegar a calentarse.

—Si no me equivoco, la duquesa es la mujer del vestido rosa pálido que está en este momento junto al barón Redmond, frente a la mesa de refrigerio.

La marquesa, Abby y la propia Penelope miraron en esa dirección.

—¡Oh, no! Me temo, St. John, que está usted en un error —comentó la marquesa aguantando la risa—. La joven Penelope Keinnt es la cuarta hija

del conde Chyron.

Duncan cerró los ojos, ¿había mandado una carta a la persona equivocada?

—En ese caso, admito mi equivocación, milady —se excusó Duncan.

Penelope lo miró a los ojos y este hizo un gesto cómico.

—Un lamentable error por mi parte, Su Excelencia, haberla confundido —pronunció con arrogancia, al tiempo que sostenía la mano de Penelope.

La duquesa sintió, incluso a través de los guantes, el calor de sus manos. Y cuando sus labios rozaron sus nudillos, se estremeció al recordarlos sobre su piel.

—Un placer, Su Excelencia.

Abby, de manera cómplice, le dio un toque en el codo a Penelope; ambas sabían a qué se refería con eso. La carta que había recibido por la mañana no iba dirigida a ella.

La orquesta avisó de que iba a continuar el baile. Habían hecho un pequeño receso y llegaba el momento del baile más esperado y el que hasta hacía muy poco, había sido considerado un baile casi prohibido: el vals.

Duncan, sin pedir permiso, cogió el libreto de Penelope. Al ver que tenía reservados unos cuantos bailes, se molestó. No pensaba tener que esperar tanto tiempo para estar con ella.

—Su Excelencia, veo que me ha reservado su primer vals.

Penelope agrandó los ojos. ¿De verdad pensaba que iba a bailar con él?

—Me temo que nuevamente está confu… —No pudo terminar la frase, pues Duncan la agarró de la mano y tiró de ella— ¡Oh…!

La marquesa se rio y Abby se ruborizó por el atrevimiento de St. John.

En cuanto dieron dos pasos, Duncan ofreció su brazo para que ella lo tomara por el hueco de su codo y lo acompañara hasta la pista.

—No tiene educación, milord —se quejó Penelope intentando mantener el tipo y deseando que nadie se hubiese dado cuenta de lo que él acababa de hacer.

—Me temo, milady, que estará de acuerdo conmigo en que un hombre no puede permitir que su futura esposa baile con otro antes que con él.

—Está claro que le falta memoria —replicó con acritud Penelope, mientras se ponían en medio de la sala—. Puedo ser cortejada por otro

hombre, por lo tanto, este baile podría haber estado reservado para él.

Duncan levantó una ceja y sacó un pañuelo blanco inmaculado del bolsillo, pues era impropio poner su mano en la parte baja de la espalda de la dama sin los guantes o esa prenda.

—Con respecto a eso…

—Fue muy generoso por su parte —lo interrumpió ella.

—Pues mi generosidad ya no es la misma —declaró tajante, al tiempo que ponía una de sus manos al final de su espalda, quizá un poco más abajo de lo permitido, y la otra le apretaba la mano con el brazo levantado para empezar a bailar—. La carta de esta mañana, como se habrá dado cuenta, no iba dirigida a usted.

Penelope tragó saliva al sentir la mano de él, e hizo un gesto incómodo que obligó a St. John a subir unos centímetros el pañuelo.

Comenzaron a rodar, totalmente sincronizados.

—Aun así, la recibí.

—Pero no era la destinataria —aseguró—. Mañana le mandaré otra —comunicó sonriente.

Penelope estaba a punto de bajar la cabeza, pero no pensaba dejarse amilanar.

—No es necesario, puede ahorrarse el papel.

Duncan, maravillado por verse reflejado en los ojos violetas de ella, sintió que quería ver ese pelo rojizo entre sábanas blancas. Por lo tanto, divertido y a la vez molesto por la negatividad de la duquesa, actuó para ver si la mujer fascinante que respondió su carta era la que tenía frente a él.

—Pen, la recibirás, y ahí quedará tajante nuestro nuevo trato.

Penelope no sabía si estaba más indignada por su tuteo, o por lo que su tono de voz al pronunciar ese diminutivo que él ya había tomado como propio al referirse a ella, le hacía sentir en su interior.

—Es incapaz de tratarme con respeto —dijo fijando su mirada en el pañuelo blanco y perfecto que llevaba él en el cuello, con un perfecto nudo *barrel kanot*.

Duncan sonrió de medio lado, ¿así que ella se hacía la ofendida?

—Después de haber probado tu piel, me parece innecesario.

Penelope alzó la vista y la clavó en los ojos chispeantes y divertidos de Duncan.

—Milord, debería bajar la voz, podrían escucharle.

—Estamos a solas, Pen.

Ella intentó no reír, de hecho, pocas veces lo hacía. No obstante, le fue inútil reprimir una sonrisa, que por supuesto St. John memorizó al instante.

—Decir que estamos solos, en una sala llena de gente…

Duncan, al notar que ella se había relajado, se animó y se acercó más de lo que estaba permitido o sería tolerable por las buenas costumbres, para susurrarle al oído:

—Si lo prefieres podemos regresar a nuestro escondite.

—Es un descarado, milord —lo acusó, apartándose de él. Claro que Duncan apretó la cintura de ella con toda la intención de sonrojarla.

—¿De veras? —se hizo el ofendido—. Y eso me lo dice una mujer que estaba escondida para tener una cita clandestina.

Penelope agrandó los ojos.

«¡Cielo santo! ¿Qué dice este hombre?», pensó.

Duncan observó su reacción, pero entonces cayó en la cuenta; ella estaba en el jardín escondida, ¿acaso había otro motivo para esconderse de no ser verdad lo que acababa de afirmar? Y de ser así, ¿quién era el hombre al que ella estaba esperando?

—¿A quién esperabas, Pen? —preguntó sin más.

—¿Perdón?

Duncan se puso más serio de lo que hasta ese momento se había mostrado. Normalmente no se tenía por un hombre posesivo, pero en ese instante, con ella entre sus brazos mientras bailaban, se apoderó de él una sensación desconocida… De momento no quería darle nombre, ya lo analizaría con detenimiento en otro momento; ahora necesitaba una respuesta.

—Estabas esperando a alguien cuando te encontré en el jardín.

Penelope, por un instante pensó en darle un buen bofetón; estaba insinuando que ella era una mujer de moral cuestionable. Por otra parte, que él la considerase una mujer libertina le hizo gracia. Y sin poder contenerse, volvió a sonreír.

—Acordamos, milord, que ambos seríamos discretos.

Duncan apretó fuerte a Penelope sin darse cuenta. Esa respuesta significaba que sí esperaba a un hombre.

El vals terminó y los dos se hicieron una reverencia. Todavía no había terminado de abandonar la pista de baile, cuando Lord Mayer la interceptó.

—Su Excelencia, supongo que el próximo baile me pertenece.

Duncan estuvo tentando de mandarlo al infierno. ¿Cómo se atrevía a separar a Penelope de él? Por eso, el poco sentido común que le quedaba fue el que habló por él.

—Me temo, Mayer —excluyó el lord, pues había confianza entre ellos—, que Su Excelencia no podrá seguir bailando esta noche.

—¿Cómo dices, St. John? —preguntó, incrédulo y molesto, el vizconde Mayer.

—Su Excelencia se ha dañado el tobillo —comentó con tanta seguridad, que incluso Penelope estuvo a punto de creerlo—. Por supuesto, por mi culpa. Todavía no soy un experto bailando el vals.

El vizconde la miró, al igual que hizo Duncan. Lo que él no esperaba era encontrarse con la media sonrisa de satisfacción de ella en el rostro.

—Me temo, lord Mayer, que debemos aplazar nuestro baile para otra ocasión.

—Oh… por supuesto, Excelencia. Esperaré con anhelo el momento. —Y se despidió haciendo una pequeña reverencia, la misma que Penelope devolvió con una leve inclinación de cabeza.

«Si depende de mí, no llegará ese momento», se dijo Duncan mientras veía alejarse a Mayer.

Entonces St. John ofreció, como buen acompañante, el brazo a Penelope, para llevarla junto a la marquesa de York.

—Podía haberle dejado en evidencia, milord.

Duncan sonrió como un canalla, la sonrisa que encandilaba a las mujeres, y Penelope, que no iba a ser menos, se quedó prendada.

—Y aun así, no lo has hecho.

—No, pero ahora tendrá que devolverme el favor —dijo echando el envite que tenía preparado para St. John—. Tendrá la amabilidad de sacar a bailar a

lady Abby.

—Que magnificencia por su parte, milady, pedirle a su futuro esposo que invite a bailar a otra dama —pronunció con sorna, y Penelope puso los ojos en blanco.

Al llegar junto a la marquesa de York y Abby, St. John sonrió y, sabiendo que la muchacha no tenía ninguna invitación para bailar, o Penelope no hubiese hecho tal petición, se ofreció como un gran caballero.

—Lady Aberdeen, ¿me concedería el honor de bailar la siguiente pieza? —preguntó, haciendo una pequeña reverencia—. Me gustaría ser el hombre más envidiado de la noche.

Abby miró primero a Penelope; al ver que esta le hacía una seña, acabó sonriendo.

—Será un honor, milord.

Una vez en la pista, St. John encontró la oportunidad perfecta para averiguar cosas sobre Penelope.

—Imagino que es amiga de Penelope.

—Su Excelencia Penelope —lo corrigió la joven.

—Por supuesto —aclaró con rapidez—. De la duquesa Penelope de Kennt.

—Sí, me congratula poder decir que es mi mejor amiga.

Duncan asintió satisfecho tras escuchar la respuesta; significaba que estaría al tanto de todo lo que a él le interesaba.

Durante un instante tuvieron que separarse, pero en cuanto volvieron a juntarse, Duncan se pronunció:

—En tal caso, es evidente, milady, que tendrá conocimiento de cierta carta que fue enviada por error.

Abby levantó las cejas, no pensaba afirmar ni negar nada.

—Es posible.

St. John sonrió para sus adentros; la joven que bailaba junto a él era inteligente, por tanto, sería mejor sacar la información de otra manera.

—Dígame, ¿qué flores serían apropiadas para regalar a mi futura esposa?

Abby, que hasta ese momento estaba centrada en el pañuelo de él, alzó la mirada.

—Eso dependerá de la dama, milord.

—¿Si la dama en cuestión fuese la duquesa —preguntó, casi desesperado por conocer la respuesta—, cuáles serían?

Abby notó la premura en su voz. Aunque él había intentado formular esa pregunta con tono casual, había fallado en el intento.

El baile los volvió a separar, y mientras él esperaba con ansia retomar la conversación, Abby sonreía interiormente; ese hombre estaba realmente interesado en Penelope.

—Margaritas.

Duncan asintió y le dio las gracias con un gesto, pero Abby frustró su victoria.

—Sinceramente, milord, dudo que un ramo de margaritas pueda borrar las palabras escritas.

¡Eureka! Estaba convencido de que la joven condesa estaba al tanto de la carta que él había enviado.

—Una carta que fue enviada por equivocación a otra persona —intentó justificarse.

—Eso no cambia el contenido de la misma, ¿no le parece? —replicó Abby.

—A mi parecer, lo cambia todo.

—¿Acaso mintió? —preguntó, escrutándolo con la mirada.

De nuevo tuvieron que girar y separarse para enlazarse con otros bailarines.

Duncan se vio preso en ese mismo momento. Decir la verdad sería dejarlo como un hombre de poca palabra.

Cuando se unieron de nuevo, las cejas levantadas de ella le indicaron que esperaba una respuesta y que no se había olvidado.

—El contenido pierde valor, pues esas palabras iban dirigidas a otra dama —intentó razonar—. Por consiguiente, las palabras expuestas carecen de sentido para la persona que por error la recibió.

—No todas ellas, en mi opinión tan solo las que se referían a la dama en cuestión.

Duncan no pudo rebatir la explicación. Primero, porque el baile había terminado. Segundo, porque la joven condesa era demasiado inteligente.

Tenía razón. Y eso le llevó a hacerse una pregunta: ¿Penelope pensaría igual que ella? De ser así, la duquesa estaba convencida de que él no sería un hombre fiel, algo que hasta ese mismo momento había sido cierto. Sin embargo, ahora se encontraba molesto porque ella no quisiera darle una oportunidad como el futuro esposo que deseaba llevar a su virginal esposa al lecho en su noche de bodas.

Al terminar el baile, Duncan repitió sus pasos y acompañó a la joven condesa hasta dejarla junto a Penelope y la marquesa de York.

Aunque le era imposible apartar la mirada de su futura mujer, un viejo conocido lo apartó de ellas.

Penelope lo vio alejarse y suspiró. Ese hombre le producía escalofríos; no tenía muy claro el motivo, pero así era, aunque estaba convencida de que no era de miedo precisamente.

Gracias a Abby y a su amena conversación, consiguió alejar su mirada de St. John, por lo que agradeció interiormente que su amiga siempre tuviese algo que contar, ya que sería un escándalo que alguien se percatase de su atracción por Duncan.

Una mujer las interrumpió.

—Buenas noches.

Las dos jóvenes se giraron y respondieron al saludo de la marquesa de Bristol.

—Buenas noches, milady.

La marquesa hizo un barrido concienzudo a Penelope. Esta se dio cuenta y se puso nerviosa. Su vestido parecía que no era del agrado de su futura suegra.

—Va usted muy elegante, lady Bristol —intervino Abby al ver el escrutinio al que estaba sometiendo a su amiga.

—Gracias.

Penelope, sin darse cuenta buscó con la mirada a Duncan, que se encontraba a pocos metros observándola.

A Duncan le agradó que ella tuviese ese gesto. Sin dudar, se acercó y se pronunció:

—Es un honor estar acompañado por las damas más bellas de la fiesta.

La marquesa apenas apartó la mirada de Penelope, y observó cómo la

joven duquesa se sonrojaba.

—Madre, me permite presentarle a…

—No es necesaria la presentación —lo interrumpió la marquesa—. Conozco tanto a la condesa de Aberdeen como a la duquesa de Kennt, he tomado el té en contadas ocasiones junto a las madres de ambas.

Penelope se sintió estúpida, esa mujer había estado en su casa en alguna ocasión pero ella nunca se había hallado presente. Cuando su madre recibía visitas, ella se encerraba en el despacho con su padre para estudiar y aprender de su patriarca.

—Por supuesto —reconoció Penelope.

—Aunque debo admitir que la última vez que nos vimos, *Su Excelencia* —pronunció con tono despectivo el título—, era casi una niña que se escondía de sus invitadas. Imagino que esa mala costumbre habrá cambiado, ¿verdad?

Abby miró a su amiga, no entendía por qué esa mujer se dirigía a Penelope con tan poco tacto.

La marquesa de York escuchó el comentario e interfirió para que Penelope no respondiera.

—Querida, hacía mucho que no te veíamos en una fiesta, ¿has decidido integrarte de nuevo en la sociedad?

—Nunca me he retirado —respondió solemne.

La marquesa de York se consideraba una mujer con un sentido del humor extraño. Le encantaba ser franca y directa, una cualidad que no estaba bien vista por otras damas. Como solía ser habitual, la mujer inglesa debía ser discreta, y ante la sociedad, fría, educada, y sobre todo, callada, cualidades que la marquesa no poseía.

—Bueno, que una dama deje de acudir durante tres años a cualquier evento social, yo diría, *querida*, que es permanecer apartada —alegó utilizando el mismo tono con el que se había referido a su pupila.

—Cansancio —respondió, escueta—. Una vez repuesta de mi agotamiento, he decido regresar.

—Ah, es una pena. —Todos miraron a la marquesa por el comentario impropio—. Pensé que tu aparición este año al principio de la temporada se debía a que tanto lord Stanton como St. John están dispuestos a encontrar una

dama a quien cortejar.

Penelope agrandó los ojos. No debía sorprenderse, conocía a su madrina lo suficiente como para saber que era una mujer muy capaz de hacer tales comentarios en sociedad, pero justo ese, que daba pie a la marquesa a dar una respuesta que podía implicarla a ella, no.

—Cualquier dama de Gran Bretaña estaría encantada de ser cortejada por uno de mis hijos —sentenció tan exultante que la solemnidad de sus palabras quedó en el aire—. Aunque no sé si este año es el más apropiado para hacer tal cosa.

Duncan miró a su madre; no entendía ese comportamiento por parte de su progenitora, no era su estilo hablar así y menos comportarse como una auténtica arpía.

—¿No? —inquirió la marquesa de York para que Georgina aclarase la frase.

—Las jóvenes debutantes de este año parece que han perdido el decoro a la hora de vestir —emitió las palabras con desdén mientras miraba a Penelope y a Abby alternativamente—. Preferiría que mis hijos esperasen a la temporada que viene, puede que las buenas formas y el decoro estén de nuevo en vigor.

Penelope se sintió avergonzada, estaba segura de que su vestido no era apropiado.

Abby abrió la boca y la cerró.

Duncan observó a las dos jóvenes y sonrió; no tenían por qué avergonzarse, su madre estaba tanteándolas. Él mejor que nadie sabía que era una mujer de mentalidad liberal, tanto, que la mayoría de discusiones con su padre siempre eran por tal motivo.

—Una lástima que cuando nosotras debutamos no existieran estos vestidos tan maravillosos —dijo la marquesa de York—. Claro que si no recuerdo mal, tú fuiste la debutante más admirada por aquel traje rojo escandaloso que tanto llamó la atención a todos los nobles que en la corte se encontraban —reconoció en voz alta para dejar constancia de que la marquesa Bristol había sido más escandalosa que las dos jóvenes que tenía a su lado—. Oh, si me disculpáis, la condesa de Oxford me reclama.

Georgina hizo un gesto de cabeza, aguantando la sonrisa, pues le había hecho gracia que la marquesa recordase su debut.

—Penelope, Abby, me gustaría que me acompañaseis; estoy segura de que la condesa estará encantada de presentaros a su hijo, el conde de Oxford —aclaró, para molestar a Georgina —. Está deseosa de casar a su hijo, así ella se convertirá de una vez en la condesa viuda y podrá retirarse al campo.

Tres damas octogenarias estaban muy pendientes de todo cuanto se movía a su alrededor.

Hablaban en susurros entre ellas.

Una pareja de baile esa noche había llamado mucho la atención de las tres y, sonrientes, se miraron unas a otras.

—Creo que mi sobrino ha encontrado esta noche a *su dama* —comentó lady Philomena con tono triunfal, pues no hablaba del acuerdo del marqués con el duque, sino de cómo Duncan se había quedado prendado de la joven y viceversa.

—Va a tener competencia —aseguró lady Violet—. El conde de Oxford se ha mostrado muy interesado en ella también.

Lady Hermione hizo un gesto de desaprobación. Habían visto crecer a Duncan St. John y el aprecio por el muchacho era inmenso. Para ellas, nadie estaría jamás a la altura de Duncan.

Philomena apretó los labios, guardándose para sí misma lo que pensaba del conde de Oxford, aunque terminó sonriendo antes de pronunciarse ante sus dos fieles amigas.

—¿No es una suerte que tengamos cierto poder en nuestras manos?

Las otras dos damas sonrieron satisfechas.

Si la gente que las rodeaba supiese en realidad quiénes eran ellas y el poder que poseían ante la sociedad, estaban convencidas de que dejarían de invitarlas.

—Eso me recuerda que debemos retirarnos cuanto antes —anunció lady Hermione—. Tenemos que darnos prisa si queremos actuar como es debido.

Philomena y Violet asintieron con la cabeza, retirándose con elegancia de la fiesta.

Capítulo VII

El ramo más hermoso para regalar a una dama es el que le llega al corazón

Penelope miraba a través de la ventanilla del carruaje de vuelta a casa. No dejaba de pensar en los labios de Duncan.

—¿Qué te ha parecido St. John?

La duquesa giró lentamente la cabeza para mirar a su madrina, que se encontraba sentada frente a ella.

—¿Acaso importa? —preguntó intentando alejar sus pensamientos. Responder con la verdad sería escandaloso.

—¿No te ha gustado? —indagó la marquesa estudiando el rostro de Penelope a través de la poca luz que iluminaba el candil interior del carruaje.

—Es obvio que su porte es admirable —reconoció en voz alta, ya que su madrina tonta no era.

—Lo es, muy admirable.

Una respuesta que a Penelope le hizo reaccionar, ¡claro que lo era! Por eso muchas mujeres se fijaban en él. Las mismas que podrían disfrutar de sus atenciones más íntimas, mientras ella tendría que conformarse con tenerlo al lado sin poder recibir una caricia. Debía encontrar la forma de que St. John rompiera el acuerdo. Casarse con él solo le traería problemas. No podía fiarse de un hombre que había reconocido que no era fiel. Después de haber notado en su piel el suave tacto de sus labios, se volvería loca si al desposarse con Duncan, este, después de reclamarla como esposa en el lecho, se marchase a disfrutar con otra mujer. Era la clase de hombre que hacía enloquecer a una mujer como alguna vez había escuchado. No, no podría soportar tal cosa. Por ello, lo mejor era acabar con ese acuerdo y olvidarse de St. John para siempre.

—Su señoría no se ha casado, ¿por qué no puedo hacer lo mismo? —preguntó con esperanza.

Solo cinco mujeres habían conseguido heredar los títulos nobiliarios de sus antepasados, entre ellas, su amiga Abby, su madre, la marquesa de York, y ella. Penelope debía agradecerle a su majestad el rey tal consideración hacia su padre, por haber estado a su servicio durante muchos años. Aunque fue frustrante y humillante saber que antes de concederle el privilegio, se había hecho un estudio detallado buscando cualquier posible descendiente, por muy

lejano que fuese, antes de dar un veredicto. ¡Era un ultraje! Si su padre o su madre hubiesen tenido un familiar lejano, habría sido el benefactor, aunque por sus venas no corriese casi sangre de sus progenitores. Nadie tenía en consideración a una mujer, tenía que nacer hombre para poder reclamar ante la ley lo que por lógica debía ser suyo.

—Uff, Penny —pronunció con un suspiro—. Si a mí me hubiese mirado con tanta intensidad un hombre como St. John te ha mirado a ti esta noche, hubiese abandonado mi soltería hace muchos años.

***

St. John no era muy aficionado a leer la sección de cotilleos del periódico, pero avisado por su hermano de que él aparecía ese día, se interesó.

Y ahí estaba, sentado en un sofá en la sala verde, con el periódico entre sus manos, siendo observado por tres ancianas que no le quitaban el ojo de encima, como era habitual en ellas cada vez que Duncan las acompañaba.

»Ecos de Sociedad de Londres, 1 de abril de 1815

¡Esta sociedad se desmorona! ¿A dónde vamos a llegar si las buenas costumbres de cortejar a damas por convención desaparecen dando rienda suelta a los flechazos por amor? El debut de nuestras jóvenes anoche fue todo un éxito para la mayoría de ellas. Aunque hay que destacar el de la duquesa de Kennt, que dejó impresionado al joven St. John. Lamentamos desde esta humilde redacción tener que informar con desgana de que después de observar a la pareja bailando, pronto seremos testigos de un enlace por amor. ¡Intolerable! ¿Hay algo más insensato que casarse por amor?

St. John en un principio se quedó perplejo.

Releyó la noticia y acabó carcajeándose.

Las tres ancianas lo miraron inquisitivas.

—¿Acaso ahora los periódicos son portadores de noticias graciosas? —se interesó Philomena.

Duncan negó con la cabeza.

Se levantó y se acercó a ellas.

Leyó la noticia en voz alta y las tres mujeres se llevaron las manos a la boca, totalmente sincronizadas, mostrando su estupor.

Él les sonrió de medio lado.

—Siempre he sido un hombre envidiado por estar habitualmente acompañado de las tres damas más encantadoras y bellas de nuestro imperio —alabó con su típico encanto seductor—. Hasta la fecha ninguna mujer había sido capaz de robarme el corazón como ustedes, pero me temo, miladis, que desde hoy mi corazón solo palpitará por mi futura esposa.

—Casarse por amor no es una buena elección —aconsejó Violet.

—Ninguna dama te querrá como nosotras —reclamó su atención Hermione.

—De eso estoy convencido —respondió alegre, guiñándole un ojo.

—Eres un St. John, cualquier dama estará encantada de llegar al altar contigo —pronunció orgullosa Philomena.

—En ese caso, señoras mías, ya que solo pretendo casarme con una y ya la he elegido —dijo, al tiempo que arrastraba un sillón para situarse lo más cerca posible de las tres mujeres—, van a tener que aconsejarme para que esa mujer no se me escape. Me temo que ayer cometí un gran error.

Tomó asiento y esperó a que aquellas tres magas, en su afán de verlo casado, cometiesen la torpeza de confesar alguna pócima o embrujo para enamorar a Penelope. Estaba a un paso de descubrirlas. Connor se sentiría muy orgulloso de él.

Las tres damas sonrieron pletóricas: no había nada mejor en la vida que hacer de casamenteras, y nada menos que con el hombre que desde pequeño les había robado el corazón.

***

El duque de Whellingtton, tras ser avisado por su ayuda de cámara de que no paraban de llegar ramos e invitaciones a la casa, quiso levantarse de la cama. No estaba dispuesto a perderse uno de los días más importantes en la vida de su hija.

La marquesa de York, que habitaba en *Whellingtton House* durante toda la temporada que permanecía en Londres, se cruzó en la escalera con el duque.

—Querido, no deberías estar levantado.

—Tonterías, estoy cansado de permanecer en la cama, cuando llegue mi

hora ya descansaré toda la eternidad.

La marquesa se acercó a él al ver que le ofrecía el brazo con caballerosidad.

—Me ha comentado Hook que hay mucho movimiento en la casa —comentó, acercándose a la marquesa en tono confidencial.

—No esperaba menos —reconoció ella orgullosa—. Nuestra Penelope fue la dama más admirada. —Y quiso ser más precisa para que el duque se sintiera satisfecho—: Además de por su posición social, fue admirada por su belleza.

Al llegar a la planta baja, los dos sonrieron al ver pasar a dos lacayos con jarrones en ambas manos.

—Su Excelencia, la señora Gates ha dispuesto la sala violeta para la ofrenda de flores —informó el mayordomo.

—¿Penelope se ha levantado ya? —preguntó la marquesa.

—Mery está a punto de subirle el desayuno.

—Avísela de que hoy desayunaremos todos juntos en el salón pequeño.

—Por supuesto, milady.

Mery, la doncella personal de Penelope, entró en el dormitorio con una amplia sonrisa.

—Buenos días, Excelencia.

Penelope le había pedido encarecidamente a Mery que no la tratara con el título, pues llevaba con ella muchos años, pero la mujer se negaba y su padre había sido muy estricto al respecto: «La servidumbre siempre tiene que saber quién eres y qué lugar ocupas»; por lo que ya había dejado de pelearse con ella por esa cuestión.

—Buenos días, Mery.

—Su señoría ha pedido que se reúna con su padre y con ella en el salón pequeño para desayunar.

—¿Mi padre se ha levantado de la cama? —preguntó, incrédula, pues el doctor había proferido que durante su estancia en Londres no abandonara el lecho. ¿Cómo había permitido el médico que su padre se levantase? En cuanto lo viese, tendría unas palabras con él.

—Sí, Su Excelencia hoy parece gozar de buen aspecto.

Penelope se levantó y se vistió con la ayuda de Mery; quería reunirse cuanto antes con su padre, hacía tanto tiempo que no desayunaban juntos que le hacía ilusión.

Bajó las escaleras corriendo como cuando era una niña y se quedó petrificada en el último peldaño.

Miró a la señora Gates presa de pavor.

—Su Excelencia va a tener una ardua tarea para elegir un acompañante —dijo el ama de llaves, sonriente.

Penelope apenas podía creer la cantidad de ramos que había recibido. Respiró con fuerza y pasó por delante de la puerta abierta sin poder apartar la mirada; incluso dobló el cuello hasta que llegó a la sala pequeña donde la esperaban.

Al entrar, su padre hizo ademán de levantarse como mandaba el protocolo al entrar una dama, pero Penelope le hizo un gesto con la mano para exculparlo. Se acercó hasta él y le dio un beso en la mejilla.

—Buenos días, ¿por qué te has levantado?

—Quería comprobar con mis propios ojos lo que tu madre siempre decía —confesó mirando a su hija—: «El día que nuestra pequeña debute, las floristerías de Londres se quedarán vacías».

Penelope fingió una sonrisa. ¿Qué sentido tenía? Su padre ya había elegido por ella, ¿no?

—¿No estás contenta? —preguntó la marquesa.

—No sabría qué responder a esa pregunta. —Fue honesta en la respuesta—. ¿Acaso puedo elegir a otro hombre que no sea St. John?

El duque y la marquesa se miraron, comprendían a la perfección lo que sentía Penelope.

—Son poco habituales los matrimonios por amor, Penelope —dijo el duque—. Y aunque hemos llegado a un acuerdo el marqués y yo, os estamos dando la posibilidad de tener un tiempo de cortejo.

¿Debía ella sentirse agradecida por ello?

—¿Y si dijera que anoche me interesó otro noble?

La marquesa agrandó los ojos.

El duque se tensó.

—¿Quién? —preguntó el padre con cautela. Igual la elección de su hija era factible y podía darle ese placer como última petición antes de morir.

—El conde de Oxford me pareció muy agradable —respondió y, mientras esperaba una respuesta por parte del duque, pensó en el conde. Había sido atento, e incluso parecía tener sentido del humor, algo raro en un noble inglés. Era apuesto, no tanto como St. John pero sí lo justo como para sentirse atraída por él. Sí, definitivamente era una buena elección, con él no se sentiría desgraciada en un futuro si tomase por amante a otra mujer. Dudaba mucho que pudiese afectarle tal cosa.

—Preferiría que fuese St. John, además le di mi palabra —objetó el padre sin querer dar más explicación.

—¿Qué tiene de malo el conde? —apremió Penelope para que el duque fuese más explícito en su respuesta anterior.

—No he dicho que tenga nada malo, pero di mi palabra y si St. John no se retracta será con él con quien te desposes.

—¿Y si él me hubiese dado el beneplácito para ser cortejada por otro hombre?

La marquesa levantó las cejas.

—Dudo que St. John hiciese tal concesión—aseguró—. Vi cómo quedó prendado ante ti; un hombre que mostró tanta atracción sería incapaz de tal ofrecimiento.

Penelope estuvo a punto de subir a su dormitorio para mostrarles la carta, pero en el último segundo su sensatez la hizo recapacitar. Si mostraba el contenido de la carta, posiblemente se escandalizarían, pedirían una explicación a St. John, y él podría mostrar la que ella le envió.

—Disculpen —interrumpió el mayordomo—. Ha llegado una misiva para su excelencia Penelope, la envía el lord St. John.

Penelope la guardó con premura, no quería que la leyese nadie.

El duque y la marquesa se miraron al ver la reacción de Penelope, pues tras escuchar el nombre St. John, se había sonrojado. Ambos sonrieron, habían sido jóvenes y sabían que ese estado de inquietud solo se debía a un motivo: No se habían equivocado con la elección del futuro duque consorte.

La marquesa de York habló con nostalgia.

—Te aseguro, querido, que St. John quedó prendado de Penelope. —Miró

a la joven y sonrió con cariño—. Vi la misma mirada que tú mostraste hace años, el día en que tus ojos y los de Mai se encontraron por primera vez.

Penelope prestó atención al escuchar el nombre de su madre.

El duque, por el contrario, hizo un gesto de disculpa que su hija no comprendió, pero que la marquesa aclaró con rapidez.

—Cuando vi esa calidez y atracción en tu mirada, supe que jamás me mirarías como a ella —se sinceró—. Y siempre te he estado agradecida por la honestidad que demostraste cuando pusiste fin a nuestro cortejo; de habernos casado hubiésemos sido muy desgraciados, ya que tu corazón pertenecía por completo a Mai.

Penelope agrandó los ojos; miró primero a la marquesa y luego a su padre.

—¿Cortejaste a mi madrina? —preguntó, un tanto conmocionada ante tal revelación.

—Sí —afirmó tajante el duque—. Pero conocí a tu madre en un baile… —Se quedó callado, no sabía qué decir para no molestar a la marquesa.

—Y cuando los presentaron, tu padre se quedó tan prendado de tu madre, como St. John lo hizo de ti anoche —terminó la frase la marquesa.

Penelope parpadeó, no podía creer lo que estaba escuchando.

—Pero… tú y mi madre… —titubeó—. Fuisteis como hermanas.

La marquesa se carcajeó, comprendía el nerviosismo de su ahijada.

—Cierto.

—¿No te enfadaste con ella por…?

—Jamás, todo lo contrario —reconoció la marquesa—. Antes de aceptar la propuesta de matrimonio de tu padre, vino a buscarme a mi casa —confesó algo que ni el duque sabía—. No quería darle una respuesta sin estar segura de que el resultado no acabaría haciéndome daño.

El duque asintió despacio; conociendo a su esposa, ese gesto demostraba una vez más que siempre miraba por los demás antes que por su propio bien.

—Fue tan dulce, sincera y generosa, que no pude más que considerarla una buena amiga… y la llegué a querer como a una hermana con los años.

Penelope no pudo evitar inclinarse y besar en la mejilla a su madrina, pues había pronunciado aquella frase con brillo en la mirada, recordando a la mujer que un día se cruzó en su camino y cambió su destino.

—Querida, deberíamos ver quiénes son tus admiradores —intentó cambiar de tema.

Penelope gruñó sin éxito, pues su madrina enlazó su brazo con el suyo y la dirigió a la sala donde estaban los centros florales.

—Habrá que abrir las ventanas o nos asfixiaremos —se quejó Penelope, pese a que sus ojos fueron a parar a un ramo gigante de margaritas que estaba en el centro del salón.

—¿Qué ocurre, querida? —preguntó la marquesa al ver la reacción de su ahijada.

La duquesa no respondió; fue esquivando el resto de ramos hasta que llegó al que había llamado su atención y cogió la tarjeta que estaba prendida entre las flores. Al ver que se lo había enviado St. John, su corazón se aceleró. ¿Había elegido sus flores favoritas? Su mano, temblorosa, dio la vuelta a la tarjeta y la leyó:

«No las deshojes todas, pues siempre van a decir sí.»

Se cubrió la boca con la mano e intentó reprimir la risa. Ese hombre poseía algo especial que siempre acababa sorprendiéndola. Y en ese mismo instante, recordó que tenía dos notas más de St. John en el bolsillo. Se dio la vuelta y miró a la marquesa.

—Disculpadme un segundo, debo atender un asunto.

—Por supuesto, querida, pero dime, ¿quién te ha mandado ese ramo de margaritas?

Penelope, incapaz de reprimir una sonrisa tímida, respondió mientras salía del salón:

—St. John.

La marquesa hizo un gesto cómico que Penelope no vio, se dio la vuelta, observó la estancia y negó con la cabeza. Una lástima que tantos centros florales se fuesen a marchitar. Entonces, se quedó pensativa. Con la variedad de ramos, a cuál de todos más ostentoso y bello, ¿por qué Penelope solo se había fijado en el más sencillo? Sonrió al comprender que eran sus flores favoritas y que, además, St. John había tenido el hermoso gesto de averiguarlo.

Mientras la marquesa elucubraba, Penelope entró en el despacho para leer las notas que St. John le había enviado.

Abrió primero la que parecía más extensa.

«Querida Pen:

Es un honor para mí haber sido elegido vuestro futuro esposo. Anhelo que llegue el momento de unir nuestras vidas.

Prometo ser el esposo que como duquesa mereces. Y baste decir, que ardo en deseo de poder cumplir las expectativas que tanto necesitas para continuar con la descendencia que tu ducado exige.

A partir de hoy, soy vuestro más fiel admirador y el único hombre con derecho a cortejarte gracias al acuerdo de nuestros padres.

Duncan.»

Penelope negó con la cabeza; ese hombre era muy ladino, había utilizado el acuerdo de sus padres para que ella no pudiese negarse. Desde luego, algo inteligente por su parte. Además, sí era un hombre de palabra; durante el baile comentó que le enviaría una nueva carta y así lo había hecho. Y por algún extraño motivo, esta vez no estaba enfadada porque él se empañase en tutearla; más bien le gustaba, aunque no lo admitiría delante de nadie.

Abrió la siguiente nota.

«Esta tarde tendremos nuestro primer paseo por Hyde Park.

Pd: En vista de tu afición por la aventura nocturna, esta noche, si es tu deseo, tendremos nuestra primera cita clandestina.»

Penelope se llevó las manos al corazón. ¿Una cita clandestina? Ese hombre había perdido la sesera.

Unos golpes débiles en la puerta consiguieron que dejara de pensar en ello.

Capítulo VIII

Hay juegos peligrosos

Duncan St. John caminaba con tranquilidad junto a Penelope por el aglomerado camino de Hyde Park, donde toda la sociedad parecía haberse confabulado para dejarse ver esa misma tarde. Prefirieron dejar el *barouche*[1] y continuar andando, aprovechando la cálida tarde que el día ofrecía y que pocas veces se podía disfrutar en Londres.

—Pen, te consideraba una mujer más habladora —comentó, escrutándola con la mirada.

La duquesa permaneció en silencio, sin siquiera ladear la cabeza para mirarlo. Estaba nerviosa, pues como era de esperar, St. John le había ofrecido su brazo en un gesto de caballerosidad, y el roce de su mano en el antebrazo de él incluso le ardía. Ese hombre tenía ese poder sobre ella.

—Por cierto, estás preciosa —la halagó Duncan, sincero.

—Gracias, milord.

St. John suspiró con fuerza, esa mujer era obstinada por naturaleza.

—¿No crees que es hora de llamarme por mi nombre? —preguntó, incluso sabiendo la respuesta.

—¿Qué le hace pensar que voy a hacer tal cosa?

—Para empezar —dijo con desagrado al verla tan tiesa, de frente y sin regalarle una mirada—, porque vamos a casarnos a finales de verano. Me parece que esa ya de por sí es suficiente respuesta para que me tutees.

Penelope dejó de caminar y por fin le prestó atención. ¡Gracias a Dios!

—Está demasiado convencido de tal fechoría…

—…Nuestros padres así lo acordaron…

Se interrumpían el uno al otro.

—… Me temo que ambos estamos en desacuerdo…

—… No —pronunció él tan tajante, que Penelope se sorprendió al escucharlo—. Creo recordar que esta mañana envié una misiva en la que mostraba mi reciente interés en ser tu futuro esposo.

Penelope se soltó de su brazo, se alejó un par de pasos para situarse frente a él, clavó su violeta mirada en los ojos grisáceos con reflejos azules de Duncan, y sin pestañear, se pronunció:

—Ayer me mandó una carta diciendo que no entraba en sus planes casarse, ¿cierto? —le recordó por si era un hombre falto de memoria.

—Unas letras escritas a una persona equivocada —aclaró con la misma intención que ella.

—Aunque no fuesen dirigidas a mí, el hecho en sí sigue siendo el mismo.

Penelope no pensaba dar su brazo a torcer y parecía que Duncan tampoco. Él se había acercado un poco más a ella al dar su respuesta y ahora fue la duquesa quien hizo lo propio, olvidándose ambos por completo de que estaban en un lugar concurrido, y siendo observados por unos cuantos ojos curiosos.

—Estás muy equivocada.

De nuevo dio un paso y la tensión entre ellos aumentó, era cuasi palpable en el ambiente.

—¿Qué ha cambiado, milord? —preguntó Penelope, dando un paso adelante, y él respondió casi pegando su cuerpo al de ella:

—Te conocí —sentenció al tiempo que se inclinaba para estar a su altura y que solo ella pudiera escuchar su respuesta. Sus sombreros se juntaron; de no haber llevado la duquesa una pamela, sus frentes su hubiesen pegado.

Fue tan contundente y honesta la respuesta, que ambos se estremecieron, como si esas dos palabras fuesen una verdad única, un descubrimiento para el que ninguno de los dos estaba preparado.

—Inspiré el aroma embriagador de tu perfume, acaricié con mis labios la suavidad adictiva de tu piel, y me vi reflejado en esos brillantes y hermosos ojos que posees… Ahora, estoy anhelando poder besar esos carnosos y rojizos labios.

Y de no ser por el carraspeo de la dama de compañía de Penelope, avisándoles de que estaban acompañados y, además, en un lugar público, Duncan se hubiese lanzado a atrapar esos labios como bien había pronunciado.

Penelope se asustó al comprender que no hubiese puesto ningún impedimento. De hecho, lo deseaba con desesperación, como si de ese beso que ella demandaba a través de su mente dependiese seguir respirando.

Ambos se retiraron al mismo tiempo, dando un par de pasos hacia atrás, pero sin apartar sus miradas.

Todavía conmocionada por las palabras de Duncan y sin proponérselo, sonrió con candidez mientras su respiración agitada poco a poco se iba calmando, provocando así que St. John se relajara y que también esbozara una sonrisa ladeada, la misma que se esfumó al segundo cuando una voz varonil rompió el hechizo del momento.

—¿Lady Penelope?

La duquesa ladeó la cabeza y suspiró aliviada, ese hombre la había salvado del embrujo de Duncan.

—Lord Oxford —pronunció, sonriente.

—Oh, acaba de convertir una tarde anodina en una ráfaga de aire fresco para este mortal —halagó a la duquesa—. Su belleza es envidiada por los mismísimos ángeles.

Duncan no podía creer que el conde hubiese sido capaz de pronunciar semejante cursilería en voz alta.

Penelope intensificó la sonrisa y eso molestó a St. John.

—Gracias, milord —respondió sonrojándose, aunque no por el halago, sino más bien porque Duncan se había posicionado a su lado, rodeándola por la cintura; un gesto inapropiado que consiguió ganarse dos miradas furibundas, la de Penelope y la de la doncella. Claro que a él tanto le dio, pues la mirada incrédula y tensa de Oxford era la única que le interesaba.

—Si nos disculpa, lord Oxford, debemos proseguir nuestro camino —dijo Duncan sin apartar la mirada del hombre que todavía parecía perturbado por la cercanía e intimidad que él había mostrado con la mujer que parecía interesarle.

Penelope se irguió y dio un paso al frente para poner la distancia que estaba permitida. Miró al conde y, molesta por lo que acababa de hacer Duncan, se refirió a Oxford con voz dulce, aparentando ser una damisela inocente y avergonzada.

—Lord Oxford, lamento haber declinado su invitación para pasear esta tarde. —Pestañeó como una niña angelical, consiguiendo que el conde se prendara de su ternura—. Aunque estoy deseando acordar esta noche durante la cena, su ofrecimiento para ir de picnic el domingo.

Oxford sonrió triunfador.

—Será un placer, Excelencia. Estaré toda la noche a su entera disposición.

Duncan, cansado de tanto tonteo, se entrometió de nuevo.

—En ese caso esta noche nos veremos, Albert —afirmó, prescindiendo del título—, cuando acompañe a lady Penelope a tu casa.

El conde acercó su mano para sostener la de Penelope y besarla en los nudillos antes de despedirse.

En cuanto Oxford se alejó y ellos continuaron su paseo, Duncan, que no quería enfadarse y sí poder mantener algo de magia entre ellos a pesar de la intromisión, se pronunció bromista:

—*Pecosilla*, estás jugando a un juego muy peligroso.

Penelope intentó permanecer serena, aunque ese cariñoso mote, pronunciado con tono divertido, íntimo, y refiriéndose solo a ella, le provocó una sensación placentera en el estómago.

—¿Qué juego, milord?

—Jugar entre dos aguas, milady —respondió él mirándola de soslayo—. Puede acabar ahogándose.

Penelope no pudo evitar sonreír plena; Duncan era el único capaz de conseguir que ella sonriera de verdad, sin fingimiento. Giró la cabeza y los dos se miraron.

—Ah… no se preocupe, St. John, sé de un conde que estaría encantado de salvarme.

Y de manera unísona los dos rieron a carcajadas, atrayendo las miradas de los curiosos que paseaban cerca de ellos.

***

Duncan, como buen pretendiente, se ofreció esa noche a ser el acompañante de Penelope, algo que la duquesa rechazó, aunque sin éxito. St. John, que tenía más picardía que ella, tras acompañar a Penelope de regreso a su casa después del paseo, con la clara intención de quedar un paso por delante de ella, gustosamente y como un gran caballero, aceptó la taza de té que la marquesa de York le había ofrecido. De esa manera aprovecharía para invitar a la marquesa a que los acompañase esa misma noche a la fiesta organizada por la condesa de Oxford.

Sin embargo, ahora se maldecía interiormente, pues Penelope, con un vestido verde agua que parecía estar diseñado para hacer pecar a los hombres, se había convertido en el centro de atención de la mayoría de los caballeros

que esa noche allí se encontraban. Y por si eso no fuese suficiente, ninguno se molestaba en disimular que estaba interesado en ser pretendiente de la joven duquesa.

Penelope se dirigió al aseo, necesitaba esconderse de todos. O más bien, de St. John, pues cada vez que sus ojos traicioneros lo buscaban, lo descubría mirándola. Y no era una mirada normal, era algo más… más… No sabía definir aquella mirada, solo sabía que a ella la hacía estremecer.

Dos damas estaban mofándose abiertamente de una persona, y no precisamente de una desconocida para ella; se trataba de su mejor amiga Abby.

Se encendió y cuadró sus hombros.

—Tienen suerte de que soy una persona educada —dijo con voz firme, sorprendiendo a las dos damas—. Por ello, me es imposible referir en voz alta lo que se dice de ustedes dos.

Las damas en cuestión se ofendieron.

—No obstante, les aseguro que sus maliciosas risas en referencia a lady Aberdeen, son innecesarias a la par de necias, pues si declamo todo lo que he escuchado de ustedes, más que reír deberían echarse a llorar.

—¿Cómo se atreve? —protestó una de ellas.

—Más bien cómo se atreve usted a criticar a una verdadera dama cuando tiene tanto que callar.

—¡Qué insolencia! —se expresó la otra.

—La única insolencia es la que ustedes han mostrado al mofarse de la condesa. —Las miró con desprecio y añadió—: ¿Debo entender que la mujer de un baronet y la de un simple vicario se creen superiores a una condesa?

Las dos se miraron. Iban a responder, pero al entrar la condesa de Oxford, se quedaron atónitas al escuchar cómo se refería a la muchacha que tenían delante.

—Excelencia, la estaba buscando.

La mujer del vicario parpadeó.

La mujer de baronet tembló.

Hicieron amago de marcharse, pero Penelope no estaba dispuesta a consentir que esas mujeres abandonasen el aseo sin responder.

—Señoras —les llamó la atención con voz firme—. No he escuchado la respuesta.

La condesa de Oxford se sorprendió, miró a sus invitadas y notó el azoramiento de ambas.

—¿Sucede algo? —se preocupó.

Las dos mujeres negaron con la cabeza, un tanto incómodas y nerviosas.

—Sucede que estas mujeres tienen tendencia a hablar demasiado —criticó Penelope—. Y cuando deben hacerlo parece que se les ha comido la lengua el gato.

A la mujer del vicario se le encendió el rostro por la vergüenza.

—Cuando hago una pregunta lo mínimo que espero es una respuesta.

La mujer del baronet, con voz temblorosa, se pronunció:

—No.

Penelope la miró sin pestañear.

La condesa de Oxford estaba desubicada totalmente. No entendía qué estaba pasando allí, pero hablaría con las dos mujeres, pues desairar a la duquesa en su hogar era una afrenta.

—En tal caso —dictaminó Penelope—, les sugiero que antes de mofarse de otra persona, recuerden todo lo que tienen que callar si no quieren que sus trapos sucios se sepan.

—Por supuesto —reconoció la mujer del vicario, deseando salir de aquel lugar con premura.

Penelope dio un paso al frente y esperó a que la mujer del baronet se apartara de su camino; faltaría que ella tuviese que desplazarse a un lado, delante de dos mentecatas con malas entrañas.

La esposa de sir Gutten se apartó y Penelope salió con la cabeza muy alta.

Mientras recorría el pasillo para llegar de nuevo al salón de baile, pensó en su amiga Abby y deseó que no llegase a sus oídos el mote con el que la habían apodado. O más bien, que la marquesa no llegara a enterarse, porque sería humillante.

Era inaceptable que todos buscasen en Abby más defectos que virtudes. No llegaba a comprender por qué siempre intentaban humillarla, cuando Abby era la persona más maravillosa que nadie pudiese encontrar en toda

Inglaterra.

Era inteligente, cariñosa, romántica… Era todo corazón y bondad. ¿Por qué entonces buscaban su ruina social?

Duncan vio aparecer a Penelope y se sorprendió al verla tan seria. Parecía enfadada.

Durante media hora la persiguió con la mirada. Llegó un momento en el que decidió dejar de mirarla, pero le fue imposible. Esa mujer se había convertido en una adicción para él.

Penelope, que estaba agobiada de recibir atenciones por parte de todos los presentes, buscó de manera involuntaria a Duncan, y en cuanto sus ojos conectaron, él sintió que ya había permitido suficiente tiempo a los demás; al fin y al cabo, él iba a casarse con ella, más valía que fuese a reclamar lo que a su modo de ver le pertenecía.

Mientras se dirigía hasta donde se encontraba Penelope, se cruzó con Oxford, a quien descubrió mirándolo de soslayo con una sonrisa triunfal. Un gesto que no entendió, pero que le molestó en demasía.

—*Querida* —pronunció alargando la palabra para que los individuos indeseables que estaban rodeando a Penelope lo escucharan con atención—. Es hora de que cumpláis vuestra promesa.

Penelope lo miró divertida, pues de nuevo Duncan había conseguido que durante el resto de la noche ningún caballero se acercase a ella. Ese mote cariñoso e íntimo confirmaba que entre ellos ya existía una conexión o una relación más estrecha; era un pretendiente que la cortejaba. Además, al ser su acompañante, no podía bailar con ningún otro si él se lo pedía.

La duquesa alargó el brazo y él tomó su mano con delicadeza, la llevó a su antebrazo y caminaron juntos hacia el centro del salón. A falta de un par de metros para alcanzar la pista de baile, la voz del conde de Oxford los detuvo.

—Su Excelencia, si me permitís, me gustaría presentarle a la señorita Elaine Hawkins —intermedió, para que ambas se conocieran—; la joven promesa que nos deleitará con su gran actuación en el teatro la próxima semana.

St. John apretó los dientes, ¡maldito bastardo! Ahora comprendía esa sonrisa de satisfacción cuando se cruzaron un momento antes.

—Un placer —saludó Penelope.

—El placer es mío, *Su Excelencia* —pronunció la actriz con acritud.

Penelope no entendió ese tono de voz utilizado, pero Oxford la sacó de su confusión.

—St. John, no es necesario que os presente a la dama, ¿verdad?

—No, la señorita Hawkins y yo ya nos conocemos —respondió acribillando con la mirada a Oxford.

Penelope, al ver cómo la mujer de ojos pardos claros, se movía sinuosa delante de Duncan para que este le besara la mano enguantada, sintió rabia en su interior.

Tragó saliva, pues no quería mostrarse molesta, ni enfadada, ni alterada ante ellos; tan solo quería demostrar indiferencia, algo que estaba muy lejos de sentir en su interior, pero que intentaría por todos los medios conseguir.

Cuando Duncan rozó el guante de Elaine, la examante miró a Penelope con petulancia, un gesto que la duquesa reconoció y que le hizo sentir estúpida; eran amantes.

«¡Por supuesto, ella es Elaine, la mujer que St. John buscaba la otra noche en el jardín cuando me confundió!», se dijo para sí misma. A pesar del descubrimiento, fingió una sonrisa, esperando encontrar el momento oportuno para alejarse cuanto antes de St. John. No podía quitar ojo a la actriz y al que su padre había elegido como su futuro esposo.

Intentó no fijarse en ella más de lo debido, pero era imposible, esa mujer era muy hermosa. Casi perfecta, si es que no lo era del todo. De pelo largo y ondulado castaño claro. De tez tan blanca y perfecta, que buscar un atisbo de imperfección era imposible; de hecho, ni una sola peca mancillaba su cuerpo. Todo lo contrario a ella, pues sus imperfectas marcas eran imposibles de ocultar.

Esa misma tarde, mientras descansaba minutos antes de vestirse para verse de nuevo, había albergado la posibilidad de que en un futuro St. John y ella pudieran llegar a ser un matrimonio bien avenido. En ese momento, delante de la que era su amante, se sentía estúpida por haber pensado semejante insensatez. Duncan estaba acostumbrado a un tipo de mujer voluptuosa, con experiencia, y por lo visto, atrevida; todo lo contrario a ella. Sin lugar a dudas, la clase de mujer que ningún hombre querría perder, y ella no estaba dispuesta a sufrir por él.

—Milord, por si no lo recuerda, me debe un baile —pronunció Elaine, sin

una pizca de vergüenza.

El conde de Oxford estuvo atento y salvó la situación.

—Yo también le debo un baile a Su Excelencia, ¿cierto?

Penelope agradeció la intervención, pues era incómodo, además de escandaloso, que una mujer soltera hubiese sugerido que la invitasen a bailar; más, cuando el caballero en cuestión estaba acompañado en ese mismo instante.

Duncan clavó la mirada en Oxford en cuanto vio que Penelope, con educación y elegancia, posaba su mano en el brazo del conde. Seguidamente miró a Elaine, quien parecía estar disfrutando de una pequeña venganza personal. Como no estaba dispuesto a montar una escena delante de todos los invitados, también ofreció su brazo con galantería y siguió los pasos del conde y Penelope. Una vez en la pista de baile, mientras rodaban al compás del vals que sonaba en ese momento, se pronunció molesto:

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

Elaine sonrió, esa noche estaba disfrutando de verdad; nunca antes la habían invitado a una fiesta junto a tanta gente de la alta sociedad.

—Bailar.

Duncan la acribilló con la mirada, un gesto que Elaine memorizó porque en el tiempo que habían compartido juntos, nunca antes lo había hecho.

—Así que la pelirroja es con la que te vas a casar… —dijo con ironía.

—Su Excelencia —la corrigió Duncan, pues le molestó tanto el tono utilizado como la poca educación con la que se había referido a Penelope—. No se te olvide, Elaine, esa mujer es una duquesa.

—Ah… por supuesto que no lo olvido, milord —reconoció, molesta—. Una rica heredera que se puede permitir comprar a cualquier hombre.

Duncan siempre se había caracterizado por su buen humor y educación ante sus amantes, pero Elaine estaba jugando con fuego, y no iba a permitir un insulto más.

—No vuelvas a insinuar…

—¿Acaso no es cierto?

El tono utilizado acabó con la paciencia de Duncan, que perdiendo su buena educación, respondió tajante:

—Hay dos clases de mujeres, Elaine. —Hizo una pausa antes de continuar —: Las damas que pueden comprar, como Penelope, y las que se venden, como tú.

Elaine agrandó sus fosas nasales, indignada por el comentario. No es que fuese el primer hombre que le había sugerido algo así, pero le dolió escucharlo de la boca de Duncan, el único que hasta ese día la había tratado como a una dama. Tampoco es que sus amantes anteriores hubiesen sido poco generosos, pero ninguno había tenido la gentileza de tratarla con tanta educación como St. John, y eso dolía, porque ella había llegado albergar un futuro con él. Por primera vez, su amante no era un hombre con título, por lo que pensó que no tendría tanto miramiento a la hora de escoger a su futura esposa.

Sus ojos buscaron a Penelope, la mujer que había frustrado todos sus planes de futuro. La odió como nunca antes había odiado a nadie.

Volvió a buscar los ojos de Duncan y su rabia creció; él no la miraba, estaba bailando con él y ni siquiera le prestaba la atención que merecía.

Bien, llegados a ese punto, cumpliría la parte del trato que había acordado con Oxford; ya no tenía nada que perder, por lo tanto, mejor que llorara la duquesita a hacerlo ella. Al fin y al cabo, estaba acostumbrada a vivir de sus amantes; con su físico no tardaría en tener a otro noble pagando sus vestidos, su casa y sus nuevas joyas.

—Lo lamento, Duncan —se disculpó—. Estaba enfadada. Hasta hace dos noches nuestros cuerpos se entendían perfectamente en la cama…

Duncan la miró con intensidad, no era un lugar adecuado para hablar de esas intimidades.

—Elaine, no digas una palabra más.

La actriz levantó el mentón y apretó la mano que le sostenía St. John.

—Necesito una despedida…

—Ya nos despedimos.

—No, tú lo hiciste, yo no tuve más opción que verte marchar.

Duncan miró de soslayo. Oxford y Penelope bailaban muy cerca, pero Elaine, con voz suplicante, volvió a llamar su atención:

—No tendré el pedigrí del resto de damas que están en este salón, pero tengo corazón, Duncan —lloriqueó—. Regálame una última noche… por

favor.

La súplica conmovió a St. John, y se odió por haberla tratado con tan poca educación un minuto antes. Le gustase o no, esa mujer durante cuatro meses había sido su amante. Habían disfrutado el uno del otro y, de no haberse entrometido su padre en su vida, esa noche él habría gozado entre las sábanas con ella.

Acabó el baile y miró a Penelope. Bien, le gustaba la duquesa, pero todavía no habían hecho público su compromiso; bien podía complacer a Elaine por última vez.

—Nunca volverá a haber otra.

Elaine sonrió satisfecha, asintió y miró a Oxford con complicidad.

Capítulo IX

Las palabras que se dicen estando enfadados siempre hacen daño

La marquesa de York, que observaba en silencio, decidió intervenir. Conociendo a su pupila como una madre, sabía que estaba fingiendo delante de los invitados. No era agradable para ninguna mujer toparse con la amante de su futuro esposo. Era algo de muy mal gusto, y como mujer experimentada por la edad, sabía que el causante de esa incómoda situación tenía un nombre: Oxford.

Miró en rededor, ciertas damas ya estaban parapetadas con sus abanicos especulando. No había que ser muy lista para darse cuenta de que una actriz que todavía no había debutado en el teatro, no podía estar en una fiesta cuya anfitriona era una condesa. Y si el único hombre con el que había bailado la joven era St. John, acababa de clamar a los cuatro vientos que eran amantes.

—Querida, debo retirarme —pronunció, ofreciendo a Penelope una excusa perfecta para marcharse de la fiesta—. Me siento indispuesta.

—En ese caso será mejor que nos marchemos cuanto antes.

St. John estaba obligado a acompañarlas, pues él había sido el acompañante de las dos damas.

Hizo un gesto de cabeza y se dirigió a la salida para avisar a su lacayo.

Cinco minutos tardaron en abandonar *Oxford House*.

Durante el trayecto ninguno de los tres pronunció ni una palabra. Penelope miraba a través del cristal las calles poco iluminadas de la ciudad.

La marquesa intentaba disimular dándose aire con el abanico, mientras pasaba la mirada de St. John a su ahijada.

Duncan sabía que la situación era cuanto menos incómoda para todos y tenía claro que se encargaría de hacer pagar a Oxford su osadía.

Al llegar a su destino, el carruaje paró en la puerta de *Whellingtton House*. El cochero bajó el pescante y St. John fue el primero en salir para ayudar a las damas a bajar.

La marquesa le hizo un gesto de agradecimiento y de nuevo intentó ayudar a la pareja; se encaminó con paso firme hacia la entrada, dejando así algo de intimidad entre ellos, para que St. John pudiese calmar la rabia interna de Penelope. Ambos sabían que, a pesar de no dar muestra de ello, la muchacha se sentía ofendida.

Duncan agradeció el gesto de la marquesa, y con un movimiento rápido entró de nuevo en el carruaje, sorprendiendo a Penelope, que dio un pequeño gritito.

—Pen, ha sido de muy mal gusto que Elaine estuviese en la fiesta.

Penelope, que seguía agitada por el movimiento brusco al haber tenido que retroceder ante la entrada de St. John, se irguió en su sitio mientras él tomaba asiento frente a ella.

—St. John —pronunció molesta—, no me debe ninguna aclaración ni disculpa.

—Bien sabes que sí…

—No, milord —sentenció—. En su primera carta dejó constancia de su naturaleza libertina —St. John apretó los dientes—. Su fama le precede, no esperaba menos de vos.

—Había quedado claro que esa carta no iba dirigida a ti —le recordó—. Al igual que esta tarde creí haber dejado constancia de que todo había cambiado entre nosotros.

—Palabras vacuas que estuve a punto de creer —adujo Penelope con mirada rabiosa—. Algo que no volverá a suceder. Puede que sea joven e ingenua, pero le aseguro, milord, que no soy tonta ni ciega; vi cómo usted y esa mujer se miraban, y créame, el resto de Londres también lo vio.

—Mi relación con Elaine… —Quiso explicarse, pero la duquesa lo interrumpió.

—Si fuese un hombre honorable, acabaría con esta farsa de inmediato —adujo con voz seca—. Mi padre no lo tomará como una ofensa, yo misma me encargaré de que así sea.

St. John apretó los puños, maldiciendo interiormente y con ganas de matar a Oxford. Solo podía buscar una salida y no vaciló en utilizar su única baza.

—Si el acuerdo lo hubiese formulado yo, podría hacer lo que me pides, pero no dejaré a mi padre como un hombre falto de palabra.

Penelope se enfureció, era muy ladino por su parte usar al marqués para salirse con la suya.

Enojada, habló sin pensar:

—Es una lástima que la honorabilidad no se herede, ahora comprendo que su padre acordase el contrato sin vacilar. Debe de ser el mayor triunfo de su

vida convertir a su hijo *segundón* en un *duque consorte*; incluso sin honor, a un consorte se le respeta, algo que no haría la gente si no llegase a ostentar tal título.

Fue un golpe que St. John recibió como un puñetazo en su ego. Siempre lo habían mirado por encima del hombro; puede que fuese hijo de un marqués, pero los triunfos de un segundo nunca se celebraban, tan solo importaba el primogénito. Llevaba toda su vida teniendo que demostrar que él era digno hijo de un marqués, pero una vez más, las palabras de la duquesa le recordaron que a vista de todos seguía siendo un don nadie.

Sabía que responder en ese momento de ira podía pasarle factura, pero quería desquitarse y devolverle el golpe con la misma intención que había hecho ella, hacerle daño.

—Debería preguntarse, *duquesa* —pronunció el título con el mismo desprecio que ella había utilizado y, además, dejó de tutearla—, por qué su padre tuvo que recurrir a un segundón. Hay mujeres para las que ni siquiera su título es suficiente para estar a la altura de un noble… —La miró con dureza—. Puede poseer los cinco títulos nobiliarios, pero le queda mucho todavía para ser una buena esposa.

Penelope agrandó los ojos y alargó el brazo para abrir la puerta del carruaje, pero St. John la retuvo, sujetando su mano enguantada.

—¿Cuando no escucha lo que quiere oír se marcha? No la tomaba por una mujer tan cobarde.

La duquesa se zafó de su agarre y levantó el mentón, no pensaba demostrar debilidad delante de él.

—¿Va a hablar usted de cobardía, milord, cuando ha sido capaz de mentir diciendo que todo había cambiado —Hizo alusión a las palabras que él había pronunciado esa tarde—, consciente de que para usted no seré una buena esposa? ¿Qué valentía demuestra continuando con esta farsa?

«Qué irónico», pensó Duncan. Justo el momento más sincero entre ellos era el que parecía en ese instante todo lo contrario.

¿Cómo habían llegado a esa situación?, ¿por un ataque de celos?

«¡Celos!», gritó interiormente St. John. Algo se removió de nuevo en él, todavía había esperanzas.

Alargó las manos y cogió las de Penelope con suavidad, un gesto que sorprendió a la joven.

—Pen —pronunció con cariño—, cuando estamos enfadados decimos cosas que no sentimos y con la intención de hacer daño —La miró a los ojos —; algo que acabamos de hacer los dos.

Penelope pestañeó, confusa por el cambio de actitud.

St. John llevó sus dedos pulgares a las muñecas de Penelope, justo donde su piel quedaba expuesta al final del guante, y empezó a acariciar en círculos su suave piel. No apartó los ojos de ella hasta notar que se relajaba. En ese instante, ambos sintieron una corriente interior. Él, sobre todo en su punto más sensible, pues al notar cómo la respiración de Penelope comenzaba a agitarse, elevando unos senos que parecían muy apetecibles, su virilidad comenzó a palpitar.

—Ni tú piensas que yo sea un segundón sin honor, ni yo que tú serás una mala esposa. ¿Me equivoco?

Penelope negó con la cabeza, sin poder apartar los ojos de él.

—Mi madre siempre dice que el matrimonio perfecto es el que es capaz de reñir y perdonar con la misma facilidad.

Penelope sonrió y se le iluminó la mirada. Había escuchado esa frase con anterioridad. ¿Cuántas veces pronunció su madre esas mismas palabras? Y recordó que también aseguraba que un buen matrimonio no dependía de si era por amor o por convención, sino del día a día de la pareja.

—Mi madre decía lo mismo.

Esa confesión instaló de nuevo una complicidad inesperada entre ellos.

—Puede que esta noche nos haya servido para dar un paso adelante en nuestra relación —dijo Duncan, hechizado por la sonrisa tímida de Penelope —. Me gustaría hacer público nuestro compromiso.

Se inclinó y besó los nudillos de ambas manos de ella.

—¿Qué cambiaría?

Duncan sostuvo la mirada de Penelope, besó con decisión su muñeca y notó el sonrojo y la excitación de la muchacha.

—Que mentecatos como Oxford se pensarían dos veces las cosas antes de entrometerse en nuestra relación. —Pasó al otro brazo y repitió la caricia—. Ha sido una jugada muy sucia por su parte, y en cuanto nuestro compromiso sea público, se abstendrá de perseguirte o acabará midiéndose conmigo al amanecer.

Penelope sintió un chispazo, no solo por el contacto de los labios de Duncan sobre su piel, sino además, por las palabras que acababa de escuchar.

—No sería capaz…

—Ya lo creo que lo haría, Pen —le rebatió él, impertérrito—. No permitiré que nadie se entrometa entre mi futura esposa y yo.

A la duquesa le brillaron los ojos, emocionada. Había algo en la mirada de St. John que junto a su contundencia al hablar la hacía estremecer. ¿Podía albergar verdaderos sentimientos por ella? Por una vez no quiso que su lado pesimista se apoderase de la situación, decidió dejarse llevar por la emoción y el momento íntimo entre los dos.

Duncan debió de leer sus pensamientos, pues se acercó lentamente con la intención de demostrar que no estaba fingiendo ante ella.

Penelope volvió a sonreír, tímida, sabiendo que iba a recibir su primer beso de amor.

«¡Me va a besar!», pensó.

Unos golpecitos en la puerta del carruaje rompieron la magia del momento.

Duncan comprendía que a pesar del gesto magnánimo de la marquesa de York al dejarlos a solas, ahora hubiese mandado a la doncella para salvaguardar a Penelope. Y para ser justos, casi era lo mejor, porque si se quedaban allí más tiempo, acabaría comprometiéndola; no tendría contención si volvía a verla sonreír con tanta ingenuidad, querría besarla y reclamar su virginidad.

—Buenas noches, milord.

—Buenas noches, Pen.

La marquesa estaba semiescondida en el salón pequeño de visitas, tras las cortinas. Al ver la sonrisa estampada en el rostro de su pupila, comentó en voz alta:

—¡Bendita juventud!

Indecisa, miró la nota que sostenía entre las manos; no sabía si debía entregársela a Penelope o no.

—Penny —pronunció al verla pasar.

La joven se dio la vuelta y entró en el salón turquesa, una de las antesalas, no por ello un lugar pequeño, pero sí el menos amueblado, con tan solo dos

butacones y un *chaiselongue* tapizado a juego con las cortinas que cubrían el gran ventanal, donde las visitas esperaban hasta ser recibidos.

—¿Sucede algo? —se inquietó la duquesa, ya que su padre esa misma tarde había vuelto a recaer.

La seriedad de la marquesa delataba su preocupación.

—Han dejado esta misiva para ti —anunció, levantando la mano—. El recadero no quiso identificar al emisor, tan solo dijo que estaba dirigida a la duquesa de Kennt.

Penelope entrecerró los ojos.

—¿Por qué no se identificó?

La marquesa intuía que esa nota no traería más que problemas y quiso hacérselo saber.

—August está convencido de que proviene de Oxford.

Penelope se acercó a la marquesa con paso lento.

—¿Cómo lo sabe?

—El hombre que la entregó trabaja allí.

Al extender el brazo y sujetar la nota, la marquesa hizo fuerza para llamar la atención de su ahijada antes de soltarla.

—Penny, una carta dirigida a alguien sin firmar, nunca puede ser nada bueno.

—¿Y si no es de Oxford?

—August estaba muy seguro —adujo—. Y teniendo en cuenta su mal comportamiento de hoy, preferiría que no la abrieras.

Penelope hizo fuerza y consiguió arrebatarle la nota. Durante unos minutos se quedó mirándola sin saber qué hacer, pero la curiosidad pudo con ella.

—Madrina, agradezco su preocupación pero debo averiguar qué contiene la misiva.

La marquesa asintió con lentitud pero no se alejó de ella, más bien la siguió al ver que abandonaba la sala turquesa y se dirigía con paso firme hacia el estudio, donde cogió el abrecartas y, con un movimiento rápido, la desprecintó. Acercó más el candil y leyó con atención.

«Si quiere conocer lo que le deparará el futuro, acuda a esta dirección de

inmediato.»

Leyó dos veces tanto el mensaje como la dirección en el West End de Londres que había anotada a pie de página.

La marquesa esperó intranquila; conociendo a su pupila, sería imposible quitarle de la cabeza acudir a esa dirección.

Penelope se golpeó la nariz varias veces mientras meditaba. Se giró con un movimiento rápido que hizo volar su vestido, levantando un viento que hizo centellear las llamas de las velas cercanas. Estiró la mano y dio aviso a su mayordomo a través de la campana interna que daba a la antecámara.

—Penny… —advirtió la marquesa al imaginar la decisión.

Penelope se dio la vuelta de nuevo. Iba a interrumpir a su madrina cuando el mayordomo entró.

—¿Su Excelencia?

—Ordene que preparen el carruaje.

—¿A estas horas? —preguntó alarmado el mayordomo, que al igual que la marquesa estaba convencido de que esa nota sin remitente no podía traer más que problemas a su señora.

—Sí, a estas horas.

El hombre miró a la marquesa, algo que enfureció a Penelope.

—¿Hay algún problema, August, para no acatar mi orden?

—No…

—Voy a interesarme por mi padre, en cuanto baje espero que esté todo preparado. Quiero el carruaje de paseo sin el cuño ducal. Y asegúrese de que esté de inmediato porque no toleraré una tardanza —ordenó por primera vez en su vida como una verdadera duquesa.

Se adelantó y pasó por delante de su madrina con la cabeza alta, se dirigió al pasillo y siguió caminando hacia las escaleras.

En cuanto la marquesa y el mayordomo se quedaron a solas, se miraron.

—A parte del cochero, imagino que debo pedirle a un par de lacayos que las acompañen.

La marquesa asintió con lentitud, confirmando que ella también estaba preocupada por lo que podrían encontrarse en aquel lugar; cualquier

precaución era poca.

Capítulo X

De las cartas sin firmar, nada bueno puedes esperar

Penelope entró en el dormitorio de su padre sin llamar a la puerta. Inspiró con fuerza y tembló. Estaban los dos doctores que se encargaban del duque desde hacía meses. Uno de ellos, que ya estaba retirado, como favor personal para con el duque, atendería a Whellingtton mientras estuviese en Londres o, como veían venir, hasta su último aliento.

Cerró los ojos durante un breve instante; era desgarrador ver los brazos y piernas de su padre llenos de marcas, toallas manchadas y jofainas con agua ensangrentada.

Hook, el ayuda de cámara del duque, tapó con la sábana a su señor, mientras ella hacía una seña a uno de los doctores para que saliese de la habitación. Necesitaba hablar con él.

—¿Qué sucede, doctor? Esta mañana parecía gozar de buena salud.

—Ha subido la fiebre —la informó—. Acabamos de realizar un sangrado…

—No podrá soportar tantos —declaró Penelope, angustiada—. ¿No existe ninguna otra opción?

El doctor negó con la cabeza y quiso tranquilizar a la joven.

—No debe preocuparse, no es la primera vez que su padre padece estas calenturas.

Penelope se retorció las manos, tenía razón. En el mes de enero la fiebre perduró varias semanas y se prepararon para lo peor. En aquella ocasión, los dos doctores fueron pesimistas, tanto, que Penelope se enfadó con ambos y los obligó a abandonar *Golden House*. Tras la recuperación del duque, este los hizo regresar.

El ayuda de cámara salió para avisar de que su padre ya podía recibirla.

Penelope se acercó al borde de la cama y su padre, con la frente empapada en sudor, intentó sonreír.

—Mai, mi preciosa Mai.

Penelope agarró un paño y le secó el sudor.

—Padre, soy yo, Penelope —susurró al tiempo que se arrodillaba para quedar a la altura del duque.

—Mi pequeña Penny. —Alargó el brazo y acarició la cara de su hija—. Por un momento he pensado que tu madre venía para llevarme junto a ella.

Penelope inclinó la cabeza para sentir mejor la caricia.

—Todavía no puedes ir con ella, yo te necesito a mi lado —pronunció con honestidad, pues lo sentía de corazón.

—Dentro de poco tendrás a tu lado a St. John, él se ocupará de cuidarte.

Penelope sonrió.

—Al principio os costará, pero si os apoyáis el uno en el otro encontraréis el camino a la felicidad —aventuró el duque—. Así lo hicimos tu madre y yo.

La tos interrumpió la conversación y Penelope se puso en pie para acercarle un vaso de agua.

—Descansad —aconsejó la joven—. Mañana te encontrarás mejor.

Le dio un casto beso en la frente y salió de la habitación.

Bajó las escaleras con premura. Al llegar a la entrada, su doncella la esperaba con una capa verde oscura.

—Ponérosla.

Mientras lo hacía, el mayordomo aguardaba con la puerta entreabierta, y al girar la cabeza vio que el carruaje estaba en la entrada esperándola.

Al pasar por delante de August, lo miró y se avergonzó por el trato que le había proferido, algo que no había hecho con anterioridad; ese hombre la había visto crecer, en parte era lo más parecido a un familiar que había tenido. Alargó la mano y apretó la del mayordomo.

No fueron necesarias las palabras, August asintió con la cabeza, consciente de que le estaba pidiendo perdón.

El cochero la esperaba para ayudarla. En cuanto tomó asiento, la marquesa la asustó.

—Una dama no debería circular por Londres a estas horas.

—De no haber abandonado la fiesta tan temprano, todavía estaría en el baile —se defendió Penelope.

El carruaje se puso en marcha y la marquesa suspiró frustrada.

Durante el trayecto, el silencio reinó entre ambas. Hasta que se detuvieron en la dirección acordada.

—Penny, sabes que te quiero como a una hija. —Sonó sincera y a la vez

cauta—. No sé qué pretende Oxford con tanto secretismo, pero sí sé algo: nada bueno.

Penelope tampoco tenía muy claro qué intentaba el conde con esa nota, pero estaba dispuesta a averiguarlo.

—Sea lo que sea, lo vamos a confirmar. Ya hemos llegado —informó con nerviosismo. Se echó la capucha por encima para que nadie pudiese reconocerla y bajó del carruaje sin titubear.

La marquesa negó con la cabeza; sus años de experiencia le decían que Oxford estaba jugando sucio desde el minuto uno y que habían llegado hasta allí por una única razón: algo relacionado con St. John.

Se apeó del carruaje y siguió a Penelope, que estaba a punto de golpear la aldaba de la puerta que tenía delante, solo que un caballero, supuestamente un mayordomo, abrió antes de que llegase a hacerlo.

—Milady —pronunció al tiempo que le entregaba un candil encendido—. La esperan en la primera planta, primera puerta a la derecha.

Penelope lo miró sin comprender, pero el hombre desapareció en la oscuridad del pasillo que había a la izquierda.

—Es mejor que nos marchemos —aconsejó la marquesa.

—Lo haremos en cuanto descubra qué me depara el futuro —sentenció la duquesa aludiendo a las palabras de la nota.

Caminó con la lumbre en la mano y subió las escaleras hasta la primera planta. Una vez allí, el silencio dejó de reinar. Por fin se escuchaban voces, o más bien, risas de una mujer y un hombre.

Penelope avanzó un par de pasos, y cuando llegó a la puerta que le había indicado el mayordomo, llevó su mano al tirador.

La marquesa intentó retenerla pero la agilidad de Penelope venció, abriendo aquella puerta de golpe.

Se quedó paralizada, por poco se le cae el candil al encontrar a St. John, vestido con tan solo el pantalón, encima de una mujer desnuda en la cama, que sonreía con petulancia. No se avergonzaba, más bien parecía disfrutar de la presencia de ambas.

«¡Ella me esperaba!», pensó Penélope.

—¡Pen! —exclamó Duncan al tiempo que se ponía en pie.

Los ojos agrandados y llenos de rabia de la duquesa antes de salir

corriendo fueron la última imagen que quedó grabada en Duncan.

Mientras se ponía la camisola con celeridad, las manos de Elaine lo rodearon por detrás.

—Ya no es necesario que vayas tras ella —pronunció sin alterarse—. La duquesita no querrá volver a tratarte.

St. John se giró, agarró a Elaine por los hombros y la empujó hasta la pared. Esa brusquedad asustó a la joven, que no esperaba una reacción así de él.

—¿Cuánto, Elaine? —escupió la pregunta a un palmo de su cara.

Ella fingió no comprender.

—¡Qué precio le has puesto a mi felicidad! —gritó al tiempo que la zarandeaba.

—Cien libras.

La soltó como si quemara.

—La última joya que te regalé costó cinco veces más —afirmó, asqueado—. Después de lo que has hecho hoy, cualquier ramera de los suburbios ha demostrado tener más clase que tú.

—Tú no querías casarte —se defendió—. Te he ayudado a liberar esa carga que odiabas y a la que tu padre te estaba obligando.

—¡Qué sabrás tú! —protestó, mientras se ponía una bota, sentado en el borde de la cama.

—Desde que te conozco nunca has pronunciado nada al respecto —aclaró Elaine, estudiando la reacción de Duncan—. De haber estado interesado en el matrimonio me lo habrías propuesto.

Duncan se puso en pie.

—Jamás pasaré por el altar a no ser que Penelope sea la que esté esperándome en él.

Elaine reconoció la verdad tanto en su mirada como en su voz.

—¿Te has enamorado de la despreciable *duquesita*? —preguntó utilizando un tono despreciativo, algo que encolerizó a St. John.

—Mide tus palabras, Elaine —advirtió—. En este país está penado que una ramera ofenda a una dama.

La joven pestañeó sin dar crédito a lo que escuchaba. ¿Ese hombre era

Duncan St. John?

—No te atrevas a insultarme.

—¿Cuándo te he insultado? —inquirió con cinismo—. ¿Acaso no te has acostado conmigo por dinero?

—¡Cómo te atreves!

St. John se alejó hasta la puerta. A punto de salir y sin hacer caso a las quejas de la futura actriz, la miró por última vez.

—Tú eres peor que el resto —aseguró—. Ellas lo hacen para comer, tú te has vendido a Oxford para destrozar una vida.

Salió sin mirar atrás, con una opresión en el pecho: Penelope no querría casarse con él.

***

De regreso a *Whellingtton House*, Penelope no pronunció ni una sola palabra. La marquesa elucubraba cómo apaciguar la angustia interna de su ahijada.

—Penny, querida, St. John es un hombre —intentó razonar con lógica—. Todavía no habéis hecho público vuestro futuro enlace.

Penelope no gesticuló, continuaba mirando por la ventana, casi sin parpadear.

—Por tu juventud no entiendes ciertas cosas —continuó con su intento de ablandarla—. Si esa mujer era su amante y Oxford preparó esta emboscada, es posible que hoy estuviesen despidiéndose.

La marquesa se inquietó, que Penelope no mostrara ninguna reacción era preocupante.

—En cuanto se publique vuestro futuro enlace ninguna mujer volverá a ocupar el lecho de St. John, estoy convencida.

Habían llegado a la entrada de *Whellingtton House* y Penelope bajó apresurada, sin despedirse de la marquesa. Fue directa a su dormitorio, donde su doncella la esperaba.

—¿Os encontráis bien? —se interesó Mery al observar el mutismo y la palidez de su señora.

La duquesa asintió ligeramente, sin pronunciar palabra. No tenía fuerzas, estaba rota y asqueada por lo que había visto en aquel dormitorio.

Se metió en la cama y cerró los ojos.

Mery terminó su trabajo y salió de la habitación con pena; sabía que la joven no estaba bien.

Al cerrarse la puerta, Penelope volvió a abrir los ojos. Su mente no paraba de dar vueltas buscando una solución. Era una pena que su padre no estuviese bien de salud para poder atenderla, porque de ser así, esa misma noche habría aclarado con su progenitor que ya podía pensar en otro pretendiente, porque jamás se desposaría con St. John.

Dos veces había bajado la guardia y en las dos Duncan se había burlado de ella. No permitiría una tercera. ¡Jamás!

Capítulo XI

El hambre no hace distinción entre hombre o mujer

A las cuatro de la madrugada, la campanilla de la puerta de entrada de *Bristol House* repicaba sin cesar.

Duncan, que estaba en la sala azul sentado frente al hogar desde que había regresado de la vivienda de Elaine, se levantó como un resorte.

El mayordomo y el marqués también se asustaron; aquella insistencia a esas horas no podía tratarse más que de malas noticias.

Fue St. John quien llegó primero a la puerta y la abrió.

Un lacayo de librea de *Whellingtton House* le tendió dos notas: una dirigida al marqués y otra a St. John.

Duncan sintió un escalofrío; por lo poco que conocía a su *pecosilla*, sabía que sería capaz de enviar una nota a esas horas tempestivas para poner los puntos sobre las íes.

El marqués fue el primero en leer su nota, agachó la cabeza y negó.

Duncan abrió la suya con inquietud.

«Queda liberado del acuerdo.

Penelope de Whellingtton y Kennt.»

Se quedó paralizado al ver su nueva firma, pues confirmaba la muerte del duque.

—Duncan, habrá que pedir una licencia especial y hablar con el obispo; ahora más que nunca vuestro enlace es primordial. Penelope acaba de convertirse en el mayor peligro de toda Inglaterra.

St. John subió a su dormitorio, se desnudó y lanzó con rabia las prendas al suelo. No esperó a su ayuda de cámara, eligió un traje de montar y salió con premura; necesitaba hablar con Penelope.

Se dirigió a las caballerizas y montó en su mejor caballo; la velocidad era de vital importancia, debía llegar antes que nadie a *Whellingtton House*.

***

Penelope se había encerrado en la sala familiar. Una habitación amplia, decorada por varios butacones de tafetán azul oscuro, con varias vitrinas con objetos de gran valor sentimental más que monetario, y con las paredes cubiertas de retratos de sus antepasados. No era tan grande ni estaban todos

los retratos, pues esa casa era la que tenían en Londres, lugar al que acudían tan solo para las temporadas sociales.

Le hubiese gustado estar en *Golden House*, lugar al que en pocas horas partirían, ya que ese era su hogar, donde había pasado toda su infancia y destierro durante tres años por la muerte de su madre. Ahora no podría alargar su tiempo de luto tanto tiempo, se vería obligada a mantenerlo tan solo durante un año, ya que sus nuevas obligaciones como heredera así lo reclamaban.

St. John, después de una ardua tarea intentando aplacar a la marquesa y convenciéndola de que era primordial aclarar las cosas con Penelope, entró en la sala. Y allí la encontró, arrodillada en el suelo, en mitad del lugar, delante de los retratos de sus padres.

Esperó un buen rato para darle tiempo, pero al ver que la joven no movía ni un músculo, en voz baja pronunció su nombre para no asustarla.

—Penelope.

La duquesa, que continuaba en la misma posición, dándole la espalda y sin moverse, rompió su autismo.

—Qué irónica es la vida —pronunció como si hablase para sí misma—. Me he pasado veinte años deseando encontrar un familiar. La de veces que me enfadé con mis padres por no darme un hermano, por no haber podido disfrutar de un primo lejano con el que poder jugar y entregar mi amor fraternal… —Sonaba nostálgica y afligida—. Y hoy, de haber aparecido esa persona que tanto he anhelado durante toda mi vida, podría haberme dejado sin nada y me habría visto obligada a mendigar alguna migaja de lo que por derecho me pertenece. Y por supuesto, habría tenido que agradecer su bondad en el caso de que me vendiera a cualquier lord para casarme.

Duncan cerró los ojos, esa última frase no sonaba bien para lo que él venía a tratar.

—Sé que no es el momento más oportuno, pero debemos hablar, Pen.

Por fin la muchacha se levantó, se irguió y se alisó las faldas que ya mostraban su luto riguroso. Después se dio la vuelta para enfrentarse a su interlocutor.

—Imagino que recibió mi nota, de no ser así no estaría aquí.

Duncan asintió con la cabeza.

—En ese caso no hay nada más que hablar entre usted y yo.

St. John dio un paso al frente y ella ni se inmutó. Tenía los ojos vacíos de emoción.

—Lo que ocurrió hace unas horas no puedo borrarlo —adujo él con voz serena—. Comprendo que estés enfadada y que en estos momentos no confíes en mí, pero te juro que a partir de este mismo instante seré tú más fiel servidor.

Penelope escuchaba sin mostrar un ápice de sentimiento, ni para bien ni para mal.

—Debemos desposarnos, Penelope.

—Me temo, milord, que no comprendió el significado de mi carta.

—He cometido un error, lo reconozco y pido perdón. —Necesitaba convencerla—. Sé que los errores se pagan, pero te suplico que tú no cometas el mayor error.

—¿Que sería..? —preguntó con desdén, dejando que él acabase la frase.

—No casarte conmigo —sentenció—. Ahora mismo cualquier caballero de dudosa reputación te convertirá en su presa. Tendrás de enemigos a muchos nobles. Aunque te ofrezcan su amistad sincera, a ningún hombre le gusta que una mujer posea más que él.

Esa era una verdad universal, y Penelope acababa de heredar uno de los ducados más importantes de las islas británicas.

Al ver que ella no respondía, él continuó:

—Y no solo ellos, también están los hombres que trabajan tus tierras.

—Llevan dos años trabajando bajo mi mandato —aclaró ella.

—Pero pensaban que era el duque quien seguía al mando. ¿Crees que van a trabajar para una mujer?

Penelope inspiró con fuerza.

—Se le pasa por alto algo muy importante —pronunció tajante—: El hambre no hace distinciones; mujer o no, soy quien les da de comer.

—Pen… —Ella alzó la mano.

—No me casaré con vos. Ahora le insto a abandonar mi casa, debo ocuparme de un funeral.

***

Los marqueses de Stanford se encontraban en su sala de mañanas, esperando a sus hijas para desayunar.

La marquesa se había levantado temprano para hablar con su esposo.

Mantenían una conversación cuando el mayordomo interrumpió, justo en el momento en que los marqueses más que hablar, se estaban besando.

—Disculpe, milord —se excusó por la intromisión, avergonzado—. Ha llegado una misiva urgente de *Whellingtton House*.

El matrimonio se miró, mientras el mayordomo alargaba el brazo donde portaba una bandejita de plata con la misiva y un abrecartas.

El marqués la tomó con una mano y le hizo una seña al mayordomo para que se retirara.

Al leerla junto a su esposa, la marquesa se llevó las manos a la boca.

—Que avisen a nuestras hijas, hay que partir hacia Somerset de inmediato.

Capítulo XII

El sepelio por el duque cuatro días después de su fallecimiento, congregó a toda la alta sociedad en las tierras de Somerset. La notificación del príncipe regente anunciando su presencia para el evento despertó la curiosidad de medio reino. Nadie quería perderse el acontecimiento.

Duncan observaba a todos a una distancia prudencial. Sabía que tenía que hacer algo para mantener a los lobos alejados de su Penelope. Los corrillos eran inevitables y ya se especulaba sobre la duquesa. «Una mujer no puede llevar el yugo del ducado sola», había escuchado Duncan paseando entre la multitud hacía un instante.

Suspiró exhausto por no encontrar una solución. Sus ojos se clavaron en dos damas muy conocidas, y en ese preciso instante lo tuvo claro. No debía perder el tiempo, pues cuanto antes corriera la noticia, antes estaría Penelope protegida.

Sus pies se movieron con celeridad, acercándose a la baronesa Dudley y la vizcondesa Portman. Las saludó con elegancia y educación exquisita.

—Siempre es un placer saludarle, St. John —pronunció la baronesa.

—El placer es mío —pronunció él con una sonrisa triste, sabiendo que las damas querrían conocer el motivo de su estado de ánimo.

—Os encuentro algo apenado.

Bien, no había fallado su instinto, esas mujeres serían su salvoconducto para salvaguardar a Penelope.

—Cierto es, milady. Hoy iba a ser uno de los días más felices de mi vida, pero la desgracia del fallecimiento del duque ha paralizado mi dicha.

Las dos damas se miraron justo cuando la marquesa de York se unía a ellas, quien lo miró con intensidad.

—¿Y cuál era el motivo de su felicidad? —inquirió la baronesa, impaciente por conocer la respuesta.

—Hace unos días pedí la mano de Penelope al duque, y este me la concedió. Hoy teníamos previsto organizar una fiesta para hacerlo público —sentenció con tal vehemencia que nadie lo podría poner en duda.

La marquesa agrandó los ojos; debía negar tal insinuación, pero al ver los ojos de Duncan clavados en ella y pidiendo silencio, entendió lo que el joven

estaba haciendo: proteger a su ahijada.

—¡Ohh…! —se expresó en tono algodonado la vizcondesa—. ¡Qué fatalidad!

Ambas miraron a la duquesa de York, sabedoras de que todo lo relacionado con la joven duquesa era del conocimiento de esta.

—Sí. Pero cuando acabe el tiempo de luto de la duquesa, se celebrará como corresponde una noticia tan dichosa.

Duncan, con un ligero movimiento de cabeza, agradeció a la marquesa que no lo hubiese delatado delante de las damas.

Media hora más tarde, ya era del conocimiento de todos los asistentes que la duquesa no estaba sola. Pronto habría un duque consorte en *Golden House*. Algunos maldijeron la noticia, pues se habían hecho ilusiones de poder conquistar a la joven heredera. Otros se percataron de que el anuncio de esa pedida de mano había otorgado a Penelope estar bajo la protección del marqués de Bristol. Y esa había sido la verdadera intención de Duncan, que todos supiesen que Penelope, su Pen, estaba protegida aunque todavía no hubiesen anunciado públicamente su futuro enlace.

Capítulo XIII

En el duelo siempre es mejor estar acompañado

La ceremonia se ofició en el jardín principal debido a la multitud de congregados. Los ojos de los más curiosos no se apartaban del regente, que en todo momento permaneció al lado de la nueva heredera.

Sin duda, Penelope estaba demostrando poseer las mayores cualidades de una mujer inglesa: frialdad y templanza. Bajo el ligero velo negro, no se veía asomar una lágrima. Su rostro permaneció impasible durante todo el sepelio.

Los congregados empezaron a dispersarse una vez finalizó la ceremonia. El regente se despidió de la duquesa en la intimidad. Entre ellos había surgido una gran amistad y estaba demostrándolo. Un gesto que Penelope agradeció porque escuchar de la boca del príncipe que contaba con todo su apoyo era una ventana abierta en su futuro desolador.

En los corrillos de los hombres se escuchaban frases hirientes. Suerte que la nueva heredera no las escuchó, pues como Duncan había vaticinado, nadie quería a una mujer con mayor rango social que un hombre.

Abby, la mejor amiga de Penelope, sí escuchó ciertos comentarios y se molestó. Pensó que alguien debería darles una lección a todos aquellos pomposos que se creían superiores a Penelope; estaba convencida de que su amiga acabaría demostrando su valía y, sobre todo, su poder.

Llegó la hora del entierro del duque junto a su esposa, en el panteón familiar, como así había sido su voluntad. En esta ocasión, tan solo permanecieron junto a Penelope los más allegados: la duquesa de York, y los marqueses de Bristol y Stanford, junto a sus hijos Connor, Duncan, Abby y Sophie.

El panteón estaba a quince minutos andando. Se dirigieron con la solemnidad que requería, en silencio y respetando la intimidad de la joven, dejándola caminar a ella la primera, detrás de la comitiva que portaba a sus hombros el féretro del duque, un privilegio que Penelope otorgó a los hombres fieles que siempre habían permanecido junto a la familia: su mayordomo, su ayudante de cámara y los lacayos. Unos pasos atrás les seguía todo el personal que trabajaba tanto en la casa de *Golden House* como los sirvientes que llegaron de *Green House*, de las tierras de Escocia. Mientras caminaban, los obreros y aparceros que labraban sus tierras y cuidaban su ganado estaban apostados en el borde del camino a ambos lados,

bajando la cabeza para mostrar respeto al duque en su último paseo hasta el panteón. Una vez en la puerta, se quedaron parados los sirvientes; a ese santo lugar tan solo podían entrar Penelope y sus allegados.

Una vez cerrada la gran lápida que sepultaba los restos del matrimonio, los sirvientes salieron al exterior, seguidos de los marqueses e hijos, permitiendo así que Penelope se despidiera de su padre con total libertad e intimidad.

Aunque no todos lo hicieron. Duncan se retiró con sigilo, caminando hacia atrás hasta que su cuerpo se fusionó con la oscuridad de la parte baja de las escaleras.

Penelope, liberada de las miradas y atenciones de toda la sociedad que se había congregado en su casa para buscar cualquier fallo en ella, por fin se desplomó. Dejó a un lado su caparazón de heredera para convertirse de nuevo en hija.

Sus rodillas tocaron la fría piedra del suelo, mientras sus brazos se apoyaban en el exquisito mármol que cubría y separaba los cuerpos de sus padres con el de ella. Su cabeza quedó allí, apoyada entre sus brazos, llorando como cualquier huérfana desamparada.

Su llanto no tenía contención, sus gemidos de dolor y pena resonaban por el eco en la estancia como su única compañía. Se sentía tan desvalida y temerosa… Se había quedado sola en el mundo.

Duncan no interrumpió, por más que deseaba acercarse a ella y abrazarla. Quería consolarla, pero sabía que no le competía. Penelope necesitaba llorar su pena.

Pasó casi una hora antes de que Penelope se pusiese en pie. Se estiró las faldas, se levantó el velo echándolo atrás por encima de su cabeza, y sin darse la vuelta, se pronunció:

—No teníais derecho a estar aquí.

Mientras ella se daba la vuelta, Duncan salió de entre las sombras, acercándose a Penelope con lentitud.

—Lo sé, pero no voy a disculparme por ello —adujo mientras abría sus brazos para acogerla entre ellos—. Quería compartir tu dolor.

Penelope, por primera vez en su vida, actuó sin pensar. Se dejó envolver en aquellos brazos protectores que tanto necesitaba en ese momento.

Cerró los ojos en un intento de alejar todo su dolor y recrearse en la

desconocida sensación de dejarse proteger. ¿Cuánto hacía que nadie la abrazaba con tanta intensidad? Tres años, de eso estaba segura. Era lo que más echaba en falta de su madre: sus abrazos fuertes y palabras sabias.

Al separarse, se miraron a los ojos.

—Gracias.

Duncan negó con la cabeza y, como el caballero que era, ofreció su brazo para acompañar a Penelope hasta la casa.

Durante el paseo de vuelta, el silencio los envolvió. En ocasiones no eran necesarias las palabras, y esa era una de ellas. Al ver a lo lejos *Golden House*, Penelope suspiró.

Duncan se imaginó lo que pensaba; ahora tenía que enfrentarse a una ardua tarea: comportarse como la duquesa que todos esperaban.

A medida que se acercaban, notaba la inquietud de ella, por lo que le ofreció sentarse en un banco de piedra que se encontraba a escasos metros de la parte trasera.

Allí, sentados en silencio, contemplaron en el horizonte el maravilloso ocaso del sol. Pocas veces se podía disfrutar de tan buen clima por esas tierras.

Los ojos de Duncan vagaban de un lado a otro, maravillado por las tierras anaranjadas y fértiles que los rodeaba.

—Tienes ante ti un paraíso, Pen —afirmó, rompiendo el silencio. La joven lo miró—. Deberías explotar ciertas hectáreas, hay mucho que cultivar en tus tierras.

Penelope miró de nuevo al horizonte.

Duncan sabía de lo que hablaba. Él era un amante del cultivo, y estaba cansado de aconsejar a su padre que cultivara más en sus tierras. Pero parecía que no se pudiesen desarraigar de las tradiciones y que el miedo a lo nuevo y desconocido en Inglaterra fuera tabú. El progreso no formaba parte en la vida y aspiraciones de los ingleses, un hecho que él había comprobado durante años, por lo que decidió hacerlo en sus plantaciones de Jamaica, donde comprobó con sus propias manos que la tierra es agradecida cuando se trabaja.

El pensamiento de Penelope estaba muy lejos de la conversación, por lo que Duncan decidió callar.

De pronto, la voz de Penelope sonó seria.

—No debisteis mentir —le recriminó.

Duncan, sin preguntar, sabía a qué se refería.

—Necesitaba protegerte.

—Su protección ahora se convertirá en un lastre para mí —sentenció y aclaró—. Cuando abandone el periodo de luto me convertiré en la mayor especulación de Inglaterra, al ver que no me desposo con vos. Me convertiré en la duquesa abandonada.

Duncan, frustrado ante su negatividad y cansado de que ella nunca viera algo bueno en él, se puso en pie y la miró con intensidad.

—Igual la solución es que nos casemos como todos esperan.

Penelope también se puso en pie; estaban uno frente al otro.

—Se equivoca, St. John. Le liberé de la carga.

—¿Por qué te empeñas en negar lo evidente? —inquirió molesto.

—¿Y eso es?

—¡Que somos almas gemelas! —exclamó vehemente.

Penelope no podía creer lo que acababa de escuchar. ¿Cómo se atrevía a burlarse de ella?

—De ser cierta su afirmación, no hubiese sucumbido a los encantos de otra mujer.

Duncan apretó los puños.

—Aquello fue una trampa —se justificó en vano.

—Comprendo —pronunció jocosa—. La señorita desnuda que había en aquella cama, a la que usted acariciaba, lo había embrujado. ¿Fue eso, milord?

Duncan sintió un golpe certero, ¿qué podía rebatir ahora?

El mutismo de St. John consiguió que Penelope se afianzara en su negatividad. Era la oportunidad de escapar de manera definitiva del peligro que corría junto a él, pues sabía que St. John acabaría destrozándole la vida; si volvía a creer en él, de nuevo la traicionaría. No era tan fuerte como todos creían. En el fondo seguía siendo una muchacha inocente, asustadiza, de un corazón frágil al que junto a St. John no podría poner coraza. Ante cualquier otro hombre no le supondría un problema, pues ninguno conseguiría hacerle

latir su corazón con tanta fuerza.

—Aquí se separan nuestros caminos —se despidió la nueva heredera.

Duncan alargó su brazo y cogió la mano de ella en un intento de disuadirla.

—Penelope, esperaré a que finalice tu destierro —aseguró—. El tiempo que dure el duelo permaneceré alejado de ti. Pero regresaré y hablaremos con calma.

Penelope pestañeó. Parecía tan convencido y tan honesto en ese instante que incluso sintió que su corazón se desbocaba.

—Dudo que cambie de opinión —pronunció con palabras, aunque Duncan leyó en sus ojos esperanza.

—Soy un hombre de palabra, Pen —adujo, acercándose a ella—. He dicho que te esperaré y lo haré.

Acabó posando sus labios en los de ella. Un simple roce, tierno, cautivador y posesivo, que hizo arder a ambos. Al separarse vio la conmoción de la joven y un latigazo de positividad lo embargó.

Dio un paso atrás, y antes de alejarse, dijo una última frase:

—Me marcharé a Jamaica. No podría soportar estar tan cerca de ti y no cumplir mi palabra —Penelope volvió a pestañear, mientras intentaba apaciguar sus latidos—. Pero te escribiré cada semana, para que no te olvides de mí, Pen. Verás cómo el tiempo me da la razón, tú y yo somos almas gemelas.

Capítulo XIV

Duncan cumplió su palabra. Hacía tres semanas que había abandonado Londres, no sin antes haber pedido, o más bien, suplicado a su madre, que estuviese pendiente de Penelope. Que no se alejara de ella. En un principio, la marquesa se negó en rotundo. Estaba molesta por que la joven hubiese rechazado a su hijo, pero las súplicas de su pequeño consiguieron que aceptara. Y ahí estaba, en la sala amarilla de la residencia de la duquesa en *Golden House*, sentada junto a la marquesa de York, frente a Penelope, tomando té.

Hacía una semana que Penelope había convencido a sus amigas Abby y Sophie de que regresaran a Londres, la temporada todavía estaba en auge y ellas debían divertirse en los bailes. Abby fue más reticente a marcharse y dejarla sola, pero Penelope la convenció; necesitaba que ellas se divirtieran y la tuviesen al tanto de todos los chismorreos de la temporada. Serían sus cartas las que la evadirían de la rutina y el trabajo arduo al que se enfrentaba.

El mayordomo entró en la sala, interrumpiendo la conversación que mantenían las dos marquesas. Penelope estaba abstraída, su mente vagaba de una cosa a otra. Parecía que nadie tenía intención de ponerle las cosas fáciles. En tan poco tiempo ya había tenido que solucionar unos cuantos problemas.

—Perdón, Su Excelencia —pronunció el mayordomo para llamar su atención, pues la joven no se había percatado de su presencia.

—¿Sí?

—El señor Ordell desea verla.

Penelope entrecerró los ojos, no tenía cita con Ordell hasta dentro de una semana. Se puso en pie con elegancia, intentando no demostrar inquietud ante sus invitadas.

—Hágalo pasar a mi despacho.

El mayordomo se retiró y Penelope se alisó las faldas.

—Si me disculpan.

Las marquesas asintieron con la cabeza. En cuanto Penelope desapareció tras cerrar la puerta, la marquesa de York dejó la taza en la mesita que tenía delante.

—Se le empiezan a acumular los problemas.

—De haberse desposado con Duncan no tendría que preocuparse por nada —respondió malhumorada la marquesa de Bristol—. Pero parece que el segundo hijo de un marqués no es suficiente para la duquesa —protestó en voz alta, ya que entre ambas mujeres había confianza.

La marquesa de York la miró asombrada; no podía creer que no se hubiese dado cuenta todavía de que cada vez que se nombraba a Duncan, a Penelope le brillaba la mirada. Iba siendo hora de dejar las cosas claras.

—Es difícil para una joven debutante entregarse a su primer amor cuando lo ha visto en la cama de su amante.

A la marquesa de Bristol casi se le derrama el té. Depositó su taza junto a la de la otra marquesa.

—Eleanor, ¿qué insinúas?

—No insinuó nada —declaró—. Fui testigo del momento más bochornoso que Penelope ha contemplado en su vida.

La marquesa de Bristol incitó a Eleanor a contarle la historia. Permaneció en silencio sin interrumpir hasta que terminó.

—¿No crees que después de haberle roto el corazón era difícil aceptar la proposición de matrimonio?

Georgina se levantó y caminó hasta el gran ventanal. Miró el bello paisaje que se abría ante ella. Se dio la vuelta y dirigió unas palabras a su amiga Eleanor:

—Pensé equivocadamente que lo había despreciado por no tener título. —Se apenó por haber juzgado mal a la joven.

Eleanor sonrió con gratitud por su disculpa.

—Mi hijo la ama —declaró sin más.

La marquesa de York se acercó a ella.

—Lo sé, su mirada lo delata —aseguró—. Al igual que Penelope quedó prendada de él nada más verlo.

—Espero que su amor sea más fuerte que su rencor —deseó Georgina —. Ya he visto sufrir por amor a mi hijo mayor, no soportaría que le sucediera lo mismo a Duncan por un error.

Penelope se llevó las manos a la cabeza y se apretó las sienes intentando

calmar el dolor que sentía. ¿Por qué todo se complicaba tanto? ¿Cómo iba a mantener su ducado si el universo se había confabulado contra ella? Las palabras de Ordell retumbaban en su cabeza sin parar: «Me retiro, Excelencia, me he hecho mayor y me traslado a vivir a Roma, donde vive mi hijo.».

Ordell había sido el hombre de confianza de su padre. Era el administrador y secretario, la persona más importante para llevar su ducado como hasta ahora.

Cerró los ojos y se llevó su mano derecha a la cara. Su dedo pulgar apretó su barbilla y su dedo índice empezó a golpear su nariz; necesitaba encontrar una solución ¡ya!

Ordell la conocía bien, por eso permaneció callado mientras ella pensaba. Por primera vez se asustó, la joven llevaba un buen rato realizando la misma acción y su dedo por momentos tomaba una velocidad preocupante; si continuaba así, se lastimaría el puente de esa nariz perfecta.

Penelope abrió los ojos de golpe, poniéndose en pie al mismo tiempo, sobresaltando a Ordell con tanto ímpetu.

—¿De cuánto tiempo dispongo para que pueda enseñar a su sustituto?

Ordell se quedó pensativo.

—Puedo postergar mi marcha dos meses.

—Bien, en ese caso, no tenemos tiempo que perder —habló la duquesa en voz alta, aunque sonó más para ella que para ser escuchada por Ordell—. Mañana le enviaré a un lacayo para que le notifique cuándo podrá venir a conocer a su sustituto.

Ordell apreciaba mucho a la joven. La había visto crecer y llevaba dos años trabajando junto a ella.

—Penelope, no se precipite en el candidato —recomendó—. Va a delegar en esa persona… —Penelope interrumpió; bien sabía ella que necesitaba a una persona leal, muy leal, y por suerte, la tenía.

—Lo sé, Ordell. Y aunque estoy convencida de que ya tengo al candidato perfecto, sé que jamás se podrá comparar a usted —vanaglorió al hombre que tenía delante, pues merecía saber que estaba en deuda con él.

Ordell sonrió agradecido. No era necesario que ella lo dijera, pero nunca estaba de más escucharlo. Además, el duque también lo había hecho,

dejándole una cuantiosa cantidad de dinero en su testamento, al igual que habían recibido sus sirvientes gratificaciones considerables; un último pago de su antiguo señor. A vista de todos, el duque había sido muy generoso. Sin embargo, él sabía que era otra manera más de proteger a su única hija. Un sirviente contento y agradecido siempre miraría por su señora.

Penelope se acercó al tirador para avisar. El mayordomo no tardó en llegar.

—Señor Patterson, por favor, cuando despida al señor Ordell regrese de inmediato.

Al cerrarse la puerta, Penelope se dejó caer en la butaca. Inspiró con fuerza, necesitaba relajarse, pero era consciente de que en su nueva vida, o mejor dicho, en su nueva posición, la palabra tranquilidad ya no formaría parte de su vocabulario. Le asaltaron las ganas de llorar, pero retuvo las lágrimas cuando escuchó a August golpear la puerta con los nudillos.

Todavía el hombre no había cerrado, cuando Penelope, inquieta, preguntó:

—Hook desciende de una familia de bien, ¿verdad?

A August le sorprendió la pregunta. Podía haber esperado cualquier cosa, excepto el interés de su señora por el ayuda de cámara de su padre. Claro que en la casa todos especulaban desde que el duque falleció, pues Penelope no había despedido al hombre, y tampoco le había mandado otra ocupación.

—Sí.

—Si no recuerdo mal, mi padre me comentó que era un hombre ilustrado —volvió a pronunciarse casi para sí misma—. Que el padre de Hook dilapidó la fortuna familiar en las salas de juego y dejó a su familia literalmente en la calle… —Se entristeció.

—Eso creo —respondió, cauto.

—Bien, dígale que quiero verle.

August asintió y se retiró.

Penelope volvió a masajearse las sienes, su cabeza estaba saturada de tanto pensar.

Escuchó unos golpecitos en la puerta.

—Adelante.

Hook, un hombre de treinta años, de pelo castaño, alto y delgado, y de sonrisa afable, todavía vestido con el uniforme habitual de ayuda de cámara,

entró en el despacho. Parecía perdido y muy nervioso, pero Penelope apenas se dio cuenta de su estado de excitación, ya que estaba ojeando unos documentos que el señor Ordell le había dejado. Levantó la mano e hizo un movimiento, invitando a Hook a tomar asiento delante de ella.

Cuando levantó la mirada, sonrió con tristeza; ese hombre le recordaba a su padre. Evocó su mimo a la hora de tenerlo siempre bien atendido.

Hook, por su parte, se temía lo peor; una vez fallecido el duque, su trabajo en *Golden House* carecía de sentido.

—En primer lugar —se pronunció Penelope—, quería agradecerle todos los años que ha trabajado como ayuda de cámara de mi padre.

—Fue todo un honor.

Penelope asintió con la cabeza.

—En segundo lugar, mi padre le tenía en gran estima —se sinceró—. Su lealtad, y sobre todo su discreción, han sido su mayor virtud, Hook; una cualidad indispensable para el cargo que ostentaba.

—Ese era mi deber para con el duque.

Penelope sonrió agradecida, parecía que no se había equivocado con él. Ahora venía la parte que tanto le asustaba, que Hook no quisiera aceptar el cargo.

—Bueno, ahora empieza una nueva etapa en esta casa —anunció, observando el nerviosismo del hombre—. Me gustaría que siguiera formando parte de ella; es indispensable para *Golden House* su presencia.

—Imagino que mi presencia más bien está ahora destinada a la ayuda de la duquesa, ¿lacayo tal vez?

Penelope parpadeó. ¿Lacayo? Ese hombre merecía mucho más.

—Oh, no. Si entendí bien a mi difunto padre, usted ha sido un hombre ilustrado, ¿me equivoco?

El hombre asintió lentamente y en su rostro se pudo leer vergüenza, tristeza y, sobre todo, nostalgia.

—No se equivoca, Excelencia. Tuve la suerte de estudiar en los mejores centros de Londres. Me licencié en Elton y me gradué en Cambridge.

Penelope no quería hurgar en la llaga, pero la curiosidad pudo con ella. Además, estaba a punto de incluir a Hook en su vida como el hombre más importante de ella.

—¿Por qué un hombre con estudios y educación acabó siendo el ayuda de cámara de un duque?

El hombre apretó los labios. Reptó en su asiento y se sinceró.

—Mi padre dejó a toda mi familia en la calle. Yo, para entonces acababa de empezar a administrar ciertas propiedades de varios marqueses —Penelope agrandó los ojos ¡Era administrador!—. La noticia, como era de esperar, se divulgó por todo Londres con rapidez. Perdí mis contratos con los marqueses, ¿quién deja sus bienes en manos del hijo de un hombre que lo pierde todo?

Bajó la cabeza, avergonzado por lo que acababa de confesar.

Penelope, por el contrario, alargó su brazo, posó su mano en la que Hook había dejado encima de la mesa, y se pronunció:

—Yo.

Hook levantó la cabeza, con los ojos brillantes.

—El señor Ordell en un par de meses se mudará a Roma —informó, sin apartar la mano de Hook—. Ha sido el hombre de confianza y administrador de mi padre durante muchos años.

Hook asintió con lentitud, lo sabía.

—Ahora soy yo la duquesa de Whellingtton y comienza una nueva etapa en el ducado. Ordell fue fiel a mi padre, yo necesito que usted se convierta en mi hombre de confianza y administrador.

Hook parpadeó de nuevo, no sabía si había escuchado bien.

—Soy una mujer, Hook, no será fácil esta andadura. El título de duquesa pocos hombres lo respetan —confesó indignada, a la vez que se sinceraba para que supiese que su situación no era de envidiar. Si aceptaba el puesto debía ser consciente de todo cuanto les esperaba—. Necesito un hombre de confianza a mi lado… y le aseguro que usted es mi única opción.

Hook notó el abatimiento y pesar en la voz de la duquesa. Llevó su otra mano a la que ella tenía depositada sobre la suya y dio un ligero apretón.

—No debe decaer, Excelencia —la animó—. Mujer o no, usted es la duquesa. Debe levantar la cabeza y demostrar que no tiene miedo ante nadie, pues una duquesa no debe dar explicaciones a los demás. Eso es lo que tiene que demostrar y ellos deben aprender.

Penelope por fin sonrió desde hacía mucho tiempo; ese hombre podía ser

su gran aliado.

—¿Quiere aceptar el cargo?

Hook, con las lágrimas a punto de rodar por sus mejillas, subió la mano de la duquesa y le besó los nudillos.

—Será un honor para mí, Excelencia —declaró, honesto—. Seré su hombre más fiel. Lucharé a su lado para que demuestre que este ducado no va a decaer.

Penelope se puso en pie y ladeó la mesa. No sabía si sería correcto o no, pero tanto le daba. Necesitaba abrazar a Hook.

—Es hora de demostrar a toda Inglaterra que se equivocaron con usted, *señor* Hook —recalcó, llamándolo como le correspondía y como nunca deberían haber dejado de hacerlo—. Demostrémosles a todos que una mujer puede llevar la carga de un ducado y que el hijo de un… insensato, no tiene por qué cargar con su pecado.

Hook, por fin lloró al escuchar las palabras susurrantes de la duquesa. ¿Cuándo había escuchado por última vez que alguien se refiriese a él como señor?, ¿por qué había sido castigado por la insensatez de su padre?, ¿por qué nadie le dio la oportunidad de demostrar su valía?, ¿por qué tuvo que mendigar por todo Londres para poder dar de comer a su madre y hermana?... El duque fue el único que lo acogió, y ahora la duquesa le estaba dando la oportunidad de ser de nuevo el hombre que un día fue. Después de tantos esfuerzos para llegar alto, por fin la mano divina le iba a recompensar.

Penelope regresó a su asiento.

—Mañana a primera hora debe ir al sastre. Para empezar, encargue cuatro trajes de diario, dos de etiqueta para eventos, un par de trajes de montar, varias capas, sombreros y… Bueno, lo dejo en sus manos.

Hook sonrió, la joven no quería nombrar la ropa interior.

—En segundo lugar y no menos importante, se mudará a su nueva casa en *Mayfair Street*.

Hook se quedó paralizado.

—Señor Hook, mi administrador no puede seguir durmiendo en la habitación de un sirviente. Debe amoldarse a su nuevo puesto y ello incluye que empiece a codearse de nuevo con la alta sociedad.

—Pero es una zona…

—La zona de la que usted proviene —sentenció Penelope, interrumpiéndolo—. La vivienda pasará a ser de su propiedad. Va a ser mis ojos, mis oídos… Voy a dejar en sus manos mi destino; créame, no es caridad.

Bien sabía Penelope que ese hombre tendría que enfrentarse a muchos desagradecidos. Esa propiedad la había tenido arrendada a un baronet que también se había permitido el lujo de malgastar la fortuna familiar. Ahora estaba vacía y Hook era la persona más adecuada para vivir en ella.

El ducado poseía veinte propiedades por diversas comarcas, entre Inglaterra y Escocia; desprenderse de una para que su nuevo administrador pudiese vivir como merecía, no le suponía el menor problema; más bien, todo lo contrario. Nunca le gustó que su padre arrendara la vivienda, su situación y su prestigio no lo necesitaban como otros nobles que sí estaban pasando penalidades.

—Y por favor, señor Hook, a partir de este momento, en la intimidad, no me llame Excelencia.

—Como prefiráis, milady.

Penelope alargó el brazo y agarró el tirador para avisar al mayordomo.

August de nuevo entró y los miró a ambos. La sonrisa de Hook era tan radiante que incluso se asustó, ¿iban a ascender a Hook a mayordomo?

—Por favor, señor Patterson —pronunció Penelope—, avise de que nos traigan té a esta sala. El *señor* Hook y yo tenemos mucho que tratar esta tarde, dé órdenes de que nadie nos moleste.

—¿El señor Hook? —preguntó sin poderlo evitar.

Penelope miró a Hook; los dos, con sonrisa cómplice, asintieron.

—Sí, el señor Hook es mi nuevo administrador. Espero que lo traten con el respeto que merece.

August también sonrió, pues conocía al joven desde hacía seis años. Había sido un ayudante de cámara excepcional, y él mismo reconocía que ese joven no merecía malgastar su vida en tal cargo; su inteligencia y educación merecían algo mejor.

—Por supuesto —aseguró—. ¿Entonces preparo la habitación naranja?

—Sí, gracias —respondió Penelope. Mientras estuviese en Somerset, el señor Hook se acomodaría en una de las cámaras para invitados, de

momento. Ya buscaría una localización cercana a *Golden House* para que su administrador disfrutase de intimidad.

August se retiró y en cuanto cerró la puerta, tanto Penelope como Hook rieron. Bien sabían que en el piso de abajo, donde se encontraban las cocinas, pronto habría un revuelo general; eso sí, de alegría, pues Hook era un hombre querido por los compañeros.

Capítulo XV

Una duquesa debe mostrarse como tal

Tres meses llevaba Penelope encerrada en *Golden House*. El señor Leighton Hook era su única esperanza. En el tiempo que llevaba como administrador, había demostrado que era un hombre de gran valía. Aun así, no parecía ser suficiente.

Eran las cuatro de la madrugada cuando la duquesa se levantó. Su desasosiego cada día era más evidente. Apenas comía, y por más que intentaba dormir, parecía que Morfeo siempre se alejaba de ella.

Se puso la bata de seda y se acercó a la ventana. Tenía una necesidad imperiosa de respirar. Parecía que le faltase el aire.

Inspiró con fuerza al tiempo que cerraba los ojos.

Al abrirlos se quedó paralizada.

Aquel majestuoso y hermoso paisaje que alumbraba la luna era suyo.

«Hasta que lo pierdas», se dijo a sí misma.

Se alejó de la ventana, se dirigió al tocador donde tenía un candil, y prendió una cerilla para encenderlo. Al iluminarse, se vio reflejada en el espejo.

Odió su imagen. Estaba pálida y eso acentuaba más esas odiosas pecas que mancillaban su cuerpo.

Se acercó con lentitud, parecía levitar. Al mirarse de cerca, se quitó la bata, seguida del camisón y las calzas, hasta quedar desnuda. Volvió a cerrar los ojos.

Su madrina tenía razón, había perdido mucho peso. Pero eso no fue lo que más le impactó. Fue su rostro. No había nada de vitalidad en él. Unos surcos negros debajo de sus violáceos ojos mostraban su cansancio acumulado, su falta de energía y alegría.

Caminó con languidez hacia atrás, hasta llegar al borde de la cama, sin quitar ojo a su imagen. Se sentó sin apartar la mirada del espejo.

Su cuerpo mostraba la imagen de una mujer de veinte años, pero su alma estaba tan cansada, tan desmotivada, tan decaída y dolida, que se sentía una anciana. Y eso mostraban sus ojos, el interior muerto de una mujer sin motivos para seguir viviendo.

Ese pensamiento la asustó. Se puso en pie y se agachó para recoger la ropa que había dejado en el suelo. Se vistió de nuevo y fue directa hasta el tocador, cogió el candil con una mano y salió de su habitación con la respiración entrecortada.

Bajó las escaleras descalza y corriendo. Sentía opresión en el pecho, su mente estaba agotada de tanto pensar y su corazón latía agitado por los nervios.

Pasó por delante de tres salas, buscó la biblioteca y acortó el camino por esa estancia saliendo por la puerta que daba a otro corredor, el que tomó para llegar a la sala familiar.

Nada más entrar, cerró la puerta a su espalda y se quedó allí apoyada, con las manos temblorosas y la respiración fatigada.

El brillo centelleante del candil no mostraba toda la estancia, por lo que Penelope fue encendiendo todos los candelabros que allí se encontraban; quería luz, quería ver, quería respirar y quería vivir…

Cuando todas las velas estuvieron prendidas, se dio la vuelta buscando lo que la había hecho ir hasta allí: el lienzo casi a escala real de sus padres.

Se acercó cuanto le fue posible, pero no era suficiente, así que ladeó la cabeza inspeccionando la sala, hasta que encontró lo que necesitaba.

Tomó un reposapiés que usaba cuando se sentaba en la butaca y lo llevó hasta posarse delante de sus padres de nuevo. Se subió a él y alargó el brazo para acariciar el rostro de su madre.

—Os echo tanto de menos —pronunció en voz alta—. Jamás me acostumbraré a vuestra ausencia.

Se quedó mirando el retrato, parecía que sus padres pudiesen verla.

—Me siento avergonzada —confesó en un hilo de voz—. Por más que lo intento, no encuentro el camino correcto… —susurró, azorada—. Os he defraudado.

Una lágrima brotó por su rostro.

—Los arrendatarios y jornaleros no me respetan —informó con derrota—. Piensan que por no haber un duque al mando tienen derecho a hacer con nuestras propiedades y tierras lo que quieran.

Bajó la cabeza, pues le era imposible mirar a los ojos a su padre; se sentía humillada.

—Los nobles más influyentes no cesan en su empeño de arrebatarme las tierras… Eso sí, a un precio mísero; dan por hecho que soy una inútil que no sabe lo que posee.

Levantó la cabeza.

Miró los ojos de su padre.

Su boca empezó a temblar, aguantando el llanto.

—Perdonadme por no ser digna de llevar el peso de este ducado.

Volvió a agachar la cabeza, no quería que la viesen llorar. Las lágrimas eran sinónimo de debilidad.

Intentó tranquilizarse, respiró hondo. Volvió a levantar la cabeza, besó las puntas de sus dedos y los llevó a la mejilla de su madre.

Repitió el gesto para besar a su padre.

—Dispensad mi comportamiento —se disculpó—. Seguiré luchando… No sé si ganaré la batalla, pero os prometo que no cesaré en mi empeño.

Bajó los pies del pedestal, se dirigió al centro de la sala y se arrodilló.

Así la encontró el ama de llaves a las nueve de la mañana.

—Su Excelencia, nos habéis preocupado —informó la mujer, pues su doncella personal había dado la voz de alarma al no encontrarla en sus aposentos.

Penelope continuaba con los ojos clavados en su padre. Pensó que, de alguna manera, él le daría la respuesta a lo que tanto tiempo llevaba buscando.

Se puso en pie, sin apartar la mirada, con el corazón roto y sin fuerzas.

Iba a salir de aquella sala sin haber encontrado una solución. Y eso la llevó a la realidad del momento: estaba sola y tenía que luchar contra el mundo entero.

—Excelencia, no podéis caminar por ahí descalza y en bata…

—¿Por qué? —la interrumpió Penelope.

—Porque como diría su padre, una duquesa debe mostrarse como tal.

Penelope giró medio cuerpo, con ímpetu y sin mover los pies, mirando de nuevo el retrato de su padre. Su corazón empezó a latir con fuerza. Unas lágrimas se asomaron de nuevo a sus ojos, y una sonrisa que pensaba que jamás volvería a ver, se intensificó. Era la sonrisa que demostraba que

había encontrado la respuesta que necesitaba y que no se había equivocado, su padre se la había dado.

Se limpió con celeridad las lágrimas antes de volver a su posición y emitió un «gracias» ahogado, mirando directamente a su progenitor.

—Pedidle al señor Patterson que venga de inmediato y que Mery prepare mi traje más ostentoso.

El ama de llaves pestañeó, ¿qué le pasaba a su señora?

—No podéis recibir al señor Patterson en… en… en camisón.

Penelope había recibido el mensaje de su padre, era la duquesa y como tal tocaba comportarse. Ahí erradicaba la clave y la solución a todos sus problemas.

—¡De inmediato! —ordenó, dejando clara su postura y, sobre todo, su orden sin tener que repetirla.

La mujer agachó la cabeza en señal de disculpa y se alejó con celeridad.

Penelope se abrochó con fuerza la bata. Sabía que no debía presentarse ante su mayordomo de esa guisa, pero después de tanto sufrimiento en silencio, de tantos malos pensamientos sobre su futuro, lo que menos le preocupaba era eso.

El hombre entró y bajó la cabeza para no mirarla, estaba avergonzado.

—August, mande a un lacayo a buscar al señor Hook, dentro de una hora tiene que estar aquí —decretó—. Y preparen el desayuno en la sala amarilla.

—Por supuesto —pronunció el mayordomo, y se retiró sin mirarla.

Penelope se dirigió a la puerta, pero antes de salir volvió a mirar el cuadro.

—Gracias, padre —pronunció feliz y muy agradecida—. Voy a demostrar que soy la duquesa de Whellingtton y Kennt.

Media hora más tarde, la duquesa estaba mirándose delante del espejo.

—No podéis llevar este vestido —aconsejó Mery.

Era un vestido negro opulento. No era el típico vestido que una dama llevaría por la mañana.

—Con este traje demostraré quién tiene el poder.

—¿Y a quién queréis demostrárselo?

Penelope se dio la vuelta, haciendo girar las faldas.

—A todos.

Escuchó cómo golpeaban a la puerta.

—Adelante —invitó Penelope.

La marquesa de York entró y se sorprendió.

—¿Por qué vas así vestida?

—¿Leighton ha llegado? —preguntó Penelope, sin dar explicaciones a su madrina.

—Sí, lleva un rato esperando.

Lo imaginaba, pues el señor Hook había regresado de Londres dos días antes para ponerla al día de todo lo acontecido por aquellos lares. Tenía previsto partir de nuevo hacia sus tierras de Escocia tres días después.

Tenía una casita muy acogedora, regalo del duque al anterior administrador, cerca de *Golden House*, donde se hospedaba cuando tenía que pasar los días en Somerset. Ordell se la había cedido al señor Hook.

La amistad entre Hook y la duquesa cada día era más fuerte. En la intimidad, cuando estaban solos, se llamaban por sus nombres. Penelope necesitaba sentirse arropada y, sobre todo, joven.

—En ese caso no le hagamos esperar.

La marquesa la sujetó por el brazo cuando pasó por su lado.

—Penny, ¿qué está pasando? —se interesó.

Penelope levantó la mano y acarició la mejilla de su madrina. Quería tranquilizarla, sabía bien que su ama de llaves la habría informado de lo sucedido.

—Os lo explicaré en cuanto terminemos de desayunar —dijo con dulzura—. No os preocupéis, os aseguro que estoy bien.

Durante el desayuno, la marquesa observaba a Penelope, hacía días que no la veía con tanta vitalidad. Tanto Georgina como ella estaban muy preocupadas por su escaso apetito, su falta de concentración y, sobre todo, por esa mirada triste y vacía que dejaba al descubierto a una joven infeliz y abatida.

Solo los miércoles parecía que revivía un instante, cuando el mayordomo le hacía entrega de las cartas que llegaban puntuales de las tierras de Jamaica.

Al terminar el desayuno, Penelope invitó a su madrina a estar presente en su reunión con Leighton. Pasaron al despacho grande, el que perteneció una vez al duque y que Penelope había renovado, dándole un toque más femenino.

Les explicó con tranquilidad y aplomo su decisión respecto a los planes que tenía en mente.

Tanto la marquesa como Hook escucharon sin interrumpir.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —se inquietó la marquesa.

—Sí. Es la única opción que tengo —alegó—. Si no pongo fin a tanto despropósito por parte de los arrendados y jornaleros, en menos de cinco años tendré que vender mis tierras a esos buitres que están esperando verme caer.

—Entonces tendrán que disculparme —se pronunció Hook, poniéndose en pie—. Debo encargarme de inmediato de sus mandados.

Penelope asintió.

El administrador se despidió con un gesto de cabeza.

La marquesa se quedó pensativa.

—¿Cómo has podido llevar toda esta carga sin decirme nada?

Penelope la miró a los ojos.

—Porque no quería defraudaros a vos también.

—¿Defraudarme? —preguntó atónita, pues eso era imposible.

—Sí, madrina. A mis padres no puedo ocultarles nada —dijo con pesar —. Ellos me ven desde donde estén. Pero hubiese dado cualquier cosa por no tener que confesar… —Se le quebró la voz.

La marquesa alargó el brazo y apretó la mano de la joven por encima de la mesa.

—No es culpa tuya —aseguró—. Mi querida Penny, ¿te das cuenta de lo que estás haciendo?

Penelope no respondió; tenía los ojos brillantes, algo avergonzada. Todavía se sentía culpable de ver en peligro su ducado.

—Estás luchando contra toda una sociedad —adujo—. Tanto la alta como la baja —aclaró—. Y todo porque hasta el último peón se cree superior a una mujer.

Ese era un hecho que jamás cambiaría. Bien sabía la marquesa que todo su patrimonio se mantenía gracias al duque fallecido y al duque de Cartting, pues ellos habían tomado las riendas y se encargaban de todo.

Penelope se mordió los labios; no quería llorar, pero una lágrima se le escapó.

La marquesa se puso en pie y se acercó a su ahijada, le tomó de nuevo de la mano y la instó a levantarse. Una vez delante de ella, la abrazó con fuerza y susurró en su oído:

—No te das cuenta, mi niña, pero estás a punto de dar un paso muy importante.

—¿Yo? —indagó sin comprender.

—Sí, tú, Penny —pronunció con cariño—. Si consigues tu propósito, y estoy convencida de que así será, abrirás un camino de esperanza a otras mujeres.

Penelope se aferró al abrazo.

—De momento recemos para que el mío se abra.

Georgina las vio al pasar por delante del despacho y no pudo evitar entrar a preguntar.

—¿Ha sucedido algo? —se interesó.

Desde que la marquesa le confesó lo sucedido con su hijo, miraba a Penelope con otros ojos. Y no solo eso, con el paso de los días había crecido en ella un cariño maternal. Durante los dos últimos meses se había sentido angustiada por ver a la joven tan alicaída y no poder hacer nada por ella.

Penelope se separó de su madrina y negó con la cabeza.

—Disculpadme, tengo que buscar a August.

Se alejó y dejó a las dos amigas en el despacho.

—¿Qué tiene? —preguntó de nuevo.

—Toma asiento y te lo explicaré.

Cuando la marquesa de York terminó de narrar la historia, la marquesa

de Bristol se llevó las manos a la boca.

—Podía haber hablado con mi esposo… —Se quedó pensativa—. Todo esto podría acabar, tan solo tendría que desposarse con Duncan. ¿Por qué no nos dijo nada?

—Georgina, porque es su legado —aclaró, orgullosa—. Está luchando por mantener lo que por ley le pertenece.

La marquesa de Bristol se puso en pie y caminó de un lado a otro, nerviosa. Sintió un ramalazo de orgullo hacia Penelope. La comprendía, claro que la entendía. ¿Acaso no le había pasado igual a su hijo pequeño? ¿No había luchado para demostrar que él también valía? En el fondo no había tanta diferencia, aunque no lo pareciera. Penelope tenía que demostrar su valía por ser mujer, y su hijo Duncan por ser el segundo hijo de un marqués. Aun así, la joven lo tenía más difícil y así se lo hizo saber a su amiga.

—Es una mujer, Eleanor —explicó su temor—. No se impondrá…

—¡Es la duquesa de Whellingtton! —la interrumpió Eleanor—. Y como tal va a actuar.

Ambas se miraron.

Penelope entró de nuevo en la sala.

Georgina se acercó a la joven sin titubear y la abrazó con fuerza, sorprendiendo tanto a Penelope como a Eleanor.

—Estoy muy orgullosa de ti, Penelope —pronunció, abrazada a ella con los ojos cerrados—. Demuéstrales a todos quién eres.

Capítulo XVI

Si quieres tener pan, a la duquesa respetarás

A las cuatro de la tarde, Penelope iba sentada en su mejor calesa descubierta. Quería que todos la vieran. Esa era la finalidad, mostrar quién tenía el poder.

A su lado iba su administrador, que había pasado la mañana de un lado a otro. Primero fue a mandar una misiva urgente nada menos que al regente, en la que le pedía su ayuda en caso de que las cosas saliesen mal. En cuanto recibió la respuesta, fue directo a la policía para notificar que necesitaban ser escoltados y que portaba una orden real para ello.

A continuación, mandó a un lacayo para que avisase a todos los arrendadores de las tierras de que la duquesa iba a ir a visitarlos.

Por último, dio instrucciones concisas a los empleados de *Golden House*. Debían quitarse los uniformes y vestirse con ropa de diario, a ser posible, la más vieja que tuviesen en sus armarios.

Una vez estuvo todo preparado, la calesa con el sello ducal estampado en las puertas los esperaba a Penelope y a él en la entrada de la casa, junto a una escolta de policías digna de un rey.

Otra carreta de transportar el arado les seguiría con los sirvientes de la casa.

Hook miró de soslayo a Penelope; por fuera aparentaba estar tranquila, pero sus manos la delataban, pues las retorcía una y otra vez. Alargó la suya y se las sujetó.

Penelope lo miró.

—No muestres debilidad.

La duquesa asintió y volvió a fijar su mirada al frente.

Penelope vio a lo lejos a la gente que andaba buscando. Tragó con dificultad, pues había más de los que esperaba. Por lo visto, habían acudido no solo los jornaleros sino también sus familiares.

No se equivocó, familias completas estaban allí reunidos esperando a la duquesa.

En cuanto el carruaje paró, Penelope miró al cielo. Pocos podían ver su rostro, ya que lo llevaba oculto bajo un velo negro, el cual se echó hacia atrás para mirar a los ojos de los presentes directamente.

En cuanto tomó tierra, se irguió como una gran dama. Todos la miraron expectantes y Penelope reconoció con rapidez quiénes iban a hablar por boca de todos. Los mismos que, con sonrisa triunfal, la miraron con desprecio.

Bien, llegados a ese punto, no podía echarse atrás. Se estaba jugando su legado, el ducado que su padre con tanto esfuerzo había llevado a lo más alto.

Con un nudo en el estómago, caminó un par de pasos y se plantó justo delante del que parecía el cabecilla. Conocía a ese hombre y le pareció una desfachatez que él estuviese al frente de aquello, pues era el capataz, un hombre al que su padre había tratado como bien merecía.

Imaginó que esperaban como saludo un «buenos días». Claro que, al ver la aptitud del hombre que tenía delante, que ni siquiera se había inclinado lo más mínimo ante ella, su saludo iba a ser otro.

—Poco respeto me mostráis —pronunció con voz firme para que todos la escuchasen—. ¿Es así como tratáis a quien os da de comer?

Si el hombre se sorprendió tanto como el resto, no lo demostró.

—A mí me dan de comer los productos que da la tierra —respondió con soberbia, arrancando un par de risitas detrás de él, precisamente de los dos hombres que Penelope había imaginado que serían los cabecillas.

—Una tierra que me pertenece —sentenció.

El silencio fue sobrecogedor, a pesar de haber tanta gente.

Edgar, que así se llamaba el capataz, dio un paso al frente.

Hook también lo hizo, pero Penelope parecía tener clavados los pies en el suelo, pues no cedió un ápice.

—¿Qué es lo que queréis? —preguntó con tanta insolencia que a Leighton le hubiese encantado darle un puñetazo por ello.

Penelope no respondió de inmediato, antes lo miró a los ojos. Desvió la mirada hacia una mujer con cinco niños que parecían ser hijos de Edgar; la esposa parecía nerviosa. De nuevo clavó su mirada en él y respondió:

—Quiero saber por qué no se están labrando las tierras y criando a los animales como antes de morir el duque.

Edgar soltó una carcajada fingida y exagerada.

Los dos hombres que estaban detrás de él también se rieron, y aunque

el resto de la gente permaneció callada, se notaba que estaban disfrutando de ver a uno de los suyos burlándose de ella.

—¡Porque nadie trabaja para una mujer!

Ahí llegó la frase que tanto temía Penelope.

Tras esa exclamación, estallaron las risas de todos los presentes, todos menos las de Penelope y Hook.

—Pues lo habéis estado haciendo durante dos años —informó Penelope con tranquilidad, una que no sentía en su interior—. Y habéis estado recibiendo dinero por ello.

—Trabajábamos para el duque.

—El duque llevaba dos años retirado —confesó sin vacilar Penelope—. Y hasta la fecha no había oído ninguna queja por parte de nadie con respecto al pago que yo he realizado.

Las risas menguaron.

Hook observaba con atención, las miradas de las mujeres presentes demostraban intranquilidad. Algunos hombres también parecían empezar a preocuparse.

—Eso da igual —aseguró Edgar—. Ahora ya no tenemos obligación de trabajar para usted.

Penelope asintió con tranquilidad. El nudo del estómago se acrecentó, pero sabía que debía ser fuerte y mantener el tipo.

—En ese caso, solo tengo una pregunta que hacer —pronunció con calma y seguridad, para demostrar que poco le importaba lo que esa gente tuviese que decir—. ¿Quién está dispuesto a seguir trabajando para mí?

Nadie se movió.

Penelope estaba casi aguantando la respiración. ¿Acaso esa gente daba por hecho que por morir el duque las tierras las heredarían ellos?

Edgar se cruzó de brazos y la miró con insolencia. Levantó los hombros e hizo una mueca, mofándose de la poca autoridad que parecía tener ella en sus propias tierras.

—¿Nadie? —preguntó de nuevo.

Hook tragó saliva, eso era lo que esperaban desde el principio. Ahora venía la parte más problemática. Miró hacia atrás y agradeció en silencio

que estuviesen los guardias.

—De acuerdo, en vista de que no tienen respeto por quien les da de comer —argumentó Penelope—, les doy una hora para recoger sus pertenencias y abandonar las casas.

La gente empezó a murmurar y Edgar dio otro paso más para amedrentar a Penelope.

—¿Quién se cree que es?

—La duquesa de Whellingtton y Kennt —sentenció—. Dueña y señora de estas tierras.

—¡No puede echarnos de nuestras casas! —gritó un hombre que estaba más apartado.

Penelope alargó un brazo e hizo a un lado a Edgar, demostrando que ella no se apartaba ante nadie; ni siquiera para mirar al que estaba detrás se movería de su sitio.

—Las casas pertenecen a quienes trabajan mis tierras —alzó la voz—. Como aquí nadie quiere hacerlo, tendrán que abandonarlas. Les guste o no, son de mi propiedad y habitarlas sin mi consentimiento es un delito.

La gente de nuevo empezó a murmurar y los ánimos se tensaron, pero Edgar se negaba a ceder ante una mujer.

—Si nos marchamos perderá las cosechas.

—Lo dudo —repuso Penelope—. Hay gente que necesita comer y que sabe que si me respeta, siempre tendrá un pan que llevarse a la boca.

—No encontrará a nadie —aseguró él.

Penelope hizo un ligero movimiento de cabeza señalando la carreta donde estaban sus sirvientes.

—Ya los he encontrado. Están esperando a que ustedes abandonen *mis tierras*.

Edgar no contaba con eso.

Penelope observó su desconcierto y lo aprovechó.

—¡Agentes! —bramó, sin girarse—. Esta gente ya no trabaja para mí. Si no abandonan mis tierras en una hora, deténganlos por usurpar una propiedad que me pertenece.

Penelope se dio la vuelta y se dirigió a su calesa. Escuchaba la

algarabía a su espalda y por dentro rezaba para que entrasen en razón.

—¡Su Excelencia! —gritó una mujer.

Penelope se detuvo, tomó aire y se dio la vuelta con lentitud.

La mujer se acercó con dos niños.

—Por favor, Su Excelencia, perdone a mi esposo —suplicó la mujer, con lágrimas en los ojos—. Le pido clemencia. No podemos marcharnos, no tenemos a dónde ir.

A Penelope le palpitó el corazón. No podía flaquear, no en ese instante.

—Su esposo no desea trabajar para mí.

—Lo hará, como lo ha hecho hasta ahora. —Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano—. Sé que no merecemos su piedad, pero su padre fue un hombre generoso y justo. Por favor, demuestre ser digna hija del duque.

Empezaron a acercarse más mujeres junto a sus esposos, todos suplicantes. Sabían que se habían mofado de la duquesa y que ella podía negarse a atender sus súplicas, pero necesitaban comer.

Una niña de cuatro años agarró de las faldas a la duquesa. Penelope bajó la cabeza y sonrió.

Volvió a levantar la cabeza y se expresó:

—Por deferencia a la memoria de mi padre, volveré a preguntar. ¿Quién está dispuesto a trabajar para mí?

En esta ocasión todos, menos Edgar, se pronunciaron.

—De acuerdo —claudicó—. Espero no tener que arrepentirme de haber tomado esta decisión.

Edgar se acercó a paso ligero, dio varios codazos para abrirse el camino, y se plantó delante de Penelope.

La duquesa se asustó pero no lo demostró.

Hook, por el contrario, estuvo muy rápido; se posicionó junto a Penelope y vio los ojos llenos de rabia de él. Los mismos que se clavaron en los violáceos de la duquesa, quien no se permitió el lujo de parpadear. De pronto, se agachó y cogió de malos modos a la niña, que era su hija pequeña. Se dio la vuelta y gritó:

—¡Philippa, recoge nuestras pertenencias!

Penelope no se lo podía creer, ¿prefería hacerle pasar penurias a su familia con tal de no trabajar para una mujer?

Regresaban a *Golden House* cuando a mitad de camino le dio una orden al cochero; necesitaba bajar con urgencia.

El señor Hook estuvo raudo abriendo la portezuela del carruaje y ayudándola a desmontar.

Una vez tocó tierra, la duquesa fue corriendo a esconderse de entre los arbustos que rodeaban el camino.

Hook intentó taparla con su cuerpo para que nadie la viese.

Los nervios hicieron mella en ella, pues vomitó el desayuno.

Una vez recuperada, tomó aire.

—Pensé que acabaría vomitando delante de todos.

Hook sonrió con dulzura para que ella sintiera su apoyo.

—Lo has hecho muy bien, Penelope —la felicitó—. No era fácil y lo has conseguido.

—¿Crees que en Escocia nos pasará lo mismo? —indagó preocupada.

—No. Allí será más sencillo —aseguró—. El ducado pertenecía a tu madre; aunque todos seguían las normas del duque, están más acostumbrados… —aclaró—. Saben desde hace tiempo que la señora es la duquesa.

Penelope asintió y cerró los ojos.

—Eso espero, Leighton —deseó—. No me encuentro con fuerzas para viajar hasta Escocia.

El señor Hook apretó su hombro.

—Yo me encargaré de todo.

Penelope lo miró con gratitud.

—Gracias.

Capítulo XVII

Penelope se despertó agitada, había tenido una pesadilla. Su respiración era abrupta. Se inclinó en la cama e intentó tranquilizarse. Tenía el cuerpo bañado en sudor.

Se frotó las sienes. Había pasado un mes desde que se enfrentó a sus jornaleros y parecía que todo empezaba a tranquilizarse. Poco a poco todo volvía a la normalidad. No obstante, parecía que ciertos nobles no estaban dispuestos a que ella se saliera con la suya. Sus posesiones eran muy valiosas y muchos insistían en hincar los dientes.

Llamaron con timidez a la puerta antes de entrar.

—Buenos días —saludó la doncella personal de Penelope.

—Buenos días, Mery.

—¿Os encontráis bien? Os noto azorada.

Penelope quiso restar importancia, haciendo un gesto con la cabeza. Por una vez, quería levantarse con tranquilidad y optimismo.

—Es el calor —respondió—. Este verano está siendo muy caluroso.

La doncella asintió y se alejó a la sala contigua, separada por un gran parabán de madera forrado de seda violeta con estampado dorado, lugar donde la duquesa solía vestirse.

—Quisiera darme un baño —comentó Penelope.

Una hora más tarde, estaba sentada frente al espejo del tocador, con un vestido de diario, sencillo y negro —un color que odiaba, pues lo había llevado durante tres años—, mientras su doncella personal terminaba de retocarle el peinado.

Estaba abstraída observando su reflejo; continuaba demasiado delgada, y su rostro, aunque ya no marcaba los surcos negros, reflejaba cansancio. Además, sus ojos revelaban tristeza, estaban apagados. No había un atisbo de luz en ellos.

Apartó la mirada, pues no quería verse de nuevo, y al hacerlo, vio el gesto contrariado de su doncella. Llevaba muchos años a su lado y sabía que algo le preocupaba.

—¿Qué sucede, Mery?

La mujer en un principio se mordió el labio inferior. Dejó el peine de plata sobre el tocador y se cogió las manos, un síntoma que alertó a Penelope.

—No sé si debería hablar de ello.

Penelope entrecerró los ojos. Se giró lentamente en la butaca y la miró directamente.

—¿Te ha sucedido algo? —indagó al verla tan nerviosa.

Mery negó con rapidez con la cabeza.

—No, a mí no —confesó—. Pero… me siento… —titubeaba—… Estoy consternada.

Penelope, al ver su azoro le sujetó las manos.

—¿Qué te tiene tan afligida?

Durante unos segundos la mujer permaneció callada, pero al final sacó a la luz su tristeza.

—La señora Gates ha despedido a Mildred.

Penelope levantó las cejas; su ama de llaves no le había comentado nada.

—Sabéis que no he tenido hijos… —comentó—. Y le he tomado mucho cariño a la joven. Mildred se ha convertido en alguien muy especial para mí… La hija que nunca tuve.

Penelope se puso en pie.

—Avise a la señora Gates de que quiero verla en mi despacho.

Mery asintió con la cabeza y se alejó.

No podía quitarle autoridad a su ama de llaves delante del servicio, pero en privado, podía averiguar los motivos de ese despido. Que ella supiese, Mildred llevaba cerca de tres meses en *Golden House*, entró un mes después de la muerte de su padre y la señora Gates había dicho que la joven era muy buena trabajadora y que venía recomendada.

Soltó un suspiro de derrota. Estaba claro que no había un solo día en el que viviese un momento de tranquilidad. Ahora, además, en su propia casa.

Bajó directa al despacho donde la señora Gates estaba esperándola.

—Buenos días, Excelencia.

—Buenos días.

Caminó con decisión hasta su escritorio y tomó asiento. Con un gesto de la mano le pidió a la señora Gates que hiciese lo propio.

—Ha llegado a mis oídos que ha despedido a Mildred.

—Sí, Su Excelencia —reconoció—. Le he redactado una carta de recomendación, pero no podrá continuar trabajando en *Golden House*.

—¿Por qué?

—Creo que es mejor que me guarde para mí los motivos, Excelencia.

Penelope no quería ser descortés con su ama de llaves. Era una mujer muy profesional, jamás haría nada que perjudicara a *Golden House*, pero Mery había sido, después de su madre, la mujer que más la había cuidado.

—Me temo, señora Gates, que en esta ocasión es imposible que conceda su deseo.

La mujer se tensó, algo que puso en alerta a Penelope.

—¿Acaso no ha realizado sus tareas?

—No es eso, Excelencia, el problema es de otra índole —pronunció avergonzada.

—¿Qué tipo de índole? ¿Ha robado? —preguntó alarmada.

—No.

—Entonces no veo causa del despido.

El ama de llaves volvió a quedarse callada, buscando las palabras apropiadas.

Penelope permaneció a la espera.

—La joven no puede permanecer en *Golden House* —dijo al fin—. Me temo que su presencia perjudicaría la reputación de esta casa.

—¿Por qué?

—Porque está encinta.

Penelope abrió los ojos como platos.

La señora Gates permaneció inmóvil, esperando a que su señora asimilara la información.

—¿Qué edad tiene?

—La semana que viene cumplirá catorce.

Penelope asintió lentamente, como si estuviese buscando una respuesta pero, ¿qué solución podía dar ante algo así?

—Debo dar por hecho que el padre no es ningún trabajador de *Golden House*, ¿cierto?

—¡Por supuesto! —se apresuró a defender a los hombres que trabajaban en la casa—. Los sirvientes de *Golden House* están a la altura de la respetabilidad que su dueña merece. Por ello debo despedir de inmediato a Mildred.

—Por favor, déjeme a solas —pidió Penelope—. Avise al señor Patterson de que no me moleste nadie.

—¿Y su desayuno?

—Tengo cosas más importantes que hacer en estos momentos.

La mujer se levantó, y cuando estaba a punto de cerrar la puerta, Penelope la retuvo.

—Señora Gates, no le entregue a Mildred esa carta todavía.

—Pero… —Se interrumpió al ver el gesto autoritario de la duquesa—. De acuerdo, esperaré a que me dé la orden para hacerlo.

Al quedarse a solas, Penelope apoyó los codos en la mesa y escondió la cabeza entres sus manos.

No paraba de negar una y otra vez.

¿Por qué todo tenía que volverse en su contra?

Se puso en pie y caminó de un lado a otro. Parecía un animalillo enjaulado.

La señora Gates tenía razón, la muchacha no podía permanecer en *Golden House*. Si llegase al conocimiento de alguien más, fuera de su hogar, su hasta ahora intachable reputación se vería perjudicada.

¡Ilógico!

Llevó la mano a su barbilla y empezó a dar golpecitos en su nariz. Así permaneció casi diez minutos, con la mirada perdida y su mente trabajando a toda velocidad.

Bajó la mano y caminó con decisión, agarró el tirador y tiró con fuerza.

Regresó a la ventana y se quedó allí, de pie, mirando el horizonte.

El señor Patterson entró en la sala pero Penelope no se dio la vuelta.

—¿Su Excelencia?

—Por favor, August, avise al señor Hook —demandó sin fuerzas—. Necesito verle con urgencia.

El mayordomo la observó, su señora parecía muy derrotada.

—De inmediato —alegó el mayordomo—. Mi señora, mientras lo espera, ¿desea que le suban algo para desayunar? Debería comer, necesita coger fuerzas.

Al escuchar la voz preocupada de August, Penelope se giró con lentitud, mostrando una sonrisa triste estampada en su rostro.

—Mi querido August, siempre tan preocupado por mí —reconoció Penelope, pues desde pequeña ese hombre siempre había mirado por ella.

—Es mi obligación, Excelencia —pronunció honesto—. Sois todo cuanto tengo.

Penelope por fin sonrió con cariño.

—Gracias, August —agradeció—. Un té con una nube de leche, por favor.

El mayordomo asintió e hizo una pequeña reverencia antes de retirarse.

Penelope se dirigió al sofá de piel que había en el despacho y tomó asiento. Se quedó pensativa y, tras unos segundos, acabó sonriendo con nostalgia al recordar ciertas trastadas que había hecho de pequeña y que su fiel mayordomo había ocultado para que no fuese castigada por sus padres. ¿Cuánto tiempo había pasado junto a él? Si lo analizaba con detenimiento, es posible que hubiese pasado más tiempo en compañía de August que de su propio padre. Y eso le hizo pensar en las personas con las que más trato había tenido. Primero, su madre. Segundo, August. Tercero, su institutriz y madrina. Cuarto, Mery; y, por último, su padre. Este había compensado sus últimos cinco años preparándola para llevar la carga de su ducado.

Unos golpes en la puerta consiguieron que Penelope regresara al mundo real.

—¡Pero si es una niña! —increpó el señor Hook.

Penelope asintió.

Ambos se quedaron en silencio durante un rato. Hook se levantó y

caminó hasta el ventanal, descorrió la cortina y cerró los ojos con pesar.

Se dio la vuelta con lentitud.

—Me temo que la señora Gates tiene razón —reconoció con amargura—. Es un escándalo que no podremos evitar si alguien la descubre aquí.

Penelope se mordió el labio con rabia.

—¡No es justo! —explotó, cansada de guardarse en su interior todo lo que no era apropiado decir en voz alta. Con Hook había logrado tener tal grado de confianza como para expresarse sin ser juzgada.

—Lo sé —reconoció el hombre.

—Es tan solo una muchacha que va a cumplir catorce años. ¡Dónde va a ir! —recriminó—. ¿Y qué hay del padre? ¿Quién ha sido capaz de… de… —vaciló, la rabia no la dejaba razonar—… de seducir a una niña y aprovecharse de ella?

Empezó a dar vueltas por el despacho, haciendo aspavientos con las manos y hablando en voz alta casi para sí misma.

Hook permaneció callado, mirándola pero sin moverse.

—¿Algún día cambiarán las cosas? —preguntó con desprecio—. ¿Por qué tiene que cargar ella con la vergüenza mientras el padre anda por ahí, seguramente engañando a más jovencitas? ¿Y por qué tengo que ser yo juzgada por los actos de ellos? —No dejaba responder—. ¿Acaso no debería tomarse como un gesto solidario que yo diese cobijo a una muchacha desamparada, en vez de verme perjudicada por un escándalo?

Se desplomó en el sofá de cuero, exhausta porque durante toda su perorara no había tomado aire.

Pensó en Mildred, ¡trece años! Ella había cumplido veintiuno tan solo hacía dos días y se sentía todavía muy inocente en ciertos temas. Y eso que desde la muerte de su padre había tenido que madurar de golpe para estar a la altura de las expectativas.

—¿Cómo voy a dejarla en la calle? Por mucho que la señora Gates le entregue una carta de recomendación, nadie querrá cobijarla… ¿Te das cuenta, Leighton? El honor es más fuerte que cualquier título. Nadie está libre de pecado a ojos de los demás. Cualquier noble puede ser marginado si una de sus hijas son tachadas de mujeres de mala reputación.

—Así es.

—Cobijar a una también. ¡Es inaudito!

Hook se quedó pensativo. Él también estaba cabreado; tenía una hermana de veintitrés años y pensaba que si algún hombre le hiciese algo parecido, lo mataría con sus propias manos. No quería ni imaginar si le hubiese pasado con trece.

—Creo que conozco un lugar donde podrían acogerla.

Penelope lo miró, su tono avergonzado ocultaba algo.

—¿Qué lugar es ese?

—Uno en el que dan cobijo a muchachas con el mismo problema que Mildred.

—¿Dónde?

—En Staffordshire.

—¿Y la aceptarán?

—Iré con ella —se ofreció Hook—. Les daré un donativo…

La duquesa interrumpió.

—Por descontado, será una suma generosa —alegó—. Si, como has dicho, hay más muchachas como Mildred, dudo que tengan recursos suficientes para vivir desahogadas.

Hook hizo un mohín.

Por supuesto que vivían con grandes limitaciones. Para empezar, coartadas de libertad. Estaban recluidas, no podían ser vistas por los alrededores, pues saltaría la voz de alarma y acabarían desahuciadas o detenidas.

Se fijó en la duquesa, era sin duda una mujer de gran corazón. Dispuesta a ayudar. Valiente, pues se enfrentaba a los problemas sin agachar la cabeza ni dar la espalda a quienes lo necesitaban. Eso le hizo sentir una gran admiración.

Penelope cerró los ojos. No se podía creer que se hubiese enfrentado a sus jornaleros y ahora no pudiese dejar a la joven en *Golden House*. ¡Era todo tan ilógico! La tan afamada respetabilidad inglesa. Unas normas ambiguas que siempre afectaban a las mujeres.

Suspiró derrotada.

—¿Y qué pasará cuando tenga al niño? —consultó con tristeza.

—Imagino que su mejor alternativa será dejarlo en una inclusa —respondió Hook.

A Penelope se le erizó la piel y sintió que el estómago se le contraía.

Se acercó al ventanal, necesitaba aire.

Miró el paisaje y se quedó abstraída durante un momento. Sus pensamientos eran tan poco halagüeños que dolían.

—No voy a permitir que la separen de su hijo.

Hook se sorprendió.

—Penelope, es la mejor decisión —aclaró—. No es la menos dolorosa, pero sí la que le permitirá tener un futuro. Una madre soltera vivirá siempre marcada…

—¿Y si es viuda? —cuestionó y se volteó para mirar a los ojos a Hook.

—Disculpa, pero no llego a comprender tus palabras.

Penelope asintió. Lo entendía, era difícil explicar lo que tenía en mente.

—Mildred no tiene familia —confesó—. Los únicos que están al corriente de su nuevo estado son la señora Gates y Mery.

—¿Y? —indagó él, juicioso.

—Mandaremos a Mildred a Staffordshire y cuando nazca la criatura, la trasladaremos a *Green Land*.

Hook se sorprendió. Intuía lo que estaba proponiendo la duquesa y se vio en la necesidad de advertirla.

—Quieres mandar a Mildred junto al bebé a tus tierras de Escocia, porque allí nadie la conoce, ¿cómo viuda?

Penelope asintió.

—Es harto peligroso lo que pretendes —advirtió.

—Lo es, pero es más humanitario que arrancarle de los brazos a su hijo.

—No sé, Penelope…

—Han fallecido miles de hombres en la batalla —argumentó ella con calma, interrumpiéndole—. Nuestro Imperio ha quedado plagado de viudas, ¿quién va a desconfiar de una joven con un niño recién nacido? Será una víctima más.

Hook negaba una y otra vez.

—Leighton, en Escocia no desconfiarán. Su señora, en un acto de generosidad, dará trabajo y cobijo a una viuda con un bebé huérfano de padre.

—¿Por qué te implicas tanto? ¿No ves lo que estás arriesgando si alguien se entera de la verdad? —preguntó, preocupado por la duquesa.

—Yo también soy huérfana, Leighton —dijo con los ojos brillantes—. ¿Qué me diferencia de ella? Que nací en un buen seno. Incluso así, en su misma situación, ni siquiera mi dinero me salvaría de un escándalo y de la marginación social. Me siento en la obligación de ayudar. Si las personas que tenemos recursos no lo hacemos, ¿qué será de los que no tienen nada?

Hook asintió lentamente. La duquesa tenía razón.

—Avisaré a la señora Gates —comunicó Penelope—, de nuestra decisión.

Iban a mandar a la joven a las tierras de Staffordshire, y cuando se trataba con una doncella sobre temas importantes, era imprescindible la presencia de la señora Gates. Por el gran aprecio que Penelope sentía por Mery, decidió que también estuviese ella.

El ama de llaves, que también era consciente del cariño y afecto que Mery profesaba por la joven Mildred, lo entendió y no puso objeción.

Las lágrimas de Mildred conmovieron a Penelope.

—Por favor, Mery, me gustaría hablar a solas con Mildred.

Mery asintió, le dio un apretón en la mano a la joven doncella y se retiró.

—Mildred, no te dejaré desamparada…

—Gracias, Excelencia, no sé cómo agradecerle todo lo que está haciendo por mí —dijo, sincera, con lágrimas en los ojos.

—Solo hay una forma de agradecérmelo.

—¿Cómo?

—Dime quién es el padre.

Capítulo XVIII

Hay situaciones en la vida que te hacen madurar de golpe

La duquesa de Whellingtton y Kennt se despertó sobresaltada. Estaba convencida de que había escuchado un grito desgarrador.

Se puso en pie, cogió el quinqué y abrió la puerta.

Afinó el oído y se dirigió hacia la parte baja de *Golden House*, donde parecía haber un trasiego extraño a esas horas intempestivas de la madrugada.

Al llegar, vio a la cocinera vertiendo el agua hirviendo de una olla en un cubo de madera.

—¿Qué sucede?

La mujer se asustó, no esperaba a su señora en las cocinas.

—Excelencia… yo… no sé… —titubeaba.

La inquietud preocupó a Penelope, ¿qué le ocultaba? No le dio tiempo a formular de nuevo la pregunta, pues otro grito que provenía de lo alto de la casa la espantó.

Una doncella bajó las escaleras acelerada, reclamando el agua hirviendo. Al ver a la duquesa se paralizó.

Otro bramido las hizo reaccionar.

La cocinera le entregó el cubo, la doncella hizo una reverencia y se alejó de nuevo corriendo.

Penelope en esta ocasión no preguntó, persiguió a la doncella, subiendo las escaleras hacia la parte más alta de *Golden House*, donde se encontraban los dormitorios de los sirvientes, en el ala este el de los hombres y en el ala oeste el de las mujeres.

Nada más llegar al largo corredor que separaba ambos pasillos, se topó con el mayordomo.

—No debería estar aquí —aconsejó.

—¿Qué sucede, August?

—No lo sé, Excelencia —confesó—. La señora Gates no me deja entrar.

Penelope se estremeció al escuchar un nuevo aullido.

—A mí sí me dejará —aseguró.

Abrió la puerta que daba acceso al pabellón femenino de las sirvientas, y tembló al ver los rostros de pánico que tenían las mujeres que trabajaban en *Golden House*, apostadas en las puertas de sus habitaciones.

Solo una estaba cerrada, por lo que Penelope se encaminó sin titubear hasta allí.

Entró y cerró la puerta a su espalda para que nadie viese lo que la señora Gates se afanaba en ocultar.

Tuvo que sostener el quinqué con fuerza porque de la impresión casi se le cae.

Los gritos eran de Mildred, que estaba en la cama empapada en sudor. Su camisón y sus sábanas estaban mancillados de sangre.

Era una habitación pequeña y sencilla. Una cama, una mesita y un armario pequeño. Tan solo había una ventanita, tapada por una cortinilla blanca.

La señora Gates estaba arrodillada al pie de la cama, afanándose en limpiar las piernas de la joven.

Mery intentaba bajar la fiebre que Mildred aquejaba.

La doncella que había subido el cubo, mojaba los paños que le entregaba a la señora Gates.

—¡Por todos los santos! —se expresó Penelope— ¿Qué le pasa?

La señora Gates, sin cambiar de posición, se pronunció:

—Creemos que está perdiendo al bebé.

Penelope tembló.

Abrió la puerta y salió como alma que lleva el diablo. Fue directa hasta el corredor, y al llegar allí, desde el otro extremo gritó:

—¡August! ¡Traed al doctor!

Regresó al dormitorio de Mildred. Poco podía hacer allí, pero sentía que era su deber ayudarlas.

La joven Mildred parecía un cadáver, apenas podía abrir los ojos, y cuando lo hacía, su mirada estaba vacía.

Penelope sustituyó a Mery para que esta ayudara a la señora Gates; era demasiada sangre la que brotaba del cuerpo de la joven.

—Es un castigo… —musitó sin fuerzas, Mildred—… por haber cedido

al pecado carnal.

—Shhh… —la tranquilizó Penelope—. Te vas a poner bien.

—Si mue… muero… decid… decidle a mi hi… hijo que me hubiese… gustado —deliraba—… ser… una… buena… madre.

Perdió el conocimiento por completo y eso asustó a las tres mujeres.

—Excelencia —pronunció el ama de llaves—. El doctor no debería encontraros en esta habitación.

Penelope, con los ojos brillantes por aguantar el llanto, se irguió, sentada en el borde de la cama.

—No me iré a ninguna parte.

—Pero Excelencia… —intentó convencerla.

—Esta es mi casa —aseguró—. El doctor hará su trabajo y no dirá nada.

Mery y la señora Gates se miraron entre ellas. Penelope parecía ida. Y era cierto. Estaba consternada, era muy posible que una joven doncella muriese en su casa.

Penelope sintió rabia, asco, impotencia y, sobre todo, ira. Creía haber encontrado una solución para la joven Mildred y a falta de dos días para su partida, su plan se había truncado de la peor manera.

Algo en ella cambió de manera radical, como si le hubiesen arrancado de su interior por completo su juventud e inocencia. Un par de horas antes, se hubiese preocupado porque el médico la encontrase en el dormitorio de una sirvienta mancillada. Ahora no estaba dispuesta a esconderse ante nadie. Más valía que el doctor o cualquier sirviente se privase de chismorrear lo que en *Golden House* había ocurrido, porque de lo contrario, no tendría piedad con nadie.

Miró la rigidez de la muchacha temiéndose lo peor. No se movía y su respiración ya no era agitada; de hecho, apenas se reflejaba movimiento que cerciorase que continuaba viva.

La señora Gates y Mery sintieron lo mismo.

Mery se desplomó en la cama y lloró.

Penelope, con una frialdad inusitada, cogió un pequeño espejo que había en la mesita para llevarlo bajo la nariz y comprobar si quedaba esperanza. Su mano se quedó a mitad de camino, pues entró el doctor.

El médico las hizo salir a todas, excepto a la señora Gates.

Pasaron las horas y el repunte del alba iluminó el corredor, donde Penelope y Mery permanecieron estoicas todo el tiempo.

El mayordomo también las acompañó.

—En vista de que las marquesas de York y Bristol están fuera —rompió el silencio Penelope—, no hay necesidad de preparar el desayuno.

August la miró sin comprender. Era cierto que las marquesas habían viajado juntas a la casa de Eleanor, donde pasarían una semana antes de regresar.

—Dependiendo de lo que nos confirme el doctor, decidiremos el trabajo de hoy.

—No os comprendo —dijo el mayordomo.

—Si Mildred… —Tragó con dificultad y se negó a usar la palabra—. Prepararemos su velatorio.

Mery cerró los ojos.

—Si se recupera, ordenará a los sirvientes que descansen hasta mediodía —alegó, pues estaban todos en las puertas de sus dormitorios esperando noticias. Nadie había dormido esa noche y eso, en parte, agradó a Penelope; sus trabajadores estaban unidos.

El mayordomo la miró atónito, ¿alguna vez un señor había dado descanso a todo el personal? Igual se estaba haciendo mayor, o los tiempos cambiaban, o es que su señora era distinta a los demás. Habían tenido un día libre a lo mucho, de manera individual, pero ¿todos a la vez? No, estaba convencido de que nadie había actuado así con sus sirvientes en ninguna casa de buena familia.

—También les advertirá de que lo que sucede en *Golden House* se queda en *Golden House* —amenazó—. Mi generosidad termina donde las habladurías empiezan.

La frase dejó clara la postura de la duquesa; quien tuviese la lengua larga estaría fuera de *Golden House* de inmediato y para siempre.

—Por descontado, Excelencia.

El doctor salió y se dirigió hasta la duquesa.

Al verla en bata parpadeó; no era usual ver a una duquesa en los pasillos de las habitaciones de los sirvientes, y menos aún, sin la ropa

apropiada.

Penelope se percató del detalle y se dio cuenta de que desde luego había cambiado, pues no se avergonzó.

—Acompáñeme —ordenó Penelope al doctor.

Mery y August se miraron. Penelope esa noche se había convertido en una auténtica duquesa, una mujer que no daba explicaciones ante nadie y cuya voluntad debía ser ley.

Llegaron al estudio de la duquesa y el doctor tomó asiento.

—¿Cómo está mi doncella?

—Su estado es grave. No puedo garantizar que sobreviva —reconoció—. Ha perdido mucha sangre… —Miró a los ojos a Penelope—. Tampoco la criatura que crecía en su interior.

Penelope ni pestañeó.

—¿Estaba al tanto de ello? —le recriminó el doctor.

La mejor opción era mentir, pero no estaba dispuesta a hacerlo.

—Sí.

El médico agrandó los ojos.

—¿Y ha permitido que viviese bajo su techo?

La pregunta ofendió a Penelope.

—¿Era más humano dejar a una niña desvalida en la calle?

—Una mujer de dudosa reputación —corrigió el doctor.

Penelope se cruzó de brazos y los apoyó en la mesa.

—¿Se ha parado a pensar si la muchacha cedió a los placeres de la carne por pura voluntad, o si por el contrario, fue obligada?

Sabía que el doctor era un hombre mayor, de creencias antiguas. Para él la mujer era la pecadora, bien hubiese sido obligada o no.

—En ambos casos sigue siendo una mujer de dudosa reputación —confirmó de nuevo sus palabras—. Motivo por el que su propia reputación corre peligro si esto transciende.

Sí, de eso estaba segura.

Si su padre hubiese acogido a la muchacha, le habrían amonestado, un pequeño escándalo de corrillo entre los más chismosos que en un par de

semanas hubiese pasado al olvido. Sin embargo, a ella el escándalo la perseguiría por más tiempo, además de apartarla de la sociedad. Claro que había algo que parecían no tener en cuenta tanto el doctor como algunos otros nobles. Esa noche ella se había dado cuenta de lo equivocada que había estado, y el doctor iba a ser el primero en escuchar su propia conclusión, la única.

—No veo el motivo por el que tenga que transcender nada de lo que ocurra en mi casa —argumentó con tranquilidad—. En *Golden House* las normas las pongo yo —informó—. Si quiero dar cobijo a una muchacha de dudosa reputación, le aseguro que nadie podrá impedírmelo.

El doctor negó con la cabeza, sin dar crédito a lo que escuchaba.

—Si alguien se entera tendrá que dar explicaciones —discutió el doctor. No podía permitir que Penelope alojase en su casa a una pecadora.

Penelope interrumpió.

—Se olvida de algo importante, doctor. Soy duquesa —adujo, diciendo en voz alta la conclusión a la que había llegado esa noche—. No estoy obligada a dar explicaciones de mis actos ante nadie, excepto ante el rey —puntualizó, cansada de que un simple doctor se creyese con derecho a darle órdenes o consejos—. Dígame, ¿le han coronado para que yo tenga que darle alguna aclaración?

—¡Esto es indignante! —se ofendió.

—Indignante es que usted se dedique a salvar vidas y luego sea capaz de dejar a un alma desprotegida en la calle, donde su vida correrá peligro, bien por desalmados o por hambre.

—Ese no es mi problema —aseguró—. Que se ampare en hospicios —pronunció con asco, pues el doctor solo se movía por interés económico—. Es inmoral que siga manteniendo a esa mujer en esta casa.

—Lo inmoral es que usted se haga llamar médico —sentenció Penelope, al tiempo que se ponía en pie—. Ahora bien, tenemos dos opciones.

El doctor la imitó, pues ante todo era cortés; si una mujer se ponía en pie, él estaba obligado a hacer lo mismo.

—Yo solo veo una —comentó el doctor—. El silencio tiene un precio, *duquesa* —la chantajeó.

—Desde luego —afirmó Penelope muy seria.

El doctor estudió a Penelope. Parecía una mujer calmada, demasiado para acabar de recibir una amenaza.

—En la primera opción —comunicó ella con una tranquilidad aplastante—, usted correrá el bulo de que doy cobijo a una mujer de dudosa reputación y yo lo negaré —informó de la alternativa sin apenas pestañear—. Le aseguro que la palabra de una duquesa frente a la de un doctor será digno de ver. En un combate de reputaciones, ¿quién cree que acabará alzándose con la victoria?

El doctor parpadeó. Jamás hubiese imaginado que la joven duquesa fuese a reaccionar con tanta vehemencia.

—Puede que los escándalos sean un pasatiempo para muchos lores, pero si de algo se vanagloria nuestro Imperio, es de que a nadie le gusta que se levanten falsos testimonios contra alguien de la nobleza… —aclaró —. O más bien, que lo haga alguien que no pertenece a ella.

El doctor tragó saliva. Ella tenía razón; si el rumor lo formulase un aristócrata se tendría en cuenta, pero él no era noble, tan solo era un médico.

—La segunda opción —continuó Penelope como si le importara poco lo que el doctor tuviese que decir—, es que reciba el dinero que le corresponde por haber atendido a una de mis doncellas enferma —dejó claro que esa muchacha para él sería eso, una joven indispuesta—, y salga de esta casa por última vez.

El doctor no se podía creer lo que estaba escuchando.

—Y bien, ¿cuál es la opción que prefiere?

Desde luego, había jugado mal sus cartas; había infravalorado el poder y la seguridad de la duquesa. Renunciar a ser el médico de *Golden House* le desprestigiaría, pues él se vanagloriaba de haber sido el médico personal del duque.

—Si vuestra doncella sobrevive a esta noche, va a necesitar de mis atenciones —reculó. Por más que odió tener que hacerlo, era mejor ceder ante la duquesa que perder su prestigio en la comarca y Londres.

Penelope, a pesar de haber ganado la batalla contra el médico, no se sintió victoriosa. Mildred necesitaría, como bien había dicho el doctor, atenciones, y dar a conocer a otro galeno el estado de la joven era jugar

con fuego. Había conseguido doblegar a Pittman, pero no sabía si podría ganar al siguiente.

—Espero que cure a la muchacha —adujo—. Hace poco que enterré a mi padre, no quiero tener que enterrar también a mi doncella.

Capítulo XIX

El orgullo no da de comer

A mediados de noviembre, la duquesa de Whellingtton y Kennt estaba sentada frente a su mesa de cerezo, mirando con atención a su administrador, que en ese momento se encontraba apoyado en el vano de la puerta con una carta en las manos, leyendo y sonriendo.

Penelope se sorprendió, pues hasta ese momento no se había fijado en Leighton. Su porte era admirable y su sonrisa marcaba unos hoyuelos que le hacían aparentar menos años. ¿Desde cuándo tenía esos hombros tan anchos? ¿Y por qué ahora sus piernas parecían tan duras como rocas? Sí, su administrador, sin lugar a dudas, era un hombre atractivo, demasiado para su gusto. Y si al físico le sumaba lo agradable que era mantener conversaciones con él, se convertía en un posible candidato a marido. ¿Qué mujer no estaría encantada de casarse con él?

Negó con la cabeza, no podía tener esos pensamientos.

Volvió a centrar su atención en la correspondencia que tenía delante.

—No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por mi hermana —se pronunció el señor Hook, atrayendo nuevamente la atención de Penelope.

—¿Yo? —preguntó con ingenuidad.

Leighton levantó la carta, se acercó al escritorio, y tomó asiento frente a la duquesa.

—Sí, tú —aseguró—. Mi hermana está radiante de felicidad. Fue invitada a tomar el té a *Stanford House*.

Penelope sonrió. El día anterior había recibido una carta de su amiga Abby en la que explicaba la reciente amistad que había surgido entre la hermana del señor Hook y las Allende.

—Por lo que tengo entendido, las gemelas Allende se llevaron una grata impresión de tu hermana.

Hook sonrió con orgullo.

—Me temo que la admiración ha sido mutua —reconoció el administrador—. En sus letras solo hay palabras de cortesía y gratitud, tanto para las gemelas como para ti.

—Yo no hice nada. Tan solo sugerí a mi buena amiga, la condesa de Aberdeen, que invitara a tu hermana a tomar el té. El resto es mérito suyo.

—Y por ello te estaré siempre agradecido —pronunció, honesto—. El escándalo de mi padre a quien más perjudicó fue a Beatrice.

Penelope notó pena en su voz, pero no interrumpió.

—A escasos cuatro días de su boda, su prometido —Apretó los labios al pensar en ese hombre—, rompió el compromiso y, con ello, toda esperanza de que Beatrice acabase siendo una condesa respetable.

La duquesa levantó las cejas.

—¿Iba a desposarse con un conde?

Hook asintió con la cabeza.

—Sí —afirmó—. A veces pienso que él jugó con los sentimientos de mi hermana —confesó—. Cuando pidió su mano nos hizo creer que su compromiso era por amor.

—¿Y no fue así? —indagó, muy curiosa.

—La prueba está en que la abandonó a su suerte —pronunció con rencor—. Podría haberla salvado de las habladurías y de la humillación. Mi familia habría caído en desgracia, pero Beatrice habría estado bien situada en la sociedad y, por tanto, alejada de las penurias en las que se vio obligada a vivir; más, tras caer en desgracia por romper el conde su relación.

Penelope asintió con lentitud, asimilando la pena y vergüenza que debió de pasar Beatrice tras romper el compromiso a cuatro días de su boda.

—La dote de Beatrice era cuantiosa, ¿verdad?

—Sí. Por ello me duele más —reconoció, honesto, ante la duquesa—. Mi hermana acababa de debutar, y él la conquistó haciéndola creer que se casarían por amor. Si deseaba la dote, como al parecer así fue, Beatrice no habría sufrido tanto… Sin embargo, además de la pena de amor, sufrió en sus propias carnes lo que es la traición.

—¿Quién es el noble en cuestión?

—Lord Oxford.

Penelope cerró los ojos por un segundo. Antes de morir su padre, ella misma le había sugerido a su progenitor como posible duque consorte a Oxford.

—¿Sabes, Leighton? Puede que Oxford sea un aristócrata, pero ha

demostrado ser un hombre sin palabra —afirmó—. ¿Se merecía tu hermana un futuro junto a un hombre así? Igual el destino fue benévolo con Beatrice, porque ahora tiene la posibilidad de encontrar a un hombre que de verdad merezca ser su esposo.

Y recordó a su amiga Abby, pues en su última carta le mencionaba que cierto americano al que tenía en alta estima se había quedado prendado de la señorita Beatrice.

Una sonrisa brotó de sus labios.

—¿Crees en las intuiciones, Leighton?

—Para serte franco, pocas veces.

—Pues yo en esta ocasión sí, y estoy convencida de que Beatrice acabará siendo la esposa de un hombre de palabra.

—Ojalá —deseó con ensoñación—. Aunque Beatrice ya no es la joven ingenua y enamoradiza que era, Oxford le robó la alegría y la confianza. —Se entristeció—. Apenas quiere oír hablar del matrimonio. Dice que no volverá a enamorarse y que en su corazón no entrará nadie nunca más. Y eso que en estos dos últimos años, ha habido unos cuantos hombres interesados.

—Imagino que esos hombres no eran nobles —dijo Penelope. Teniendo en cuenta que Hook por entonces todavía era ayuda de cámara, ningún aristócrata estaría interesado en casarse con Beatrice.

—No —concluyó—. Y te aseguro que mi hermana no volverá a fijarse en ninguno.

—Mejor para ella —aseguró con convicción—. Créeme, una mujer sin título goza de mayor libertad —aclaró—. Y te lo dice una duquesa.

Hook sonrió, Penelope era una mujer sincera y directa.

El mayordomo interrumpió.

—Excelencia, el conde de Oxford desea ser recibido.

El administrador se tensó al escuchar el nombre.

Penelope había decidido que como ya llevaba ocho meses de encierro por su luto, empezaría a recibir visitas los martes durante una hora.

—Hoy es jueves, ¿cierto? —preguntó, dirigiéndose a Hook.

—Sí.

—Señor Patterson, por favor, transmitidle al conde de mi parte que tan solo recibo visitas los martes —y matizó—: De once a doce de la mañana.

El mayordomo asintió y cerró la puerta.

El administrador la miró.

—Puede que él se creyera con derecho a dejar plantada a tu hermana, pero yo estoy en el mío de dejarlo plantado a él.

Se quedaron en silencio y al final acabaron riendo. Al conde le iba a hacer muy poca gracia el desplante de Penelope.

Dos horas más tarde, estaban todavía en el despacho intentando encontrar una solución a un problema que últimamente les traía quebraderos de cabeza. Por lo visto, alguien intentaba boicotear a Penelope, llevándose a sus jornaleros.

Hasta el momento tan solo tres habían abandonado sus tierras. Los demás, por el momento continuaban fieles a la duquesa, aunque la presión era constante.

—¿Entonces es seguro? —preguntó Penelope, enfadada.

—Sí, el marqués de Mirinell.

Penelope se puso en pie.

—Sé lo que pretende, he recibido varias propuestas por su parte para venderle mis tierras —se indignó—. ¿Te lo puedes creer? Ese hombre sabe de sobra que mis tierras están vinculadas al título —argumentó, ofendida—. Si las pierdo pasarán de nuevo a la corona. No obstante, el muy necio sigue insistiendo…

—Es posible que esté actuando con doble intención.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella, preocupada.

—Como bien has dicho, sabe que tú no puedes desprenderte de las tierras de Somerset —declaró, juicioso—. Pero si te pone en un aprieto robándote a tus jornaleros, podrías verte obligada a vender otras propiedades que no están vinculadas al título —argumentó lo que llevaba tiempo pensando—. De tus veinte propiedades, diez no están vinculadas a ninguno de tus cinco títulos. Y me temo que Mirinell está interesado en la propiedad que posees en el condado de Hampshire.

La duquesa apretó los dientes marcando sus mandíbulas.

—El muy rastrero… —se ofendió Penelope por las intenciones del

marqués—. Y encima ha conseguido arrebatarme a los campesinos que mejor labraban las tierras. Si Edgar no hubiese sido tan… —Dejó en el aire la palabra, no era una mujer que maldijera delante de nadie.

Hook apretó los labios.

Penelope se quedó pensativa.

—Edgar era un insolente, pero buen capataz —reconoció en voz alta.

Hook la miró y Penelope se sorprendió al ver su semblante.

—¿Ocurre algo?

—Esta mañana me enteré del paradero de Edgar —informó con pesar, algo que alertó a la duquesa—. Por lo visto, está afincado en una casa medio derruida y… —Tragó con dificultad—, pasando calamidades.

Penelope se sentó de nuevo para escuchar con atención.

—Continúa.

—Desde que abandonó estas tierras no ha encontrado trabajo, viven prácticamente pidiendo limosna y su hija pequeña… —Se le quebró la voz.

—¿Qué, Hook?

—Está muy enferma —sentenció—. En las condiciones que viven no sé si la pequeña sobrevivirá, este otoño está siendo muy gélido y lluvioso, y no tienen siquiera para comer.

Penelope cerró los ojos, ¿cómo podía un hombre por orgullo dejar morir de hambre a sus hijos?

Se puso de nuevo en pie.

—¿A cuánto están de aquí?

—Casi a hora y media, al norte.

Penelope abrió los ojos de golpe.

—¿En las tierras de Mirinell?

El administrador asintió.

—¿El marqués pretende robarme a mis jornaleros mientras deja morir de hambre a uno que se ofrece a trabajar sus tierras? —Más que una pregunta era una queja.

El señor Hook advirtió el enfado de Penelope en su entonación. Notaba a la duquesa indignada y rabiosa.

La imagen de la niña apareció en la mente de la duquesa tan nítida como si la tuviese delante, haciéndole recordar el día en que la pequeña tiró de su falda y le brindó una sonrisa.

Penelope fue directa al tirador para dar aviso al mayordomo.

La fuerza empleada alertó a Hook, que se puso en pie; algo estaba tramando Penelope. Por su enfado, podía tratarse de cualquier cosa.

El mayordomo dio un par de golpes en la puerta y nada más abrirla, sin llegar a pronunciarse, la duquesa se manifestó con voz autoritaria:

—Avise a la cocinera de que prepare una cesta con todo lo necesario para hacer un buen caldo. Pan, arenques y huevos para siete personas… —dijo del tirón—. Y a la señora Gates, que reúna mantas y cirios.

Hook entendió al instante lo que pretendía hacer la duquesa y volvió a admirarla una vez más.

Penelope continuó dando órdenes.

—Que preparen tres carruajes. En uno partirán una doncella más dos lacayos con todo lo que he solicitado a la antigua casa del capataz Edgar. Prepararán el hogar para caldear la estancia. En los otros dos iremos el señor Hook y yo en busca del médico.

Una hora y media más tarde, Penelope y el señor Hook iban en el primer carruaje en silencio. En el segundo, el médico se preguntaba dónde lo llevaba la duquesa, pues no le había dado ninguna explicación. Más bien, le había ordenado que recogiera su maletín porque debía atender a una niña pequeña con urgencia.

La lluvia de esa noche consiguió desasosegar más si cabía a Penelope, pues al llegar a la dirección, vio a cuatro niños a la intemperie, desangelados, debajo de una carreta, envueltos en dos mantas, protegiéndose de la tormenta. Seguramente esa era la única solución que habían encontrado para no ser contagiados por la enfermedad que aquejaba la más pequeña.

Inspiró con fuerza.

Hook bajó y tendió la mano a la duquesa. Esta no tuvo la paciencia suficiente para esperar a abrir el paraguas. Nada más poner pie en tierra, se subió la capucha de la capa y se dirigió a la puerta de la casa.

Entró sin avisar, sin ser anunciada y sin esperar una invitación.

La estampa que presenció no pudo ser más cruel ni dolorosa. Como había vaticinado, apenas tenían luz; un pequeño candelabro con una única vela era todo cuanto iluminaba la casa, o más bien, la cama donde una niña pequeña estaba tumbada, con temblores y muy pálida.

A la vera de la cama estaba la madre, con lágrimas en los ojos, poniendo paños en la frente de la pequeña.

—Hook, traiga las velas —ordenó Penelope para que el médico pudiese ver bien a la criatura.

Justo en ese mismo instante, entró el doctor.

Se quedó al lado de la duquesa, ¿qué pretendía? Hacía muchos años que él no atendía a menesterosos, si es que alguna vez había curado a alguno.

Edgar y Hook entraron al mismo tiempo.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó Edgar en voz alta.

Penelope apenas le prestó atención, se limitó a alzar el brazo ordenando silencio. Ni siquiera se molestó en desviar la mirada, pues estaba retando al doctor a que se atreviera a negarse.

Hook prendió las velas mientras observaba de soslayo a Penelope.

—Pittman, le he traído aquí para que atienda a la hija de mi jornalero —se pronunció.

El doctor puso mala cara, estaba cansado de las excentricidades de la duquesa.

Penelope advirtió la animadversión que el médico mostraba hacia la paciente.

—Tratará a esa criatura como si de mi propia hija se tratase —advirtió denotando que no toleraría queja alguna.

El médico entendió la orden y, muy a su pesar, tuvo que ceder una vez más ante la duquesa.

En cuanto se acercó a la cama para atender a la niña, Penelope se giró y se enfrentó a Edgar.

—El orgullo no da de comer —sentenció—. Puede que no le guste trabajar bajo el mandato de una mujer, pero siempre es mejor que permitir que sus hijos mueran de hambre.

Edgar no se pronunció, miró a su hija y sus ojos se le empañaron.

Penelope, con la sangre hirviéndole en su interior porque aquella situación hubiese llegado tan lejos, habló de nuevo, tajante:

—Si como hombre no quiere trabajar mis tierras lo aceptaré, pero labrará para mí como padre.

Hook sintió un ramalazo de orgullo por la duquesa. Cualquier otra persona se hubiese desentendido de esa familia; más, cuando Edgar, por orgullo, había abandonado su labor. Sin embargo, ella estaba ahí, aceptando que el jornalero no la respetase por ser mujer, pero ofreciéndole, o más bien, ordenándole volver a sus labores para mantener a sus hijos.

Por primera vez Edgar sintió vergüenza.

—Será un honor para mí estar bajo su mandato —pronunció con humildad y sinceridad—. Además de mi eterna gratitud por su generosidad con mi familia.

—Las palabras no definen a las personas, Edgar —dijo la duquesa con seriedad; seguía ofendida porque ese hombre no hubiese acudido ante ella a pedir disculpas y así haber podido mantener a su familia—. Serán sus actos los que me convenzan.

Sin dar opción a réplica, se giró.

—¿Doctor?

El médico se dio la vuelta y explicó que la niña necesitaba ciertos cuidados; además, la desnutrición que aquejaba agravaba la enfermedad.

Penelope no quiso hurgar en la llaga, por más que Edgar mereciese escuchar unas cuantas quejas por su parte, por lo que decidió atajar el problema con celeridad.

—Bien, en ese caso, será mejor que empecemos de inmediato. Edgar, su esposa y sus hijos regresarán a su antiguo hogar.

La mujer lloró, unas lágrimas que llegaron al corazón a Penelope.

—A la pequeña la llevaremos directamente a *Golden House* —informó de sus planes, dejando a todos atónitos—. Allí se recuperará con las mejores atenciones.

—Pero… —intentó protestar el doctor.

—Ha dicho que necesita cuidados y mucha tranquilidad, dudo que con

cuatro hermanos más, esta criatura goce de esa paz que necesita para recuperarse.

Pittman, obstinado y clasista como siempre, se pronunció sin medir sus palabras:

—Una duquesa no puede dar cobijo a menesterosos en su propia casa —adujo—. Su comportamiento no es digno de alguien de su alcurnia. Si su padre viviese se moriría de la vergüenza y desearía haber tenido un varón, porque un hombre siempre sabe comportarse y tomar la mejor decisión.

Al señor Hook le hirieron las palabras. Incluso Edgar sintió asco de sí mismo, pues él, cinco minutos antes habría apoyado tal afirmación. Sin embargo, en ese instante sintió como un fuego en su interior la ofensa hacia la duquesa.

Penelope dio un paso adelante para que Pittman la escuchara con atención, pues no pensaba alzar la voz.

—Aunque el deseo de mi difunto padre hubiese sido tener un hijo varón, fue a mí a quien alumbró mi madre —adujo sin apartar la mirada del médico—. Recuérdelo bien la próxima vez que abra la boca, porque a la mínima insinuación de mi pésima conducta, me encargaré personalmente de que usted se convierta en el mayor menesteroso de toda Inglaterra, Pittman.

El doctor tembló.

—Poseo los ducados de Whellingtton y Kennt —informó como si el médico no lo supiera—. Incluso sin ser varón me pertenecen por derecho propio y por orden del rey. Póngame a prueba y le demostraré hasta qué punto mi poder puede arruinarle la reputación y destrozarle la vida. —Dio un paso más hacia adelante, quedando a un palmo de Pittman—. Recuerde bien mis palabras porque yo nunca repito; ese es el gran privilegio de cualquier duque, nuestra palabra es ley.

Se dio la vuelta como si el médico fuese un mero objeto más de la destartalada estancia y volvió a ordenar como una gran duquesa.

—Edgar, recoja sus pertenencias y reúna a su familia para partir a las tierras de Somerset.

El hombre asintió con la cabeza.

—Hook, envuelva bien a la pequeña con las mantas y móntela en el

carruaje.

La mujer de Edgar ayudó a Hook.

Mientras se afanaban en proteger a la niña, el doctor se expresó:

—¿En qué carruaje regreso yo?

La duquesa lo miró. Era evidente que debía regresar con ellos, pero la ofensa hacia su persona no iba a pasarla por alto, por lo que tomó una decisión que dejó a todos sin habla.

Estiró la goma de su ridículo[2] y extrajo unas monedas de oro.

—Con esto cubro los gastos de su servicio y también el desplazamiento. —Tendió las monedas y las dejó caer en la mano del doctor—. A cinco minutos de aquí encontrará un coche de postas.

Pittman agrandó los ojos.

—¿Algo que objetar, doctor?

Primero abrió la boca, pero seguidamente la cerró y optó por negar con la cabeza.

—Bien, veo que por fin ha entendido cuál es su sitio ante mí —alegó—. Mañana a primera hora lo quiero en *Golden House* para atender a la pequeña.

Se dio media vuelta y abrió la puerta para que Hook saliese con la niña en brazos.

Capítulo XX

Si intentas manipular a una dama, es muy posible que te salga mal la jugada

Penelope estaba releyendo la última carta recibida por parte de Duncan St. John, letras que llegaban con un mes de diferencia a la fecha que ponía en el remite, debido a lo mucho que tardaba el correo en llegar. Se amonestó mentalmente por no haber tenido el valor de responder a ninguna. Aunque tampoco era del todo cierto, pues tenía en su secreter a buen recaudo una tira de cartas atadas con un lazo rojo dirigidas a él. Letras sinceras que estampó en papel, abriendo su interior y permitiéndose confesar todos sus secretos, pero que quedaron escondidos por no enviar esas notas al hombre que había cumplido su palabra y le había escrito todas las semanas.

Suspiró resignada, ya no podía hacer nada al respecto. En su última carta, Duncan había prometido que si no recibía una respuesta por su parte, no volvería a perder el tiempo en escribirle una sola palabra más. Y de nuevo cumplía su promesa, pues llevaba dos meses sin recibir letra alguna.

Guardó la carta con mimo, junto a todas las demás de Duncan, las ató con un lazo azul y las dejó junto a las suyas. Cerró el secreter y se dirigió a la sala contigua a su despacho. Abrió la puerta y sonrió al ver a la marquesa de York y la de Bristol conversando.

Tomó asiento en uno de los butacones, junto a las marquesas. Agarró entre sus manos su bastidor y se unió a ellas en la conversación mientras bordaba.

El mayordomo la interrumpió.

—El conde de Oxford desea ser recibido.

La duquesa asintió con desagrado.

—¿El señor Hook todavía está en la casa? —preguntó al mayordomo.

—No, Excelencia. Hace más de una hora que se marchó.

—De acuerdo, le avisaré cuando esté preparada para recibir al conde.

Las marquesas se miraron entre sí, pero no dijeron nada.

Penelope continuó su labor, como si no hubiese dejado a la espera a un conde.

Veinte minutos más tarde, Penelope daba fin a sus quehaceres y se ponía en pie. Se acercó al tirador y avisó de esta manera al mayordomo.

—Recibiré al conde en mi despacho —informó a August—. Hágalo pasar directamente a esa habitación.

El hombre asintió y desapareció.

Las marquesas miraron a Penelope; parecía desganada, alicaída y dispersa.

—¿Todo bien, querida? —preguntó la marquesa de Bristol.

Penelope asintió con una ligera sonrisa fingida.

No, no estaba nada bien. Se sentía apática y lo que menos le apetecía era recibir al conde ni a nadie, pero estaba dentro de sus obligaciones.

Imaginó que el conde ya estaría en el despacho, así que entró por la puerta que daba a la sala de mañanas. Como el señor Hook no estaría presente, dejó entreabierta las puertas correderas sin que el conde supiese que allí se encontraban las marquesas.

Una vez dentro, Oxford se dio la vuelta para saludarla. Se acercó y extendió su brazo para sujetar la mano de la duquesa y besarla.

—Lamento la tardanza —se disculpó Penelope.

—No tiene importancia, comprendo que es una mujer muy ocupada.

Penelope le hizo una seña con la mano para que tomase asiento mientras ella hacía lo propio al otro lado de la mesa.

—Usted dirá —se pronunció sin más vacilación.

—En primer lugar, le presento de nuevo mis respetos por la muerte de su padre —dijo con voz neutra. Penelope hizo una pequeña inclinación de cabeza para darle las gracias—. Razón por la que me encuentro hoy aquí.

—¿Qué quiere decir?

—¿Puedo ser del todo sincero?

Penelope levantó las cejas.

—Se lo agradecería.

—Bien, en ese caso… —Se irguió en su asiento y tomó una pose más seria—. La posesión de un ducado exige un estricto control y muchas obligaciones. Y usted no solo posee uno, sino dos.

Penelope no comprendía a dónde quería llegar el conde, por lo que

cruzó los brazos y los apoyó en la mesa.

—Como mujer que es, estoy convencido de que además de una ardua tarea para vos, también se estará convirtiendo en un pesado lastre —aclaró con premura—. No me malinterprete, no pongo en duda su capacidad para gobernar sus ducados, pero quiero que sepa que puede contar con mi protección.

Penelope permaneció estoica, sin mostrar malestar, aunque por dentro rabiaba. ¿Desde cuándo un duque necesitaba la protección de un conde? ¿Acaso en su tiempo de encierro la jerarquía había cambiado?

—¿Qué le hace pensar que necesito tal protección? —preguntó con acritud.

—Su juventud y su estado civil.

La duquesa entendió en ese mismo instante cuáles eran las intenciones del conde, primero por recordarle que era soltera, y segundo por haber omitido en su respuesta que era mujer.

Inspiró y se echó hacia atrás en su asiento, dejando la espalda pegada al respaldo, pero sin descruzar sus brazos.

—Agradezco su gesto, pero a pesar de mi juventud y soltería, no necesito su protección.

El conde se percató de la incomodidad de la duquesa, por lo que intentó buscar otra forma de llevarla a su terreno; él había acudido a esa cita con un fin: salir de ahí como futuro duque consorte de Whellingtton y Kennt.

—En cuanto a su soltería… —tanteó, estudiando alguna reacción por parte de la duquesa. Al ver que ella no reaccionaba, continuó—: Es un hecho que cambiará su estado cuando acabe su tiempo de luto.

Las marquesas, que estaban escuchando al otro lado, se miraron; era muy pretencioso por parte del conde asegurar aquellas palabras y, conociendo a Penelope y lo que había luchado para ser respetada, imaginaban que la joven estaría enfadada.

El conde, al no obtener respuesta por parte de Penelope, se aventuró a lanzarse. Era el momento oportuno, o eso pensaba él.

—Si estoy aquí hoy es porque ha llegado a mis oídos que vuestra relación con Duncan St. John ya no es cercana.

La madre de Duncan se tensó.

La marquesa de York le apretó el antebrazo pidiendo calma.

Penelope, que hasta ese momento había intentado permanecer impasible, descruzó los brazos, los apoyó en los reposabrazos de su sillón, y por fin habló:

—Evidente —señaló como si Oxford fuese corto de entendederas—. Estoy de luto.

—Es posible que no haya usado la semántica correcta —se defendió Oxford—. Que vuestra relación con St. John es inexistente.

Penelope se puso en pie y el conde la imitó. Ella caminó con lentitud hacia las puertas acristaladas y se quedó allí parada, maravillándose de la blanca y brillante estampa que ofrecían sus jardines nevados.

Así que el conde pretendía hacerle creer que un cotilleo había llegado hasta él, cuando en realidad había sido el propio Oxford quien la instó a acudir al encuentro que tuvo Duncan con su amante.

Iba a responder al conde, pero este de nuevo se pronunció:

—Por ello, sería un honor y placer para mí poder cortejaros cuando acabe vuestro tiempo de luto.

La marquesa de Bristol cerró los ojos con fuerza, frustrada por no poder entrar en ese despacho y defender a su hijo.

Penelope soltó una risa con cinismo.

Se dio la vuelta y miró al conde a la cara.

—Milord, me temo que sus fuentes no son fidedignas —aseguró.

El conde entrecerró los ojos. ¡Por supuesto que eran seguras! La amante de Duncan le narró a conciencia cómo Penelope había salido despavorida de aquella habitación.

—Comprendo que os avergüence confesar que habéis roto el compromiso con el hombre que os cortejaba —dijo Oxford—. Pero nunca se hizo público, por lo que no debéis sentiros mal por ello. De hecho, deberíais sentiros aliviada —convino sonriente—. No es lo mismo prometerse con el *segundo hijo de un marqués* —pronunció con retintín—, que casaros con un conde.

La sonrisa de Penelope desapareció por completo. Si el conde de Oxford pretendía rebajar como hombre a Duncan por su falta de título, no lo había conseguido; más bien, lo que provocó en ella fue un arrebato de

protección hacia Duncan como no pensó que llegaría a demostrar ante nadie.

Las marquesas aguantaron la respiración, parecían gemelas esperando la reacción de Penelope.

—La próxima vez que os refiráis al lord St. John como segundo hijo de un marqués, os aconsejo que no volváis a utilizar un tono despreciativo —recriminó su actitud—. En esta casa se respeta al lord Duncan St. John.

—Me consta, Penelope… —Intentó tutearla, pero la duquesa lo amonestó de inmediato.

—Excelencia —sentenció—. No creo haberle dado permiso para tratarme o referirse a mí de otra manera.

El conde asintió.

La marquesa de York se tapó la boca, pues le entraron ganas de gritar: «¡Muy bien dicho, Penelope!».

—Por supuesto, Excelencia —rectificó—. Como iba diciendo, me consta que Duncan… —se corrigió de inmediato—. Que St. John, no es un hombre de fiar. Digamos que su reputación y vida disoluta le precede.

—Que yo sepa, hasta la fecha es un hombre soltero, ¿cierto?

—Aun así…

La duquesa volvió a interrumpirlo.

—La reputación de St. John no es algo que a usted deba preocuparle.

—Sí, Excelencia, lo es cuando ambos deseamos casarnos con la misma dama.

Ante esa confesión le tocó a la marquesa de Bristol taparse la cara con las dos manos, avergonzada por semejante pedida de mano.

Penelope miró con desdén al conde recordando cómo Duncan, el día del entierro de su padre, había corrido el rumor de su futuro enlace con el propósito de protegerla de hombres como el que tenía delante. Y eso la llevó a una conclusión: Oxford era muy rastrero.

Además, era del todo un despropósito por parte del conde presentarse ante ella para pedir su mano, pues según la jerarquía, le gustase o no, era Penelope quien debía elegir y, lo más inaudito, pedir la mano del hombre con el que eligiese casarse.

—Me veo obligada a repetirle que sus fuentes no son fidedignas —aseguró, irguiéndose—. De no haber fallecido mi padre, hubiésemos hecho público nuestro compromiso Duncan y yo. —Evitó usar el lord, para que viese hasta qué punto de intimidad había entre ellos.

—Excelencia, dicen que no hay más ciego que el que no quiere ver.

—En efecto —concluyó, sacando su enfado a la luz—. Y puede dar gracias de que no quiero ver en estos momentos su estrategia para desprestigiar al hombre con el que voy a casarme.

La marquesa de York sonrió.

La marquesa de Bristol torció el labio, mostrando su enfado.

El conde explotó, no estaba dispuesto a salir de *Golden House* sin sentirse victorioso.

—¡Es que no lo ve! St. John es… es… —No encontraba las palabras adecuadas, así que Penelope lo hizo por él.

—Un hombre de honor que no se oculta tras una nota sin firmar —sentenció, dejando a Oxford al descubierto.

Negar lo evidente sería una gran torpeza por su parte, pues la duquesa había averiguado que él había mandado aquella misiva.

—De haber firmado la nota vos habríais creído que actuaba de mala fe.

—¿Y no fue así? —preguntó Penelope con hastío.

—No. Mi intención era buena —aclaró—. Vos merecíais conocer los hábitos de St. John. De haber estampado mi rúbrica habríais pensado que lo hacía por rencor tras sentirme ofendido porque habíais elegido a St. John antes que a mí para cortejaros. Y os aseguro, Excelencia, que nada más lejos de mi intención.

Penelope se dio la vuelta y caminó de nuevo hasta la puerta que daba al jardín. Entrelazó los dedos de sus manos y se quedó allí, pensativa.

El conde permaneció a su espalda, inmóvil.

—Duquesa, por favor —imploró el conde, llamando su atención—. Pensad en lo beneficioso que sería para ambos casarnos.

Penelope, harta de escuchar sandeces, se giró y se quedó a dos palmos del conde.

—¿Qué tendría de beneficioso para mí? —indagó, molesta.

—Seríais la esposa de uno de los nobles más codiciados de Inglaterra —respondió con petulancia—. He recibido la educación más exquisita y os puedo garantizar que vuestros ducados en mis manos estarían a buen recaudo, los convertiría en los más importantes.

—¿Acaso no lo son ya? —preguntó, indignada—. De no ser de los más notables dudo que nuestro rey me los hubiese conferido, hubiese sido un desplante hacia mi padre por parte de nuestra majestad —confirmó con vehemencia para que al conde se le bajasen esas ínfulas de grandeza ante ella—. Y teniendo en cuenta la sangre que corre por mis venas, la misma que me ubica en la decimoquinta persona que puede acceder a la corona, me parecen prepotentes y descabelladas sus palabras, insinuando nada más entrar que un simple conde puede albergar protección a una duquesa.

El conde tragó saliva, no esperaba encontrarse a una mujer de carácter, y menos aún, a una joven que actuara como una gran duquesa. Desde luego se había equivocado, pero él necesitaba esos dos ducados; había hecho una apuesta en el club de caballeros *Brook´s* demasiado elevada como para dejarla pasar por alto. Más, cuando su fortuna en los últimos dos años había menguado por unas malas inversiones.

—Penelope, Penelope, Penelope —pronunció con tono amenazante. Su paciencia ante ella había llegado a su límite, ahora le tocaba a la duquesa bajarse del pedestal—. No quería recurrir a esto, pero no me dejáis otra alternativa.

A las marquesas, al igual que a Penelope, no les gustó el tono intimidatorio y amenazante que había utilizado el conde.

—¿Habéis pensado en la cantidad de bastardos que pueden haber por toda Inglaterra de St. John? ¿Qué pasaría si alguno viniese a reclamar su puesto en la vida de Duncan? ¿No sería una vergüenza para vos y un ultraje directo a sus inmaculados e intachables ducados?

La marquesa de Bristol dio un paso adelante, pero su amiga la paró, poniéndose delante de ella y pidiéndole calma de nuevo.

Penelope apretó los puños.

El conde sonrió de medio lado, satisfecho por haber provocado inquietud en ella.

—¿Acaso no os preguntáis dónde está el vuestro, milord?

Al conde se le borró la sonrisa de inmediato.

—No sé a qué os referís.

—No insultéis mi inteligencia —aconsejó Penelope—. De momento, de St. John no he tenido la certeza de que exista alguno, pero sí estoy segura de que entre él y vos hay una gran diferencia: St. John no les roba la virtud a las jóvenes doncellas. ¡A niñas, nada menos!

Las marquesas se quedaron paralizadas, ¿qué insinuaba Penelope?

—No os voy a tolerar semejante injuria —amenazó el conde.

—No existe ofensa por mi parte cuando ambos sabemos que mis palabras son ciertas.

El conde levantó la mano y la señaló con el dedo índice.

—Vais a pagar por ello —aseguró—. Vine con voluntad conciliadora pero vuestro comportamiento y negatividad exigen un escarmiento.

—El mismo que os merecéis vos por referiros a mí en tales términos.

El conde se carcajeó.

—Penelope, querida, ya podéis ir quitándoos el luto —pronunció con desdén—. Mañana correrá el rumor por todo Londres de que vamos a casarnos. Cuando una dama es comprometida por completo, debe casarse de inmediato.

Penelope agrandó los ojos.

—Y estamos a solas —comentó, abarcando con los dos brazos toda la estancia—. Nadie pondrá en duda mi afirmación cuando cuente que os he comprometido por completo.

La carcajada de Penelope no la esperaba el conde.

—Oxford, Oxford, Oxford —lo imitó—. Os consideraba un rival más digno —se mofó de él—. Debo admitir que nuestra reunión ha sido con diferencia la más provechosa de cuantas he tenido —aclaró, al tiempo que se dirigía hacia su asiento—. Comprobar en persona que vuestra soberbia está a la misma altura que vuestra necedad, no tiene precio.

El conde inspiró agrandando sus fosas nasales.

—No os permitiré un insulto más —la amenazó.

Penelope ni se inmutó ante el tono de voz utilizado por Oxford. Estaba tan cabreada por la ruin actitud del conde al intentar denigrar su persona utilizando, una vez más, la más vil de las mentiras con respecto a una

dama, que sentía cómo la sangre hervía en su interior. Era mezquino y, una vez más, se sintió ofendida ante el hecho de que un hombre se creyese superior; más que eso, estaba convencido de que se podía poner en duda la virtud de una dama y denigrarla solo por considerar que la palabra de un hombre era ley.

Cruzó los brazos y los apoyó en la mesa, tal cual había hecho nada más recibir al conde.

—La que no os va a tolerar una sandez más soy yo —sentenció—. Desde que habéis abierto la boca no habéis hecho más que insultarme en mi propia casa —declaró, sin un ápice de burla en su voz—. Vinisteis con la intención de salir de aquí como futuro duque consorte y os marcharéis como persona non grata para esta casa.

Oxford se irguió y sonrió de medio lado.

—Grata o no, en cuanto salga de *Golden House* iré directamente a pedir una licencia especial —narró sus planes con aire de superioridad—. Nuestro futuro enlace es un hecho.

Penelope se echó hacia atrás, sin descruzar los brazos, dejando su cuerpo pegado al respaldo de su butacón.

—¿Sabéis, Oxford? Espero con anhelo que por una vez en vuestra vida seáis un hombre de palabra.

El conde no esperaba esa respuesta por parte de Penelope.

—Nunca he faltado a mi palabra —adujo Oxford mientras estudiaba el semblante jocoso de ella tras escuchar su afirmación.

—No sé si consideraros un enfermo o un mentiroso.

La reacción del conde fue explotar.

—¡No os consiento más insultos! Pagaréis por ello —dictaminó—. En cuanto os convirtáis en mi esposa pagaréis por tanta ofensa.

—Decididamente sois un enfermo —declaró Penelope, sin cambiar de posición en su asiento—. Vivís en vuestro mundo interior una realidad muy alejada de la verdadera. Por eso no sois un hombre de palabra, pues en vuestra mente perturbada olvidáis lo que es ser un hombre de honor.

Oxford se dio la vuelta, hizo ademán de marcharse de allí, y mientras daba la espalda a Penelope se despidió:

—Vais a comprobar que soy un hombre de palabra.

Penelope levantó una ceja y respondió con altanería, provocando que el conde se parara y se diera de nuevo la vuelta.

—¿La misma que le distéis a vuestra prometida y se os olvidó a cuatro días de la boda? —preguntó, aludiendo a la hermana del señor Hook—. ¿O la misma que utilizasteis ante una niña para robarle su virtud?

El conde, en dos zancadas se posicionó delante del escritorio, golpeó con el puño y gritó:

—¡Basta! Vas a pagar por esto.

Penelope arrastró la butaca, se puso en pie, apoyó las dos manos en el escritorio, e, inclinada para tener a Oxford cerca de su cara, escupió las palabras:

—Esa es vuestra palabra, la que no tiene ningún valor.

No había mayor ofensa para un hombre que alguien pusiese en duda su palabra, Penelope lo sabía y por ello lo estaba utilizando para dejar constancia de que ante ella el conde no era un hombre de ley. Tan solo era un simple mentiroso sin valor moral.

—Cuatro días, Penelope —pronunció Oxford—. Esos son los que voy a tardar en entrar por esa puerta como dueño y señor de este lugar.

Se irguió, se estiró su chaleco y sonrió con satisfacción.

Penelope lo imitó.

—Dos días, Oxford —declaró Penelope, con victoria—. Esos son los que voy a tardar en ver cómo su reputación es arrastrada por los suelos, antes de que un juez dictamine su sentencia —vaticinó—. Se ha equivocado de dama; puede que sus amenazas atormentasen a otra mujer, pero a mí no.

Las marquesas estaban nerviosas, aquella confrontación entre Penelope y Oxford era un tira y afloja, la cuerda estaba muy tensa, parecía que estaba a punto de soltarse, y todavía no tenían muy claro quién de los dos saldría victorioso, algo que era bastante perturbador.

—Es una suerte que en nuestro Imperio la palabra de un hombre sea tomada más en consideración que la de una mujer —se mofó Oxford.

—La palabra de un hombre, sí —adujo Penelope—. La de un mentiroso como vos, no.

Él asintió con desgana, dando a entender que poco le importaba lo que

ella tuviese que decir.

—Bien, pues llegados a este punto, es hora de que me marche para que mi palabra llegue a todos los recovecos de Londres.

—Hágame un favor, Oxford. Teniendo en cuenta mi estatus —aludió a su doble ducado—, que su historia recorra toda Gran Bretaña.

La marquesa de York apretó la mano de Georgina, ¡Penelope había perdido la razón!

—Así sea.

Penelope asintió, se dejó caer en el butacón y sonrió.

—Gracias, milord —agradeció victoriosa—. Así será más placentero y notorio vuestro encierro.

—¿Perdón? —preguntó sin comprender la satisfacción que mostraba Penelope en ese momento.

—No me gusta repetir las cosas, Oxford —se mofó—. Pero haré una excepción con vos, pues veo que su intelecto no está a la par del mío —declaró, casi riéndose—. Os repito, os equivocasteis de dama. No soy de las mujeres que cuando reciben una amenaza bajan la cabeza y acatan la orden de un hombre. Gracias a mi posición, es algo que me puedo permitir. Y gracias a vos, otros maleantes se alejarán de mi persona. Las injurias ante una duquesa son un delito que se contempla en nuestro *Gran Imperio*. Será un placer desmentir ante un juez vuestros vilipendios, así toda Gran Bretaña será conocedora de lo que yo ya sé, que sois un enfermo mentiroso.

El conde no contaba con ello. No había conocido a ninguna mujer capaz de intentar desmentir una falsa acusación ante la opinión pública. Todas preferían callar para no ser ridiculizadas y humilladas ante la sociedad. Era mejor callar que enfrentarse ante un tribunal, donde siempre, sin excepción, la palabra del hombre era la única tomada en consideración.

Penelope vio la duda en él, así que zanjó el tema.

—Por favor, marchad, cumplid vuestra palabra —pronunció haciendo aspavientos con la mano para que saliese de allí—. Y por cierto, que creyeseis que estábamos solos en este despacho es una quimera. Nunca he sido tan necia como vos. Así que en vuestra historia romántica en la que me poseísteis y en la que mi virtud quedó comprometida, decidme, ¿dónde vais a incluir a las marquesas de Bristol y York? Lo pregunto porque

serán mis testigos —dijo, haciendo una mueca con los labios para fastidiar al conde, que se había quedado paralizado—. Y yo que pensaba que estar de luto era aburrido —pronunció jocosa—. Gracias, milord, de no ser por vos hoy hubiese sido un día muy anodino.

Y las marquesas entraron en el despacho, para que a Oxford no le quedase duda de que lo habían escuchado todo.

Capítulo XXI

Si a una mujer pobre intentas estafar, una dama poderosa te castigará

Faltaban cuatro días para Navidad, y en *Golden House*, un año más la fiesta pasaría sin pena ni gloria. Llevaban cuatro años seguidos sin celebraciones.

Penelope había convencido a la marquesa de York para que aceptase la invitación del duque de Cartting; se merecía escapar de aquella prisión en la que se había convertido *Golden House*.

Las Navidades eran fiestas interminables, la excusa perfecta de cualquier aristócrata para estar todo un mes de celebración. Y cómo no, la oportunidad perfecta de cualquier anfitriona con hijas casaderas para invitar a los caballeros que les interesaban.

Penelope recordaba estar escondida cuando era pequeña en las escaleras, disfrutando del trasiego de la llegada de invitados, ya que las fiestas Navideñas, que solían comenzar el seis de diciembre, estaban encaradas solo a los adultos. A los niños no se les permitía perturbar a los mayores, por ello los confinaban en las estancias superiores, junto a sus niñeras, o en salas preparadas para ellos, casi siempre en el ala contraria a la dispuesta para los invitados. Ella adoraba aquella decoración tan colorida que lucía la casa durante las fiestas. Y recordaba con cariño la cantidad de muérdago que colgaba por todas las puertas, consciente de que cada vez que dos personas se paraban debajo de ellas estaban obligados a besarse.

Sin duda, su madre había sido considerada una de las mejores anfitrionas. Siempre estaba todo preparado: los juegos, el baile, las cenas, los paseos… Y cómo no, el gran desmadre del *twelfth nigh* (décimo segundo día[3]), el más esperado sobre todo por la mayoría de las jóvenes debutantes, ya que en esa fecha las normas sociales no eran tan estrictas. Uno de los juegos más asiduos de esa fecha era sacar el nombre de un caballero, que ese día sería su acompañante. Y por descarado que pudiese parecer, durante todo el día las jóvenes podían gozar de la libertad de ir sin carabina.

El día anterior había regresado el señor Hook de Escocia, donde había gozado un par de días de la compañía de los marqueses de Stanford y su

hermana.

Y ahí estaba ahora, sentado en el despacho poniendo al corriente a la duquesa de todo lo acontecido en *Green Land*.

—En cuanto termine mi tiempo de luto, viajaré a Escocia —pronunció con ensoñación Penelope—. Echo de menos aquel paisaje tan verde.

Hook sonrió. Lo entendía, la tierra de *Green Land* era el pasaje más fértil y tranquilo que jamás había visto.

August interrumpió en el despacho.

—Su Excelencia, Edgar el capataz desea ser recibido —informó—. Sabe que hoy no es día de visita, pero dice que es de vital importancia.

Penelope frunció el ceño.

¿Habría enfermado la pequeña de nuevo?

—Hazlo pasar, lo recibiremos aquí mismo.

El mayordomo se retiró.

Hook miró a Penelope; debía de tratarse de algo muy importante para que Edgar acudiese a *Golden House* en persona, en lugar de buscarlo a él para tratar cualquier tema.

Mientras Edgar caminaba detrás del mayordomo con su gorra de lana en la mano, empezó a sentirse diminuto. Todo aquel lugar era majestuoso, nunca había estado allí. Tenía miedo de tropezar con algo y romperlo. El brillo del mármol en el suelo le impactó, pues se reflejaba su silueta. Tragó con dificultad y miró hacia atrás, temeroso de haber manchado los azulejos.

Pasaron cuatro corredores mientras su mirada vagaba de un lado a otro. Todo era tan… No sabía cómo definirlo, aquellas salas estaban llenas de muebles lustrosos, alfombras preciosas y, sobre todo, caras.

Al llegar al despacho se quedó parado en medio de la habitación.

—Por favor, siéntese —lo invitó Penelope.

El hombre apretó su gorra entre las manos; no debía sentarse, mancharía aquel sillón tan bonito y seguramente caro.

Hook arrastró un poco la butaca para que hiciese caso a la duquesa; él estaba sentado en la que estaba al lado de la que le ofrecía.

El hombre, al final, con algo de remilgo se sentó, aunque intentó

hacerlo en el borde para manchar lo mínimo posible.

—Y bien, ¿qué le ha traído hasta aquí?

Edgar carraspeó antes de contestar.

—Soy hombre de campo, Excelencia —comunicó—. Nunca he sido un hombre de letras. —Se avergonzó al reconocer ante la duquesa que no sabía leer—. Por ello creí que era mi deber traerles esto.

Sacó del bolsillo de su abrigo una carta doblada y se la extendió a la duquesa.

Penelope la desdobló y leyó atentamente.

Hook observaba a la duquesa; su rostro se iba demudando por momentos.

Cuando terminó de leerla, se la pasó al señor Hook.

—¿Quién le ha dado esto? —preguntó, molesta.

—Se la pedí a una de las viudas que trabajan para usted —informó—. Las cinco viudas recibieron la misma nota.

Penelope, como un resorte, se puso en pie.

—¿Me está diciendo que las cinco viudas que trabajan en mis tierras han recibido esta nota? —se expresó, indignada.

—Sí. No sabíamos a quién acudir —reconoció, honesto—. Los únicos que saben leer no entienden muy bien lo que piden exactamente en la carta y por ello me vi obligado a acudir a usted.

Hook tomó partido en la conversación.

—¿Quién entregó las cartas?

—El administrador del marqués de Mirinell.

A la duquesa se le ampliaron las fosas nasales.

Leighton se frotó la cara con las dos manos.

Edgar se quedó expectante.

—¿Cuándo tiene previsto regresar a recoger los contratos firmados?

—Mañana por la tarde, Excelencia.

Penelope se llevó la mano a la barbilla y empezó a golpearse la punta de la nariz. Así estuvo durante unos cinco minutos, los mismos que los dos hombres permanecieron en silencio.

—Bien, en ese caso, regresad y avisad a las viudas de que mañana a mediodía acudan a vuestra casa —ordenó Penelope—. El señor Hook y yo nos reuniremos con ellas.

Edgar se incorporó y se dirigió a la puerta.

—Edgar, avíselas de que ninguna de ellas firme bajo ninguna circunstancia —demandó Hook.

En cuanto se quedaron a solas, Penelope, sin vacilar tomó asiento, sacó un papel del cajón y cogió la pluma con aplomo, la bañó de tinta y comenzó a escribir, con fuerza, con enfado y, sobre todo, con una única intención: acabar con el marqués.

Hook intuía lo que Penelope pretendía, pero esperó cauto antes de pronunciarse.

En cuanto la duquesa terminó de escribir, le pasó la carta a Leighton, que la leyó muy concentrado.

—Es una acusación muy grave —advirtió el señor Hook con prudencia.

—Por eso la firmo, para que el periódico sepa que soy yo quien la hace.

—Comprendo tu enfado…

Ella interrumpió poniéndose en pie.

—No, no lo puedes comprender —aseguró—. Esto va más allá de intentar quitarme a mis jornaleros y apoderarse de mis tierras. El marqués ha llegado demasiado lejos. ¡Estafar a unas viudas! Es lo más mezquino que un hombre de posición podría hacer —acusó, asqueada—. Ha jugado de la forma más vil posible. ¡No lo toleraré! No permitiré que se aproveche de mujeres que no tienen el amparo de un hombre a su lado. ¡Antes moriré que permitiré su ultranza!

Leighton comprendía a Penelope, pero intentaba ser práctico; lo mejor era que él tratase el tema con tranquilidad.

—Puedo partir de inmediato a las tierras de Mirinell y solucionar esto de forma conciliadora.

—¡No merece ese respeto! —gritó Penelope, sobresaltando a su administrador—. De estar mi padre vivo, el marqués no habría cometido semejante desfachatez —aseguró—. Pero mi paciencia con ese hombre ha llegado a su fin. Ha cometido el mayor error de su vida, estafar a mujeres que él creía desvalidas, solo que no lo están, porque las viudas a las que

pretendía timar están bajo el amparo del ducado de Whellingtton, y por ende, de mí.

El señor Hook asintió, ella tenía razón. El marqués acababa de cometer un delito. En la nota que Edgar les había entregado estaba plasmada la firma del marqués de Mirinell, de esa no le iba a salvar nadie si Penelope continuaba con su plan de hacer público el papel. Había sido rastrero llegar a esos términos con esas pobres mujeres. Según la nota, por enviudar y no tener una figura masculina que se hiciese cargo de la familia, ellas perdían el derecho de acceder a remuneraciones sin la firma del cabeza de familia, por ello él se nombraba tutor legal de las cuentas y obligaba a las mujeres y a sus hijos a abandonar las tierras de Somerset de la duquesa para trabajar bajo el marquesado de Mirinell. En caso de no firmar, amenazaba explícitamente con mandar a los hijos menores de edad a hospicios hasta alcanzar los trece años, edad en la que se incorporarían a trabajar en las tierras de Mirinell.

Mientras Leighton elucubraba, Penelope escribía una segunda nota. Una misiva que mandaría de inmediato.

—Toma. —Alargó la mano para entregarle a su administrador la carta—. Es de vital importancia que partas con premura hacia el condado de Devonshire y le entregues esta nota al hijo del marqués.

Leighton levantó las cejas.

Penelope, al ver el desconcierto de su administrador, aclaró con celeridad:

—Llevo casi cuatro años encerrada en *Golden House*, y si algo he aprendido, es a escuchar. La marquesa de York posee la cualidad de conocer todos y cada uno de los más jugosos cotilleos de nuestro Imperio. Creedme Leighton, no sé cómo lo consigue, pero tiene el mayor poder de todos: conocer los trapos sucios de la gente.

—¿Y necesitamos al hijo del marqués? —preguntó sin comprender por qué era tan necesaria la presencia del conde para Penelope.

Ella permaneció pensativa durante unos segundos.

—Sí —afirmó—. Voy a ofrecerle al conde su venganza.

—¿Venganza?

Penelope se movió por el despacho con parsimonia, buscando cómo contarle a su administrador la historia que conocía. Se paró junto al

ventanal, y mirando al exterior, se pronunció:

—El conde de Manfil se enamoró de una joven debutante hace seis años —informó—. Era la hija de un caballero, pero el marqués aspiraba a una dama de mayor alcurnia y mejor dote.

A Leighton le picó la curiosidad.

—¿No dio su aprobación a esa relación?

Penelope, con los ojos ensangrentados por la ira, se dio la vuelta, dejando al señor Hook sorprendido.

—¡Mató a esa muchacha! —se expresó alterada—. O más bien, fue el causante de su muerte.

El administrador parpadeó.

—Mirinell pagó a un hombre para que corriese la voz de que había mancillado a la joven. —Se entristeció—. El rumor se extendió por todas partes, el conde rompió su compromiso y la muchacha se suicidó.

Leighton tragó con dificultad, su hermana Beatrice había sufrido mucho por el comportamiento del conde de Oxford al romper su compromiso, fue repudiada y eso que no hubo un solo comentario sobre su reputación; solo de imaginar que le hubiese pasado lo mismo a ella, le hacía hervir la sangre.

—El hombre que cumplió el mandado del marqués, al enterarse de la noticia, se presentó ante el conde para limpiar su conciencia confesando la verdad.

El señor Hook se frotó la cara con las dos manos, impotente ante el desenlace de esa pobre muchacha.

—El hijo del marqués denunció a su propio padre y este, gracias al poder de su título, no fue ni siquiera amonestado por ningún magistrado —narró Penelope, asqueada porque nadie hubiese impartido justicia para la joven—. Lo desterró de su hogar y lo desheredó de su título de conde de Manfil.

—¿Y conoces su paradero?

Penelope asintió.

—Sí. Es el propietario de la mejor posada de Devonshire, a la que llamó *Calpurnia*, en honor a la joven que amó en su día.

—Entonces partiré de inmediato para entregarle la nota.

Penelope volvió a girar su cuerpo para mirar a través de la ventana. Con la mirada perdida en el horizonte, musitó casi para sí misma, dirigiendo sus palabras hacia Mirinell, aunque Leighton la escuchó:

—Te crees intocable y los jueces te excusan por ser un hombre con poder —pronunció sin pestañear—. Pero esta vez esa autoridad te la va a arrebatar una mujer.

Leighton salió de *Golden House*.

Mientras galopaba hacia la posada, pensaba en Penelope. Tenía que reconocer que la rapidez mental con la que ella lo había dispuesto todo para acabar con el marqués era digna de admiración. Poseía una mente ágil merecedora de elogios. Sí, sin duda, lo que en un principio a él le había parecido una respuesta excesiva por parte de la duquesa, ahora le semejaba un plan perfecto del que ni el mismísimo rey podría escapar. Él portaba la misiva para el exconde de Manfil, y un lacayo viajaba hacia Londres con una carta extensa y firmada de su puño y letra, a la atención de Sir John Stoddart, redactor del periódico *The Times*.

Si todo salía como Penelope había dispuesto, dudaba mucho Leighton de que otro hombre, por muy aristócrata que fuera, tuviese los arrestos suficientes de intentar manipular o menospreciar el poder y coraje que ella poseía. Sin duda, los ducados de Whellingtton y Kennt acabarían siendo respetados como antaño, aunque les pesase que fuese una mujer quien los ostentaba.

Claro que, había un inconveniente: ella daba por hecho una única posibilidad, que el marqués se comportara como un cobarde. Por lo visto, Penelope parecía tenerlo muy claro; él, por el contrario, no estaba tan seguro. Si hasta la fecha el marqués había actuado con total impunidad, ¿quién daba por hecho que ahora no intentaría hacer lo mismo?

***

Penelope apenas había pegado bocado. Esa mañana se había reunido con lord Frederick. Habían mantenido una conversación extensa y satisfactoria. El hijo del marqués, como bien había vaticinado ella, apoyaría a Penelope. Además, se mostró agradecido por la buena voluntad que la duquesa había manifestado desde el principio.

Ahora se encontraba semiescondida en la casa de su capataz esperando al administrador de Mirinell, y su corazón se aceleraba al recordar la

inquietud que había mostrado Frederick durante su conversación.

—No crea que es la primera vez que mi padre ha abusado de su poder —había reconocido, frustrado—. Su impunidad es tan afamada como su crueldad. Todo aquel que conoce a mi padre, sabe que no es un hombre de honor —le había asegurado con desprecio—. Pero los soberanos pasan por alto sus fechorías, bien por dinero, bien por miedo, o bien por ser tan infames como él.

Ella había permanecido estoica, sin demostrar flaqueza ante Frederick.

—Pero hasta hoy nadie se había atrevido a denunciar públicamente sus actos deleznables —argumentó Penelope—. Y eso es algo que juega a nuestro favor —presagió—. No lo esperan ni él ni sus secuaces.

—Cierto —había afirmado Frederick, esperanzado—. Fui el único que se atrevió a denunciar ante el magistrado Thomas su… —Se ahogó su voz, no podía memorar aquello sin venirse abajo.

Penelope le apretó la mano para infundirle ánimo.

—Craso error por mi parte. Debí actuar como vos —admiró la forma en que ella estaba procediendo—, y acusarlo públicamente.

Penelope le sonrió.

—Esta vez lo haremos entre los dos.

La entrada del administrador del marqués en la casa de Edgar para reunirse con las viudas la sacó de su letargo.

—¡Van a tener que darme una explicación de por qué no están los contratos sobre la mesa y firmados! —bramó el administrador.

Las cinco viudas temblaron ante la agresividad verbal con la que se había mostrado.

Penelope apareció a su espalda.

—Porque en mis tierras mando yo —adujo sin levantar la voz.

El administrador se giró lentamente. Al ver a la duquesa se sorprendió, aunque no mostró su inquietud.

Penelope no le apartó la mirada. Tampoco dio un paso atrás cuando él, al darse la vuelta, dio un paso adelante para tenerla cerca e intentar amedrentarla.

El lugar no era muy espacioso, un comedor de pocos metros, con una chimenea centellante en el lado izquierdo. Al fondo se divisaba un fogón, donde la dueña de la casa parecía estar entretenida preparando un caldo. En el centro había una mesa alargada y dos bancos de madera a cada lado, que ocupaban prácticamente toda la estancia. En uno de ellos las cinco mujeres estaban sentadas, apretujadas para estar todas juntas. Calladas, nerviosas y expectantes.

El señor Hook y Edgar también salieron de su escondite, colocándose cada uno de ellos en un extremo de la mesa.

—Me temo, señor Savon, que es usted quien me debe una aclaración —advirtió Penelope, con deje amenazador.

El administrador ya no se mostraba tan soberbio como al principio. Su inquietud se hizo plausible de inmediato al echarse hacia atrás, hasta que sus piernas se toparon con el banco de madera que había frente a la mesa, vacío, dando la espalda a las viudas.

—Soy una mujer ocupada, Savon —aseguró la duquesa. Además, obvió otorgarle desde ese momento el trato correcto que un administrador merecía—. Por ello, no voy a perder más el tiempo. Transmita al marqués que desde este mismo instante es persona non grata en Somerset.

El administrador agrandó los ojos.

—La gente que vive aquí depende de mí para subsistir —informó—. Todo el que trabaja en mis tierras está bajo el amparo del ducado de Whellingtton. Por ello, su bajeza al intentar estafar a *mis viudas* —utilizó un tono autoritario y posesivo—, me lo tomo como una afrenta personal.

—Ex… Excelencia —titubeó el hombre.

Penelope levantó la mano, tajante.

—Aquí solo hablo yo —sentenció—. Avise al marqués de que tiene dos opciones: la cárcel o el destierro.

El administrador frunció el ceño, por lo que Penelope habló con celeridad, para que transmitiera al marqués sus claras palabras sin que hubiese duda de sus exigencias:

—Ha actuado de mala fe, y su mayor error ha sido intentar ningunear a las personas equivocadas. Estas mujeres son honradas, trabajadoras y buenas madres, aptitudes que puedo constatar, al igual que puedo menospreciar la perversidad del marqués. Por tal circunstancia, sus actos

deleznables deben ser castigados como se merece: con la cárcel.

Las cinco mujeres sintieron una corriente interior. Se sintieron valoradas y a la vez protegidas.

—Si quiere seguir viviendo en libertad, lo hará despojado de su título nobiliario y desterrado de sus tierras, que pasarán a ser de su hijo.

—Eso es imposible. —Se rio el administrador, muy seguro de lo que decía.

—Esas son las opciones, Savon.

El hombre se dispuso a marcharse. Se apretó el sombrero antes de salir y soltó una carcajada que no pudo retener.

La risa acrecentó la rabia de Penelope, que concluyó su amenaza antes de que él se fuera:

—No debería reírse tanto —aconsejó—. La primera opción también le incluye a usted.

Savon cesó de reír y se giró con rapidez.

—La segunda es su mejor opción —añadió—, pues un doctor dictaminará la incapacidad del marqués; razón por la que su hijo tomará posesión de su cargo, dejándole a usted al margen de la locura del mandado de su padre.

El administrador se quedó durante unos segundos pensativo.

—Sus acusaciones hacia mi señor son graves —amenazó—. Aténgase a las consecuencias.

Penelope sonrió de medio lado, alterando la tranquilidad del administrador.

—De momento las consecuencias de los suyos ya están en vigor —declaró, victoriosa—. Como le dije, el marqués y usted son personas non gratas en Somerset, por lo que no podrá poner un pie en mis tierras. —Intensificó la sonrisa—. Y por descontado, eso abarca a todo aquel que se dirija o salga de las tierras de Mirinell. Ya he dado parte a las autoridades para que actúen en consecuencia.

El hecho de no poder recorrer las tierras de la duquesa significaba un rodeo de casi tres horas para pasar de condado. Además, tenía que sumar la gente que dejaría de tener trato con el marqués. Toda persona que apoyase al marqués estaría dando la espalda a la duquesa y dudaba él

mucho de que alguien quisiera enemistarse con la mujer que poseía uno de los ducados más antiguos e importantes.

—¡No puede hacer eso!

Penelope se limpió una mota de polvo imaginaria de su brazo, restando importancia a lo que él tuviese que objetar.

—Transmita al marqués las dos opciones —ordenó—. Mañana a primera hora, mi administrador, el señor Hook, acudirá a la residencia del marqués para que le faciliten la decisión tomada.

—Ya se la puedo dar, ¡ninguna!

Penelope lo miró con hastío.

—Perfecto —comentó con desgana, como si no le importara—. Cuando mañana todo Londres lea en la primera página de *The Times* el contrato que pretendían el marqués y usted que firmaran las viudas de las tierras de Somerset, más su constante manipulación y acoso hacia mis trabajadores, intentando menospreciar mi poder y, por consiguiente, su intento de lapidar también a la heredera del ducado de Whellingtton, dudo que usted vuelva a encontrar trabajo en Inglaterra. Ambos sabemos que su nuevo hogar estará entre rejas —aseguró—. Y en cuanto al marqués, esta vez no tendrá el apoyo de ningún juez.

Savon tembló.

—¿Sabe qué es lo mejor de nuestro Imperio? —preguntó, jocosa—. Que a los aristócratas les encanta guardar las apariencias —añadió—. Y sobre todo, mantener la jerarquía. Cuando un marqués se intenta saltar esa jerarquía, los demás le dan la espalda.

Las viudas se relajaron, Penelope parecía muy convencida.

Savon, por el contrario, se puso a sudar.

—Márchese —apremió Penelope—. Tiene un recado que entregar.

En cuanto se quedaron a solas, Penelope miró a las cinco mujeres y les sonrió con cariño para que se tranquilizasen.

—Buenas tardes, señoras —se despidió.

Nada más salir de la casa de su capataz, sus ojos se clavaron en un viejo granero que había a casi quinientos metros. Estaba abandonado desde hacía años.

Se giró tan rápida, que tropezó con el señor Hook, que seguía sus

pasos.

—¿Qué sucede?

Penelope lo miró y, sin responder, le hizo una seña para que regresara al interior.

Las cinco viudas, que continuaban en la misma posición, se sorprendieron al verla entrar de nuevo.

—Edgar, mañana el señor Hook comenzará las diligencias pertinentes para contratar al personal que se encargará de rehabilitar el antiguo granero.

El administrador no entendió qué pretendía Penelope con aquello, pero no interrumpió.

—¿Vamos a utilizarlo de nuevo? —preguntó el capataz.

—Sí, pero no como almacén —respondió, pasando su mirada por todas las mujeres que allí estaban—. Será la escuela a la que todo el que viva en mis tierras y no sepa escribir y leer, estará obligado a acudir.

El capataz agrandó los ojos.

—Su Excelencia, me temo que eso es imposible. —Se avergonzó. Ningún hombre querría acudir.

—No es una sugerencia, Edgar —manifestó, autoritaria—. Desde hoy, no permitiré que ninguna persona que esté bajo mi amparo carezca de una educación mínima.

Las viudas y la mujer de Edgar se emocionaron.

—Parece olvidar que somos gente de campo, pasamos las horas trabajando en el cultivo y cuidando de los animales —objetó Edgar.

Penelope levantó las cejas.

—Soy consciente de ello —admitió—. Por eso me encargaré personalmente de encontrar a un profesor que esté dispuesto a dar las clases en horarios especiales.

Edgar negaba con la cabeza sin parar.

Penelope endureció su gesto y su voz.

—No se confunda, Edgar —aseveró—. Que viva en *Golden House* no significa que no esté al tanto de las andaduras de mis trabajadores. Me temo que los hombres que labran mis tierras van a tener que apartar

durante un tiempo sus visitas a la taberna para aprender a leer.

Edgar se avergonzó. Era cierto que cuando terminaban su trabajo diario, la mayoría de ellos pasaban la tarde o noche en la taberna *Red Dragon*.

Hook no pudo reprimir una sonrisa. Penelope siempre conseguía sorprenderlo.

—Dudo que su solicitud sea bien recibida, Excelencia —advirtió Edgar, para que supiese que aquella decisión le traería problemas con sus jornaleros.

—No esperaba menos —reconoció—. Pero deje constancia a todos ellos de que bajo ningún concepto permitiré que un solo niño o mujer falte a esas clases. Seré informada a diario de la presencia de cada uno de ellos y no toleraré el ausentismo injustificado de ninguna mujer —sentenció—. Si a alguno de los maridos no les parece apropiada mi decisión, puede empaquetar sus pertenencias y abandonar mis tierras.

Esa afirmación dejaba al descubierto que para Penelope la prioridad era la enseñanza de las mujeres que trabajaban para ella. Poco le importaba si los hombres no querían acudir a la escuela, pero no permitiría que ellas se viesen despojadas de la oportunidad de aprender.

A la mujer de Edgar le salió una lágrima que se limpió con celeridad. Una gota de emoción, de admiración y de gratitud. La duquesa estaba ofreciendo a todas las mujeres del lugar una oportunidad única que pocas personas podían permitirse. Y no solo para las mujeres, sino también para los niños que allí habitaban.

Sin más, pues ya había dicho todo cuanto quería decir, Penelope se dio la vuelta y salió de la casa.

En el trayecto hasta *Golden House*, se reafirmó interiormente de su decisión. Las mujeres que estaban bajo su amparo no volverían a estar desprotegidas ante canallas como el marqués.

***

A primera hora del alba, el señor Hook se desplazó hasta las tierras del marqués de Mirinell, tal como había propuesto la duquesa. En cuanto su cometido terminó en aquel lugar, regresó a *Golden House*, donde Penelope lo esperaba en la sala de mañanas.

—¿Cómo sabías que accedería? —preguntó Hook.

Penelope mostró una ligera sonrisa.

—Un hombre de verdad se hubiese enfrentado a un juicio. El marqués es un cobarde —aseguró—. Un hombre capaz de estafar a unas viudas con malas artes no tiene una gota de hombría en su interior.

Hook sonrió, ella tenía razón.

—El doctor ya está de camino a las tierras de Mirinell junto a Frederick y un notario para tomar posesión del marquesado en cuanto el médico confirme la inestabilidad mental del marqués.

—Bien, espero que el nuevo marqués envíe a su padre a su residencia más alejada.

—Puedes estar segura de ello —reconoció Hook, pues al darle la noticia a Frederick este se había mostrado muy complacido y, ante todo, vengativo.

Capítulo XXII

Si un caballero consigue hacer sentirse protegida a una dama, tiene posibilidades de llegar a su corazón

Primavera de 1816

La duquesa de Whellingtton y Kennt cabalgaba a primera hora de la mañana por sus tierras de Somerset, embriagándose de la bella estampa que sus campos y bosques mostraban con las primeras luces del alba. Además, agradecía esa sensación placentera de libertad que tanto necesitaba.

Cabalgó hasta el arroyo y desmontó de su caballo, un pura sangre árabe, de pelo canela, hocico pequeño y grandes ojos, que se había convertido en la obsesión de Penelope. Adoraba a sus caballos, pero ese era su mayor tesoro.

Tenía en mente adquirir una yegua de la misma raza, ya que los caballos árabes eran de sangre caliente y pura, la más pura y la más deseada por cualquier amante equino. Sabía que sería difícil de conseguir, pero en sus nuevos planes entraba la cría de caballos de tan alta gama.

Acarició al animal y le permitió beber y descansar.

Caminó un par de metros sin apartar la mirada del reflejo de los primeros rayos del sol en las tranquilas aguas.

El sonido de los cascos de un caballo acercándose le llamó la atención.

¿Quién podría cabalgar a esas horas por sus tierras? No era un lugar de paso, por lo tanto, tendría que ser alguien de la comarca o algún lacayo buscándola.

Se giró lentamente y su corazón se agitó.

Podía haber esperado a cualquier persona, excepto a Duncan St. John.

Cuando él llegó a la altura de Penelope, paró, y sin descender de su blanco corcel, la miró con intensidad.

Llevaba un año añorando a esa muchacha. Durante todo ese tiempo no había dejado de pensar en ella ni un solo día. Jamás pensó que una persona podría llegar a clavarse en su corazón con tanta intensidad. Pero lo había hecho, y ahora le tocaba esperar que a ella le hubiese sucedido lo mismo con él.

Necesitaba con todo su ser que no lo hubiese olvidado, que Penelope lo

hubiese perdonado.

Le impactó la delgadez que mostraba. No es que al conocerse ella tuviese alguna libra de más, todo lo contrario; por ello, su pérdida de peso se acentuaba más.

Y sus ojos, esos brillantes ojos violáceos que él tanto había añorado, estaban muy apagados.

Descendió y se acercó a ella.

El silencio los envolvió como un manto.

Penelope tembló. Duncan estaba a un palmo de ella, tan cerca que con tan solo alargar la mano podría acariciar su bronceado rostro masculino.

El aroma que él desprendía se coló en ella como un mágico elixir, un olor a algodón limpio y fresco que la perturbó.

Duncan, tan observador como siempre, se alegró al notar su desconcierto. Por ello, aprovechó ese momento para pronunciarse:

—Vaya, Pen —la tuteó con cariño—, esperaba un recibimiento más efusivo por tu parte.

Ella parpadeó y en sus ojos apareció un brillo especial, el mismo que Duncan memorizó, al tiempo que se sintió satisfecho; había conseguido que aquella mirada apagada y vacía desapareciera.

Sí, definitivamente tenía esperanzas de conquistar a Penelope.

—St. John —pronunció ella casi en un hilo de voz, pues todavía continuaba conmocionada por la sorpresa.

Si ella supiera cuánto la había echado de menos. Si fuera consciente de todas las noches que sus sueños la habían elegido como protagonista, se mostraría más afectuosa.

Ahora que la tenía delante, no pensaba dejar escapar su oportunidad, era hora de actuar, pues ya había esperado demasiado durante un largo y tedioso año. Estaba cansado de que Penelope fuese la causante de su insomnio. A partir de ese momento haría lo posible para que fuese de otra manera; seguiría siendo por ella, pero en esta ocasión sus desvelos serían por tener a su pelirroja entre sus sábanas.

Alargó su mano y acarició la mejilla de ella.

Penelope no se apartó.

—¿No crees, cariño, que ya es hora de que me llames por mi nombre?

Su dedo pulgar recorrió todo el óvalo de su cara, hasta llegar a su barbilla, donde se recreó.

Penelope no sabía qué decir, se había quedado muda. No era para menos, pues no lo esperaba, y además, él parecía más maduro, más apuesto, más… hombre.

El mutismo de ella no supo cómo tomárselo St. John.

—Te he echado de menos —musitó—. Regresé hace dos meses y ha sido un suplicio no salir corriendo para buscarte.

La duquesa tragó con dificultad.

Él acarició con su dedo el labio inferior de ella, sin poder apartar la mirada de aquellos carnosos labios que tanto ansiaba besar.

Alzó la vista poco a poco, recreándose en aquellas pecas tan maravillosas que pintaban su nariz, hasta que encontró los ojos de sus sueños; los de Penelope, los de la mujer que amaba.

—Amor, no podía soportar un día más sin ti —confesó—. Qué difícil es borrar tu recuerdo.

Penelope se sonrojó, pues aquella mano seguía acariciando su rostro.

—¿Y tú? —preguntó él sin apartar la mirada, mientras recorría con la palma de la mano su mejilla, con lentitud, con suavidad, hasta llevarla hasta su nuca—. ¿Has sido capaz de olvidarme?

La pregunta quedó flotando en el aire entre ellos, con cierto matiz a súplica, como si él necesitase una respuesta honesta, la única posible.

Penelope no estaba segura de poder confesar la verdad, pero estaba cansada de fingir, de sentirse vacía, de luchar contra el mundo, de llorar a escondidas, de abrigar esperanzas, de mostrarse fuerte ante los demás...

La entonación de Duncan le llegó al corazón como si aquella súplica le brindara la oportunidad de liberar su conciencia y su alma. Por eso, ni se negó ni le negó a él la verdad. Movió la cabeza a ambos lados.

—Entonces olvidemos los angustiosos días de soledad y melancolía —pronunció Duncan, inclinándose poco a poco—. Sellemos de una vez nuestro amor.

Y atrapó los labios de Penelope, con una caricia certera y profunda.

Ella sintió alivio y placer con aquel primer contacto.

La ambivalencia de aquel momento no podría olvidarla nunca Penelope. Por un lado, estaba asustada; por otro, en cuanto él la rodeó con su brazo dejándola atrapada entre su cuerpo, se sintió protegida. Un efecto que siempre conseguía Duncan en ella.

Era tan peligroso dejarse llevar por sus sentimientos, como placentero ser arrollada por todas aquellas sensaciones tan excitantes y extrañas.

Cansada de luchar contra su propio interior, se dejó llevar, permitiéndose por primera vez en su vida sentirse libre.

No sabía muy bien qué tenía que hacer, pero estaba dispuesta a todo con tal de no alejarse de Duncan. Había soñado durante un año entero con ese momento. Y ahora estaba ahí, delante de él, sintiendo la calidez de Duncan en sus labios, como si con ese roce pudiera calentar su cuerpo y, además, su alma.

La lengua de él la invitó a abrir los labios.

Con gran pericia, Duncan consiguió que Penelope se relajara y se entregara a él con ardor.

Cuando sintió las manos de ella rodeando su cuello, aprovechó para abrazarla por completo, acercándola tanto hasta él, que no dejó separación alguna entre sus cuerpos.

Penelope se sintió osada, acariciando sin titubear con una mano el cuello de él, mientras con la otra recorría el contorno de su cara, hasta llegar a su cuello.

Era extraño, parecía que no había nada fuera de lugar en aquella situación. Duncan había conseguido que ella se sintiera tan llena de vida que incluso le pareció que ese momento era familiar. Como si se hubiesen besado con anterioridad. Y por un momento, deseó que a partir de ese instante su vida siempre fuese así, plena, pues St. John conseguía llenarla de luz y tranquilidad.

Duncan, totalmente sediento de amor, se entregó con toda su alma. Quería borrar todo el sufrimiento que le había causado. Que ella olvidara para siempre aquella escena bochornosa de la que fue testigo. Que su amor fuese más fuerte que su odio.

Deseaba convertirse en el hombre que ella merecía tener a su lado.

Sus manos vagaron por aquel cuerpo femenino, recreándose en la sensación de sentirla excitada.

—Esto sí es un recibimiento —susurró rozando sus labios.

Penelope sonrió.

Esa sonrisa alentó el corazón de Duncan.

—Eres un sueño hecho realidad —musitó mientras le regalaba cientos de besos por todo su rostro—. Me he dado cuenta de que me sobra el tiempo si tú no estás —confesó, seguido de un beso en su clavícula.

Penelope gimió y se aferró a él con más fuerza.

Él sonrió de medio lado.

—Tengo que regalarte miles de caricias. —Sus manos se desplazaron a la cintura de ella y la aupó un palmo para tenerla a su altura—. Todas las que no nos hemos podido entregar durante el tiempo que hemos estado separados.

Y sus labios se unieron con fuerza.

No fue él quien tomó la iniciativa. Fue Penelope quien se lanzó a su boca. La que lo devoró con pasión. La que ansiaba marcarlo como suyo.

Duncan, con el corazón acelerado y la felicidad instalada en su interior, empezó a dar vueltas con ella, sin bajarla, sin soltarla, y sin querer dar por finalizada aquella plenitud.

No solo era una danza física, sino también emocional. Sus almas bailaban unidas.

Los cascos de un caballo a galope y los gritos de un hombre llamando a Penelope los asustaron.

Con desgana, dejó a la muchacha en el suelo, y antes de soltarla, volvió a regalarle un último beso.

—¡Excelencia, Excelencia! —gritaba uno de los lacayos, mientras se aproximaba a ellos.

—¿Qué sucede? —preguntó Duncan al notar el agobio del hombre.

—Fuego, hay fuego en el establo.

Penelope perdió el equilibrio.

Duncan con rapidez la sostuvo.

—Alguien ha prendido fuego intencionadamente.

A Penelope en ese momento le importó poco la intención o no del fuego, lo que le preocupaban eran sus sirvientes y sus caballos.

Se dirigió a Ítaca, Duncan la ayudó a montar, y sin perder tiempo, la duquesa salió al galope.

Duncan la imitó, siguiéndola. Admiró la soltura y maestría con la que ella cabalgaba, saltando obstáculos sin perder el equilibrio, y eso que hacerlo a sentadillas era bastante complicado; sin embargo, ella lo hacía con tanta naturalidad que parecía una verdadera amazona.

Casi le costaba alcanzarla y eso que su caballo estaba considerado uno de los jamelgos más rápidos.

A Penelope el corazón le bombeaba con tanta intensidad que incluso le faltaba el aire, pero se negó a bajar el ritmo. A lo lejos vio el humo y sus ojos se empañaron, aunque se negó a llorar. No podía permitirse ese lujo cuando pronto llegaría a los establos de *Golden House* y todos estarían allí; una duquesa no mostraba debilidad.

En cuanto llegó, bajó del caballo de un salto, corrió y vio la escena. Los sirvientes habían hecho una cadena humana, pasándose cubos de agua.

Duncan la alcanzó y se puso a su lado.

August se acercó a ellos.

—Excelencia, hemos conseguido extinguir el fuego —informó con la voz entrecortada por el esfuerzo que había realizado—. Pudimos salvar a todos los caballos.

—¿Y los hombres? —preguntó Penelope con el corazón en un puño.

—Solo hay tres heridos, Excelencia —añadió—. Matthew dio la voz de alarma con celeridad. Gracias a él pudimos actuar con premura y conseguimos sofocarlo con rapidez.

Matthew era uno de los diez mozos de cuadras.

—¿Dónde están los heridos?

—Ahí. —Señaló con la cabeza.

Penelope se dio la vuelta. Los tres hombres estaban tendidos en el suelo justo detrás de ella.

Apretó la mandíbula.

Cuando encontrase al causante no tendría piedad. Sus hombres podían

haber perdido la vida, y ahí estaban, junto al pozo; incluso heridos, esperaban allí por si los necesitaban.

Se acercó sin titubear.

Los miró uno a uno.

Matthew parecía el herido de mayor gravedad, la posición de su pierna era preocupante, y su brazo también.

—Se cayó de la escalera, Excelencia —informó August—. O más bien, lo tiraron.

Penelope miró a August.

—¿Quién?

—No lo sé —aseguró—. Pero quien fuera, al ver a Matthew subiendo al tejado para echar el primer cubo, retiró la escalera.

Penelope cerró los ojos al imaginar la caída.

—Avisad a Pittman de inmediato —ordenó.

August asintió y salió a dar el mandado.

Al darse la vuelta se emocionó al ver a Duncan. Se había quitado la chaqueta de lana, se había desprendido de su pañuelo y lo estaba utilizando para limpiar el rostro ennegrecido de George.

—Gracias, milord —agradeció el hombre.

Penelope se agachó y apretó la mano de Walter, el mozo de cuadras más joven de *Golden House*.

—El doctor llegará pronto —anunció para darles ánimo.

Ladeó su cuerpo para mirar de frente a Matthew. Aguantó las lágrimas, pero le costó reunir la fuerza suficiente para hablar sin que le temblara la voz.

—Matthew, has sido un héroe —lo animó.

El muchacho de diecisiete años sonrió con tristeza.

—Si no me hubiesen tirado no se hubiese quemado tanto…

Penelope lo interrumpió.

—No, si tú no hubieses actuado con tanta rapidez, hubiésemos tenido que lamentar la pérdida de todos los caballos y carruajes —dijo con rotundidad—. Gracias, Matthew.

El chico se emocionó.

Duncan ayudó a los otros dos heridos a ponerse en pie, tan solo aquejaban de unas pequeñas quemaduras en los brazos.

Miró a Penelope, se acercó a ella y le dio un pequeño apretón en el hombro para que supiese que él estaba allí, apoyándola.

Aunque pudiese parecer un pequeño gesto, para Penelope significó más; se sintió agradecida y, sobre todo, protegida.

Se miraron.

En los ojos de Penelope se reflejaba el temor. Matthew necesitaba ayuda médica con urgencia.

***

El doctor Pittman se encontraba en la taberna *Red Dragon*. Llevaba toda la noche allí, jugando una partida de cartas junto a dos antiguos amigos que habían ido a visitarlo.

El propietario de la taberna no estaba acostumbrado a tener en su local a tan prestigiosos clientes, un conde y un barón.

La cantidad de dinero que había sobre la mesa llamó la atención de unos cuantos clientes.

La puerta se abrió y entró un lacayo de *Golden House*, alterado.

—Doctor Pittman, debe acudir de inmediato a *Golden House* —anunció—. Hubo un incendio en el granero y hay tres hombres heridos.

El médico miró al lacayo con hastío.

—Bien, avisad a vuestra *duquesa* de que en cuanto me sea posible acudiré —comentó con soberbia.

El conde y el barón se rieron tras escucharlo pronunciar *duquesa* con tanto desprecio.

El resto de clientes, por el contrario, no lo hicieron; más bien se ofendieron.

Había corrido la voz por toda la comarca de la actuación de la duquesa frente al marqués de Mirinell, y se había ganado el respeto de todos los lugareños, los mismos que vivían gracias al ducado de Whellingtton.

Un hombre pelirrojo apretó los labios con fuerza. Al ver que Pittman, pasados diez minutos continuaba allí, sin moverse ni con intención de

hacerlo, se levantó y abandonó la taberna para dirigirse a *Golden House*.

Capítulo XXIII

Si eres sincero ante una duquesa, esta te recompensará

Penelope no se podía creer lo que su lacayo le había relatado. Dejar a sus hombres heridos a la espera por estar jugando una partida de cartas, era, ante todo, intolerable.

Miró a Duncan con los ojos cargados de rabia.

—Acaba de cavar su tumba —aseguró Penelope, al tiempo que se alejaba con paso rápido, en dirección a Ítaca.

Duncan la agarró del brazo antes de que ella montara en su caballo.

—¿A dónde crees que vas?

—A por Pittman —alegó, inquebrantable—. Lo traeré a rastras si es preciso.

Duncan estudió su rostro. Sí, estaba convencido de que ella no mentía. Era capaz de hacerlo.

—Todavía estás de luto —le recordó, para que no cometiese una tontería.

—Si piensas que una habladuría es más importante para mí que la vida de mis sirvientes, es que no me conoces —se molestó.

Él sí la conocía, y la adoraba por ello. Durante los dos meses que llevaba en Inglaterra, su madre y su tía le habían puesto al corriente de todo lo que había hecho Penelope durante un año. Y la adoró más todavía. Pero le dolía que ella no se diese cuenta de que él estaba ahí para ayudarla.

—Y si piensas que estando yo aquí voy a permitir que tú no estés protegida, es que has perdido por completo la razón.

Penelope levantó las cejas.

—Penelope, si alguien va a ir a por ese desagradecido soy yo —sentenció.

August llegó hasta ellos.

—Excelencia, el señor Evans desea ser atendido de inmediato.

Penelope no estaba para tolerar intromisiones, y menos de personas que no conocía y que llegaban a su casa dando órdenes; menos, cuando tenía a tres hombres quemados y uno de ellos malherido.

—Pues le transmitís que en mi casa las órdenes las doy yo.

August se iba a pronunciar, pero alguien se le adelantó.

—Soy consciente de ello, Excelencia —admitió el hombre a la espalda de Penelope—. Pero también soy consciente de que sus hombres me necesitan.

Penelope se giró con tanta rapidez que su falda voló y se le enredó entre las piernas. No se había acordado de engancharse la cola de la falda de montar con el botón. Claro que eso le daba mayor libertad al caminar, aunque fuese arrastrándola.

Al ver a un hombre pelirrojo sosteniendo entre sus manos un maletín de cuero como el que solían usar los médicos, y con una verdosa y preocupada mirada clavada en Matthew, se pronunció con rapidez:

—¿Es usted un galeno?

—Así es, Excelencia —respondió sin mirarla, mientras se acercaba al joven, se arrodillaba a su lado y le tocaba la frente—. Las presentaciones, si le parece bien, las dejaremos para más tarde.

Penelope no respondió, simplemente observó.

—Necesitaremos una tabla de madera firme para trasladar al muchacho a un lugar más confortable.

August le hizo una seña a otro de los mozos de cuadras que estaba allí.

Varios hombres se acercaron con un tablón lo suficientemente grande como para sujetar el cuerpo inmóvil de Matthew.

Entre cuatro lo levantaron con sumo cuidado.

Penelope se hizo a un lado para dejarlos pasar.

—August, que lo lleven a la alcoba naranja —ordenó.

El mayordomo asintió.

A Duncan le gustó que la duquesa ofreciera una de las cámaras de invitados a su mozo de cuadras. Decía mucho de ella.

Una hora más tarde, Penelope miraba a Duncan con preocupación. Estaban en su despacho.

—Todo irá bien.

Ella asintió con lentitud, no muy convencida.

La puerta se abrió y entró el ama de llaves.

—Excelencia, las marquesas de Bristol y York acaban de llegar.

—Hágalas pasar a la sala de mañanas.

La mujer se retiró y se quedaron de nuevo a solas.

Duncan dio un par de pasos y se acercó hasta Penelope, que estaba junto al ventanal mirando el largo camino de gravilla que llevaba hasta *Golden House*. Se notaba el enfado de la muchacha y él quiso tranquilizarla.

—Tus hombres están siendo atendidos —susurró en su oído—. No necesitas a Pittman.

Ella se giró despacio.

—Ha pasado una hora desde que le dieron el aviso —pronunció molesta—. Y ese indeseable no se ha presentado.

—Ya no le necesitas.

—Pero si ese doctor no se hubiese presentado… —especuló con voz temblorosa y sintiéndose inútil, pues no hubiese podido hacer nada por Matthew.

Duncan sintió su pesar como si le hubiese leído la mente. La abrazó con fuerza.

—Amor, has actuado con diligencia —alabó su actuación, pues así lo sentía—. Tus hombres lo saben, eso es lo que cuenta.

Ella negó con la cabeza.

—No se trata de que lo sepan, Duncan —siseó, derrotada—. Están bajo mi protección. No se trata de que yo actúe con diligencia, sino de que se cumplan mis órdenes para que ellos estén a salvo bajo mi techo.

Duncan se sintió orgulloso de ella.

La estrechó con más fuerza.

Penelope se dejó abrazar, apoyando su cabeza sobre el hombro de él.

Suspiró, embriagándose de ese placer que sentía al estar entre sus brazos.

—Gracias —musitó.

Él sonrió y le besó la cabeza.

Las marquesas entraron en el despacho, sobresaltándolos.

—Penny… —dijo la marquesa de York.

Se quedó sin terminar la frase, sorprendida de ver a Duncan allí, o más

bien, por haber interrumpido un momento íntimo entre los dos.

Duncan se apartó de un salto, intentando disimular.

La madre de Duncan sonrió.

—¿Estás bien? —se preocupó.

—Sí, estoy bien.

—St. John, me alegra veros —saludó Eleanor.

—Marquesa, el placer es mío.

—No sabía que ibas a venir a visitar a Penelope —recriminó su madre —. Podría haber venido contigo.

Duncan miró a Penelope y le brindó una sonrisa traviesa, esta se sonrojó.

—En realidad no vine a visitarla, nos encontramos en el arroyo.

Las dos marquesas se miraron y disimularon el regocijo que habían sentido al ver a la pareja junta.

August llamó a la puerta para anunciar su presencia.

—Excelencia, el señor Evans desea hablar con usted.

—Por favor, hacedlo pasar.

Las marquesas y Duncan debían retirarse.

Eleanor utilizó la puerta corredera que daba a la sala familiar, y la dejó entreabierta.

El médico entró y Penelope le hizo una seña para que tomase asiento.

—Excelencia, soy Benjamin Evans.

Penelope asintió.

—Dígame, ¿cómo están mis hombres?

El señor Evans la puso al corriente del estado de los tres. Sin duda, Matthew revertía gravedad. Se había roto el brazo y la pierna por dos sitios. Además, se habían dañado ciertos órganos internos por el gran golpe. Debía ser vigilado para comprobar la fiebre; aunque por el momento no había aparecido, no descartaba que lo hiciese de un momento a otro.

Después de relatarle el estado de los pacientes, entregó a la duquesa todas las instrucciones escritas en un papel.

—Dígame, señor Evans —cuestionó Penelope—. ¿Vive usted en la comarca?

—Sí, Excelencia —respondió—. Me licencié hace años y regresé a Somerset.

—Si está en este condado, imagino que atiende a pacientes de la comarca.

El hombre apretó los labios, un signo de frustración que Penelope reconoció de inmediato.

—Ha dicho que se licenció…

—Verá, Excelencia —la interrumpió el hombre, ya que la duquesa pensaba que no había sido franco con ella, y nada más lejos de la realidad—. Es difícil ejercer en la comarca cuando tienes un pasado.

Penelope se cruzó de brazos y los apoyó en la mesa.

—Regresé a Somerset porque tengo una madre y dos hermanas por las que velar —dijo del tirón—. Pero me temo que he fracasado, así que me veré obligado a buscar otra comarca en la que poder ejercer.

La duquesa no comprendía el motivo, Pittman era el único galeno de la zona conocido, y solo atendía a gente pudiente. El doctor Harris, por lo que ella sabía, llevaba dos meses retirado. De eso estaba segura, pues Leighton llevaba cuatro meses buscando un doctor que quisiera trasladarse a la comarca.

—¿Por qué ha fracasado? —se interesó, estudiando la reacción de Evans.

—Nadie quiere ponerse al cuidado del hijo de Grace Evans.

Penelope observó que el hombre no había pronunciado el nombre de su madre con vergüenza ni rencor. No había bajado la mirada ni la cabeza.

Que él mostrase franqueza ante ella fue un gesto que a Penelope agradó más de lo que Evans pudiese imaginar.

Podría haber ocultado la verdad, pero no lo había hecho; había asumido la reacción de ella, tanto si era para bien como para mal.

Pensó en esa mujer; sabía quién era, toda la comarca la conocía.

Era hija de un caballero, y se convirtió en una heredera. La fatídica muerte de su padre antes de que ella alcanzase la mayoría de edad le obligó a estar al cuidado de un tutor. Y no uno cualquiera, sino uno que se

creyó con derecho a dilapidar la fortuna que la joven debería haber heredado al llegar a los veintiún años. Sin embargo, la pobre muchacha lo único que recibió fue una maleta para abandonar la casa del tutor, pues ya no tenía la obligación de su manutención. Y así, con los bolsillos vacíos y en la calle, acabó siendo con el tiempo una cortesana muy afamada en Londres.

Penelope pestañeó; seguramente el señor Evans era el hijo ilegítimo de algún noble.

Se asqueó al comprender por qué nadie quería ser atendido por el hijo de Grace. Pero, ¿qué hubiese pasado si la ley hubiese actuado contra el hombre que arruinó a una joven que por derecho tendría que haber heredado una fortuna?

Se quedó pensativa. El señor Evans podría haber usado el segundo apellido de la madre para que nadie lo relacionara pero no lo hizo; él no tenía intención de esconder su procedencia y eso decía mucho de él. Admiraba a su madre y todos los esfuerzos que había hecho tanto por él como por sus hermanas.

—Su madre debe de sentirse muy orgullosa de sus logros —alabó que una mujer con ese pasado le hubiese dado a su hijo una educación tan alta.

—No tanto como yo de que ella me ofreciera un futuro.

Penelope asintió.

—Debe saber, señor Evans, que no podrá marcharse de Somerset —pronunció la duquesa con seriedad—. *Golden House* y la comarca necesitan un galeno.

El hombre parpadeó.

—Voy a ser franca, no soy caritativa —adujo—. Le ofrezco un puesto que le hará gozar de la respetabilidad que merece —vaticinó—. Pero créame, no es un regalo, pues al igual que pagaré por su trabajo, exigiré tres cosas.

—¿Cuáles? —se interesó el hombre, con emoción.

—Lealtad, confidencialidad, y la más importante, obediencia.

—Excelencia, sus tres peticiones forman parte del carácter de un médico.

Penelope levantó una ceja. Eso pensaba ella, pero por lo visto Pittman

nunca había estado a la altura de un hombre de honor, pues hacía unos meses el muy indeseable había intentado chantajearla por atender a Mildred.

—Cuando yo dé un aviso tendrá que acudir de inmediato —comentó impertérrita—. No aceptaré excusas. Tanto me dará que esté asistiendo a otro enfermo. A mi mandado le dará prioridad.

Evans pensó en ello, entendía a la duquesa, pues Pittman no había acudido todavía. Él no tenía más que objetar, sin ella no tendría pacientes. Ser el galeno de la duquesa de Whellingtton le abriría muchas puertas y obtendría un prestigio que hasta la fecha nadie le había ofrecido.

Era triste haberse esforzado por conseguir ser alguien con titulación para nada. Más, cuando su madre había gastado todos sus ahorros para que él tuviese un futuro prometedor; y más, cuando las sanguijuelas de la alta sociedad no cesaban en su empeño de ofrecer proposiciones con respecto a sus hermanas, como si ellas estuviesen a la venta, para convertirlas en amantes de nobles… Acabarían siendo cortesanas como su madre.

—Excelencia, desde este mismo instante puede considerarme el médico oficial del ducado de Whellingtton.

Penelope asintió y por fin se relajó.

—Bienvenido a *Golden House*.

El hombre se despidió; regresaría por la tarde para controlar el estado de Matthew.

August lo acompañó hasta la salida mientras anotaba mentalmente la dirección del señor Evans por si llegaba el caso de tener que mandar aviso al nuevo médico de *Golden House*.

Duncan, que había escuchado la conversación, admiró una vez más a Penelope.

Las marquesas estaban muy pendientes de la reacción de Duncan, pues ellas estaban acostumbradas a ver tomar decisiones a Penelope, pero era la primera vez que lo hacía él.

La madre de Duncan sintió un poco de pena, pues a pesar de notar en su hijo cierto grado de orgullo hacia Penelope, también notó aflicción.

Era comprensible, no conocía a ningún hombre que estuviese en la tesitura de su hijo. Los hombres eran criados para ser los que diesen

órdenes y mantuviesen a sus esposas, de ellas se esperaba sumisión. Pero Duncan no había sido consciente de ese detalle hasta que la vio ahí, ocupándose de todo sin necesitar ayuda.

—Señoras —llamó la atención de las marquesas—. Deben disculparme, pero es hora de retirarme.

Se marchó pensativo.

Las marquesas se miraron y se entendieron sin hablar.

Capítulo XXIV

La soberbia de un hombre ante una dama poderosa puede tener un final inesperado

Dos horas y media fue el tiempo exacto que tardó el señor Pittman en presentarse en *Golden House*.

—¿Qué quiere decir que no puedo entrar? —increpó Pittman a August.

—Señor Pittman, tiene la entrada prohibida en *Golden House* —anunció el mayordomo con tranquilidad

—¡Apártese! —aulló, al tiempo que le daba un empujón tan fuerte a August que lo hizo tambalearse hacia atrás, de manera que cayó al suelo.

Dos lacayos se abalanzaron sobre Pittman, mientras otro ayudaba a August a ponerse en pie.

Penelope y las marquesas, que habían escuchado la algarabía, se acercaron.

Las marquesas se pararon, apoyadas en la baranda.

Penelope lo hizo en el centro.

Desde lo alto de la planta principal, contempló la escena. En el vestíbulo se hallaba August en el suelo, un lacayo sujetando a Pittman por la espalda, y otro a punto de golpearlo.

—¡Basta! —gritó Penelope.

Los hombres se paralizaron al instante, su señora jamás había levantado la voz en *Golden House*.

Uno de ellos se avergonzó; el que estaba sosteniendo a Pittman, por el contrario, la miró con reproche, pues ese hombre merecía un buen escarmiento. Nadie pegaba al señor Patterson y salía impune; para ellos el mayordomo era la máxima autoridad.

Penelope, al ver a August levantándose con la ayuda de otro sirviente, se encendió.

—Pittman, discúlpese de inmediato —ordenó, sin moverse de su sitio.

El médico, que estaba recomponiéndose la chaqueta, la miró de soslayo.

Penelope esperó estoica. Al comprender que el médico no tenía intención de acatar su orden, se cogió las faldas y bajó las escaleras.

Perdería el respeto y la lealtad de sus sirvientes si no daba un escarmiento al doctor.

Cuando llegó a la altura del médico, se pronunció de nuevo:

—Ha cometido el mayor de los errores —decretó—. Nadie elude mis órdenes sin salir malparado —presagió—. Y menos cuando se le falta el respeto a mis sirvientes en mi casa… ¡Nadie!

Pittman no era un hombre dado a acobardarse, pero la mirada felina de Penelope, como la de una pantera salvaje, y su entonación, consiguieron que se estremeciera.

—Va a disculparse ante el señor Patterson de inmediato —dictaminó, inquebrantable, vaticinando que no había más opción que acatar su autoridad.

Pittman miró a August.

—Os pido perdón.

El hombre asintió con la cabeza, aceptando sus disculpas.

El médico volvió a mirar a Penelope.

—Debéis saber que a pesar de mis disculpas, vuestro mayordomo me había negado la entrada —anunció, para que ella amonestase a August.

—Loable por su parte, por acatar mis órdenes.

Pittman se tensó.

Los lacayos no se alejaron, no tenían intención de dejar a su señora ante un hombre tan detestable.

—¿Me hizo llamar y ahora me niega la entrada? —se mofó Pittman, intentando utilizar a los hombres heridos para bajar los humos de la duquesa.

—Hace dos horas —comentó Penelope—. Ya no necesito sus atenciones hacia *mis hombres*.

Pittman sonrió de medio lado. Sabía que el único médico de la zona llevaba dos meses retirado, le gustase o no, solo él podía atender a los heridos.

—Va a dejar sin asistencia a sus sirvientes solo para demostrar que usted tiene el poder —comentó con cinismo, intentando poner en contra a sus lacayos—. ¿Es así como cuida de la gente que está a su servicio?

Penelope dio un paso adelante.

—No, Pittman, yo protejo a *mi gente* —espetó a un palmo de su cara—. Por ello, mi intención, o más bien, mi deber, es mantenerlos alejados de seres indeseables como usted.

Los lacayos se sintieron queridos, Penelope había utilizado las palabras «mis hombres, mi gente», con tanta posesividad, que no pudieron más que sentirse dichosos; pocos nobles cuidaban con tanto celo a sus sirvientes.

—¿Qué pretendéis?

—No pretendo, Pittman, os estoy expulsando de *Golden House* y de Somerset —dispuso sin pestañear—. Todo aquel que deja a *mi familia* a la espera cuando sus vidas corren peligro, se convierte en persona non grata.

Los sirvientes se quedaron sin respiración, ¿habían escuchado bien? La respuesta la tendrían de inmediato, pues Penelope lo dejó muy claro.

—Y usted los ha dejado a la espera. *Golden House* no es solo el nombre de una casa, Pittman; *Golden House* abarca a todos los que viven en su interior, ergo, a mi familia.

No mentía, Penelope consideraba a cada una de las personas que vivía allí su familia. ¿Y acaso las familias no se cuidaban los unos a los otros? ¿Pues por qué no iba ella a considerarlos la suya cuando la habían cuidado desde que nació?

—No sabéis lo que estáis diciendo.

—Puede, pero sí sé lo que estoy haciendo y lo que usted va a hacer —predijo—. Tiene dos horas para abandonar su casa —y rectificó—: La mía, pues está alojado en mi propiedad.

Pittman pestañeó repetidas veces.

Penelope no pensaba ceder. En realidad no tenía intención de llegar tan lejos; le hubiese dejado seguir viviendo en la casa que su padre le brindó para tenerlo cerca de *Golden House*, pero al ver a August en el suelo, había tomado la decisión.

—Su padre me la ofreció —informó, pensando que, con suerte, al aludir al duque ella rectificaría.

—Se la brindó al médico de *Golden House* —expuso—. Y usted ha perdido ese privilegio.

—¡Esto es intolerable! —aulló.

—En mi casa no se alza la voz —mascculló Penelope, cansada de la soberbia de Pittman—. Dos horas.

Se giró y miró a sus sirvientes.

—Acompañad al doctor —dictaminó—. Y prestadle la ayuda que precise para empaquetar sus pertenencias.

—¿Y adónde voy a ir? —gritó de nuevo el médico.

Penelope clavó su mirada más desafiante.

—Mis sirvientes lo acompañaran hasta *Red Dragon* —respondió, con desprecio—. Si fue capaz de pasar allí su valioso tiempo mientras mis hombres heridos lo necesitaban, también podrá pasarlo ahora que ya no tiene que velar por ellos.

Sin más, se dio la vuelta y se alejó.

Subió las escaleras como una verdadera dama, con la cabeza alta y despacio.

Capítulo XXV

Un caballero a veces no sabe cómo actuar ante una dama poderosa

Duncan St. John estaba siendo observado por tres octogenarias, mientras se encontraba en la sala salmón de *Great Sea*, sentado en el sofá con una pierna cruzada sobre su rodilla, en una posición relajada, con un periódico entre sus manos. Aunque su mirada perdida anunciaba que estaba reflexivo.

Y lo estaba, no podía dejar de pensar en Penelope.

Quería creer que le quedaba una esperanza. El problema no era enamorarla, pues después de besarla y de recibir aquella entrega por su parte, podía descartar ese desvelo. Ahora le preocupaba otra cuestión más acuciante, ¿qué podía aportarle él a ella?

Se había pasado la noche casi en vela intentando encontrar algo, por poco que fuera, que tuviera él para ofrecer a una mujer que lo tenía todo.

Si el amor fuese suficiente, pero no estaba convencido de que eso fuera bastante para ella.

Había crecido con el convencimiento de que se enamoraría de la mujer perfecta para él, y Penelope lo era. Pero en sus sueños, esa mujer no era una duquesa ni una damisela capaz de doblegar a todos. Tampoco esa muchacha sería autosuficiente porque entonces, ¿para qué lo necesitaría a él? Pensó cómo sería cuando pronunciase sus votos: «Yo, Duncan St. John, te tomo a ti, Penelope de Whellingtton y Kennt, para ser mi esposa, para protegerte y sostenerte, desde este día en adelante, hasta que la muerte nos separe, según la santa ordenanza de Dios, y yo me comprometo a ti…».

¿Sostenerla y protegerla?

Suspiró sin ser consciente de que las ancianas estaban allí.

Las tres mujeres se miraron.

—Querido —llamó su atención tía Philomena—, ¿cómo encontraste a Penelope?

Duncan dobló el periódico y lo dejó a un lado.

Estiró los brazos y los dejó apoyados en el respaldo del sofá, acomodándose más; con las tres mujeres que tenía enfrente no había necesidad de guardar las formas protocolarias.

—Tan hermosa como la recordaba —respondió, con una sonrisa pícara.

Las mujeres se sintieron satisfechas con la respuesta.

—Mañana termina su encierro, ¿cierto? —se pronunció lady Hermione.

Duncan asintió con la cabeza.

—¿Te ha mandado recado para visitarla? —se interesó lady Violet.

—No.

Tía Philomena apretó los labios.

La tesitura de Duncan no era envidiable. Él debía esperar a que la duquesa propusiera un acuerdo entre los dos, o como venía siendo más conocido, a que pidiera su mano.

Claro que…

—El acuerdo de vuestros padres te da la oportunidad de no tener que esperar una decisión por su parte —comentó lady Philomena, aludiendo al contrato que gestionaron el duque y el padre del muchacho.

Duncan sonrió con tristeza.

—Ese acuerdo quedó anulado —informó, sin saber por qué confesaba algo tan íntimo.

Ella rompió aquel acuerdo, porque él rompió las ilusiones de ambos por aquel último encuentro con Elaine…

«No fue tu último encuentro», se recordó.

Ese pensamiento lo tensó.

Desdobló la pierna, bajó los brazos y se quedó sentado en tensión.

Las ancianas se sorprendieron.

—¿Sucede algo? —se preocupó Violet.

Duncan, un tanto inquieto, negó con la cabeza.

Se levantó y se despidió.

—Debo retirarme —dijo al tiempo que inclinaba la cabeza.

Salió de la sala y se dirigió hacia su alcoba.

Una vez dentro, se sentó en el borde de la cama.

«Si ella se entera, lo pagarás de por vida», se entristeció.

Se llevó las manos a la cara y se la frotó intentando borrar aquella idea.

Agobiado, se echó hacia atrás y se quedó tumbado con las piernas colgando.

Lo mejor era dejar de pensar en Penelope, solo que no podía.

Durante los meses que estuvo en Jamaica, sin darse cuenta por las noches se veía recorriendo la casa, como si estuviese buscándola. Incluso en más de una ocasión había dicho su nombre en voz alta, con la esperanza de que ella le respondiera. Era difícil escapar de su recuerdo. Penelope había dejado tanta huella en él que era imposible olvidarla. Y estaba convencido de que no existiría mayor dolor que perder a la mujer que amaba. ¿Cómo podía sentir por ella tanto amor? No tenía lógica, era de locos, y él se tomaba por una persona cuerda.

Se incorporó, necesitaba tomar el aire.

Salió de la casa con intención de dirigirse a las cuadras. Iba a dar aviso para que le preparasen el carruaje, cuando su hermano Connor se cruzó con él a mitad de camino.

El conde de Stanton estudió el rostro de su hermano. Al notar agobio en él, decidió averiguar el motivo de esa desazón.

—Espléndido, necesitaba a alguien que me acompañase frente a una buena botella de brandy —pronunció, alegre—. Nunca me ha gustado beber solo.

—No sé si hoy sea buena compañía —alegó Duncan.

Connor, en respuesta, lo rodeó con su brazo por los hombros y lo obligó a acompañarlo.

—Siempre he sido un buen oyente —replicó; su hermano tendría que confesar su pesadumbre—. Me encanta escuchar mientras bebo.

Entraron en la casa y fueron directos a la sala escarlata, la que estaba destinada a los hombres de la casa, puesto que allí estaba todo dispuesto para ellos: una gran chimenea, varios sillones anchos y cómodos; una gran vitrina con todo tipo de copas para los licores: whisky, brandy, Madeira, Oporto, ginebra… Varias mesitas bajas donde poder poner las bebidas, con ceniceros para apagar los puros que solían fumar durante las reuniones importantes sus invitados; las cortinas más oscuras que en el resto de las salas, y como pieza principal, una mesa de billar.

Connor sirvió dos copas y se acercó a su hermano, que estaba sentado en uno de los sillones de piel, junto a la mesita más cercana a la ventana,

por donde miraba el exterior.

Dejó las copas y tomó asiento justo en el sillón de enfrente, encarado a Duncan.

—Pensé que estarías más contento —llamó la atención de Duncan—. Según el comité de hechiceras —aludió a tía Philomena y sus dos amigas —, ayer te reencontraste con Penelope.

Duncan sonrió con tristeza.

—Sí, la vi.

La respuesta escueta no satisfizo a Connor.

—¿Y bien?

Duncan tomó la copa y jugueteó con ella entre sus dedos.

—Alguien intentó quemar sus establos.

Connor frunció el entrecejo.

—¿Quién?

—No lo sé, pero ya estoy en ello —aseguró—. Esta mañana a primera hora fui a buscar a sir Murray.

Ambos conocían a Murray desde pequeños, era un caballero de prestigio, además de ser un investigador afamado.

—Penelope es duquesa —recordó Connor—. Significa que tiene un ejército privado.

Duncan negó con la cabeza.

—Lo tendrá cuando sus hombres regresen de la Península —informó —. El duque tuvo a bien mandar a su guardia privada al continente para ayudar a Wellington.

El padre de Penelope no era el único que había prescindido de su ejército privado, el duque de Hamilton y el duque de Manfford también habían colaborado con las tropas británicas para derrotar a Napoleón. O más bien, para proteger las propiedades que poseían por toda Europa.

A pesar de haber pasado casi un año desde la batalla de Waterloo, sus hombres continuaban en el continente.

Connor estaba convencido de que a su hermano le preocupaba algo más que el incendio.

—¿Qué te tiene tan cabizbajo? —añadió antes de que Duncan

respondiera—. ¿La boda?

Duncan bebió antes de responder, su hermano lo conocía muy bien.

Dejó la copa en la mesita baja y se recostó en el sillón.

—¿Qué se espera de mí?

El conde intuyó en ese instante su resquemor.

—Duncan, comprendo que vuestra situación es inaudita —reconoció—. Penelope tendrá que pedir tu mano…

St. John le interrumpió, poniéndose en pie y paseándose por la sala; se sentía alterado.

—¡Es humillante! —se expresó, levantando las manos al aire—. ¿Qué hombre aceptaría pasar por tan alta humillación?

Connor sabía que debía esperanzar a su hermano pequeño.

—El futuro esposo de una reina.

La respuesta consiguió que Duncan se parase en mitad de la sala, se apoyara en la mesa de billar y mirase a Connor.

—Siéntete privilegiado —lo animó—. Vas a ser el único hombre que va a recibir el mismo trato que un príncipe.

Duncan iba a responder, pero un lacayo entró en la sala portando una bandeja con bocadillos e interrumpiendo la conversación.

Connor le hizo un gesto al hombre para que la dejase en la mesita y se marchase.

—Pedí unos emparedados —informó Connor—. La bebida sienta mejor cuando está bien acompañada.

Duncan no tenía apetito; aun así, se acercó y volvió a tomar asiento.

Connor alargó un brazo y cogió uno de los bocadillos con parsimonia, esperando la reacción de Duncan; sabía que no tardaría en pronunciarse.

—Mi mayor deseo es casarme con Penelope —dijo Duncan con voz más calmada—. Pero no era así como había soñado que sería. Voy a convertirme en el hazmerreír de Inglaterra, ¿cómo van a mirarme a partir de ahora?

El conde de Stanton dio un bocado, la excusa perfecta para meditar sus palabras antes de responder a su hermano.

—En realidad, querido hermano, te mirarán con envidia. —Duncan iba

a interrumpir, pero Connor levantó la mano—. Admito que esperar a que una dama te pida en matrimonio no es envidiable —reconoció, sincero—. Pero en cuanto pongas el anillo en su dedo, te convertirás en el hombre más envidiado y pasarás a los anales de la historia.

St. John no comprendía qué intentaba decir su hermano con esa frase.

—A los anales de la historia —repitió, incrédulo.

Connor apoyó sus manos en los reposabrazos del sillón y se pronunció sin un ápice de burla en la voz, para que Duncan comprendiera que no estaba bromeando.

—Verás, Duncan. Por fortuna, el padre de Penelope fue un hombre honorable y sobre todo inteligente —lo alabó—. Antes de abandonar este mundo lo dejó todo bien atado, no quería dejar ni a su hija ni a su futuro esposo desprotegidos.

St. John apoyó sus codos en las rodillas relajando su postura, e inclinó su cuerpo; quería escuchar con atención a su hermano.

—Consiguió una concesión del rey —informó—. Y además, a través de una patente real[4] se hizo público que el futuro esposo de su hija se convertiría en consorte —admiró el proceder del duque—. Con ese poder te entrega el cargo en la Cámara de los Lores, un puesto que su primogénita nunca podría utilizar. Consiguió lo imposible. Por ello, en cuanto nazca tu primer hijo —vaticinó con orgullo—, te convertirás en el padre del primer futuro duque de Whellingtton con el apellido St. John —añadió con gran emoción—. Tú vas a cambiar la historia de dos familias, la de Penelope y la nuestra.

Duncan parpadeó, no lo había pensado con anterioridad.

Connor, por el contrario, llevaba tiempo pensando en ello. Penelope era la duquesa, pero no existía poder ni ley que a un hijo legítimo le impidiese llevar el apellido del padre.

—El apellido Callan siempre ha sido sinónimo de poder —dijo, aludiendo al apellido de Penelope, pues todos los duques de Whellingtton hasta la fecha lo habían portado—. En cuanto nazca tu hijo, ese poder será el de un St. John.

Duncan se llevó la mano a la barbilla, meditando las palabras de Connor.

El conde observaba con atención, parecía que Duncan por fin asimilaría

su futuro.

—Imagina la envidia que despertarás —convino, sonriente—. Quedarás inscrito como el hombre que cambiará la historia. Te vas a convertir en el par más admirado y envidiado.

Sonrió de medio lado, sabía que estaba a punto de conseguir que su hermano pequeño se relajara y aceptara con orgullo su destino.

—Te aconsejo que dejes a la dama embarazada lo antes posible.

Duncan pensó en Penelope, entregándose a él sin censura. Los dos en una cama, desnudos, retozando sobre sábanas blancas. Sin poderlo evitar sonrió.

—Veo que no te desagrada la idea —bromeó Connor, al tiempo que cogía otro bocadillo—. Estoy convencido de que pondrás de tu parte todo el empeño.

Duncan asintió con lentitud, alargó la mano y tomó un tentempié.

—De eso puedes estar seguro —convino sonriente—. Solo por ver a nuestro padre inclinándose ante mí —bromeó—, merecerá la pena pasar el mal trago de recibir una propuesta de matrimonio por parte de una dama.

Connor iba a dar un bocado cuando Duncan continuó:

—¿Crees que tía Philo se inclinará?

El conde bajó la mano, privándose de ese bocado tan apetitoso.

—No confíes en ello —aseguró—. La tía Philo no se inclinaría ni aunque te convirtieras en rey.

—¿Y tú?

—Porfía. No obstante, debo advertirte de que acabo de descubrir que me une a tía Philo más de lo que desearía admitir —ironizó—. ¿Me convertiré en hechicero también?

Se llevó el bocadillo a la boca y Duncan se carcajeó.

Capítulo XXVI

Las mejores decisiones se toman con el corazón

En la sala familiar de *Golden House*, Penelope y su amiga Abby reían. La condesa de Aberdeen había ido a visitar a la duquesa; tenía previsto acompañarla al día siguiente a Londres, puesto que Penny había cumplido su tiempo de duelo.

—De veras, no creas que es fácil —rumió Penelope—. ¿Cómo se le pide a un caballero la mano?

Abby hizo un mohín con la boca.

—Sé que no es fácil —reconoció—. Y precisamente yo no estoy en disposición de darte consejo al respecto, recuerda lo mal que me salió todo a mí el día de San Valentín —dijo, nostálgica.

Penelope levantó las cejas.

—Todo, todo, no —bromeó, aludiendo a la confesión que su amiga le había hecho con respecto a aquella noche.

Abby se sonrojó.

—¡Calla, no me lo recuerdes! —se expresó agitada, y las dos volvieron a reírse.

August interrumpió.

—Excelencia, lady Philomena, lady Hermione y lady Violet desean ser recibidas.

Penelope miró a Abby y esta se encogió de hombros, dando a entender que no tenía idea del motivo de la visita.

—Hazlas pasar a la sala de mañanas.

El mayordomo se retiró.

—Qué extraño, tengo entendido por la marquesa de Bristol, que lady Philomena y sus amigas solo salen de casa para acudir a los bailes más importantes. —Se sorprendió Penelope.

—No sabía que lady Hermione y lady Violet vivían bajo el techo del marqués.

Penelope asintió con la cabeza.

—Desde hace diez años —informó Penelope—. El sobrino de lady Violet no quiso hacerse cargo de su manutención.

Abby entrecerró los ojos, molesta ante tal respuesta.

—¡Es indignante! —se enfadó—. Lady Violet es hija de un conde, al igual que lady Hermione y lady Philomena —apuntó—. Su sobrino debería estar agradecido por haber recibido el título tras la muerte del conde, ya que no había otro heredero por encima de él.

Penelope comprendía el enfado de Abby. Siempre pasaba lo mismo, a una mujer no se la tenía en consideración, como en el caso de lady Violet. Ella era descendiente directa del conde; sin embargo, un sobrino segundo fue quien había heredado el título.

—Lady Philomena terció ante el marqués de Bristol…

—Sobrino suyo también —interrumpió Abby.

Penelope asintió con la cabeza. Su amiga tenía razón, el marqués de Bristol era sobrino de lady Philomena.

—Este se hizo cargo de lady Violet por la estrecha amistad de las dos mujeres.

—Un gesto muy honorable por su parte —halagó Abby la actuación del marqués.

—Cierto. Y lady Hermione, aunque está protegida por su hermano, el conde de Sussex, se trasladó también a *Great Sea* —dijo sonriente al pensar en las tres mujeres—. Por lo visto, las dos mujeres gozan de un nuevo título: «Invitadas vitalicias de *Great Sea*».

Las dos rieron.

—Debo apuntar, que según la marquesa de Bristol, tanto Connor como Duncan se ofrecieron como benefactores de lady Violet —añadió—. Las ancianas gozan del respeto y cariño de los hijos del marqués.

Abby suspiró.

—Penny, eso dice mucho de Duncan, ¿no crees? —comentó convencida, pues era digno de admiración que se hubiese hecho cargo de lady Violet, mostrando la generosidad que le faltaba al sobrino de la anciana.

Penelope asintió con la cabeza y le hizo un gesto con la mano para que la acompañase.

Caminaron en silencio hasta la sala de mañanas, donde las tres mujeres aguardaban con impaciencia.

—Buenos días, señoras —saludó Penelope, afable.

Las tres mujeres, que no se habían sentado, inclinaron las cabezas sincronizadas.

—Jovencitas —se pronunció lady Philomena con premura—. Un carruaje nos espera, deben acompañarnos.

Penelope miró a Abby, la entonación de la mujer mostraba impaciencia. Además, le hizo gracia que se dirigiese a ella como «jovencita».

Abby se encogió de hombros, no tenían nada que perder sucumbiendo a la petición de lady Philomena.

Casi una hora y media más tarde, Penelope y Abby caminaban con inquietud por los muelles de Bristol, siguiendo los pasos de las tres ancianas. No entendían qué hacían allí, puesto que las tres mujeres durante el trayecto en el carruaje no habían dado ningún tipo de explicación respecto al motivo de su paseo.

Aunque las dos muchachas no dijeron nada, estaban convencidas de que llamaban la atención por aquel lugar, pues Penelope lucía un vestido de color lila pálido con ribetes blancos a juego con su sombrilla de seda blanca sobre encaje de tafetán lila, una chaqueta Spencer de lana de la mejor calidad, y un sombrero de terciopelo de ala ancha, adornado con una cinta de raso de color blanco. Abby iba ataviada con un vestido de color azul cerúleo, con un sombrero de terciopelo del mismo color, adornado con flores de azahar, más su parasol de seda blanca con flecos celestes. Ambas mostraban que pertenecían a la alta sociedad, y pasear por los muelles no era precisamente el lugar más apropiado para dos jóvenes de alcurnia.

—¿Qué hacemos aquí? —musitó Abby, intentando que las ancianas no la escucharan.

Penelope miró a su alrededor.

—No lo sé.

Las tres ancianas pararon y se giraron para observarlas.

—Como sabemos que nuestro querido Duncan peca de humilde —dijo lady Philomena con satisfacción—, nos hemos visto en la obligación de

mostraros sus últimas adquisiciones.

Señaló con la cabeza a la izquierda.

Abby y Penelope ladearon las cabezas en la dirección que la anciana había sugerido.

Allí solo había barcos amarrados.

—No entiendo nada —pronunció Abby en voz baja.

—Ni yo tamp… —Pero se quedó la frase en el aire, pues los ojos de Penelope se agrandaron.

Las tres ancianas sonrieron satisfechas al ver la reacción de Penelope.

Abby se preocupó al ver la palidez de su amiga.

—¿Qué ocurre?

La duquesa tragó con dificultad, estaba anonadada.

—Fíjate en los nombres de esos tres navíos.

Abby volvió a mirar los barcos y pestañeó repetidas veces. Giró lentamente la cabeza de nuevo para observar a Penelope.

—¡Oh, Penny! Es muy bonito.

Penelope se emocionó. Sí, la verdad es que era muy bonito el gesto de Duncan y, además, decía mucho respecto a sus sentimientos.

Ante ella había dos barcos para transportar mercancías y un elegante velero. Pero no eran en sí los navíos los que dejaron perturbada a Penelope, sin los nombres con los que había bautizado St. John aquellas embarcaciones: *My Redhead, My Freckled y My Duchess*.

Era un gesto muy hermoso, y se recreó interiormente repitiendo aquellos nombres: «Mi Pelirroja, Mi Pecosa y Mi Duquesa». Pero para qué se iba a mentir, a ella lo que más le había impactado era el «Mi», como posesión, dando a entender a todos que Penelope le pertenecía y, para ser sincera con ella misma, adoraba aquella posesión, ya que ella también sentía que Duncan era «Suyo».

Se sintió feliz; hacía tanto tiempo que esa sensación la había abandonado que por un momento se sintió extraña. No obstante, su corazón estaba hablando y ella lo escuchaba.

—Abby, he tomado una decisión.

La condesa la miró.

—Sabia elección —reconoció, sin necesidad de que Penelope tuviese que dar más explicaciones. Había entendido a la perfección que su amiga iba a mandar recado a Duncan St. John para que acudiese a su casa. Sin lugar a dudas, iba a pedir su mano.

***

Dos días después, Penelope se encontraba en Londres. Paseaba en carruaje junto a su amiga Abby y regresaban a *Whellingtton House*, tras haber realizado varias compras.

—¿Qué crees que pensará St. John cuando reciba tu invitación? —indagó Abby.

—No lo sé —afirmó, nerviosa—. Solo espero que llegado el momento él acepte, o te juro, Abby, que me moriré de vergüenza.

Abby se carcajeó, comprendía mejor que nadie los nervios de su amiga. Ella había estado toda una semana ensayando frente al espejo algo parecido y…

Penelope la sobresaltó al golpear dos veces sin previo aviso, ordenando que el conductor parase.

—¿Qué sucede? —preguntó alarmada.

La duquesa tenía la mirada clavada en el exterior.

Abby se inclinó para interesarse.

Penelope giró la cabeza y la miró a los ojos.

—Estamos en Hyde Park Corner, delante de *Tattersall,*[5] y quiero comprar un caballo.

Abby parpadeó.

—Per… pero no dejan entrar a mujeres —titubeó, pues notaba la determinación de su amiga en la mirada.

Penelope se mordió el labio inferior.

Era conocedora de la restricción, pero de alguna manera se sentía obligada a intentar entrar. Si ella que poseía el título más importante no lograba poner un pie en aquel lugar, ¿qué mujer lo haría? Sin embargo, si lo conseguía estaría de alguna manera allanando el camino a otras mujeres.

—Voy a entrar —declaró con determinación.

Abby se quedó sin habla durante unos segundos.

—Te acompañaré.

Penelope negó con la cabeza.

—No, si tu madre se entera te volverá a prohibir salir de casa —disculpó a su amiga, pues la temporada pasada Abby había sido castigada y ella no quería ser responsable de un nuevo castigo.

Abby le apretó la mano.

—Créeme, quedarme en casa es más gratificante para mí que acudir a eventos en los que no encuentro nada interesante.

Penelope estudió su rostro.

Al final accedió.

—Está bien, vamos allá.

Las dos descendieron del carruaje, abrieron sus sombrillas y respiraron hondo.

A pesar de lo nerviosas que estaban, la sensación de estar a punto de conseguir algo tan importante las mantenía firmes y eufóricas.

El portero de la entrada las paró.

—Disculpen, no se permite la entrada a mujeres —informó el hombre.

Penelope apretó el mango del parasol.

Abby encogió los pies dentro de sus botines nuevos, con lazada de seda rosa, igual que su vestido.

La condesa de Aberdeen no se caracterizaba por mantenerse callada cuando estaba nerviosa y, como era de esperar, su boca se abrió sin poderlo evitar.

—Está delante de la mujer que posee el mayor número de caballos que compiten en las carreras de Ascot[6].

No mentía. La pasión que sentía Penelope por el mundo equino la había heredado de su padre. El duque poseía diez de los jamelgos más afamados de Inglaterra y había sido poseedor de cuantiosos premios por las carreras realizadas en Ascot.

—Enhorabuena —ironizó el hombre, pensando que mentía.

Penelope se ofendió, por lo que no toleró perder más el tiempo.

—Soy la duquesa de Whellingtton y Kennt —pronunció con el tono de toda una todopoderosa.

El hombre abrió tanto los ojos que Abby pudo ver en su iris el brillo del vestido gris perla que llevaba su amiga. Aun así, iba a repetirles que allí tenían la entrada prohibida.

Penelope intuyó lo que el portero estaba a punto de decir y se adelantó:

—A mí nadie me prohíbe la entrada —sentenció—. Aparte la cinta de inmediato o tendré que notificar a la casa real que en *Tattersall* no se respeta la jerarquía nobiliaria.

El hombre tragó con dificultad; la entonación de la duquesa habría hecho temblar a cualquiera y él no iba a ser menos, por lo que, con manos temblorosas, descorrió la cinta que prohibía el paso y se hizo a un lado para dejarlas pasar.

En cuanto cruzaron la entrada, todas las miradas de los allí congregados se clavaron en ellas.

Se hizo un silencio sepulcral.

Las dos muchachas apenas pudieron saborear su triunfo, pues la animadversión que mostraban todos los hombres por su presencia las hizo estremecer.

Se quedaron paralizadas.

Abby notó que las piernas le temblaban, tenía miedo de dar un paso, pues era muy posible que no pudiera andar.

Penelope, por un segundo sintió que le faltaba el aire.

—Parecía más sencillo desde el carruaje —siseó entre dientes la duquesa, intentando que nadie más que Abby la escuchara.

La condesa miraba de un lado a otro.

Penelope sabía que tenía que hacer algo, ¿pero el qué?

Abby respiró hondo; ya habían dado el paso, por lo tanto, había que buscar una solución rápida.

Al soltar el aire, en susurros se pronunció:

—Solo tenemos una alternativa —declaró—. Estamos rodeadas de hombres, así que tenemos que actuar como ellos esperan.

—¿Y eso es? —musitó Penelope.

—Vanagloriando sus egos y haciéndoles creer que los necesitamos —dijo convencida—. Dan por hecho que son los únicos con derecho a ser

inteligentes, pues finjamos que lo son.

—¿Tú crees?

—Tanto como que todos estos hombres nos odian en estos momentos por tener la osadía de respirar.

Penelope miró a Abby.

Las dos acabaron sonriendo, convencidas tanto de la afirmación de Abby como de que esa era la solución.

Abby, con determinación, dio un paso al frente; había localizado a la presa perfecta.

—Lord Denvore, permítame presentarle a la duquesa Penelope de Whellingtton y Kennt.

El barón, un hombre de avanzada edad, conocido por su escasa inteligencia, saludó con una inclinación de cabeza, aunque no se mostró muy cooperativo.

Todos continuaban en silencio, observando a las dos jóvenes.

Las dos muchachas se miraron entre ellas con complicidad. Abby le hizo un gesto a Penelope dando a entender que iba a empezar la farsa y la pelirroja asintió despacio.

—Tengo entendido, lord Denvore, que usted es uno de los mayores entendidos en el mundo equino —alabó.

Ambas notaron cómo el hombre se erguía.

—Le han informado bien —declaró con la típica arrogancia que ellas esperaban.

—Oh, entonces discúlpeme que me tome la libertad de beneficiarme de su *gran* conocimiento —dijo Abby, intentando parecer una damisela ignorante. En realidad, dudaba de que ningún caballero allí congregado fuese mayor entendido que su amiga con respecto a reconocer un buen caballo—. Sería un gran honor para nosotras que pudiese instruirnos uno de los hombres más entendidos de Inglaterra —vanaglorió al barón—. La duquesa está interesada en adquirir un buen ejemplar y nadie mejor que usted para recomendarla.

El barón, con el ego subido, sonrió satisfecho. La joven que tenía delante era una duquesa, pero tenía que recurrir a un hombre para aconsejarla.

La conversación había sido escuchada por la mayoría y, al igual que el barón, se sintieron satisfechos, por lo que continuaron con sus charlas y con

la subasta.

El barón Denvore le ofreció su brazo a Penelope.

Las dos respiraron tranquilas, ya no eran el centro de atención.

Penelope miró a su amiga al tiempo que colocaba su mano en el hueco del codo del barón, Abby puso los ojos en blanco, y las dos aguantaron la risa.

No se habían equivocado, no había nada como elevar el ego de un hombre para salir de allí victoriosas.

Media hora más tarde, Penelope se había dado cuenta de que el barón no era más que un hombre engreído, pues de caballos no sabía nada. Ella, por el contrario, tan solo había necesitado diez minutos para localizar a su próximo jamelgo.

Su padre la había instruido desde pequeña.

Pensó en el pasado y se sintió feliz recordando cómo ella, siendo una mocosa, se colgaba de la pierna de su padre para que la llevara con él a los establos y ver los caballos nuevos que el duque había comprado.

Abby la miró y le apretó la mano con cariño, consciente de que su amiga estaba inmersa en el pasado.

En cuanto Denvore desapareció, Penelope acordó con el vendedor la compra del caballo.

Una vez en el carruaje, ambas reían y repetían las expresiones de algunos de los nobles. Se sentían dichosas, alegres. Sin haberlo pensado ni preparado, habían vivido la mayor aventura de sus vidas.

Capítulo XXVII

El orgullo herido de un hombre puede hacerle perder el control

Duncan estaba cabreado hasta la saciedad. Los rumores habían corrido como la pólvora y había llegado a sus oídos la osadía de Penelope y su amiga Abby.

Estaba tan fuera de sí, que salió de *Bristol House* sin ver la misiva que Penelope le había enviado a primera hora de la mañana, invitándolo a reunirse con ella a las cinco de la tarde en *Whellingtton House*.

Mientras se dirigía en carruaje, no paraba de blasfemar en voz alta; tanto, que incluso el cochero lo escuchó.

¿Qué pretendía esa descerebrada?, ¿humillarlo incluso antes de casarse?

En cuanto el carruaje paró frente a la casa de Penelope, descendió como alma que lleva el diablo.

Al cochero no le dio tiempo siquiera a bajarse de su pescante para abrirle la puerta.

El lacayo de librea, apostado en la puerta de entrada, la abrió con celeridad; ese hombre parecía tener prisa.

El mayordomo, que se encontraba cerca, se sorprendió, aunque no fue el único, pues los aullidos de Duncan St. John rompieron la paz reinante de la casa.

—¡Penelope!

La marquesa de York, que se encontraba en la sala turquesa, salió al pasillo, alarmada.

—¿St. John?

—¿Dónde está? —preguntó en voz alta, más de lo que se podía considerar aceptable en ningún lugar.

Penelope, que en ese instante estaba bajando las escaleras, pues acababa de cambiarse de vestuario para almorzar, al escuchar los gritos de Duncan tembló.

¿Qué habría sucedido?

—Aquí —respondió a su llamada.

Duncan se giró y, sin tiempo a pensar, se volvió a expresar alterado:

—¿Se puede saber en qué demonios estabas pensando?

Penelope parpadeó, totalmente perpleja por el vocabulario utilizado. Además, con su elevada voz estaba montando una escena delante del servicio.

—Milord… —intermedió el mayordomo; no era apropiado tratar a la señora de la casa de esa manera.

Penelope levantó la mano.

—August —lo tranquilizó con voz calmada—. Todo está bien.

St. John levantó las cejas, incrédulo ante el comentario de ella, pues nada estaba bien.

—Acompáñame —instó Penelope a Duncan, pasando por delante de él para dirigirse al final del largo corredor, donde se encontraba el despacho.

Al llegar, Penelope hizo un gesto al lacayo que se encontraba en la puerta para que se alejara.

En cuanto cerró la puerta, Duncan volvió a manifestar su enfado.

—¡Has ido a *Tattersall*! —No era una pregunta, sino más bien una acusación.

Penelope podía haber pasado por alto la mala educación que había mostrado. Incluso estaba dispuesta a perdonarle los gritos… Ahora bien, que él destrozara de un plumazo la alegría que la invadía desde que había salido de la subasta por haber conseguido el mayor logro de su vida, eso sí que no pensaba permitirlo.

—Quería comprar un caballo —reconoció sin más.

Duncan lanzó el sombrero que llevaba en la mano con tanta fuerza, que fue a parar al extremo más alejado de la sala.

—Oh, por supuesto —ironizó—. La señorita quería comprar un caballo —alegó—. Y no podía pedírmelo a mí.

Penelope apretó los dientes intentando mantener el control, aunque para hacer acopio a la verdad, le estaba costando bastante.

—Como la *duquesa* todopoderosa que eres —la acusó con desprecio—, te tomaste la libertad de actuar por tu cuenta, sin pensar en nadie más.

Eso ya fue el colmo para Penelope.

—¿Y en quién debería pensar?

—¡En mí! —bramó.

Penelope se mordió el labio inferior; de no hacerlo, Duncan habría salido de su casa en menos de un segundo.

—¿Para comprar un caballo? —preguntó indignada.

—Sí, Penelope, sí, porque eso es lo que hacen los hombres —sentenció e informó como si ella fuese una lerda.

Ella cerró los ojos consternada.

Él, que estaba muy embalado, continuó:

—Por eso no entran mujeres en ciertos lugares.

La paciencia de Penelope llegó a su fin.

—Porque necios egocéntricos se creen superiores —añadió ella, con acritud—. Hombres descerebrados que no saben apenas distinguir entre un *pura sangre* y un *quarter horse*. Incluso alguno sería capaz de confundir un caballo árabe con un poni —defendió su postura—. Por eso no dejan entrar a mujeres, ¡porque se niegan a reconocer que nosotras también tenemos inteligencia!

St. John la acribilló con la mirada.

—Te guste o no, Penelope, los hombres tenemos un cometido —informó con ensañamiento—: Dictar lo que es permisivo y proteger lo que es nuestro.

La frase quedó flotando entre los dos como una espada bien afilada, esperando dar la estocada final.

El silencio los envolvió como un manto abrasador.

Duncan observaba la quietud de Penelope, que apenas parpadeaba. Por un momento pensó que ella estaba recapacitando y que se mostraría comprensiva, asumiendo el verdadero motivo de su enfado: él tenía que protegerla y ella no podía saltarse las normas sociales establecidas.

Penelope por fin reaccionó, y asintió con lentitud con la cabeza.

—Me temo, milord —pronunció serena—, que la permisividad dictada por los hombres con respecto a la entrada de mujeres a *Tattersall* ha quedado relegada por dos mujeres —comunicó triunfal—. En cuanto a proteger lo que es suyo, es una suerte que yo no le pertenezca.

Duncan parpadeó, incrédulo ante la contestación de ella, quien, además, había dejado de tutearlo.

Penelope aprovechó el desconcierto de él para alejarse hasta el final del

despacho, agacharse y recoger el sobrero de Duncan.

Se dio la vuelta y regresó a su posición, justo delante de él. Después tendió el brazo para entregarle el sombrero.

—Soy una *duquesa* muy ocupada —pronunció su título con el mismo cinismo con el que él lo había pronunciado minutos antes—. Márchese —ordenó—. En esta casa hay unas normas muy estrictas con respecto a la hora del almuerzo —y añadió con celeridad—: *Normas dictadas* por mí, que no pienso retrasar por un hombre. Comprenderá que mis normas en mi casa son tan sagradas como las suyas en su mundo varonil.

St. John le arrebató el sombrero de las manos con desdén.

—Eres incapaz de reconocer tus errores —la acusó—. Lo que has hecho hoy no demuestra tu inteligencia, sino más bien tu soberbia.

Esa frase hirió a Penelope y, consciente del talón de Aquiles de St. John, se pronunció con un único propósito: herirlo en su ego como él le había hecho a ella.

—Se equivoca, St. John, demuestra *mi poder*.

Él apretó la mandíbula.

Penelope no había errado, ese comentario lo había recibido como un puñetazo, pues dejaba constancia de que él a su lado no era nadie… O nadie tan importante como para protegerla.

Duncan se dio la vuelta y abrió la puerta, pero antes de salir la miró.

—Algún día tendrás que pedir perdón —sentenció.

—Es posible —reconoció—, pero no será hoy —replicó, para que él supiese que ella tenía la última palabra.

Al quedarse a solas, se sentó en el sillón más cercano. Inspiró con fuerza repetidas veces intentando controlar su nerviosismo. No se podía creer que nada más levantarse hubiese escrito una nota para Duncan con la intención de comprometerse esa misma tarde y hacerlo público. Además, la había escrito con cariño, con esperanza y con motivación, pues ella realmente deseaba convertirse en la señora de St. John. Sí, lo anhelaba porque lo admiraba. Era el segundo hijo de un marqués y a pesar de no poseer título alguno, excepto el de cortesía, él había demostrado tener más honorabilidad que muchos nobles… Pero ahora, ¿cómo iba a desposarse con un hombre que no la entendía? Si al menos él hubiese tenido a bien escuchar su versión y

comprender su postura; pero no, él había tomado la decisión de tacharla de soberbia.

La puerta se abrió y la duquesa de York se interesó por su pupila.

—Querida, ¿todo bien?

Penelope asintió con lentitud. Una vez más, tenía que colocarse la máscara de la despreocupación y actuar como se esperaba de ella.

Se puso en pie y se acercó al tirador para hacer llamar al ama de llaves.

La marquesa la observaba con atención, Penelope había perdido de nuevo la sonrisa. Había llegado a casa tan alegre, tan entusiasta y tan feliz… Ahora solo veía pesar en su rostro.

—¿Excelencia? —pronunció el ama de llaves.

—Señora Gates, dé aviso al cocinero de que ya no serán necesarios los pasteles especiales para esta tarde —confirmó su decisión—. Y avise a Mery de que después de almorzar tengo intención de tumbarme para descansar, ya que esta noche acudiré a la velada musical en *Treinton House*.

La mujer se retiró.

—Penny, ¿eso significa que aplazas la cita de esta tarde con St. John? —preguntó la marquesa preocupada, pues estaba al tanto de la decisión tomada por Penelope respecto a Duncan.

La joven duquesa miró a su madrina directamente a los ojos.

—No, no la aplazo —declaró, serena—. La anulo indefinidamente.

La marquesa cerró los ojos con pesar.

Penelope pasó por su lado decidida a llegar al comedor para almorzar. Apenas tenía apetito, pero después del espectáculo que había montado St. John en su propio hogar, no podía permitir que la gente del servicio creyese que él había conseguido derrotarla.

***

Al entrar Duncan en *Bristol House,* el mayordomo le hizo entrega del correo de la mañana. Al ver la carta de Penelope, la cogió con celeridad y la estrujó en su mano con toda su fuerza.

Subió a su dormitorio, donde le esperaba su ayuda de cámara. St. John le hizo un gesto para que se marchara; no tenía intención de cambiarse, o más bien, no quería a nadie cerca.

Dejó la carta arrugada encima de la cómoda y se tumbó en la cama, sin quitarse siquiera el calzado.

Permaneció durante diez minutos en la misma posición, mirando el techo y sin mover un solo músculo. Necesitaba relajarse pero le era imposible.

Sus ojos lo traicionaron buscando la cómoda de caoba donde estaba la carta hecha una bola; la causante de su inquietud.

Golpeó con el puño cerrado el colchón y se levantó, fue directo a por la misiva de la discordia e intentó aplanarla. No quedó perfecta pero fue suficiente como para poder abrirla y leer las letras de Penelope.

A pesar de sostenerla entre sus manos, se tomó su tiempo para tomar una decisión; igual era mejor echarla al fuego y olvidarse de todo… No, todo lo que concernía a Penelope le importaba, por más que él quisiera que no fuese así.

«Mi querido Duncan:

Te espero esta tarde para tomar el té; creo que es hora de concretar cierto asunto íntimo y personal que nos compete a los dos.

Esperaré ansiosa tu visita, pues nada me complace más que tenerte cerca y poder disfrutar de tu compañía.

Penelope»

Duncan volvió a maldecir en voz alta.

Llevaba días esperando esa invitación, porque era *la invitación*. Si a eso le sumaba que ella había mostrado su lado más cercano al escribirla, era para maldecir una y otra vez, hasta el día del juicio final.

Capítulo XXVIII

Por amor se cometen las mayores locuras

Si alguien hubiese avisado a Penelope de que la velada musical en *Treinton House* le iba a causar tanto dolor de cabeza, seguramente hubiese cambiado de opinión con respecto a acudir al evento. Y no es que la mala ejecución de las notas musicales en el violín por parte de una de las hijas del barón fuesen las culpables de su jaqueca; más bien fue la inoportuna y escueta conversación que mantuvo con Duncan St. John la causante.

Por culpa de él, o más bien de lo que dijo, ella había pasado la noche en vela, junto a su amiga Abby, que por fortuna estuvo a su lado en el momento en que de la boca de St. John salieron las palabras: «He decidido desposarme. Pediré la mano de la dama elegida y haré público mi compromiso al final de la semana».

Fue tal el impacto de su confesión, que por un segundo pensó que iba a desfallecer. Abby tuvo la gentileza de ofrecerse a acompañarla a su casa y quedarse junto a ella. En un principio, su padre, el marqués de Stanford, no pareció muy convencido. Al final claudicó, eso sí, aconsejándolas, o más bien, ordenándoles que no se les ocurriese entrar en ningún otro lugar prohibido para mujeres.

Nada más llegar a *Whellingtton House,* como era de esperar, Penelope confesó su desazón a Abby. Todavía no entendía cómo, el muy tonto, se había presentado en casa del barón, ignorándola por completo, como si ella fuese poco menos que un mero objeto en aquel lugar. Tampoco comprendía por qué se había mostrado tan encantador con varias debutantes, desplegando todos sus encantos ante ellas y flirteando sin el menor reparo, consiguiendo que las muchachas cayeran rendidas a sus pies, y que ante ella solo hubiese mostrado indiferencia… Claro que, hubiese preferido que la ignorara toda la velada, ya que en el único momento en el que se había mostrado menos apático ante su presencia, fue para informarle de su decisión.

La conversación entre las dos se alargó hasta que encontraron una solución. Con un proyecto en mente se pusieron manos a la obra, pues el plan urdido por ambas necesitaba de ciertas manualidades. Habían pasado la noche en vela, y ahora, con la luz del alba despuntando, las dos estaban cansadas, pese a que los nervios por ser descubiertas las mantenía despiertas. ¡Era una locura!

—Sigo pensando que St. John no será capaz de comprometerse con ninguna otra que no seas tú, Penny —expuso Abby—. He visto cómo te mira y te aseguro que ese hombre está enamorado de ti.

Penelope miró a su amiga. Abby era la única que la comprendía, con la única persona que podía hablar abiertamente sin temor a dejar al descubierto sus sentimientos. También tenía a Sophie, pero con ella no podía expresarse de igual manera porque estaba pasando por un momento delicado y lo que menos necesitaba era escuchar el desasosiego de una mujer con el corazón roto.

—Ya no sé qué pensar, Abby —dudó, reconociendo en voz alta su inquietud—. Cuando me besó creí que su alma y la mía se habían unido para siempre. —Recordó con cariño aquel momento—. Pero ayer…

Abby interrumpió.

—Ayer estaba muy enfadado —objetó porque conocía la historia—. Y a pesar de vuestro encontronazo por la mañana, él se presentó para tomar el té.

Penelope se mordió el labio, muy arrepentida por no haberlo recibido.

Abby torció la boca dando a entender que ya no se podía hacer nada al respecto.

—Su enfado se acrecentó —continuó Abby—. Y se presentó en la casa del barón para que tú lo vieses allí, restregándote en la cara que si tú no tenías a bien atenderlo, otras jóvenes lo harían encantadas.

Penelope se sentó delante del tocador.

—No me comprende —musitó con pesar.

Abby se acercó, puso sus manos en los hombros de Penelope, y se miraron a través del espejo.

—No debe de ser fácil para él —declaró, honesta—. Para St. John vuestra situación es tan difícil como para ti —dijo convencida—. Si tu padre no hubiese muerto, estaríais casados y todo hubiese sido más sencillo… para los dos.

Penelope pensó en ello, Abby tenía razón. De vivir su padre ella no hubiese tenido que pedir la mano de St. John, se hubiese realizado todo como los cánones sociales dictaban. Y también habría podido Duncan tomar las riendas del ducado poco a poco, bajo el amparo y protección de su padre… Pero la vida no era como uno esperaba, y la muerte del duque lo había

trastocado todo.

—Y ahora tiene intención de pedir la mano de otra. —Se entristeció.

Abby negó con la cabeza.

—Verás como no —la animó—. Aunque nosotras lo descubriremos.

Penelope la miró con detenimiento y, sin poderlo evitar, se carcajeó.

—¡Ay, Abby, estás muy ridícula!

Abby entrecerró los ojos.

—No te creas que tú te ves mejor que yo —la recriminó.

Penelope se miró en el espejo y asintió.

—No, la verdad es que no.

Las dos se rieron.

No era para menos, pues iban disfrazadas de caballero y lacayo de librea.

He ahí la locura, una decisión que tomaron la noche anterior, cuando después de divagar durante horas sobre cómo conseguir averiguar si Duncan St. John de verdad estaba dispuesto a prometerse con otra mujer, habían llegado a la conclusión de que la única forma de obtener esa respuesta era seguirlo. Y claro, debían hacerlo sin ser descubiertas, porque no estaban dispuestas a admitir que dos damas de alta alcurnia se podrían rebajar a perseguir a un hombre. ¡Faltaría más!

—Espero que nadie nos descubra —rezó Abby—, porque estoy convencida de que ayer, con nuestra entrada en *Tattersall,* cumplí el límite de la paciencia de mi padre —dijo muy convencida—. Un disgusto más y a mi padre le fallará el corazón.

Penelope no quería reírse pero le fue imposible, ya que la peluca blanca con tirabuzones en los lados a Abby le hacía parecer más mayor. Además, el uniforme de librea le quedaba algo corto, por poco se le veía la rodilla; y la casaca roja con adornos plateados, por el contrario, le estaba muy holgada.

Les costó mucho encontrar un uniforme porque no querían usar el de sus empleados, ya que la gente podría reconocer a qué casa pertenecía el lacayo en cuestión. Por fortuna, encontraron el que usaban sus lacayos en Escocia.

En cuanto a la indumentaria de Penelope, no fue otra que uno de los trajes de su padre. Aunque tuvieron que coser con celeridad, ya que le estaba el pantalón muy holgado y eso llamaría mucho la atención; ningún hombre

pudiente llevaba ropa en mal estado o sin la medida exacta. Al traje le acompañaba una peluca castaña junto a una barba postiza que habían encontrado en el baúl de los disfraces que, en algún tiempo, en aquellos años en los que en su casa se celebraban todo tipo de fiestas, alguien habría usado para su disfraz.

Habían pasado horas cosiendo sin parar, pero el fin merecía la pena, pues una vez más iban a vivir una gran aventura.

—¿Preparada? —preguntó Penelope.

—Sí —afirmó Abby—. Estoy nerviosa, aunque no es el típico nervio… No sé si me entiendes.

—Perfectamente.

Claro que la entendía, a ella le pasaba lo mismo. Era una inquietud extraña, más fuerte que un nervio normal, pues más que nerviosas parecían eufóricas.

—Espero que Mery no tarde en darnos aviso —comunicó Penelope.

Sabían que nadie podía enterarse, pero también eran conscientes de que necesitaban a un aliado para entrar y salir de la casa sin ser descubiertas. Mientras zurcían por la noche, ambas habían llegado a la conclusión de que la única persona que podría ayudarlas era Mery. Más que nada, porque August era demasiado estricto y mayor para llevarse tal disgusto.

—Creo que podría acostumbrarme a llevar esta ropa —comunicó Abby tocándose el pantalón—. Es muy cómoda, puedes moverte sin temor a dejar al descubierto más de lo que está permitido.

Penelope se miró el suyo.

—La verdad es que a mí al principio me pareció muy incómodo —reconoció Penelope, mirándose en el espejo—. Siento que voy desnuda.

Tenía lógica sentirse así, ya que ellas estaban acostumbradas a llevar bastantes capas de tela sobre su cuerpo.

La puerta se abrió.

—Excelencia, es el momento.

Penelope y Abby se cogieron de la mano y salieron a escondidas de la casa. Al final del jardín trasero, Mery les había preparado dos caballos.

Las dos miraron las sillas de montar y sonrieron; Mery había pensado en todo, pues no eran las monturas de sentadillas.

***

Duncan St. John no era un hombre acostumbrado a madrugar cuando se encontraba en Londres, pero esa mañana, bien por su enfado con Penelope, bien por la culpabilidad que sentía por haberle hecho creer a la duquesa que estaba dispuesto a casarse con otra mujer, no podía descansar en paz, por lo que se levantó de la cama, cansado de divagar.

Se acercó a la ventana para observar el cielo grisáceo que anunciaba tormenta.

—Perfecto, un día gris para levantar el ánimo —dijo en voz alta con sarcasmo.

Estaba a punto de retirarse de la ventana cuando algo llamó su atención; dos individuos estaban a escasos metros de la entrada principal.

Parpadeó, totalmente incrédulo.

No podía ser verdad. De todas las insensateces…

Se tapó la cara con las dos manos y se la frotó con fuerza intentando calmarse, porque de no hacerlo levantaría la ventana de guillotina, les gritaría a esas dos insensatas que entrasen en la casa de inmediato, y seguramente sus gritos despertarían a todo Londres.

Volvió a mirar para cerciorarse bien de que no se trataba de un mal sueño.

No, no era un sueño. Penelope estaba allí, disfrazada de… ¿de qué iba disfrazada? Daba lo mismo. La cuestión era que él la había reconocido con facilidad, ya que justo cuando la vio, su amiga Abby, disfrazada de lacayo de librea venido a menos, ya que ese ropaje le estaba demasiado grande en la parte superior del cuerpo y muy corto en la inferior, estaba recolocándole la peluca.

Durante un rato las observó con detenimiento y, sin saber por qué, su enfado poco a poco fue disminuyendo y acabó sonriendo.

Se vistió sin esperar a su ayuda de cámara y salió de *Bristol House*.

Penelope y Abby intentaron disimular cuando él pasó justo por delante de las dos y las saludó afable.

—Buenos días, caballeros.

Penelope hizo un asentimiento de cabeza, sin usar la voz.

Abby, por el contrario, bajó la cabeza; un lacayo no solía dirigirse a ningún noble.

Duncan caminó con parsimonia, deteniéndose cada dos por tres para comprobar si ellas lo seguían. Y desde luego que lo hacían, aunque a una distancia bastante prudencial.

¿Qué estaban tramando esas dos?

Mientras especulaba sobre los motivos que las habría llevado a cometer tal insensatez, sin darse cuenta sus pasos lo fueron dirigiendo hasta *White´s*.

Entró y se pidió un copioso desayuno.

Las dos jóvenes se miraron, incluso yendo disfrazadas conocían los límites. Solo les faltaba que alguien las descubriera en el club de caballeros más notorio de Londres.

—No debería existir la prohibición de entrar en estos locales —se quejó Abby—. No tiene lógica, ya que en el club social Almack´s los miércoles está permitido que hombres y mujeres se junten.

Penelope hizo un gesto de comprensión, ella pensaba lo mismo.

—¿Crees que tardará mucho? —preguntó Penelope, que empezaba a arrepentirse de su plan, pues la barba le provocaba un picor insoportable.

—No lo sé, pero espero que no, porque el cielo está muy encapotado —respondió Abby mirando las nubes—. No creo que tarde en ponerse a llover.

Penelope la imitó. De pronto, escuchó un rugido.

—¡Oh, oh! Creo que debimos desayunar algo antes de salir —reconoció Abby, confesando que ese sonido había salido de su estómago.

Mientras las muchachas permanecían algo ocultas, Duncan las observaba tras las cortinas traslúcidas que cubrían las ventanas del club.

De repente cayó en la cuenta de por qué lo estaban siguiendo.

Se carcajeó.

No estaba todo perdido con su pelirroja.

Se levantó y salió de allí con gran determinación, para dirigirse hacia la joyería.

Cuando el hombre entró en aquella tienda, a Penelope se le aceleró el corazón y su desazón incrementó, haciendo que su ánimo decayera hasta lo más hondo.

Abby no sabía qué decir, estaba convencida de que por más que intentara animar a Penelope, no lo conseguiría. Sin embargo, debía intentarlo, tenía

que encontrar una lógica…

—No sabemos si va a comprar un anillo de compromiso —la animó.

Penelope la miró.

—Anoche fue muy tajante —le recordó—. Si tiene intención de comprometerse dentro de tres días, dudo que su visita a la joyería no esté relacionada con la adquisición de un anillo.

No esperó una respuesta por parte de Abby; muy desmoralizada, emprendió el paso acelerado. Deseaba alejarse de allí.

A Abby le costó reaccionar. Por un lado, no quería alejarse, debía encontrar la forma de entrar en aquella tienda y averiguar qué objeto en cuestión pensaba Duncan adquirir; por otro, no podía dejar marcharse a Penelope sola y tan decaída. Cuando por fin reaccionó, tuvo que salir corriendo tras ella, y la hubiese alcanzado de no ser porque en la esquina de la calle apareció un hombre elegante leyendo un periódico, y fue a darse de bruces con él.

—Perdón —se disculpó, olvidándose por completo de modular su voz.

—¿Abby? —preguntó incrédulo el hombre, escrutándola con esos ojos marrones chispeantes que tanto lo caracterizaban.

Penelope se quedó paralizada al escuchar aquella voz. ¡Las habían descubierto!

Su cuerpo tembló como un flan, consciente de que desde ese mismo instante su reputación se echaría a perder para siempre y el legado de su familia sería ridiculizado por su temeridad. ¿Cómo había llegado a ser tan inconsciente? Podría haber salido corriendo, debería haberse escabullido para mantenerse alejada del mayor escándalo de la historia, pero no podía dejar a Abby sola en aquella tesitura. Su ruina social ya era palpable, casi podía escuchar los cotilleos circulando por Londres, pero ella no era una cobarde, no se escondía ni bajaba la cabeza ante las adversidades; por ello, daría la cara y afrontaría las consecuencias de sus actos.

Se dio la vuelta con lentitud, escuchando los latidos de su acelerado corazón retumbando en sus oídos.

—¡Señor Boston! —se expresó Abby con naturalidad, dejando perplejos tanto a Penelope como al hombre que la sostenía de los codos.

Penelope parpadeó.

—Oh, señor Boston, su intromisión es una invocación divina —lo alabó Abby, risueña.

Penelope casi no daba crédito a la reacción de su amiga, claro que tampoco esperaba la respuesta del Señor Boston.

—Nada menos que prodigiosa —bromeó él.

Abby asintió enérgica, totalmente despreocupada, como si no fuese de lo más insólito que el americano las hubiese descubierto en una de las calles más concurridas de la ciudad, vestidas de manera inadecuada.

Penelope conocía la amistad estrecha que mantenían Abby y el señor Boston; aun así, jamás hubiese imaginado que ese hombre, en lugar de recriminarlas, sonriera y fingiera que nada en aquel lugar estaba fuera de lugar.

—Bueno, ya que el buen Dios lo ha puesto en nuestro camino —comunicó Abby con su típica sonrisa encantadora—, debe ayudarnos.

El hombre por primera vez desvió la mirada hacia Penelope. No necesitó presentaciones; a pesar de que no habían sido presentados oficialmente, había escuchado hablar tanto de ella, que era como si ya la conociera. Y es que por más que se vistiera de caballero, los ojos violáceos y las cejas pelirrojas la delataban.

Penelope aguantó la respiración, esperando una respuesta por parte de él.

Abby, que no se caracterizaba precisamente por ser una persona paciente cuando estaba nerviosa, se expresó llamando la atención del americano:

—¡Apremie, Señor Boston!

El hombre aguantó la risa. Desde luego, esas dos muchachas acababan de alegrarle el día; acababa de recibir una preocupante noticia referente a su hermana desde Nueva York, y lo que menos esperaba era encontrarse a la condesa de Aberdeen de esa guisa.

—¿Y en qué puede ayudarle este mortal? —indagó, sonriente.

Penelope por fin respiró tranquila.

—Debe acercarse a la joyería —Señaló la tienda con la cabeza—, y averiguar qué joya va a adquirir el lord Duncan St. John.

El americano levantó las cejas.

Abby no le dio tiempo a protestar.

—¡Es imperativo conocer ese dato!

—Imperativo —repitió, incrédulo ante lo que le estaba pidiendo.

—Exacto —afirmó ella, taxativa.

Al ver que él se lo pensaba, Abby cruzó los brazos, una pose que daba a entender que no estaba dispuesta a una negativa.

—Señor Boston, no tenemos todo el día —apremió.

El hombre, en un principio pensó en negarse, pero la verdad, se estaba divirtiendo demasiado como para dar por finalizada su distracción.

—Imperativo —volvió a repetir.

En esta ocasión, las dos muchachas asintieron con la cabeza.

El señor Boston se alejó y entró en la joyería, lugar desde el que St. John los había estado observando todo el rato. En un principio estuvo a punto de salir de allí para intentar minimizar los daños en la reputación de las dos insensatas, pero se tranquilizó al verlos conversar, ya que el americano no mostraba ningún tipo de enfado.

—Buenos días —saludó el señor Boston.

St. John lo miró, y al notar la chanza en sus ojos, se pronunció:

—Debo entender que *sus dos amigos* desean información.

El señor Boston intentó reprimir una sonrisa, aunque falló en el intento.

—Es *imperativa* esa información.

—Imperativa… —reflexionó St. John.

El americano asintió imitando a Abby y, de manera unísona, los dos se carcajearon.

—En ese caso tendrá que acompañarme hasta que adquiera la joya en cuestión.

Se acercaron juntos al mostrador, donde el joyero había expuesto todas las joyas que St. John había demandado al entrar.

Durante un buen rato Duncan estuvo dubitativo; hasta que encontró la joya perfecta. Con el dedo índice la señaló y miró al americano.

El hombre sonrió y, sin necesidad de utilizar palabra alguna, se entendieron.

—Una gran decisión.

—Gracias.

Penelope daba golpecitos con el pie sin parar, mientras mantenía la mirada clavada en la puerta de la joyería.

Abby la observaba.

—¡Ya salen! —se expresó nerviosa la duquesa.

Lo que no esperaba ninguna de ellas era que no solo se acercara el señor Boston, sino que St. John también lo hiciera.

—Lord Duncan St. John, permítame presentarle a… —Dejó la frase en el aire estudiando la reacción de las dos muchachas. Al verlas palidecer, continuó—: el señor Peyton. Señor Peyton, este es el lord Duncan St. John.

Duncan extendió la mano y Penelope se la estrechó con fuerza.

Abby, que permanecía a unos cuantos pasos de distancia, observaba la escena con recelo.

—Me ha comentado el señor Boston que es un viejo amigo de Nueva York.

Penelope dirigió la mirada de uno a otro y asintió con la cabeza.

Se escuchó un trueno que sobresaltó a Abby.

—Permítanme invitarles a tomar un trago —invitó St. John—. Nada como tomar un buen brandy en un día tan oscuro.

Penelope iba a negarse, pero el americano hizo una seña a su cochero, que estaba a pocos metros de ellos.

—Excelente idea, sé de un lugar perfecto —informó el señor Boston.

La duquesa carraspeó antes de pronunciarse.

—Debo declinar su invitación —anunció modulando la voz, aunque no sonó tan viril como esperaba.

—Mi querido amigo Peyton, en Inglaterra es una descortesía rechazar una invitación —advirtió el señor Boston—. Más, cuando la invitación es realizada por un lord.

Penelope lo fusiló con la mirada.

Duncan aguantó la risa.

Abby se sintió satisfecha por los modales del americano, pues ella misma se había encargado de instruirlo para que se comportase como un auténtico

caballero inglés.

El señor Boston indicó con la mano que subiesen al carruaje que estaba junto a ellos.

—Perdóneme, lord Duncan St. John. En América tenemos un trato más personal con nuestros sirvientes —comunicó el americano lo más serio que pudo, como si fuesen ciertas sus palabras—. El lacayo de Peyton debe acompañarnos.

—Por descontado —continuó con la farsa Duncan.

—Abigail, puedes acompañarnos —la invitó el señor Boston.

Abby casi se desploma al escuchar su nombre, pero su cerebro reaccionó rápido, recordándole que su propio alias era también utilizado por hombres.

Una vez estuvieron los cuatro en el carruaje, las dos muchachas se miraron y ambas entendieron que pensaban lo mismo: «¿Dónde nos hemos metido?».

Capítulo XXIX

Una dama no debe beber, y si lo hace la boca cerrada debe mantener

Los dos hombres eran conscientes de que estaban llevando muy lejos la charada, pero ellas merecían un escarmiento. Aunque también sabían que nadie debía descubrirlas; por ello, el señor Boston había elegido una taberna céntrica pero muy discreta.

Las dos jóvenes tenían las copas de brandy delante y ninguna tenía intención de dar un trago; claro que, cuando Duncan levantó su copa instándolas a brindar, no tuvieron más remedio que hacerlo.

Penelope dio un traguito corto, saboreando el licor prohibido.

Abby, por el contrario, dio un trago largo. El calor la invadió de inmediato, tanto, que en pocos segundos su frente estaba perlada en sudor.

Una hora y media más tarde, habían ingerido tres brandis y las dos chicas estaban muy achispadas; obvio, ya que no estaban acostumbradas a tomar alcohol y además tenían el estómago vacío.

—Y dígame, lord Duncan St. John —dijo Abby arrastrando un tanto las sílabas y olvidándose por completo de fingir una voz varonil—. ¿Ha comprado alguna joya?

Duncan asintió con la cabeza.

—Una joya muy especial —respondió mirando directamente a los ojos de Penelope.

—¿Qué tiene de especial? —se apresuró Penelope a preguntar.

El señor Boston tuvo que aguantar la risa, pues las dos muchachas estaban demasiado ebrias como para darse cuenta de que ya no se acordaban de que eran unas damas disfrazadas.

—Más que la joya, es la dama para quien la compré.

—¿Y esa dama es…? —indagó Abby.

—La mujer con quien tengo intención de casarme.

Penelope cogió la copa y bebió de un solo trago todo el contenido que le quedaba.

Duncan sintió que su corazón se aceleraba de satisfacción.

Abby apretó los labios, sabiendo que esa respuesta había hundido a su amiga; significaba que St. John sí iba a prometerse a final de semana.

El americano cambió de tema.

Unos minutos más tarde, la conversación derivó a un tema espinoso. Bueno, o eso les pareció a las dos mujeres, que teniendo en cuenta que no estaban en ese momento muy lúcidas, hablaron más de lo que debían. Aunque en realidad fue Abby quien se pronunció alterada.

—¡Es inconcebible! —protestó—. Los hombres siempre subidos en ese púlpito de todopoderosos que ellos mismos han creado —se quejó sin ambages, llamando la atención de los allí presentes.

Penelope conocía muy bien a su amiga, y era consciente de que estaba pasando por un momento sumo delicado. Por ello, comprendía a la perfección el desasosiego interior con el que estaba batallando desde hacía meses y, por descontado, tenía todo el derecho a expresarse en voz alta y desahogarse.

El señor Boston y Duncan St. John, por el contrario, lamentaron haber llevado la conversación a esos derroteros. Lo que en un principio les pareció gracioso, ya que las muchachas eran muy divertidas estando desinhibidas, ahora les hizo ver que debían sacarlas de allí cuanto antes; la alteración de Abby estaba llamando demasiado la atención.

—Abigail —susurró el señor Boston.

Abby levantó el brazo tajante, impidiendo que continuase; ella tenía algo que decir y no iba a permitir que nadie se lo impidiese.

—Me pregunto en qué momento de la historia se les concedió tanto poder —gruñó mirando a Penelope, que era la única que la comprendía. Giró la cabeza con brusquedad y desvió su mirada de un hombre a otro—. ¿Pueden explicarme por qué poder divino, solo por nacer varón ya se les conceden todos los derechos, así como la supremacía de arrebatar a una mujer todo cuanto posee?

—Creo que ha llegado el momento de marcharnos —intervino Duncan.

Abby, desinhibida por completo a causa del alcohol, se ladeó en su asiento para hablar directamente a Penelope, como si en aquel lugar no existiese nadie más, y mantener una conversación que debería haber sido privada entre dos amigas.

—¿Tanto poder tiene un miembro viril? —preguntó como si sus palabras no fuesen las más inapropiadas en la boca de una dama.

Duncan y el señor Boston, a pesar de sus intentos por zanjar aquella conversación, no pudieron evitar reírse; y es que la joven, incluso enfadada,

tenía un gran encanto. Y la verdad, escuchar aquello con tanta pasión y enfado era muy divertido.

Penelope no respondió, Abby se respondía a sí misma.

—Estoy convencida de que nunca nos han explicado la verdad —comentó indignada y convencida de sus palabras—. Tiene que haber algún poder oculto en ese… ese… —Hizo aspavientos con las manos hasta señalarse sus ingles—. ¡En ese miembro masculino que nos lo puede arrebatar todo!

Las carcajadas de los dos hombres molestaron mucho a Abby, que se volvió a girar en su asiento para mirarlos de frente.

—No deberían reírse tanto, caballeros —los amonestó, con deje de amenaza.

—No, no deberían —secundó Penelope las palabras de su amiga.

Al ver que los dos hombres continuaban sonrientes, Abby apoyó las manos en la mesa, se puso en pie y decretó:

—Algún día se desplomará la arrogancia de todos los lerdos que hasta hoy se creen superiores —vaticinó—. Y ese día, cuando sus mentes obtusas comprendan la mayor verdad universal —pronosticó, muy enfadada porque ellos no la tomasen en serio—, tendrán que pedir perdón y concedernos el puesto que nos corresponde.

El señor Boston no pudo evitar preguntar, porque conociendo a Abby, la respuesta sería tan disparatada y divertida, que bien valía la pena arriesgarse a escucharla.

—¿Y esa verdad universal es…?

—Que mientras los hombres se creen poseedores de un poder superior por tener un miembro viril, la legítima verdad es que el auténtico poder lo ostenta la mujer —adujo con convicción.

—¿De veras? —se guaseó St. John.

—Oh, sí, St. John —afirmó, al tiempo que se erguía todo lo alta que era—. ¿Acaso hay mayor poder que crear una vida? ¡Pues no es del miembro de un varón del que se crea una vida! ¡Es del miembro de una mujer! —se expresó muy alterada, levantó los brazos y los señaló a los dos al tiempo que sentenciaba—. ¡Intenten igualar ese poder!

Tanto el americano como St. John volvieron a estallar en carcajadas.

Abby, al mirar a su alrededor se percató de dónde se encontraba y de lo

inapropiado que había sido su comportamiento. Un tanto aturdida, sin saber qué hacer o decir para disculparse, se decantó por lo que le pareció más inteligente: salir corriendo.

—¡Abigail! —gritó el señor Boston.

La poca clientela que había se giró para mirar con atención.

Duncan fue rápido y echó su capa por encima de Penelope para ocultarla. Hasta ese mismo momento ellas habían estado sentadas de espaldas al resto de clientes, pero al ponerse la duquesa en pie para salir al encuentro de su amiga, cualquiera podría descubrirla, y no estaba dispuesto a permitir que eso ocurriera estando él presente.

—Salgamos de aquí cuanto antes y encontremos a la otra insensata —ordenó St. John al americano mientras forcejeaba con Penelope, que intentaba desprenderse de la capa.

***

Unos golpecitos en la puerta advirtieron a Penelope de que su amiga Abby iba a entrar; estaba segura de que sería ella, pues ningún sirviente tenía la buena costumbre de llamar.

La puerta se abrió y la condesa de Aberdeen entró con timidez.

Penelope, que estaba tumbada en la cama, se incorporó, recolocó los mullidos almohadones y se quedó sentada, a la espera de que su amiga se pronunciase.

—Penny —susurró.

—¿Por qué hablas tan bajito? —indagó la duquesa, preocupada por si Abby había enfermado, ya que al salir de la taberna la tormenta las había empapado.

Abby hizo una mueca de dolor antes de responder.

—Porque me duele tanto la cabeza que mi propia voz me martillea —confesó—. Y mi estómago no para de dar vueltas.

Penelope asintió con lentitud; comprendía lo que decía, pues a ella le pasaba lo mismo.

Durante unos segundos se quedaron en silencio, hasta que Abby, bastante preocupada, volvió a hablar.

—Penny, por favor, dime que no fui capaz de pronunciar *miembro viril* delante de dos caballeros —se esperanzó, igual había sido un mal sueño.

Penelope ladeó los labios en un gesto pensativo.

—Mmm… Me temo que no lo pronunciaste una vez —recordó—. Más bien lo proferiste en cuatro ocasiones.

Abby agrandó los ojos al tiempo que se tapaba la cara con las manos y se dejaba caer boca abajo en la cama.

Penelope comprendió su vergüenza, alargó su brazo y acarició la espalda de su amiga con la intención de reconfortarla.

—No podré mirar al señor Boston a la cara de nuevo —farfulló Abby sin cambiar de posición—. El señor Boston, Penny. Con la de hombres que hay en Londres, justo voy y cometo la mayor imprudencia de mi vida delante del señor Boston. ¡El señor Boston!

La duquesa apretó los labios. No quería reírse, pero Abby estaba tan consternada que incluso le parecía gracioso. Claro que, sabedora de la relación y afecto que su amiga mantenía y sentía por el americano, comprendía su inquietud y desasosiego.

—¿Cómo voy a mirarlo a la cara, Penny? —Se escuchó su sollozo ahogado.

—Abby, el señor Boston no comentará el incidente de esta mañana —aventuró Penelope, convencida.

Abby por fin reaccionó y se deslizó a un lado para mirar a su amiga.

—¿Tú crees? —indagó, esperanzadora.

Penelope asintió categóricamente.

—Por descontado —aseguró—. Tanto él como St. John no se comportaron como se espera de unos caballeros.

Abby cambió de posición y se quedó sentada con el tronco girado hacia su amiga; estaba muy atenta a la explicación de Penelope.

—Mal que me pese —alegó, frustrada—, hay que admitir que nos descubrieron.

Abby apretó los labios y asintió con la cabeza.

—Y estuvo muy mal por su parte que nos incitasen a beber —concluyó Penelope—. Por ello, no comentarán ni tendrán a bien amonestarnos por nuestro comportamiento.

Abby se quedó pensativa.

—Tienes razón —aseguró—. Ofrecer alcohol a una dama es tan recriminable como que nosotras lo bebiésemos.

Las dos se miraron y acabaron sonriendo.

—¿Sabes? A pesar del dolor de cabeza y de las náuseas que me invaden —reconoció Abby su malestar—, debo admitir que hoy ha sido uno de los mejores días de mi vida.

Penelope la miró con cariño y complicidad.

—¡Ha sido fantástico! —se expresó Penelope, risueña.

Y las dos se carcajearon.

Capítulo XXX

Si por orgullo no puedes ceder, tu amor verdadero puedes perder

La duquesa de Whellingtton llevaba toda la tarde encerrada en la sala turquesa. No quería ver a nadie, se sentía desolada. Llevaba más de tres horas recostada en un diván con un libro entre las manos frente al hogar encendido. Estaba destemplada, y eso que en Londres, esa tarde de finales de mayo, se gozaba de buen clima. Pero era incapaz de concentrarse en la lectura, su mente vagaba sin parar; seguramente St. John estaría declarándose a otra mujer.

Suspiró derrotada, poco podía hacer. Él había tomado esa decisión y, mal que le pesase, estaba convencida de que era lo mejor, puesto que él era incapaz de comprender su proceder.

¿Cómo había podido creer que su matrimonio con Duncan llegaría a florecer? Él no la entendía.

La puerta se abrió y August entró.

—Su Excelencia, el lord Duncan St. John desea ser recibido.

A Penelope no le dio tiempo a reaccionar, ya que Duncan entró sin titubeos, como si fuese el dueño y señor de la casa.

El mayordomo lo amonestó con la mirada; no era correcto su comportamiento, debía esperar a que la duquesa lo invitase a entrar.

Duncan ignoró la reprimenda del mayordomo.

—Buenas tardes, Excelencia —saludó, haciendo una genuflexión exagerada.

Penelope dejó el libro en el reposapiés que tenía delante y se incorporó.

—Buenas tardes, St. John —lo saludó, con el corazón acelerado.

¿Qué hacía Duncan allí?

August vaciló un instante antes de pronunciarse.

—¿Se les ofrece una taza de té?

Duncan, sin apartar la mirada de Penelope, con una entonación burlona respondió:

—Un *brandy* será más apropiado.

¡Acabáramos! ¡St. John había ido a recriminarle su comportamiento! Pues bien, ella tenía también unas cuantas cosas que reprocharle a él.

El mayordomo sirvió la copa demandada por el lord y miró a la duquesa.

Penelope apartó la mirada de St. John para dirigirse a August.

—Puede retirarse.

El hombre miró a Duncan antes de obedecer, advirtiéndole de que no se alejaría mucho, pues no era apropiado dejarlos allí a solas.

Duncan volvió a hacer como si no se percatara de la amonestación del mayordomo, por lo que, una vez más, como si fuese el amo de la casa, tomó asiento en uno de los butacones, sintiéndose muy cómodo.

«¡Cómo no!», pensó Penelope. Duncan no mostraba educación alguna, ella estaba en pie y él se había sentado sin miramiento.

Bien, no iba a caer en su trampa. No estaba dispuesta a recriminarle su mala actitud, eso le daría poder para que sacase a colación lo que ocurrió el día que lo persiguió. Por ello, decidió volver a sentarse en el diván para poder mirar a Duncan, que estaba justo enfrente de ella, separado tan solo por el reposapiés.

—¿Qué os trae por *Whellingtton House*? —se interesó Penelope, al tiempo que enlazaba sus manos y las dejaba apoyadas sobre sus faldas, intentando evitar así que él notase su inquietud.

Duncan se tomó su tiempo antes de responder; quería ponerla nerviosa, se lo merecía. Por ello, se entretuvo con la copa que tenía entre las manos, moviendo el contenido para llevárselo a la boca y tomar un sorbo con mucha, mucha, parsimonia.

—Creía conveniente que fueses la primera en conocer mi decisión —declaró, estudiando el bello rostro de ella.

A Penelope se le encogió el estómago. No se podía creer que él fuese tan miserable como para presentarse allí y regocijarse ante ella, informándole del nombre de la dama que había escogido como esposa.

Acostumbrada a fingir frialdad ante todos, hizo acopio de todas sus fuerzas para actuar ante él igual que hacía ante los demás.

—Me siento halagada —pronunció sin emoción en su voz—. ¿Deseáis que os dé mi beneplácito ante vuestra elección u os basta con mi más sentida enhorabuena?

A Duncan le molestó la frialdad con que ella se mostraba, ¿acaso él se había equivocado al pensar que Penelope se mostraría enfadada por profesar

sentimientos hacia él?

Se bebió el brandy de un solo trago, se levantó y dejó la copa en la repisa de la chimenea. Antes de girarse para mirarla, se pronunció:

—Siempre tan orgullosa. —Se giró y la miró con intensidad; tanta, que ella sintió un escalofrío—. En ocasiones pienso que no tienes alma.

Esas palabras hirieron a Penelope más de lo que él pudiese imaginar. Le había entregado su alma a Duncan con un único beso y él no había sido capaz de reconocer su entrega.

Mientras ella intentaba mantenerse firme, él regresó a su asiento.

—En tal caso, St. John, debéis agradecer que nuestro compromiso no llegará a hacerse público —comentó Penelope sin pestañear—. Así podréis compartir vuestra vida con una mujer con alma.

A pesar de que ella se estaba mostrando fría y distante, su tono de voz la delató, y él lamentó haber pronunciado aquellas palabras, pues no se había equivocado; a ella le dolía que él hubiese decidido casarse con otra mujer.

Iba a disculparse, pero la duquesa se adelantó:

—Yo también he decidido desposarme.

La confesión golpeó a Duncan.

—¿De veras? —preguntó con insolencia, convencido de que ella no sería capaz de entregarse a otro hombre que no fuese él.

—Sí.

—¿Y puedo saber quién es el afortunado? —indagó sonriente para molestarla.

Penelope se percató al instante de su chanza, como si supiese a ciencia cierta que ella sería incapaz de amar a otro hombre.

—Tengo tres candidatos, milord —aseguró, intentando dar veracidad a su confesión.

Duncan se arrellanó en el sofá, como si se sintiese muy tranquilo y cómodo.

—Sorpréndeme.

Que él la instara a pronunciar los tres nombres de los hombres escogidos era caer en la trampa; ella se dio cuenta y, negándose a sentirse derrotada por la picardía de Duncan, decidió mentir.

—El conde de Resfill.

Duncan parpadeó, incrédulo por lo que estaba escuchando. Que ella le diera los nombres de los tres candidatos significaba que no era una estratagema, y eso le ofendió.

—Ah, vuestro matrimonio será muy divertido —se mofó—. Has escogido a uno de los hombres más alegres de Inglaterra.

Penelope apretó los dientes. Duncan tenía razón, ese hombre estaba considerado uno de los lores más aburridos del reino.

—El conde de Ultarfor.

La risotada de él encrespó a Penelope.

—Vas mejorando, Pen —se guaseó—. No tengo dudas al respecto —dijo riéndose—. Espero que gracias a la amistad de la que gozamos tú y yo —bromeó—, tengas a bien en el futuro confesarme ciertas intimidades.

Penelope frunció el ceño.

—Verás, Pen, tengo curiosidad por saber si tu futuro esposo es un buen acompañante a la hora de ir a la modista o si resulta que él mismo es la costurera.

Se carcajeó al observar la cara de pavor de Penelope.

Tenía claro que su pelirroja bajo presión no sabía mentir, pues los dos pretendientes dejaban mucho que desear como futuros duques consorte, sobre todo el segundo, un lord del que se especulaba que tenía tendencia a realizar ciertas labores más comunes entre las féminas que de hombres.

Penelope se sintió abochornada. Duncan había descubierto que no existían esos pretendientes en su cabeza, y nada le molestaba más que admitir que todo había sido una invención por sentirse rota ante el próximo enlace de él.

Un nombre le vino a la mente como si fuese su salvador.

—Y mi candidato preferido —anunció—, el marqués de Frotell.

La risa de Duncan desapareció en el acto.

Penelope sonrió satisfecha.

—Sin duda, el marqués es la mejor elección —reconoció Penelope, triunfal—. No sé cómo mi padre no lo tuvo en consideración. —Recordó el acuerdo de su padre con el marqués de Bristol que los incumbía a ambos—. Nuestro heredero se convertirá en el hombre más poderoso de Gran Bretaña.

Duncan se tensó.

Penelope se relajó.

—Tengo entendido que el marqués está interesado en otra dama —anunció Duncan, sin un ápice de burla en su voz—. Y no es una dama cualquiera, es tu amiga.

Ella entendió que la estaba amonestando por intentar boicotear el enlace deseado por el marqués.

—No deberíais dar credibilidad a todo cuanto oís.

—Mi fuente es fidedigna —sentenció—. El propio marqués me informó de su decisión.

Penelope pensó en su amiga y le molestó que el marqués se creyese con el mismo derecho que el resto de hombres a interponer su voluntad.

—Vos lo habéis dicho, el marqués —dijo intensificando su sonrisa—. No le he escuchado a mi amiga interés alguno hacia él —informó, para que Duncan lo entendiese bien—. Lo creáis o no, St. John, no todas las damas estamos dispuestas a someternos a la voluntad y decisión de los hombres —alegó, cansada de sentirse una tonta por amar a un hombre que iba a casarse con otra, como si ella o Abby no tuviesen más que acatar los caprichos de ellos. ¿No era eso lo que él había ido a restregarle, que había decidido casarse con otra porque como hombre tenía el derecho de elección?

St. John se puso en pie.

—Me congratula pues, haber elegido a una mujer cuyo poder no es superior al mío —declaró rotundo—. Permíteme felicitarte de antemano —premió, aludiendo a su futuro enlace con el marqués de Frotell.

Penelope también se puso en pie.

—Vaticino un buen enlace entre vosotros —presagió Duncan—. Conociendo al marqués, o más bien a su padre, el duque de Manfford, dudo que exista otra mujer en todo el mundo capaz de igualar su soberbia.

Penelope parpadeó, incrédula ante lo que acababa de escuchar.

—Qué encantador, St. John —ironizó, tragándose la rabia que sentía tras descubrir la poca estima que Duncan le tenía.

—Algún día lamentarás tu decisión —auguró—. O más bien, lamentarás haber sido tan déspota.

Si él pretendía ofenderla, lo había conseguido.

—¿Por qué, St. John? ¿Por actuar como se espera de mí o por no arrodillarme ante vos?

Duncan apretó los puños.

Ella tragó con dificultad, sabía que estaban a punto de separarse sus caminos para siempre.

—Me acusáis, cuando sabéis y sois consciente de que lo único que nos separa y a la vez nos define y une a los dos no es mi soberbia —adujo, consciente de que ambos tenían algo en común—, sino el orgullo.

Duncan asintió. Era cierto, no iba a rebatirla en eso. Pero tampoco pensaba salir de allí sin decir su última palabra; estaba cansado de que siempre fuese ella quien la tuviese.

—Cuando estés entre sus brazos y no sientas lo que sentiste entre los míos —rememoró el día que se besaron—, recuerda que ha sido tu orgullo quien nos separó.

Penelope tenía ganas de llorar, pero no lo haría delante de él; prefería morir antes que mostrar debilidad. Aunque tampoco estaba dispuesta a que él le echara en cara nada, él también tenía mucha culpa de que la relación entre ellos hubiese acabado tan mal.

—Mi orgullo y el vuestro —despreció su comportamiento—. Asumiré mi culpabilidad cuando vos asumáis la vuestra.

—No, Penelope, no —protestó él con desgana—. Esta vez tendrás que admitir que la única culpable has sido tú —la acusó convencido—. Tu vanidad ha arrasado con todo.

Ella no podía creer que él la acusara con tanta convicción, ¿cómo podía culparla sin darse cuenta de que su propio orgullo lo cegaba? No tenía intención de consentirlo, y aunque hubiese deseado no tener que tomar esa decisión, era consciente de que no tenía más remedio que decir algo que les haría daño a los dos.

—Mi vanidad y sus actos —le reprochó, aludiendo al momento más vergonzoso que habían vivido, consciente de que era un golpe muy bajo—. Cuando estéis entre los brazos de vuestra amante, recordad que vuestra esposa sin orgullo os espera en vuestra casa. Mientras, yo estaré entre los brazos de un hombre capaz de aguantar mi soberbia, pero que yacerá conmigo y no con otra —argumentó con desprecio—. Mi vanidad me obliga a elegir a un hombre capaz de cumplir la promesa que haga ante el altar.

De haberse considerado menos hombre, hubiese abofeteado por primera vez a una mujer. Lo había tachado de ser un hombre falto en palabra y ese era el mayor insulto.

—Y mi orgullo me obliga a elegir a una dama que se sepa comportar como tal —replicó, ofendiendo a Penelope—. La esposa perfecta es la que sabe amar —declaró, mirándola a los ojos—. Y para eso debe tener alma. Tú puedes tener mucho poder pero jamás tendrás alma porque estás vacía por dentro.

Empujó el sillón hacia atrás con rabia, se dio la vuelta y se marchó de aquella sala dando grandes zancadas.

Estaba a punto de alcanzar la salida, cuando sus ojos se clavaron en un mueble cercano a la puerta de entrada donde se solía dejar la correspondencia. Allí vio un sobre lacrado con el cuño del marqués de Frotell.

Odió al marqués tanto como se odió a sí mismo. Penelope tenía razón, su orgullo le impedía reconocer que le costaba asimilar que una mujer tuviese más poder que él o que cualquier otro hombre. Y ese maldito orgullo, tan fuerte como el de ella, había conseguido destruir la unión entre los dos.

Un lacayo le entregó los guantes, el abrigo y el sombrero.

Duncan se sorprendió al dejarlos caer al suelo y regresar corriendo a la sala donde había dejado a la mujer que amaba.

Abrió la puerta con ímpetu y se quedó paralizado al verla allí, arrodillada y llorando con tanto desgarro como el día que enterró a su padre.

Su corazón dio un vuelco, Penelope lo amaba tanto como él a ella. Maldito fuera el marqués y todo aquel que quisiera interponerse entre ellos, y maldito fuera también su despechado ego.

Se acercó con sigilo hasta Penelope, se arrodilló justo detrás de ella y se inclinó, rodeándola con sus brazos y dejando su boca pegada al oído de Penelope.

—Amor, ¿por qué lloras? —susurró, emocionado y nervioso. Deseaba que la respuesta de Penelope fuese sincera, quizá así podría enmendar toda aquella situación.

Aquella palabra tan cariñosa y pronunciada con tanto sentimiento hechizó a Penelope y, cansada de luchar y fingir, respondió con el corazón en la mano. ¿Qué más daba? Ya no tenía nada que perder.

—Por… porque vas a… a… —Sollozaba—… casarte con otra.

Duncan sonrió de oreja a oreja, esa contestación era una declaración de amor aunque ella no fuese consciente.

Que lo matasen allí mismo si él dejaba escapar la oportunidad de ser feliz. Nada se interpondría en su camino, pues Penelope, su pelirroja, su pecosilla, su duquesa, lo amaba, y él pensaba demostrarle que por ella sería capaz de dejar su orgullo a un lado. Si Penelope no era capaz de reconocer que eso era verdadero amor, ya no sabía qué más podía hacer.

La levantó y la giró entre sus brazos, negándose a soltarla.

—Nunca pasaré por un altar si no eres tú quien esté esperándome —dijo besando las mejillas empapadas de Penelope—. No existe ninguna mujer en este mundo que pueda ocupar un lugar en mi corazón —se sinceró con honestidad, sin poder dejar de acariciar aquel suave y mojado rostro—. Solo tú, Pen, solo a ti te pertenece.

Penelope se aferró a su cuello, abrazándolo con fuerza.

—No tengo alma, Duncan —pronunció, exhausta por la emoción de haber escuchado su declaración de amor.

Él iba a negar y pedir perdón por haber proferido aquello, pero ella le puso un dedo en los labios.

—No, no la tengo —reconoció, emocionada—. Te la entregué a ti a través de un beso.

Duncan la estrechó de nuevo con fuerza… con posesión… con ardor…; el mismo que le entregó al unir sus labios con los de ella.

Parecía que sus bocas no tuvieran intención de separarse, eran incapaces de apartarse el uno del otro. Apenas podían respirar, pero poco les importaba; lo único importante y primordial era sentirse unidos.

En cuanto Duncan puso fin a aquel arrollador beso, volvió a estrecharla y, con su boca pegada a su oreja, se pronunció:

—Amor, sé que no es a mí a quien corresponde… —anunció susurrante —, pero permíteme cumplir como se espera de un hombre.

Penelope se tensó, ¿qué quería decir?

Se separó de él para mirarlo bien.

Duncan observó el desconcierto en su rostro; ella no había entendido sus palabras, por lo que decidió actuar sin dar mayor explicación. Hincó la rodilla

en el suelo y sacó del bolsillo de su chaleco una cajita, la portadora de la joya misteriosa que tanto habían anhelado Abby y Penelope descubrir.

La duquesa parpadeó; no se esperaba aquella declaración, y menos la joya que él le estaba ofreciendo.

—Mi querida Pen —proclamó—, concédeme el honor de convertirme en tu esposo.

El anillo dejó conmocionada a Penelope; aquella joya brillaba con luz propia. Se trataba de un rubí central, rodeado de doce diamantes. No lo esperaba y jamás lo hubiese imaginado, pero lo que más le fascinó, fueron las palabras que le profirió.

—No podía elegir otra piedra para *mi pelirroja* —aseguró, al tiempo que deslizaba la alianza en su dedo—. Su rojo es tan perfecto como tu cabello. Esta joya es tan perfecta como tú.

Penelope se miró la mano, emocionada.

Duncan se levantó y acarició su mejilla.

—Nunca ha habido otra mujer en mi mente, Pen —confesó—. Y ninguna ocupará mi corazón, solo tú. Mi pelirroja… mi pecosilla… mi duquesa.

Ella no pronunció ninguna palabra como respuesta, simplemente acercó sus labios a los de él y se entregó de nuevo con ardor.

Dios se apiadase de ella porque acababa de sellar su destino.

Capítulo XXXI

La vida es más intensa cuando te entregas a la pasión

Penelope se despertó con una sonrisa en los labios. El día anterior, una semana después de la declaración, se había hecho público su compromiso con Duncan, y toda Inglaterra ya era conocedora del futuro enlace.

Soltó una risita tímida al recordar lo que le había costado convencer a Duncan para que no comprase una licencia especial; no estaba dispuesta a que pensasen que ella había sucumbido al pecado carnal sin haber pasado por el altar. Además, merecía un cortejo; lo anhelaba.

Duncan estaba desesperado por poseerla, pero al final accedió; había esperado un año entero, bien podía esperar cuatro semanas más y complacerla. Eso sí, le había advertido de que pondría todo su empeño en demostrarle que un cortejo podía ser mucho más que eso. Y él siempre había sido un hombre de palabra, por lo que Penelope estaba convencida de que esas cuatro semanas estarían plagadas de momentos íntimos entre los dos.

Suspiró solo de pensarlo.

La puerta se abrió y entró Mery.

—Excelencia, han llegado los primeros invitados.

Como correspondía en alguien de su alcurnia, la celebración de la pedida de mano se celebraría por todo lo alto. Faltaban cinco días para la gran fiesta, y como era de esperar, durante toda una semana en *Golden House* se gozaría de la visita de unos cuantos invitados.

—¿Tan pronto?

—Los marqueses de Stanford y sus hijas.

Penelope sonrió. Abby y Sophie estarían allí, apoyándola en la primera fiesta que iba a organizar como duquesa. Podía parecer una tontería, pero quería estar a la altura. Su madre fue considerada durante muchos años una de las mejores anfitrionas del reino, y ella no deseaba defraudarla.

***

Esa misma tarde, la mitad de los invitados ya estaban alojados en *Golden House;* el resto lo harían al día siguiente. Tan solo uno había mandado una misiva para disculparse por no poder acudir al evento. Y no era un invitado cualquiera; era nada más y nada menos, que el único hombre que perturbaba la paz y tranquilidad de su amiga Abby, o mejor dicho, el caballero por el que

ella suspiraba.

—Qué lástima —reconoció Penelope mirando a Abby.

La joven se encogió de hombros.

—Si te soy sincera, creo que después de mi último encuentro con él, es casi mejor que no lo vea —lamentó.

—Oh, no digas eso —replicó Penelope, dando esperanzas a su amiga—. Sé que fue algo bochornoso…

—Muy bochornoso —la interrumpió Abby, recordando el momento.

—Pero él no te delató —le recordó la duquesa para animarla—. Podía haberlo hecho y no lo hizo.

Abby sonrió tímida y agradecida.

—Sí, eso es cierto, no lo hizo.

Deseaba contarle a Penelope que ese no había sido el último día que lo había visto, pero no quería rememorar la noche del teatro, pues que él la descubriera vestida de hombre o bebida no había sido tan vergonzoso como su último encuentro… Ojalá pudiera hablar sobre aquella noche, pero por estupidez o por amor, prefería callar, pues estaba convencida de que a Penelope no le gustaría lo que tenía que contarle, y seguramente lo miraría con otros ojos. Y la verdad, todavía no entendía por qué, pero no quería que nadie tuviese un mal concepto de él. Ese hombre, a pesar de lo que ocurrió en aquel teatro, para ella seguía siendo el único capaz de robarle el sueño.

—Me he fijado en que Sophie está mucho más animada —se interesó Penelope.

—Sí —respondió Abby, cauta—. Aunque estoy algo preocupada por ella.

Penelope asintió con la cabeza. Entendía muy bien el motivo; uno de los invitados podía trastocar de nuevo el buen estado de ánimo del que parecía gozar la pequeña de las hermanas Allende.

—Lo lamento, Abby —se disculpó la duquesa—. Su presencia es primordial, de haber podido…

La joven condesa negó con la cabeza y le apretó la mano con cariño.

—No te disculpes —dijo Abby—. Además, Sophie era consciente de que estaría aquí y en ningún momento se ha pronunciado para negarse a acudir a este evento.

Penelope se tranquilizó, eso significaba que su amiga estaba totalmente recuperada.

Las dos se giraron al escuchar unas risitas femeninas; estaban en el jardín principal. Vieron a una de las hijas del barón de Treinton paseando en compañía del joven vizconde Bonell.

—Me gusta la pareja que hacen —reconoció Abby, y de pronto, se sobresaltó, alarmando a Penelope—. ¡Por favor, dime que no vas a permitirle que nos deleite con el violín!

Penelope se carcajeó.

—Intentaré que la muchacha permanezca alejada de la sala de música —comentó, risueña—. No quiero que mis invitados se marchen despavoridos.

Las dos se rieron.

Unos brazos rodearon a Penelope por detrás, sobresaltándola de nuevo.

—Mmm… Me encanta verte reír —musitó Duncan justo detrás de ella, al tiempo que le guiñaba un ojo a Abby con complicidad.

Penelope se sonrojó; era escandaloso que la abrazara en público. Si alguien los veía…

Duncan, ajeno a la timidez de ella, le besó la clavícula.

—¡Duncan! —lo amonestó Penelope.

Él puso los ojos en blanco.

Abby disimuló girando su cuerpo, como si no hubiese visto nada.

—¿Sí, amor?

Penelope se zafó de su abrazo y se giró para mirarlo.

Él sonrió al notar su azoramiento.

«Qué bonita estás cuando te sonrojas», pensó él, mientras sus ojos recorrían todo su cuerpo.

—No puedes abrazarme en público —amonestó Penelope a Duncan, abochornada.

—¿No puedo? —bromeó él.

Abby aguantó la risa al escucharlo.

Penelope frunció el ceño.

Duncan se acercó más a ella y susurró:

—Si me hubieses permitido conseguir una licencia especial, no solo te podría abrazar, sino que ahora mismo estaríamos encerrados en nuestra alcoba.

A Penelope le entró un calor sofocante, y no fue precisamente por estar a principios de junio.

Duncan no pudo evitar carcajearse. Miró a un lado y a otro para cerciorarse de que no había nadie cerca que pudiese verlos e inclinó la cabeza lo justo para rozar los labios de Penelope.

—Esta noche tendremos nuestra primera cita clandestina. —Acarició la boca de ella con sus calientes labios—. La primera oficial, Pen. Tú y yo solos.

Y sin más, se alejó, dejando a Penelope nerviosa y excitada al mismo tiempo.

Abby se dio la vuelta y miró a Penelope con una gran sonrisa.

—¡Qué excitante y atrevido! —se expresó, entusiasmada.

—¡Oh, Abby! —exclamó Penelope llevándose las manos a la cara para enfriar sus mejillas ardiendo—. ¡No sabes cuánto deseo que llegue el momento!

Las dos se sorprendieron por la respuesta sincera y entusiasta de Penelope, era casi imposible creer que ella hubiese reconocido con tanto fervor la verdad. Unos segundos después, se rieron.

Después de una copiosa cena, como era de esperar, y como solía ser habitual en las casas de la gente pudiente, la mayoría de los caballeros se retiraron a una sala preparada para ellos, donde podrían degustar los mejores licores.

Las damas se reunieron en otra de las salas para relajarse, charlar, o simplemente tomar un té.

Los más jóvenes, por el contrario, se reunieron en el salón añil, que daba a una de las terrazas más grandes de la casa. Querían jugar a las charadas y ese lugar era perfecto, así el aire enfriaría sus mejillas encarnadas, ya que en esos juegos siempre acababan sonrojándose la mayoría de las muchachas.

Durante una hora se entretuvieron sin descanso; las risas amenizaban la estancia.

Connor Stanton se acercó a Penelope y, con discreción, le entregó una nota.

Penny, en un principio no entendió por qué el hermano de Duncan actuaba con tanto secretismo. Buscó por todo el salón a St. John y no lo encontró.

Abrió la nota y su corazón se desbocó.

«Mi amor, te espero en la sala de música. Hoy serás tú la única melodía.

Duncan.»

—Penelope —llamó la marquesa de York su atención.

La duquesa, nerviosa, escondió la nota entre las manos y las llevó a su espalda.

—¿Sí?

La mujer se acercó y la miró con detenimiento.

—Te noto azorada, ¿te encuentras bien?

—Sí, sí, muy bien.

—Voy a retirarme —anunció—, tengo una terrible jaqueca.

Penelope se preocupó.

—Avisaré a la señora Gates para que…

—No, no, mi doncella ya se ha ocupado de todo —la interrumpió la marquesa.

A Penelope esa respuesta tan rápida le sorprendió; algo le estaba ocultando su madrina.

—Buenas noches, querida.

—Buenas noches —respondió.

En cuanto la marquesa abandonó el salón, Penelope la imitó, intentando pasar desapercibida.

Mientras recorría el corredor principal, escuchó un ruido en lo alto de la escalera y se escondió para no ser descubierta. La curiosidad pudo con ella y miró con cautela. Sus ojos se agrandaron al descubrir al conde de Chesterfield tocando indebidamente la parte baja de la espalda de su madrina.

La marquesa de York soltó una risita y lo amonestó.

—Hunter. —Le dio una palmadita en las manos—. Intenta ser más discreto.

¿Hunter?, ¿su madrina lo había llamado por su nombre de pila?

El conde respondió con la voz más elevada de lo que debería, pues Penelope lo escuchó.

—La culpa es tuya por provocarme con esos movimientos de cadera. —Y volvió a poner sus manos en las nalgas de la marquesa—. Y más vale que apremies el paso o te haré mía aquí y ahora.

A Penelope se le abrió la boca.

La marquesa se carcajeó y obedeció.

El conde desapareció por el pasillo de la primera planta, en dirección al dormitorio de la marquesa.

No podía creer que su madrina fuese la amante del conde, ¡ese hombre estaba casado!

Con mil pensamientos, se dirigió a su destino, entró, y la oscuridad la abrigó, aunque por poco tiempo, pues las manos de Duncan la relevaron.

—Mi pecosilla —musitó con la boca pegada a su cuello.

Penelope cerró los ojos. Su cuerpo no estaba preparado para todo aquel torrente de emociones, y en esa ocasión, no solo el culpable de su temblor era el contacto con Duncan; su mente la tenía enfrascada en una batalla emocional sin precedentes.

Duncan notó que ella se tensaba.

—Amor, no tengas miedo.

Ella se giró entre los brazos de él e intentó adaptarse a la oscuridad, necesitaba ver sus ojos.

—¿Qué lleva a un hombre a los brazos de otra dama que no es su esposa? —soltó la pregunta como si le quemase en la garganta.

Duncan se echó hacia atrás y alargó el brazo para descorrer un poco la cortina; él también quería mirarla y saber qué estaba pasando por su cabeza.

Un halo de luz enviado por la luna iluminó una parte de la estancia, permitiendo que ambos se mirasen sin impedimento.

Durante unos segundos, el silencio reinó.

Él no sabía muy bien qué responder, pero si ella hacía esa pregunta por lo

ocurrido en el pasado, quería decir que no confiaba plenamente en él, y eso le dolió.

—No puedo borrar el pasado, Pen —lamentó—. Solo puedo ofrecerte mi palabra de que…

Penelope apretó los labios. No estaba echándole en cara nada, tan solo deseaba poder comprender qué motivaba a un hombre a ser infiel. Por ello le interrumpió.

—He sido testigo de una cita clandestina entre uno de mis invitados… casado, con su amante.

Duncan se quedó callado y en parte aliviado; ella no le estaba reprochando nada.

—Necesito saber qué motiva a un hombre a alejarse del lecho de su esposa para ir en busca de otra.

La voz de Penelope esclarecía más de lo que preguntaba. Por una parte, ella todavía era demasiado inocente; por otra, temía que Duncan acabase refugiándose en la cama de otra mujer.

Se acercó lentamente, levantó sus manos y le acunó el rostro.

—Pen, la mayoría de los desposorios son por convención —alegó—. Cada matrimonio es distinto —aseguró—. No puedo hablar por nadie, pues no me compete hacerlo, excepto de mí.

Ella se estremeció, y sin hablar, rogó con su mirada que él continuara.

Duncan la entendió y, antes de proseguir, le besó la frente con dulzura.

—Sé que yo no abandonaré nuestro lecho —vaticinó—. No se puede huir cuando la mujer que te espera en él es la única para ti.

Ella deseó creer con todas sus fuerzas aquellas palabras.

Él se acercó más a Penelope; deseaba tenerla cerca, muy cerca.

—Sería imposible apartar mis manos de este cuerpo —musitó, mientras sus manos empezaban a vagar por el contorno de su figura—. Eres mi diosa, Pen.

La duquesa notó cómo su respiración iba in crescendo a cada caricia de él.

Duncan, con dos dedos expertos, recorrió casi sin tocar todo el contorno del escote, parándose en los puntos más deseados, donde con el dedo pulgar, como si fuese por casualidad, acariciaba por encima de la ropa los pezones,

los mismos que empezaron a endurecerse al sentir su contacto.

—Sé que dentro de ti hay una mujer ardiente —susurró, besando la clavícula y dejando allí sus labios para sentir cómo a ella se le aceleraba el pulso—. Que estés aquí lo confirma. —Le lamió todo el cuello—. Has venido hasta aquí porque te resulta excitante lo prohibido.

Penelope soltó un pequeño gemido cuando él bajó la tela del escote y dejó al descubierto un seno.

—Sabes que deberías negarte —suspiró—, pero no lo harás porque deseas sentirte viva.

Su boca atrapó el pezón y lo lamió, deleitándose con la dura turgencia.

Penelope tuvo que aferrarse a los hombros de Duncan porque aquella boca invasora la había dejado sin fuerza. La humedad de su lengua al entrar en contacto con su caliente piel le provocó una súbita reacción placentera; quería más, mucho más.

Duncan aprovechó para levantarla y llevarla hasta el piano de cola, donde la sentó.

Se miraron a los ojos.

—Estás excitada. —No fue una pregunta, sino más bien una afirmación.

Ella no negó la verdad.

—Y estás ansiosa por descubrir cuán gratificante y maravilloso es dejarse llevar.

La sorprendió con un movimiento brusco, levantándole las faldas.

—Puedo llevarte muy lejos, Pen —argumentó, al tiempo que deslizaba sus fuertes manos por dentro de sus finas calzas de seda—. Depende de ti y de cuánto quieras experimentar.

Penelope suspiró.

Él volvió a lamer aquel seno que tanto le excitaba.

—¿Deseas que continúe? —indagó, parando sus caricias.

Ella asintió con la cabeza.

—No habrá vuelta atrás, Pen —señaló él sin apartar la mirada de ella—. No podrás olvidar este momento y desearás cada día más.

Al notar el brillo especial en los ojos de Penelope, él sonrió.

—Y ese será el secreto y triunfo de nuestro matrimonio —sentenció—: la

pasión.

Penelope acunó el rostro de él y se acercó a sus carnosos labios, sellando así entre ellos lo que deseaba para el futuro, una pasión que impidiese que él se alejara de ella y de su lecho.

Duncan disfrutó de su entrega. A pesar de ser muy inexperta, las manos de Penelope cada vez se movían con más certeza, acariciándole cada vez con menor timidez. Los bastones de tres ancianas acercándose por el pasillo los sobresaltaron.

Penelope se quedó algo aturdida.

Duncan maldijo interiormente a aquellas tres entrometidas por destrozar el momento más puro y sincero entre los dos.

Le bajó las faldas a Penelope y la instó a que saliera; conociendo a su tía y a sus amigas, estaba seguro de que entrarían sin ser invitadas.

—Yo saldré por ahí. —Señaló las puertas tapadas por las cortinas y la besó antes de alejarse.

Penelope intentó recomponerse y se tocó el cabello. En fin, ya no podía hacer nada. Se enderezó y salió.

—Excelencia, ¿se ha perdido en su propia casa? —preguntó lady Philomena, aunque sonó a amonestación, pues ellas sabían lo que había estado sucediendo en la sala de música.

—No, simplemente escuché un ruido y vine a ver de qué se trataba —mintió con descaro.

—¿Encontró a alguien? —se interesó lady Violet.

«Al amor de mi vida», pensó la duquesa.

—No.

—En ese caso, debería retirarse a descansar —habló lady Hermione—. Tengo la sensación de que lo necesita.

Penelope asintió con la cabeza y se retiró a su dormitorio.

***

Faltaban dos noches para la boda y Duncan estaba enfadado. Su tía y amigas se habían convertido en las carabinas oficiales de Penelope desde la noche en que los interrumpieron, apenas había podido estar a solas con ella, y eso lo estaba matando; o más bien, quería matarlas a ellas.

Si a eso le sumaba que él y su familia tendrían que marcharse de *Golden House* a la mañana siguiente porque la tradición exigía que los novios no se viesen la noche anterior, era como para no dejar de maldecir sin parar. Además, acababa de retirarse a sus aposentos sin haber podido despedirse de Penelope, ya que lady Hermione no se había despegado de su futura mujer.

Penelope estaba nerviosa; en dos días estaría casada.

Se metió en la cama y pensó en Duncan. O más bien, en la última noche que habían podido estar juntos, porque desde ese mismo momento ya no les habían permitido estar a solas.

Se sorprendió. Ella se solía caracterizar por controlar sus sentimientos, pero las caricias de Duncan la transformaban en otra mujer, pues no habría imaginado que el deseo se apoderaría de ella con tanta intensidad y, ante todo, facilidad.

Comenzó a sentir una excitación placentera y supo que el causante era St. John; solo con pensar en él su cuerpo reaccionaba.

Inspiró con fuerza.

Su corazón hablaba y ella escuchaba.

Sonrió y apartó las sábanas de un tirón.

Pensó hacer caso a su corazón, que le pedía ser libre y atrevida; quería sorprender a St. John.

Se desnudó y se cubrió con una única prenda, su bata de seda.

Salió a escondidas y caminó de puntillas por todo el corredor, ya que habían instalado a St. John en la habitación más alejada.

Escuchó un ruido y se pegó a la pared, con el corazón agitado por si la descubrían.

Al ver que no había nadie cerca, corrió lo que le quedaba de pasillo y entró en la habitación, acelerada.

Duncan se sobresaltó.

Penelope lo miró y, con manos temblorosas por los nervios, se deshizo del cordón de la bata y lo dejó caer.

St. John se quedó paralizado, contemplando el cuerpo de Penelope.

Ella hizo un ligero movimiento de hombros y la bata cayó a sus pies,

dejándola totalmente desnuda ante él.

A Duncan se le resbaló el vaso de whisky que tenía en la mano, estallando en pequeños cristales al impactar contra el suelo.

—Soy tuya, St. John, toda tuya.

Duncan llegó hasta ella en dos zancadas y la besó con innato entusiasmo.

Los labios de él se deslizaron por su cuello, regándolo con cálidos besos mientras sus ágiles manos se entretenían acariciando el contorno del cuerpo de ella.

Penelope se estaba derritiendo por dentro; lo notaba, se estaba convirtiendo en otra mujer. Una mujer que estaba dejando a un lado la lógica para convertirse en una dama embriagada de un espíritu sensual; tanto, como para querer experimentar más cosas; tanto, como para querer arquear su espalda y darle acceso a Duncan a que la lamiera por todo su cuerpo; y tanto, como para desear tumbarse en la cama y abrir sus piernas.

Como si él le hubiese leído el pensamiento, la levantó y la llevó a la cama entre sus brazos.

Al dejarla allí, tuvo que mirarla porque aquella expresión en su rostro, la de una mujer ardiente y sensual, lo hechizó.

Su cuerpo clamaba por ella, y esta vez no iba a parar.

Se desnudó con rapidez, porque era acuciante su necesidad por sentir el contacto de la piel de Penelope.

Se tumbó sobre ella y atrapó uno de sus senos con la boca, castigándolo perversamente por el tiempo que ella lo había castigado a él.

Penelope gimió y su entrega cautivó a Duncan porque en ese instante ella dejaba de ser la duquesa fría y perfecta. Entre sus brazos y bajo su contacto, ella tan solo era Penelope, la mujer ardiente que se escondía bajo una fachada de rectitud y moralidad, pero que no podía resistirse a él.

Sus bocas se reclamaron de nuevo y sus manos recorrieron sus figuras reconociendo cada uno el cuerpo del otro porque a partir de ese momento ya no existirían más cuerpos que tocar.

Penelope estaba desesperada, notaba que quería más. En realidad, lo quería todo, lo quería a él.

Duncan supo reconocer la desesperación de ella, y con suaves movimientos separó sus piernas.

Sabía que era la primera vez para Penelope y quería estar seguro de que ella estuviese preparada para recibirlo. Aunque había puesto mucho empeño en excitarla, prefirió cerciorarse introduciendo primero un dedo con suavidad.

Agrandó los ojos y sonrió satisfecho al comprobar que los mojados músculos de su interior apretaban su dedo con una llamante urgencia de deseo.

Entonces la besó de nuevo, al tiempo que se introducía en su interior.

La penetró con calma, dándole el tiempo necesario para adaptarse a él.

Cuando llegó a la barrera temida, acunó la cara de Penelope y la penetró con más impulso, rompiendo el mayor regalo que una mujer podía entregarle a un hombre.

Penelope aguantó la respiración unos segundos, los mismos que él permaneció quieto para que ella se repusiera.

En cuanto ella se movió exigiendo que él continuara, Duncan la besó con un amor desmedido, porque amaba a Penelope y su entrega esa noche había conseguido que él nunca más pudiese tener siquiera pensamientos impuros con otra mujer; solo con la suya, con su pelirroja… su pecosilla… su duquesa. Y aunque faltasen dos días para su boda, desde ese mismo instante, para él ya se había convertido en su esposa.

Despuntaba el alba y Penelope debía regresar a su alcoba. No habían dormido, pues la entrega de Penelope había sido total y se habían convertido en dos amantes insaciables.

Duncan sonrió pleno y agradeció interiormente que Penelope fuese una mujer tan pasional, pues conocía a unas cuantas damas que aborrecían el acto sexual.

Penelope agrandó los ojos al contemplar las sábanas mancilladas de sangre.

Él reaccionó con rapidez, la abrazó por detrás y le susurró en el oído:

—Esta es la muestra de amor más hermosa para un hombre; me has entregado tu virginidad.

Ella, por un momento no supo cómo actuar; nadie le había comentado nada al respecto. Ojalá su madre hubiese estado para prevenirla o aconsejarla cuando llegase el momento, pero ahora se sentía un tanto aturdida.

Duncan era consciente de las elucubraciones de ella, por ello quiso tranquilizarla.

—Mi amor —musitó dándole la vuelta para poder mirarla de frente—. Nadie se enterará, te doy mi palabra —aseguró—. Y no debes preocuparte por nada, esa pequeña mancha solo confirma que ya me perteneces en cuerpo y alma. Solo una mujer pura puede entregar ese regalo una sola vez.

Ella lo comprendió de inmediato y se avergonzó por no haberlo sabido.

Él la besó para que se sintiese protegida y amada.

Se despidieron entre caricias y besos.

En cuanto Penelope desapareció, Duncan cogió la sábana y la echó al suelo.

Cuando entró su ayuda de cámara, cumplió su promesa de proteger a Penelope para que nadie pudiese hablar mal de ella.

—Pide ungüento para las heridas, anoche me corté con los cristales del suelo.

James miró los cristales esparcidos de la copa rota y salió a buscar lo que le había pedido.

Duncan sonrió; a él tanto le daba, lo único que le importaba era que Penelope se había entregado a él, y eso era lo único que merecía la pena.

Capítulo XXXII

El mayor enemigo de la confianza son los secretos

Si alguien le hubiese dicho a la duquesa de Whellingtton y Kennt hacía un año, que ese día estaría dichosa y feliz tras pronunciar sus votos, se hubiese echado a reír. Pero ahí estaba, enamorada y radiante de felicidad, saliendo de la hermosa y afamada catedral de Wells, ubicada en la ciudad de Wells, marquesado del que Penelope poseía su título más ancestro, junto al condado de Bath, en su querida comarca de Somerset. Una comarca que se había volcado en la celebración del desposorio de la duquesa, pues ningún paisano había querido perderse aquel evento tan importante para todos los lugareños. Para ello, se habían apostado en los caminos por los que la duquesa se desplazaría en carruaje para vitorearla y celebrar así su unión con el nuevo duque consorte Duncan de Whellingtton y Kennt.

Mientras regresaban en la calesa descubierta que poseía Penelope hacia *Golden House*, donde sus invitados, o más bien, prácticamente toda la alta sociedad de Gran Bretaña los esperaba para la celebración de la boda, no podían dejar de saludar a todos los lugareños que les felicitaban a través de sus aplausos y exclamaciones dichosas.

—Jamás habría imaginado que tanta gente vendría a felicitarnos —se sorprendió Penelope.

Duncan, que saludaba con una gran sonrisa, respondió muy sincero:

—Yo tampoco lo imaginé.

No mentía, era consciente de que mucha gente se acercaría a mostrar sus respetos a Penelope, pero jamás habría imaginado aquella entrega total por parte de tantísima gente.

Eso le hizo comprender de golpe la magnitud y el poder que poseían y abarcaban los ducados de su esposa, o más bien, los que ahora también le pertenecían a él.

Se estremeció al pensarlo.

Durante el resto del trayecto Duncan se hizo una promesa: no defraudaría a nadie.

Al llegar a *Golden House*, Duncan aprovechó el momento en que su esposa se apeaba de la calesa para acercarla a él; desde la catedral no había podido siquiera tocarla, a pesar de tenerla al lado.

Penelope se dejó arrastrar, fingiendo que se había tropezado.

—No veo el momento en que llegue la hora de retirarnos a nuestra alcoba —susurró Duncan en su oído.

Penelope se sonrojó.

Él la miró y se fascinó.

El vestido color champán de su mujer acentuaba más su cabello rojizo, y su encarnado rostro intensificaba sus hipnotizadoras pecas, esas que a él lo tenían hechizado desde que la conoció.

Le ofreció su brazo y caminaron juntos, pasando por delante de todo el personal de *Golden House* que se había apostado para felicitar a los señores de la casa y darle la bienvenida al nuevo amo.

—Espera. —Paró Duncan a su esposa—. Antes de entrar quiero entregarte mi regalo de bodas.

Penelope lo miró sorprendida.

—¿Ahora?

Él le dedicó su mejor sonrisa y la arrastró hasta los establos. Una vez allí, Penelope agrandó los ojos y se le iluminó la mirada; estaba tan emocionada que por poco se le saltan las lágrimas.

Duncan se hinchó de felicidad; había conseguido su propósito: emocionar a su mujer.

Penelope abrazó a Duncan, pues significaba que la conocía muy bien. Allí había nada menos que seis sementales de raza árabe: dos jamelgos negros, dos blancos y dos de color canela.

—¿Cómo…? —No pudo terminar la frase, se le hizo un nudo en la garganta por la emoción.

Él le besó la frente.

—Antes de regresar a Londres, compré tres barcos —comunicó, acariciándole la mejilla con una mano.

Penelope asintió, sabedora de la adquisición de los tres navíos.

—Y viajé hasta África en el *My Redhead* para hacerme con estos seis ejemplares —reconoció satisfecho—. Nunca hubo otra opción en mi mente, desde el principio supe que este sería mi regalo de boda.

¿Qué podía decir ella? Desde el primer momento él había estado

convencido de que acabarían casándose.

—Oh, Duncan —susurró—. Yo tampoco tuve otro candidato en mente, siempre fuiste tú.

Duncan la estrechó y la besó. Esa respuesta significó para él más de lo que Penelope podía imaginar, pues en su interior todavía quedaba la duda de si ella de verdad había pensado en el marqués de Frotell como posible esposo, y era una incertidumbre que lo consumía porque él nunca había pensado en otra mujer que no fuese ella para convertirla en su esposa.

La entrada al jardín principal a través de la puerta del salón añil les ofreció una panorámica inaudita. Penelope, que había nacido en esa casa y la conocía mejor que nadie, no era consciente de lo realmente extenso que era su exterior, pues casi cien carpas montadas por sus sirvientes para proteger a sus invitados del sol apenas ocupaban la mitad de aquel jardín.

La gente aplaudió y ellos bajaron las escaleras para unirse a la celebración.

Todo estaba saliendo perfecto. A Penelope se la veía feliz, muy feliz. Estaba radiante, alegre, animada y dichosa. Eso decían los invitados.

Duncan también se divertía. Había merecido la pena esperar a la mujer de su vida, a su alma gemela, pues ninguna otra mujer le hubiese hecho sentirse tan dichoso.

—Excelencia —llamó la atención el mayordomo a Duncan. En un principio le pareció extraño, hasta ese momento nadie le había tratado por su nuevo título—. Tiene una visita inesperada esperándole en el despacho —dijo en voz baja, para que nadie más les escuchara.

Duncan se extrañó, ¿una visita inesperada?

Hizo un gesto con la cabeza; en cuanto pudiera se reuniría allí con la persona que lo esperaba.

Se disculpó ante su tía Philomena y entró en la casa.

Al abrir la puerta se quedó aturdido, pero reaccionó rápido y cerró con celeridad para que nadie la viese allí.

—¿Qué demonios haces aquí? —la recriminó, enfadado.

—Vaya modales —lo amonestó ella—. ¿Acaso al entregar el título de duque retiran la educación? —ironizó.

—Elaine… —siseó entre dientes—. Más vale que te largues antes de que

alguien te vea.

Ella sonrió de medio lado y caminó despacio hacia la puerta acristalada que daba al jardín.

—Así se irán acostumbrando a mi presencia —vaticinó—. Pronto me trasladaré a vivir aquí.

—¡Largo! —gritó Duncan, al tiempo que se acercaba raudo hasta ella y la cogía del brazo para sacarla de allí.

Elaine forcejeó.

—Esas no son formas de tratar a la madre de tu hijo —anunció con la voz elevada.

Duncan la soltó como si quemara.

—Oh, querido —pronunció con sarcasmo—. ¿No es maravilloso que ahora seas duque?

Él no reaccionó, la noticia lo había dejado paralizado por completo. Acababa de casarse, tenía en el jardín a toda la alta sociedad y a su esposa celebrándolo, y Elaine le estaba comunicando que iba a tener un hijo suyo. No podía tener tan mala suerte. ¿Cómo había ocurrido? Todo por una maldita noche; una noche en la que él había bebido más de lo que debía; una noche en la que sus pensamientos lo llevaron a Penelope y, sin saber cómo, acabó en el lecho de Elaine. Ni siquiera recordaba cómo había llegado hasta su casa, tan solo que al despertar estaba desnudo y que ella yacía a su lado en el mismo catre.

—Me pregunto qué título heredará nuestro hijo, ¿marqués, conde…?

—Bastardo —sentenció Penelope, justo detrás de ella.

Duncan cerró los ojos, totalmente frustrado.

Elaine se volteó para mirar a Penelope, con la burla estampada en el rostro. La odiaba con todo su ser; por culpa de ella no solo había perdido a Duncan, sino también su trabajo en el teatro. Ningún director deseaba contratar a la examante que se presentó en un evento para ridiculizar a la poderosísima duquesa.

—Mis felicitaciones, *duquesa* —se mofó—. Siento que mi regalo no venga envuelto en papel de seda —dijo, llevándose las dos manos a su abultado vientre—, ¡pero nada menos que os voy a regalar un heredero!

Duncan notaba que poco a poco aquella habitación empezaba a menguar,

le faltaba el aire.

Penelope sintió que todo su mundo se desmoronaba. Había confiado en él, se había entregado a él sin reservas, sin miedos, sin ataduras, y lo único que había recibido a cambio era una gran traición.

Todavía llevaba su vestido de novia y ya se sentía viuda, porque acababa de morirse todo el amor que profesaba por St. John.

¡Por todos los santos! En su jardín se encontraba el mismísimo regente, la mayor autoridad. Había sido su padrino, el hijo del rey la había llevado hasta el altar, y ahora en su salón se hallaba una mujer vulgar con un único propósito: someterla.

Si esa mujer había acudido a su casa en el día de su boda para humillarla, lo había conseguido; ahora bien, con el corazón roto y la confianza perdida por los secretos que aquellos dos escondían, ya no tendría que mirar por nadie más que por ella. Por lo tanto, sabedora de que desde ese mismo instante hasta el día de su muerte sería una persona infeliz y vacía por dentro, se expresó:

—En todo caso, su regalo será un bastardo para St. John —declaró, rotunda—. El único heredero noble y legítimo será el que se engendre en mi vientre.

A Duncan le golpearon las palabras, sabiendo que esa frase iba más por él que por Elaine; estaba amenazándole con el hecho de que tendría un hijo, aunque no fuese suyo y, por descontado, acabaría siendo el heredero legítimo.

—Duncan es un hombre de honor —ensalzó Elaine—. Jamás permitirá que un hijo por el que corra su sangre se vea desprotegido y humillado —alegó—. Te guste o no, *duquesita*, mi hijo es un auténtico St. John y su padre tendrá que reconocerlo.

Penelope estaba convencida de que Duncan no intentaría ocultar a su hijo; bastardo o no, llevaba su sangre, pero ella no pensaba ceder ni al chantaje ni a la traición.

—Su padre es libre de actuar a su beneplácito —argumentó Penelope—. Ahora bien —amenazó—, me encargaré de que en toda Gran Bretaña se conozca de inmediato tanto el nombre de la madre como el del bastardo. Veremos quién tiene arrestos de tener trato con ellos.

Elaine palideció. Pensaba que Penelope intentaría mantenerlo todo en

secreto, pero si llevaba su amenaza adelante, sería su ruina total. No podría optar a ser mantenida siquiera por otro amante, y desde luego, no solo ocurriría en Londres, pues el poder de Penelope llegaba, como bien había expuesto, a toda Gran Bretaña. Ningún hombre de bien querría ser salpicado por un escándalo, y si Penelope corría la voz de que ella chantajeaba a sus amantes…

Miró a Duncan, si él no la secundaba tendría que emigrar a otro país… Pero… La gran duquesa se había olvidado de algo, ahora había un duque. Por ello, intensificó su sonrisa.

—No has tenido en consideración algo muy importante, *duquesita* —se regodeó con desprecio—. St. John reconocerá a su hijo, y ahora ya no es el segundo hijo de un marqués, sino un duque.

Penelope fusiló con la mirada a Duncan. Dio un par de pasos y avisó a su mayordomo a través del tirador.

—Consorte —sentenció Penelope al darse la vuelta—. Te has equivocado de víctima, Elaine —añadió con tono triunfal, aunque para nada se sentía victoriosa—. La auténtica duquesa soy yo.

Elaine, al escuchar los pasos acelerados del mayordomo, se giró y miró a Duncan; debía conseguir su propósito antes de salir de allí.

—Te espero esta noche en mi casa —dijo acelerada—. Siempre has sido un hombre de honor, ahora debes cumplir como tal y darle a tu hijo lo que le corresponde.

—August, saque a esta mujer de mi casa, y si intenta regresar, tiene permiso para sacarla a rastras.

La mujer pasó por delante de Penelope con la cabeza bien alta.

La duquesa echó en falta a su guardia privada, pues de haber estado, esa mujer no habría llegado a la casa.

Al cerrarse la puerta, los recién casados se miraron.

Penelope se enfureció, el hombre que tenía delante tenía la desvergüenza de estar mirándola con enfado por haber proclamado ante su amante que él tan solo era consorte. Pues bien, ella ya no tenía nada que perder; se había esfumado toda su alegría, su ilusión, su amor…

—¿Algún secreto más que deba conocer? —preguntó la duquesa con altivez—. ¿Hay más bastardos esperando a ser reconocidos por el nuevo

duque?

Si Duncan estaba alterado por la angustiosa y sorprendente revelación de su futura paternidad, las palabras de Penelope consiguieron que él se enfureciera más.

—No se te ocurra menospreciarme —la aconsejó—. Puede que sea el *consorte* en esta relación, pero a efectos legales ya soy el duque de Whellingtton y Kennt.

—Brillante despropósito por mi parte haberte concedido ese poder —se quejó ella con asco—. Ni tres horas has podido mantener tus votos matrimoniales; por ende, estás avergonzando y poniendo en peligro el buen nombre de esos títulos.

La cólera embargó a Duncan. Esa afirmación dañaba su buen nombre y su palabra, y eso ningún hombre de honor lo podía consentir, ni siquiera viniendo de su esposa. Si hubiera escuchado un insulto de tal índole en boca de otra persona, ya estaría pidiendo clemencia para no ser retado al amanecer.

—Una vez te dije que algún día acabarías pidiendo perdón —le recordó, aludiendo al día que discutieron por acudir ella a *Tattersall*—. Ese día ha llegado, discúlpate de inmediato.

La orden la recibió Penelope como una puñalada directa en el pecho. ¿Pedir perdón por haberle insultado? ¡Como si él no la hubiese humillado a ella con sus actos!

—Te responderé lo mismo que dije aquel día: «Es posible, pero no será hoy».

Duncan apretó los puños.

—Por si no te has dado cuenta, ahora soy tu esposo —le recordó—: Me debes sumisión.

Si a ella le quedaba una brizna de esperanza de salvar su matrimonio, Duncan acababa de echar por tierra cualquier ilusión. Y esta vez bien podía comportarse como una mujer altiva, en esta ocasión sí le daría motivos para que la tachara de soberbia. Se lo merecía.

Caminó con parsimonia hasta las puertas acristaladas y se quedó allí observando con melancolía cómo se divertían sus invitados. No hacía ni diez minutos que ella se sentía la mujer más feliz del mundo y ahora solo sentía asco y rabia por haber permitido que un hombre le robara el alma.

—Vos me jurasteis respeto —comunicó sin girarse para mirarlo, dejando una vez más de tutearlo—, que me protegeríais y me sostendríais —le recordó, aludiendo a sus votos matrimoniales. Entonces, se giró para mirarlo —. Y vuestra amante se presenta en mi casa anunciando que me habéis sido infiel cuando prometisteis que yo era la única… —Dejó la frase en el aire unos segundos—. ¡Y me pedís sumisión!

Duncan, en dos zancadas se acercó a ella y se quedó a tan solo un palmo.

—No utilices lo de Elaine para desacreditarme —amonestó, colérico—. Vas a pedirme perdón por acusarme de ser un hombre sin honor.

St. John sabía que él también tendría que disculparse por su gran error, uno que todavía no sabía cómo explicar, pues ni siquiera entendía cómo había acabado en la cama de Elaine, ya que desde que se fue a Jamaica no había consumado siquiera con meretrices, puesto que Penelope lo era todo para él.

Penelope hizo una mueca de asco antes de hablar.

—Mi destierro fue frío y solitario —habló, recordándole a Duncan sus propias palabras—. Cada noche mi mente te buscaba. Me fue imposible tocar a ninguna otra dama porque tú has conseguido que la búsqueda de satisfacción en otra mujer sea insatisfactoria —dijo sin apartar la mirada de él —. Dígame, milord, ¿acaso Elaine no es una mujer?

Duncan apretó los dientes.

—No soy muy experta —Se entristeció Penelope—, pero un hijo no lo engendra una mujer a solas.

St. John dio dos pasos atrás, intentando buscar la forma de explicar aquello.

Maldita fuera Elaine, maldito el alcohol que bebió, y maldito fuera él por no encontrar la lógica a todo aquello.

—Ni siquiera sé cómo ocurrió —confesó, molesto consigo mismo—. Durante un año no hice más que pensar en ti y alejarme de cualquier tentación.

A Penelope le entraron ganas de llorar, ya no sabía qué creer. Los secretos de Duncan habían roto toda la confianza que profesaba por él.

—Lo único que recuerdo es que bebí, bebí hasta perder la cordura —declaró, avergonzado—. Cuando me desperté ella estaba a mi lado.

La duquesa tuvo que agarrarse al respaldo del sillón que tenía detrás

porque le fallaron las piernas al escuchar aquello; su felicidad se había esfumado por una estúpida borrachera.

Duncan la observó. Le había creído y debía hacer algo para subsanar y enmendar aquel error, porque no podía soportar que su matrimonio se esfumase como el humo.

—No te mentí, Pen. —Se acercó a ella—. Solo he pensado en ti desde que nos conocimos, y haré cuanto esté en mi mano por demostrártelo y subsanar esta angustiosa situación.

Penelope le miró a los ojos.

—La única solución es que esa mujer desaparezca para siempre de nuestras vidas —adujo la duquesa, pues para ella no había más alternativa si quería volver a creer en él.

Él daría la vida por poder concederle esa petición. Pero lo que entrañaba esa decisión era desentenderse también del hijo que esperaba, y él siempre había despreciado a los nobles que se despreocupaban de sus bastardos. Había conocido a unos cuantos hijos ilegítimos, así como las penurias y humillaciones a las que habían sido sometidos por parte de toda la sociedad, pues cuando un hijo no era reconocido, no solo la alta sociedad los ridiculizaba, la baja también. Era su forma de castigar a las madres que un día tuvieron ínfulas de creerse mejores que otras damas al alternar con caballeros pudientes.

Inspiró con fuerza.

No sabía cómo actuar ante Penelope, pero tenía claro que intentaría convencer a Elaine de que se marchara a otro país, quizá a América. Él correría con los gastos y con la manutención tanto de ella como de su hijo, lo reconocería y se ocuparía de que no le faltase una buena educación, pero eso sí, para ello tendría que hacerlo lejos de Inglaterra.

Penelope se impacientó, necesitaba una respuesta.

—Tienes que desentenderte por completo.

Dejaba clara su postura; «por completo» lo implicaba todo, incluso el hijo que esperaba.

—El bebé no es culpable de mis actos —aclaró Duncan—. Mi hijo no pagará por mis pecados.

—Y el mío no cargará con la incertidumbre y la vergüenza —sentenció.

La situación era demoledora, ambos lo sabían. Cualquier decisión afectaría a los dos. Por una parte, Duncan quería comportarse con honorabilidad para proteger a su hijo. Pero por otra, Penelope no pensaba permitir que su futuro hijo tuviese que vivir toda la vida con la incertidumbre de ser relegado de su posición. Aunque Duncan fuese el consorte y su único primogénito ante la sociedad fuese el nacido de Penelope, en caso de fallecer ella antes que Duncan, el hijo de Elaine podría reclamar su lugar, y ella no pensaba consentir que a un hijo engendrado en sus entrañas lo humillasen arrebatándole lo que por derecho le pertenecía.

—No volverás a verla —ordenó.

Duncan se ofendió por la orden.

—Esa decisión no te compete a ti decidirla.

—Me compete desde el instante en que soy la única aquí que mira por el futuro de nuestro hijo —dijo, impertérrita—. Ahora eres el duque de Whellingtton y Kennt, actúa como tal.

Duncan le dedicó su mirada más gélida y eso molestó a Penelope porque parecía que él no se diese cuenta de lo que implicaba poseer dos ducados.

—¿Qué pensabas, que el título solo traía riqueza?

Él no comprendió sus palabras, pensó que se estaba mofando de él, como si no fuese capaz de estar a la altura. Y nada más lejos de la realidad. Ella intentaba hacerle entender que no era sencillo poseer tales cargos, pues antes que por ella o él mismo, tenía que mirar y actuar por el bien del ducado, y eso implicaba tomar decisiones dolorosas.

Encolerizado, se expresó:

—Esta noche visitaré a Elaine —aseguró—. Duque o no, voy a ser padre de un hijo que tengo intención de reconocer.

A ella se le ampliaron las fosas nasales.

—No te atreverás —advirtió—, porque de hacerlo, recibirás de tu propia medicina.

La amenaza fue taxativa. Penelope no quería llegar tan lejos, pero si él se atrevía a humillarla, ella estaba dispuesta a hacer lo mismo, y conociendo a St. John y su orgullo, su relación acabaría dañada para siempre.

Él la miró con desdén. ¿Qué insinuaba?, ¿que iba a tener una aventura para engendrar un hijo con otro hombre?

—¿Sabes, Pen? No voy a esperar ni a que llegue la noche —anunció, muy enfadado—. Partiré de inmediato.

El dolor que sintió ella en su interior fue tan grande que incluso llegó a pensar que se estaba muriendo. Al ver que Duncan se dirigía hacia la puerta, reaccionó. Se lo había advertido. «Humillación con humillación se paga», pensó.

—Esperad —mandó. Esta vez volvió a tratarlo con austeridad, y además, convencida de que así sería para siempre; nunca volvería a haber trato cordial entre ellos.

Duncan se paró y se dio la vuelta.

Penelope caminó hasta el escritorio, cogió la llave que había en un cofre y abrió un cajón que tenía doble fondo. De allí extrajo un saquito lleno de monedas. Lo cerró de nuevo y se acercó a Duncan.

—Tomad. —Extendió el brazo y dejó caer el saco en la mano de Duncan—. No soy una experta, pero tengo entendido que a los amantes se les paga —comentó con voz firme—. Recibid esta compensación por la noche que pasamos juntos —añadió—. Os pago como amante, ya que os he perdido como marido.

Y salió de la habitación rauda.

Duncan lanzó el saco con todas sus fuerzas, esparciendo las monedas por la estancia, ya que con la virulencia se había roto la tela.

¡Lo había tratado como a una vulgar fulana! ¡A él!

Con la rabia en su interior, salió dando un portazo y se dirigió hacia los establos; ahora sí iba a reconocer a su hijo.

Capítulo XXXIII

La duquesa se tuvo que esconder de sus invitados; era mejor hacerles creer que su esposo había querido consumar su matrimonio, que admitir que este ya estaba roto.

Las lágrimas se le agolpaban, no podía dejar de llorar.

«Ojalá pudiese parar el tiempo o regresar al pasado.», pensaba.

De poder hacerlo, mandaría una misiva a Duncan para advertirle de que dejara de beber.

Se sobresaltó al llegar a esa conclusión.

¿Cómo podía elegir justo ese momento? ¿Por qué no había elegido el día que le mandó la carta a St. John? ¿Por qué no decidía regresar a la tarde en que él le pidió su mano para poder negarse? Porque ella le seguía amando a pesar de todo.

Se enfureció consigo misma.

Se levantó de la cama y se acercó a su tocador.

Su reflejo no mostraba a una novia. Esa mujer con los ojos rojizos por el llanto no era la imagen de una esposa feliz. Era la de una dama que acababa de convertirse en una muerta viviente, pues ¿qué sentido tenía la vida para ella ahora que ya no tenía motivación para seguir viviendo?

Se limpió las lágrimas y se hizo una promesa: no volvería a caer rendida ante Duncan.

***

St. John entró en la casa de Elaine y la encontró en el salón, en bata, y se sorprendió. ¿Dónde estaba la barriga abultada que había mostrado en su casa?

La risa de Elaine lo desconcertó.

—No estás embarazada —afirmó.

—Querido, de haber sabido que un hijo mío iba a ser tan importante para ti, me hubiese quedado embarazada el primer día que nos conocimos.

El nuevo duque estalló:

—¡¿Qué clase de mente enfermiza finge un embarazo para destrozarme la vida?!

Elaine se volvió a reír.

—No, querido, esto no es por ti —reconoció—. Tú nunca has sido el objetivo. El conde de Oxford y yo teníamos el mismo enemigo y tú eras el único que podías llevarnos hasta él.

—Penelope —siseó él con desgarro.

—Fíjate, una duquesa derrotada por una simple actriz —se vanaglorió—. No estaba convencida del plan, pero aquí estás, mientras que tu esposa está sola en su gran casa, con la reputación echada a perder.

Duncan cerró los ojos. Si lo hubiese pensado mejor, si hubiese tenido la paciencia de sopesar los pros y los contras… Pero la rabia lo había guiado y ahora… ahora… ¡Dios!

***

La sala de mañanas de *Golden House* estaba preparada para el desayuno. En la casa solo quedaban los invitados más allegados y el príncipe regente.

Duncan entró con el cabello alborotado y la ropa polvorienta. Se cruzó con su hermano, que bajaba a desayunar.

—¿De dónde vienes?

Cuando Duncan alzó la cabeza, Connor levantó las cejas; aquella imagen no era la de un hombre recién casado.

—Vayamos a un lugar privado —ordenó Connor.

Duncan le hizo una seña con la cabeza para que lo siguiera. Caminaron con decisión hasta que llegaron al despacho de Penelope, el lugar que había sido testigo de su ruptura.

—¿Qué has hecho, Duncan? —preguntó nada más entrar, pues conocía muy bien a su hermano.

El nuevo duque narró a su hermano toda la historia.

Connor se llevó las manos a la cabeza.

—¡¿En qué pensabas?!

—No pensé, ese es el problema.

Connor caminó de un lado a otro, hasta que se detuvo en mitad de la habitación.

—Ya lo puedes jurar —lo amonestó—. ¿Tienes idea de lo que has hecho? ¡Por los mismísimos demonios, Duncan! Tienes que ubicarte, ahora ya no eres Duncan St. John, ¡eres el duque de Whellingtton y Kennt! —lo

recriminó de nuevo—. Acepta tu cargo de una vez por todas.

Duncan se sentó, totalmente derrotado. Connor tenía razón, estaba desubicado, no sabía cómo actuar.

—Me ofusqué —reconoció Duncan—. Quise castigar a Penelope por su actitud y despotismo conmigo.

El mayor de los St. John estaba tan enfadado que le resultaba imposible guardarse en su interior lo que pensaba, necesitaba sacar al exterior todo cuanto merecía escuchar Duncan con la intención de abrirle los ojos, porque si él no lo conseguía, el destino de su hermano estaría destinado al fracaso.

—¿Su despotismo? —gritó, incrédulo—. El único que actuó como un auténtico déspota fuiste tú —lo amonestó con rabia—. Penelope lo que hizo fue salvaguardar su legado. Tu mujer se ha enfrentado a todos desde el mismo día en que su padre murió —le recordó, por si se le había olvidado—. No ha dejado de batallar contra todos ni un solo día —aseguró con cierto orgullo—. Y ha ido venciendo con paso firme a cada uno de sus enemigos —afirmó, complacido por lo que la duquesa había conseguido.

Duncan se mordió los labios, frustrado por la reprimenda que Connor le estaba dando.

—Ha demostrado que es capaz de pelear como una auténtica fiera para proteger a todo aquel que está bajo su amparo, cuando podía haberlos dejado a su suerte —declaró, aludiendo a quienes en un principio le dieron la espalda—. Pero no lo hizo, ¿y sabes por qué?

Duncan negó con la cabeza.

—Porque Penelope tuvo los arrestos de tragarse su orgullo —se respondió, con admiración hacia su cuñada—. Lo hizo porque esa era su obligación, mantener su legado tan intacto como se lo dejaron —sentenció clavando su mirada más gélida en su hermano—. Así se comporta un duque, Duncan; deja a un lado su rencor, su rabia, su venganza y su ego, para mantener sus títulos bajo la categoría social y honorabilidad que se merecen.

Duncan tragó saliva. Connor, una vez más tenía razón; Penelope podría haber dejado a sus jornaleros desamparados después de que ellos le diesen la espalda, pero se tragó su orgullo para protegerlos.

—No me puedo creer que después de todo lo que tu mujer ha tenido que batallar, tú, precisamente tú la hayas ultrajado —dijo con desprecio—. Has puesto en peligro la intachable reputación y categoría social de dos de los

ducados más respetados desde hace siglos. Y todo por tu fuerte temperamento, uno que eres incapaz de controlar y que te convierte en un hombre irracional.

—Yo… —intentó justificarse, pero Connor le interrumpió.

—¡Tú has convertido a tu esposa en *la duquesa ultrajada*!

La verdad dolía.

Duncan se frotó la cara desesperado.

—¿Y ahora qué puedo hacer?

Connor no tenía una respuesta para esa pregunta, pero tres ancianas irrumpieron en el despacho para darle la solución que necesitaba.

—Te llevarás a tu mujer lejos de Inglaterra —dijo lady Philomena—. Y actuaréis como una pareja de recién casados, que es lo que sois.

Duncan se puso en pie y Connor se giró para mirarlas, sorprendido por la intromisión.

—¿Quién te vio? —preguntó lady Violet directamente a Duncan.

—No lo sé —reconoció, honesto—. Intenté ocultarme lo mejor que pude, pero no puedo garantizar que nadie me viese.

Lady Hermione negó con la cabeza en señal de disgusto.

—Sube al dormitorio de tu mujer y empieza a arreglar este desaguisado con celeridad, y sobre todo, con exactitud.

Duncan comprendió lo que su tía Philo le estaba ordenando, y más valía que pudiese enmendar su error, o su vida estaría abocada al fracaso.

En el dormitorio de Penelope el silencio reinaba. Duncan se acercó con lentitud hasta la cama.

—Pen, tenemos que hablar —pronunció en voz baja. Sabía que ella estaba despierta, la había visto moverse al abrir la puerta.

—Milord, os agradecería que salieseis de mi alcoba —pronunció Penelope sin emoción en su voz—. No quiero que mi doncella personal os encuentre aquí.

Duncan cerró los ojos, apenado por la situación.

Se alejó hasta la ventana y descorrió las cortinas.

Penelope se cubrió de la cegadora luz con el antebrazo.

Duncan suspiró. Ver a Penelope en la cama, con el pelo alborotado y en camisón, le recordó lo hermosa y satisfactoria que había sido la noche que consumaron su amor.

Parecía mentira, pero tan solo hacía dos noches de aquello. Y ahora, ahí, a cinco pasos de esa cama, tras una pelea en la que él no había sabido controlar su fuerte temperamento, daba la sensación de que hubiese pasado un año entero, y, lo más doloroso, que entre ellos hubiese un abismo imposible de saltar.

—Ahora eres mi esposa —dijo él con tranquilidad—. A tu doncella le resultará más inexplicable mi ausencia que mi presencia en este dormitorio.

Penelope bajó su brazo y le miró con intensidad.

—Ya me habéis ultrajado —recriminó la duquesa con mucho rencor—. Si toda Inglaterra es consciente de ello, no fingiré en mi propio hogar que somos un matrimonio bien avenido.

La voz de Penelope caló profundamente en Duncan, que lamentó haber sido tan irracional y haber llevado a su esposa a esa situación tan humillante.

—Nadie lo sabe, Penelope —aseguró, aunque no estaba del todo convencido.

—Lo sé yo —sentenció.

Duncan inspiró con fuerza, ¿qué podía rebatir a esa afirmación? Debía encontrar la forma de que ella entrase en razón y permitiera que él intentase subsanar todo lo que había destrozado, empezando por su matrimonio.

Recordó las palabras de su hermano Connor: «Así se comporta un duque, Duncan, deja a un lado su rencor, su rabia, su venganza y su ego, para mantener sus títulos bajo la categoría social y honorabilidad que se merecen». Ahí radicaba su esperanza, Penelope actuaría como se esperaba de ella. Era miserable por su parte tener que manipularla con ello, pero no tenía más alternativas.

—Si queremos que nuestro futuro heredero reciba su legado con la respetabilidad que merece —aludió a los títulos—, nos comportaremos ante todos como el matrimonio enamorado que ayer se desposó delante de la alta sociedad.

Penelope parpadeó, incrédula por el comentario.

Enfadada, se levantó de la cama, se dirigió al perchero en el que Mery le

había dejado su bata de satén blanco, se la puso y, con fuerza, anudó el cinto en su cintura.

Se giró y miró a Duncan de frente.

—*Mi* heredero —comunicó presentando batalla. La noche anterior se prometió no rendirse ante él, y pensaba cumplir su promesa—. No habléis en plural, milord, pues perdisteis ese derecho.

Duncan apretó los dientes. Necesitaba aprender a controlar su temperamento y ese era un buen momento, por lo que respiró repetidas veces antes de hablar, porque de no tranquilizarse volvería a discutir con ella, y ya había cometido un gran error por no haber sabido moderarse.

—Acabarás perdonándome, Pen —aseguró con cautela—. A diferencia de ti, yo sí sé pedir perdón.

Esa acusación molestó a Penelope.

—Que poco me conocéis. —Se entristeció—. Si no proclamo perdón es porque nunca he ofendido —aseguró, ya que bajo su opinión ella no había cometido ofensa; al contrario, había sido la ofendida.

Duncan no quiso continuar por esos derroteros porque de hacerlo sabía que acabarían mal; por ello, decidió redirigir la conversación a su terreno y dar por zanjado de momento el problema que tenían más acuciante.

—Partiremos mañana al alba como teníamos previsto —anunció para que ella estuviese preparada—. No vamos a cancelar nuestra luna de miel.

Penelope parpadeó, incrédula ante lo que Duncan decía. ¿Pensaba de verdad que ella cedería a tal despropósito?

St. John no necesitó más que ver el rostro de estupor de ella para leer su mente.

—Por si no me entendiste, nadie se ha enterado de la visita de Elaine —repitió lo que había comentado al principio—. Nadie.

Ella negó con la cabeza lentamente.

—Os repito —adujo Penelope—: Lo sé yo.

Duncan asintió con lentitud, imitándola.

—Pero tú eres la duquesa de Whellingtton y Kennt. —La manipuló con dolor en su corazón, pues no le quedaba otra opción—. Actuarás como de ti se espera.

Sin esperar una respuesta por su parte, y enfadado consigo mismo por haber tenido que caer tan bajo para intentar enmendar su error, tiró de las sábanas con toda su fuerza y las dejó caer al suelo. Sacó del bolsillo de su chaqueta una pequeña navaja, se arremangó la chaqueta y la camisa, y se hizo un corte en su antebrazo, dejando a Penelope conmocionada. Dejó caer unas cuantas gotas de sangre en la sábana bajera y miró a su esposa.

—Los matrimonios suelen consumar su amor, y esto es lo que sucede después de hacerlo, ¿recuerdas?

Ella, ruborizada, rememoró la noche que pasaron juntos y entendió lo que Duncan pretendía hacer creer al mismo tiempo que su corazón se agrietaba, pues hubiese dado la vida por haber consumado su amor la noche anterior, pero él se había encargado de destrozar cualquier anhelo. Qué curioso era el destino; dos días atrás, al ver las sábanas manchadas se había escandalizado porque alguien pudiese descubrir lo que había hecho, y ahora tenía que fingirlo.

Bajó la cabeza, herida y rota.

Duncan se maldijo interiormente al verla derrotada.

—No voy a cesar en mi empeño, Pen.

La duquesa levantó la cabeza para mirarlo, no comprendía sus palabras.

—Lucharé hasta que vuelvas a confiar en mí —aseguró—. No sé cuánto tiempo me costará enamorarte de nuevo, pero haré cuanto esté en mi mano para que este matrimonio tenga el futuro prometedor con el que empezó.

Los ojos de Penelope se iluminaron, aunque Duncan no supo descifrar si en esa brillante mirada se escondía la esperanza o la rendición.

Y el golpe más doloroso lo recibió cuando ella, en lugar de dar su última palabra como tenía por costumbre, se dio media vuelta y se marchó.

Capítulo XXXIV

A los enemigos se les vence con la verdad o, en su defecto, con la verdad que todos creen conocer

El conde de Stanton leía con atención el último panfleto de cotilleos más importante de Londres, un folleto que por primera vez desde los treinta años que llevaba publicándose, sería repartido por toda Gran Bretaña, no solo en Londres. Y es que la noticia había conseguido su propósito, que todo el mundo estuviese interesado en conocer su contenido.

»Ecos de Sociedad de Londres, 22 de junio de 1816

Esta semana fuimos testigos de la fiesta más notoria de la temporada: la boda de los duques de Whellingtton y Kennt.

El acontecimiento fue tan importante como todos sus invitados, empezando por nuestro Regente, padrino y testigo de honor de que el enlace entre los recién casados, para desgracia de todos nosotros, no fue por convención, sino por amor; una tendencia que, de seguir sus pasos otros nobles, pondrá en riesgo las buenas costumbres de nuestro reino. Pero dejando a un lado la temeridad y misterios que embargan a una pareja a casarse por amor, nuestra mayor preocupación es la cobardía que cierto noble despechado mostró. Sin necesidad de utilizar su nombre, pues desde esta redacción consideramos que nuestros lectores tienen la suficiente inteligencia como para descubrir por sí solos al susodicho, nos vemos obligados a poner en antecedentes a todos los pares del reino, pues la cobardía de uno puede tambalear las formas y buenas costumbres de nuestra jerarquía social, ya que, escondido tras una mujer de dudosa reputación, intentó boicotear la gran celebración, presentándose la muy insolente nada menos que en Golden House. ¿Podemos permitir que este noble agazapado vuelva a intentar integrar a una mujer de baja alcurnia en la misma fiesta en la que su invitado más ilustre era el hijo de nuestro rey? No tiemblen, queridos lectores, porque la duquesa supo atajar la desfachatez de inmediato, expulsando a la joven para que sus loables invitados no tuviesen que interactuar con alguien tan pagada de vulgaridad y cinismo. Pero el cobarde entre las sombras, en vez de aceptar su derrota ante la mujer que ya le venció una vez y con la que está enemistado, ha decidido ultrajarla con

falsas acusaciones. Y aquí es donde nos afecta a todos, porque todos fuimos testigos de cómo la pareja recién casada nos abandonaba a mitad de celebración con el descaro de encerrarse en la habitación matrimonial. Una descarada actuación por parte de los duques de Whellingtton y Kennt que nos conmocionó a todos, pero de la que fuimos testigos. Por ello, ahora las mentiras del noble pávido ponen en entredicho la palabra de los que allí estuvimos. ¿Puede en su cobardía tachar de falta de palabra a los invitados de la celebración? Decidan ustedes, queridos lectores, si los embustes del conde deben ser castigados, porque en su soberbia desmedida nos insulta a los demás, empezando por el que un día coronaremos rey.

Connor releyó la noticia tres veces porque no podía creerse lo que estaba leyendo.

¿Quién escribía ese panfleto?

Se quedó pensativo. Al cabo de un rato reaccionó. Daba lo mismo, lo único que importaba era que aquel folleto acababa de hundir por completo al conde de Oxford. No habían nombrado al cobarde, pero era de todos conocida la historia y sabían que Penelope se había enemistado con él; por ende, todos sabían quién era el aludido.

Sonrió porque él le había prometido a su hermano pequeño que acabaría con Oxford; demasiado permisivo y benevolente había sido con él. Era conocedor de que le habían dado la espalda muchos nobles desde su tropiezo con su cuñada, pero ese panfleto acababa de conseguir que todo el reino se despegara y desentendiera de la amistad o trato que pudiesen tener con el condado de Oxford, y él acababa de decidir darle la estocada final. Se levantó, dejó el folleto encima de la mesa que tenía delante, se estiró el chaleco y se irguió.

Salió de la sala y se dirigió con paso firme hacia la puerta principal de la casa.

—Connor, querido —llamó su atención tía Philomena.

El conde de Stanton acudió a su llamada.

—Señoras —saludó a las tres ancianas que estaban sentadas con tres tazas de té en las manos.

—¿Vas a salir? —se interesó lady Violet.

—Esa es mi intención —respondió, amable.

—¿Te diriges a algún lugar en concreto? —indagó lady Philomena.

—Sí.

Su respuesta escueta hizo sonreír a las tres damas. Connor entrecerró los ojos.

—Perfecto, querido —anunció su tía Philomena—. Que no te tiemble el pulso para defender el honor de un St. John.

Connor parpadeó. No sabía cómo pero siempre, después de tantos años, acababan sorprendiéndolo. Era como si le leyesen la mente.

Las mujeres continuaron como si él ya no estuviese allí.

El conde se dio la vuelta y se dirigió a los establos. Una vez allí sonrió; fuera como fuese que esas tres hechiceras se hubiesen enterado de sus planes, daba lo mismo, lo acuciante era que le había gustado tener el beneplácito de las tres para acabar con el hombre que había intentado destrozar a su hermano, ergo a él también.

Capítulo XXXV

Si un duque su matrimonio quiere salvar, tendrá que aprender a actuar como tal

Los duques de Whellingtton y Kennt desembarcaban del *My Duchess* en *Kingston Harbour,* ajenos al panfleto de *Los Ecos de Sociedad* de Londres.

Penelope observaba a Duncan cómo daba instrucciones al capitán del barco.

Se giró al escuchar a Mery.

—Este clima es asfixiante —se quejó.

Penelope asintió; su doncella personal tenía razón, el clima tropical de Jamaica nada tenía que ver con el que estaban acostumbrados a soportar en Inglaterra.

El brazo extendido de Duncan ofreciéndole su pañuelo para que se secara la frente que tenía perlada en sudor la sobresaltó.

Lo aceptó e hizo una pequeña inclinación con la cabeza para darle las gracias.

A pesar de llevar un vestido veraniego de color crema, un sombrerito de paja con cintas del mismo color y su sombrilla a juego, parecía que toda aquella ropa estuviese diseñada para torturar a cualquier inglés.

Duncan sonrió.

—Te acostumbrarás —aseguró, afable—. Los primeros días son los más insoportables.

Penelope no respondió, aunque deseó que sus palabras fuesen ciertas.

Dos carruajes los esperaban: uno para los duques; el otro para el mayordomo, la doncella personal y los cuatro lacayos que los acompañaban.

Mientras recorrían el trayecto hasta la hacienda de Duncan, él observaba a Penelope. No quería perderse ningún gesto, deseaba que ella se sintiera a gusto allí, en su hacienda, en su casa, en su plantación, porque una parte de él estaba ligada a esas tierras.

Al mirarla sentía que la distancia entre ellos cada día aumentaba más; a pesar de haber pasado quince días en alta mar junto a ella, tenía la sensación de que Penelope se había quedado en Londres.

El peso de su conciencia le impedía acercarse a su mujer. Sabía que había

actuado mal, pero necesitaba que su esposa le tendiera un puente para acercarse y disminuir poco a poco la distancia entre los dos.

Penelope, ajena a las elucubraciones de Duncan, prácticamente pensaba lo mismo, solo que ella esperaba que fuese él quien tendiese ese viaducto pues, a pesar de lo sucedido, en los últimos quince días había tenido mucho tiempo para pensar, y si quería tener un futuro prometedor para el que un día llegase a ser su heredero, su matrimonio tendría que resurgir de las cenizas.

Estaba tan absorta en sus pensamientos que apenas se percató de que el carruaje había parado.

—Pen, bienvenida a *Obeah*.

Ella frunció el ceño.

—¿Qué significa?

—Hechicero.

Penelope miró a su alrededor.

La hacienda era grande, de piedra blanca con columnas pintadas del mismo color, que acentuaban las dimensiones de la casa, constatando el poder adquisitivo del propietario. Las tierras eran extensas y estaban muy bien cultivadas.

—Le puse ese nombre porque ningún antepasado mío fue capaz de hacer resurgir la cosecha de estas tierras —confesó. No sabía por qué, pero necesitaba que su mujer supiese cuán importante era para él ese lugar—. Yo mismo trabajé las tierras con mis propias manos —la informó mirando los campos que los rodeaban.

Penelope se quedó absorta observando el perfil del hombre con el que se había casado; sin duda él era todo un hechicero, porque a ella la tenía hechizada desde que se conocieron.

—Y te convertiste en el hechicero que con su magia hizo brotar el cultivo —dijo Penelope con voz dulce y bromista.

A Duncan el corazón se le agitó. Su pelirroja… su pecosilla… su duquesa… volvía a tutearlo.

Ladeó el cuello para mirarla y se emocionó al comprobar que ella estaba sonriendo.

Deseaba tanto tocarla que incluso llegaba a doler, pero no estaba seguro de poder hacerlo. Igual su anhelo por acercarse y sentirla conseguía el efecto

contrario en ella y se apartaba de su contacto. Y la verdad, no sabía si podría soportarlo.

Durante unos segundos se quedaron mirándose el uno al otro. Él buscaba en su mirada la invitación para poder besarla. Ella estudiaba la reacción de él, indecisa, pues no sabía si sería buena idea levantar sus manos y acunar su rostro.

La carreta con sus sirvientes apeándose junto al de ellos rompió la magia del momento.

Duncan bajó y le ofreció su mano.

Penelope se aferró con fuerza a aquellos dedos; era poco, pero fue el primer contacto físico que hubo entre los dos desde el día de su boda.

—¡Duncan, Duncan! —gritó una muchacha mientras corría hacia él.

Penelope parpadeó.

¿Los criados tuteaban a su marido?

La joven, una criada de *Obeah*, se lanzó a los brazos de Duncan y este, en lugar de apartarse, la recibió con los brazos abiertos.

Mery bajó la cabeza.

August apretó los labios.

Los cuatro lacayos se miraron entre ellos.

Penelope abrió su sombrilla con fuerza; era mejor mantenerse ocupada o le estamparía el parasol en la cabeza a Duncan por semejante desfachatez. ¿Dónde se había visto que un lord, no, un duque abrazase a una esclava?

El mayordomo miró con asombro la escena. Sabía que en 1808 se había aprobado la ley de Abolición, y eso significaba que ya no se podía hacer trata de esclavos, pero esa muchachita de color lo era y debía mantener las formas. Se sintió ofendido por su señora, Penelope no merecía esa humillación delante del resto del personal.

Cuatro mujeres más de la misma raza que la muchacha y vestidas todas de blanco, también salieron al encuentro del duque.

—Bienvenido a casa —dijo la mujer más mayor y rechoncha.

Dos criados de la hacienda presentaron sus respetos al duque. Claro que, lo que para ellos era presentar respeto, para la duquesa y los sirvientes de *Golden House* fue más bien toda una declaración de ofensa hacia sus señores.

Mientras Duncan saludaba, la muchacha joven miraba a Penelope con desafío. Más que eso, había cierto grado de animadversión.

Penelope, tal dama nacida con la educación de una mismísima reina, permaneció estoica, como si no le afectara la situación comprometida a la que su esposo la estaba sometiendo. Eso sí, no pudo dejar de observar que esa muchacha a la que no echaría más de dieciséis años estaba encinta.

Duncan se giró, y al ver que en el rostro de su esposa ya no quedaba ni un atisbo de sonrisa, se amonestó mentalmente: «Deberías haberla advertido».

—Os presento a mi esposa, la duquesa Penelope de Whellingtton y Kennt.

Al ver que todos los que se ocupaban de la hacienda no fueron capaces de inclinarse ante Penelope, August se indignó, por lo que interrumpió a Duncan, para sacar a su señora, la niña que había visto nacer, de la vejación a la que el duque no parecía dar la menor importancia y sí la tenía, pues Penelope merecía recibir los respetos de una mujer de su posición.

—¿A quién tengo el gusto de dirigirme como ama de llaves?

La mujer rolliza miró a las otras cuatro.

Duncan se sintió un estúpido. Él estaba acostumbrado a vivir de otra manera en esas tierras, allí el protocolo no era tan importante.

—Me temo, señor Patterson, que en *Obeah* nadie ocupa tal puesto.

Los lacayos se miraron. ¿Qué estaba diciendo el duque?, ¿es que en Jamaica no existía la estimada jerarquía entre los sirvientes?

Penelope cerró los ojos, avergonzada por poner a August en tales lindes. Duncan tenía que asumir que en su nuevo estatus no podía permitirse tanta insensatez, en una casa de bien jamás faltaba el ama de llaves. Pues bien, pondría en su sitio a cada uno, empezando por los criados y terminando por Duncan, en cuanto tuviese la oportunidad.

—El señor Patterson dará las órdenes pertinentes a partir de hoy —adujo mirando de uno a uno a todos los criados de *Obeah*.

—En esta hacienda solo manda Duncan —se entrometió la muchacha más joven, con el acento característico de esas tierras—. Y cuando él no está, manda Shamar. —Señaló con el dedo a un hombre alto y delgado, que sonrió con petulancia.

Penelope había soportado en diez minutos más vejaciones de las que nadie debería soportar, pero moriría allí mismo antes que permitir que August se

sintiese relegado de su cargo y posición.

—Jamás repito un mandado —anotó Penelope, taxativa—. Señor Patterson, ocúpese con su habitual diligencia —ensalzó al mayordomo—. Con su pericia y algo de fortuna, conseguiremos que esta gente acabe teniendo modales.

—Pen… —susurró Duncan, pero Penelope le advirtió con la mirada que no se le ocurriese dejarla en evidencia, y menos, restarle poder ante los esclavos.

El señor Patterson comenzó a dar órdenes; lo primero, que los lacayos subiesen los baúles a los aposentos de los duques.

Penelope esperó a que sus sirvientes acatasen los mandados de August.

Duncan, con caballerosidad, invitó a su esposa a entrar en la casa. Ella entró con la cabeza erguida y paso lento.

Mery se apresuró a subir las escaleras. En esa casa, a diferencia de las acostumbradas en Inglaterra, solo había una altura, donde se encontraban los dormitorios, además de la planta principal. Se quedó pensativa, ¿dónde dormirían los sirvientes? Esa respuesta llegó rápida cuando Oliver, uno de los lacayos de la duquesa, se pronunció tras dejar el último baúl que habían subido al aposento destinado a su señora.

—El señor Patterson me ha dicho que tenemos cabañas destinadas.

—¿Perdón? —se interesó Mery, sin comprender.

El hombre se acercó a la ventana y señaló con la cabeza el exterior. Mery y el otro lacayo se acercaron.

—Esas cabañas blancas son nuestros aposentos —indicó—. En esta colonia, por lo visto están todavía por civilizar.

—El señor Patterson pronto los pondrá en vereda —dijo con orgullo Peter, puesto que para ellos August era la máxima autoridad.

Los dos hombres rieron; Mery simplemente sonrió y dio dos palmaditas.

—Vamos, señores, vamos —apremió—. Tenemos mucho que hacer.

Los dos lacayos salieron del dormitorio y ella se afanó con celeridad en sacar los vestidos de su señora para colgarlos en los armarios.

La habitación era muy bonita e iluminada, estaba segura de que a Penelope le encantaría. Una cama preciosa con dosel de madera blanca, cubierta por un tul del mismo color para protegerla de los mosquitos, se

hallaba en el centro de la habitación. Los muebles eran del mismo color, y los dos divanes y la butaca del tocador estaban forrados de seda estampada en amarillo pálido.

La sorpresa para Mery fue la antecámara al dormitorio, donde encontró un gran vestidor y, en un apartado, un baño digno de un rey.

Seguramente a Penelope le encantaría darse un buen baño en esa bañera en la que incluso podría nadar. Jamás había visto una tan grande, y lo que menos esperaba era encontrarla en *Obeah*.

En la planta baja, en el comedor principal, se encontraba el matrimonio. Penelope miraba la sala. Nunca habría imaginado que una decoración tan simple y tan blanca le pudiese gustar, pero de alguna forma, que todo fuese tan cálido le producía paz. Claro que, esa paz no era suficiente como para calmar su perturbado interior; estaba tan alterada que intentó tranquilizarse antes de hablar, porque de no hacerlo diría algo de lo que se tendría que lamentar.

Se acercó a las puertas abiertas que daban al exterior. Desde allí se salía a un corredor que estaba resguardado por el piso superior, en el que había varios sofás distanciados entre ellos por varios metros, donde se podía descansar al aire libre y estar protegido del sol o la lluvia y, sobre todo, disfrutar de unas preciosas puestas de sol.

Penelope se apoyó en la baranda de madera y clavó su vista en el mar.

Duncan permaneció callado, observándola a su lado.

La duquesa inspiró con fuerza.

—Intento comprenderte, Duncan —dijo con voz serena—. Me estoy esforzando por comprender qué te lleva a actuar con tan poco decoro —lo acusó, aunque no sonó a reproche—. Y no llego a alcanzar tan importante respuesta.

Se giró para mirarlo y se quedaron uno frente al otro.

—No me he comportado indecorosamente —se justificó—. Es cierto que debí advertirte antes de llegar.

—¿De qué?, ¿de que al llegar sería testigo de la muestra de afecto público entre mi esposo y una esclava?

Duncan comprendió el enfado de Penelope; si bien en Inglaterra no era

apropiado siquiera abrazar a una esposa en público, ya no decir a una sirvienta.

—Te he ofendido, pero debes saber que no era mi intención —se disculpó, honesto—. En esta colonia aprenderás que las normas por las que nos regimos en Inglaterra no son las mismas que aquí.

—Si tu intención era traerme aquí para que rebaje mi educación, debo advertirte que fracasarás —vaticinó—. A esas normas a las que haces referencia se las denomina *civilización*.

—Pen —pronunció con súplica—. No quiero discutir. Tan solo te pido que antes de juzgarme comprendas que aquí las cosas son distintas.

Penelope volvió a girarse, puso sus manos en la barandilla y se aferró a ella con fuerza. Sus ojos se iluminaron pero no quería que él se diese cuenta de que tenía ganas de llorar. Su marido nunca la entendía, dijera lo que dijese siempre creía que le estaba reprochando algo, y no era así; tan solo pretendía que él aceptase que su vida nunca volvería a ser la misma, porque si alguien debía dar ejemplaridad ante los demás, ese era él, tanto en Inglaterra, como en Escocia, como en Jamaica. ¿Acaso no se daba cuenta de que si alguien deseaba saltarse cualquier norma y sentirse libre de actuar libremente era ella? Pero no podía, no cuando su deber era ser ejemplar.

—Tú no puedes eludir las normas establecidas —habló con derrota—. No importa dónde estés, nada justificará que no des ejemplo —se apenó—. Porque tú tienes un deber, comportarte como el duque de Whellingtton y Kennt.

El temperamento de Duncan salió a la luz porque no entendió la buena intención de Penelope advirtiéndole de que desde el momento en que se casaron, él sería juzgado por cualquier acto; lo único que él comprendió fue que ella le recriminaba no estar a la altura de su nuevo cargo.

—¿Y tú, Penelope? —se expresó con cinismo—. ¿Crees que tienes el derecho moral de recriminarme un deber cuando tú no eres capaz de cumplir con el tuyo?

Penelope, sin cambiar de posición, ladeó la cabeza para mirarlo.

—Bájate de ese alto pedestal al que te has subido, porque resulta ridícula tanto tu actitud de dama poderosa y de moralidad superior, como tu apología del deber, cuando como esposa no estás cumpliendo con lo que las sagradas normas dictan al respecto.

Las palabras de Duncan eran dardos envenenados lanzados sin pensar, llevados por el enfado.

Penelope se soltó de la barandilla y le miró con hastío por reprocharle no haber consumado su matrimonio. Acto seguido levantó los brazos, sorprendiendo a Duncan.

—Aquí me tenéis —dejó de tutearlo—. ¿Es eso lo que deseáis? ¿Mi sumisión? Pues aquí me tenéis.

El duque apretó los dientes.

—Si mi sumisión sirve para que os comportéis de una vez por todas como se espera de vos —adujo con frialdad—, que así sea.

Duncan entendió que acababa de recibir de su propia medicina.

Penelope bajó los brazos.

—Hay una diferencia entre usted y yo, milord —declaró Penelope, consciente de que iba a decir la última palabra—: Cuando cometo un error, lo acepto y me resigno a convivir con ello —declaró, aludiendo a su matrimonio —. Mi castigo es haberme enamorado de quien no debía, y mi deber es tragarme la decepción y convertirlo en el duque que todos esperan ver —aseguró, extasiada por no haber cogido aire.

Duncan saltó la barandilla y se alejó a pasos agigantados hacia la playa.

Penelope se tambaleó hacia atrás y se dejó caer en uno de los sofás; le faltaba el aire.

Capítulo XXXVI

El matrimonio perfecto es el que es capaz de reñir y perdonar con la misma facilidad

Penelope caminaba por la playa con su *seaside clothes*[7] de color crema y cintas moradas, disfrutando de la agradable brisa del mar.

Llevaba dos días en Jamaica y se sentía más sola que nunca. Al menos en *Golden House* podía gozar de la compañía del señor Hook, o viajar a Londres y reunirse con las gemelas Allende, pero ahí no gozaba de amistades, y desde su discusión con Duncan parecía que a su marido se lo hubiese tragado la tierra, porque no lo había visto por ninguna parte.

Decidió adentrarse un poco en el agua para refrescarse. Se acercó lentamente hasta que sus pies se mojaron y dio varios saltitos hacia atrás riéndose.

—Está muy fría —informó Duncan detrás de ella, descalzo, con un pantalón blanco y una camisa del mismo color.

Penelope, con una gran sonrisa por la diversión del baño, se giró.

—¡Está helada! —se expresó jovial.

Aquella sonrisa hechizó al duque, que sonrió y se acercó a Penelope, le tendió su mano, y ella entrelazó sus dedos sin pensarlo.

Con las manos unidas y divertidos, recorrieron los pasos que les faltaban hasta meterse en el mar. Cada vez que una ola estaba a punto de embestirlos, intentaban saltarla. Se adentraron hasta que el agua les cubrió las cinturas.

La risa de Penelope era tan estimulante y tan sincera, que llegó a embriagar toda la costa, o eso le pareció a Duncan, a quien le fue imposible apartar la mirada de ella.

Cuando Penelope le miró, dejó de reír; no obstante, en su brillante y pecoso rostro lucía una sonrisa amigable.

La brisa le arrebató su sombrerito y Duncan lo atrapó en el aire, se acercó a Penelope y, en lugar de devolvérselo, prefirió encargarse él mismo de colocárselo.

En cuanto lo hizo, deslizó sus manos por las cintas moradas hasta que estas llegaron a los hombros de ella, y con temblor en los dedos por temor a que ella rechazase su contacto, la sujetó con cuidado, acariciando la blanca piel de su esposa.

—Pen, lamento… —empezó a hablar con voz emotiva, pero ella lo interrumpió.

—No, por favor, no quiero escuchar más disculpas ni reproches —suplicó, emocionada al sentir las manos de Duncan sobre sus hombros y las corrientes de placer que le producían—. Permitámonos disfrutar de este momento, concedámonos una tregua.

No había nadie en los alrededores, y tanto le hubiese dado a Duncan que lo hubiera, porque su contención por Penelope en ese preciso instante se evaporó. Se acercó lentamente, bajó la cabeza y besó a su mujer.

Penelope recibió aquel contacto con esperanza e ilusión. Estaba cansada de sentirse vacía y rota. Agobiada por intentar ser comprendida. Fatigada por pasar las noches en vela esperando a Duncan.

—Amor, sé que tenemos un gran futuro por delante —susurró el duque besando todo el rostro de su mujer—. Estoy convencido, porque el matrimonio perfecto es el que es capaz de reñir y perdonar con la misma facilidad —le recordó la frase que él había pronunciado la primera vez que discutieron.

Penelope acunó el rostro de él con cariño y mucha ternura; aquella frase pronunciada entre susurros la había cautivado, haciéndole recordar aquel momento del pasado en el que por primera vez había surgido una comprensión entre ellos. Y era tan esperanzador poder creer que con paciencia y buena voluntad acabarían entendiéndose por completo...

—No sabes cuánto lo anhelo —se sinceró.

Y sus bocas volvieron a unirse, porque se necesitaban.

Él la levantó y la sacó del mar entre sus brazos. Nada más llegar a la orilla la dejó de nuevo en el suelo con sumo cuidado.

Y en esta ocasión, Duncan, con una desesperación inusitada, fue quien acunó el rostro de Penelope y la besó con tanto fervor que por poco caen los dos a la arena.

Sus bocas se reclamaban, sus manos se buscaban, sus almas se unían de nuevo.

Sabía que su mujer era pasional y muy ardiente cuando se entregaba por completo, y ese pensamiento lo endureció sin medida.

Con agilidad y presteza la tumbó, sin que a ella le diese tiempo a

reaccionar, sobre la manta que había usado Penelope mientras leía un libro; y eso lo sabía porque la había estado espiando, ya que le era imposible, incluso enfadado, estar alejado de ella.

Sus manos anhelantes recorrieron el contorno de su mujer.

Penelope, tan cautivada y extasiada por aquella arrolladora pasión que Duncan le ofrecía, se entregó sin oponer resistencia; ella también lo deseaba.

En cuanto Duncan consiguió bajarle los calzones a su esposa, esta lo miró escandalizada.

—Duncan, no podemos…

—Sí podemos, mi amor —aseguró él, acariciando la parte interna de los muslos de ella—. Esta playa es privada, nadie puede vernos.

Penelope no estaba convencida, pero en cuanto él se puso sobre ella y acercó aquel miembro que tanto le hacía gozar en su caliente abertura, sonrió y se abrió más de piernas para facilitarle el trabajo.

En ningún momento sus miradas se apartaron.

Cada embestida era una promesa.

Cada gemido una salvación.

Cada caricia un deseo.

Cada sonrisa un aliento.

En cuanto llegaron al clímax total, Duncan se dejó caer a un lado y la arrastró a ella con él; no quería separarse de su mujer, necesitaba sentirla cerca.

Penelope se bajó la falda y dejó su cabeza pegada en el pecho de Duncan, sonriente y con las mejillas encarnadas.

Suspiró enamorada.

Él, en agradecimiento a aquel suspiro, le besó la cabeza con los ojos cerrados.

—Desearía estar así siempre —soñó Penelope.

Duncan se carcajeó.

—Lo creas o no, Pen, todo hombre tiene un límite físico —bromeó, consiguiendo que ella le diese un pequeño golpe en el hombro en señal de protesta.

—No seas descarado —le reprochó sonriente—. No me refería

exactamente a… a… —Le daba pudor decirlo en voz alta.

—¿A qué, Pecosilla?

—Ya sabes a qué me refiero.

Duncan volvió a carcajearse; ver a su mujer en aquella actitud tan puritana después de haber hecho el amor en la arena era muy gracioso.

—¡Duncan, Duncan! —lo llamó la esclava joven mientras corría hacia ellos.

El duque se apresuró en recolocarse bien la ropa y tapó a su esposa con la manta.

Cuando la joven llegó hasta ellos, miró a la duquesa.

—Excelencia —saludó a Penelope, jocosa, dando a entender que era vergonzoso encontrarla de esa guisa.

A Duncan no le gustó aquello, su mujer no merecía ese trato. Penelope no tenía la culpa de la animadversión que la mayoría de los esclavos de la isla mostraban ante los aristócratas. Él había vivido y compartido muchas horas con todos sus esclavos y jamás los había tratado como tales. Pero a pesar de que comprendía el rencor de la joven que tenía delante por lo que le había sucedido tanto a ella como a otras mujeres de color, no consentiría que Penelope estuviese desprotegida a su lado.

—Janine, desde este mismo instante cada vez que mi esposa y yo queramos disfrutar de un paseo, no nos interrumpirá nadie —advirtió con un tono de voz que daba a entender que no estaba bromeando—. Y además, te referirás a nosotros con el respeto que merecemos.

A la muchacha se le borró la sonrisa.

—¿Qué querías?

—Avisarte… —respondió, pero ella misma se corrigió al ver cómo Duncan la amonestaba levantando las cejas—. Avisarle, Excelencia, de que su baño está preparado.

—Puedes retirarte —ordenó Duncan.

La joven se alejó corriendo.

Penelope tendió su brazo para que él la ayudase a levantarse.

Una vez en pie, se aseguró de que la joven estuviese lejos antes de colocarse los calzones, que todavía estaban mojados.

Duncan la observaba, y al notar que la sonrisa de su rostro había desaparecido, decidió intervenir.

—Dales tiempo, no están acostumbrados a…

Penelope levantó la mano para que no continuase.

—Dejémoslo —cedió, recordando la tregua; no quería estropear el momento que acababan de disfrutar—. Consigamos acabar el día en buena armonía.

Duncan la rodeó con un brazo por los hombros y caminaron en esa posición hacia la casa. Debían arreglarse para acudir a la casa del barón Bonifait, que les había mandado una invitación para cenar esa noche.

Capítulo XXXVII

No solo con palabras se ofende a una aristócrata

La doncella personal de la duquesa sonreía al escuchar a su señora entonando una canción; llevaba días tan silenciosa y apática que aquel cambio de humor era, cuanto menos, gratificante.

Con un vestido del mismo color que su pelo, se miraba ante el espejo.

El mayordomo llamó a la puerta para avisar de que el duque la esperaba en la entrada.

Penelope asintió y pasó por delante de él y su doncella, sin ser consciente de que seguía tarareando.

August y Mery se miraron con complicidad y sonrieron encantados.

Duncan esperaba a su esposa apostado en la escalera, donde la recibió con una gran sonrisa.

En cuanto ella llegó hasta él, le tendió la mano; este se la cogió y se la llevó a los labios.

—Estás muy hermosa —la halagó.

—Gracias, milord —respondió, agradecida.

Media hora tardaron en llegar hasta la hacienda del barón Bonifait. En esta ocasión, Duncan prescindió de los lacayos; él mismo se encargó de conducir el *gig*[8].

Durante el trayecto, la conversación entre ellos fue fluida y divertida. Y por ello, embriagado por la buena armonía que reinaba entre los dos, Duncan aprovechó para prestar ayuda a su esposa al bajarla del carruaje, tomarla por la cintura y pegarla a él, aparentando despreocupación como si fuese un simple roce casual. Pero no lo era y ambos lo sabían.

Antes de escuchar una sola queja por parte de Penelope, rozó sus labios con los de ella, en una suavísima caricia.

—Duncan —musitó—, podría vernos alguien.

El duque se encogió de hombros, restando importancia.

El barón los recibió en la misma entrada.

—Mi querido amigo —saludó en voz alta—. ¡Por fin sentaste la cabeza! —bromeó, aludiendo a su desposorio con Penelope—. Excelencia, es un

honor para mí recibirla en mi humilde hacienda.

Penelope agradeció la cortesía con un ligero asentimiento de cabeza.

—Por favor, permitidme que le presente al almirante Candem.

—No son necesarias las presentaciones, lord Bonifait —interrumpió Penelope—. El almirante Candem, además de gozar de una elevada reputación —alabó Penelope, puesto que el hombre era conocido en toda Inglaterra por su heroicidad en la guerra—, también es un viejo amigo.

Lo eran porque el actual almirante, antes de ingresar en la marina había pertenecido a la guardia privada del duque durante ocho años.

El almirante, un hombre de cuarenta años, con su elegante traje de la *Royal Navy*,[9] besó la mano enguantada de la duquesa.

—Es un placer para mí estar siempre a su servicio —pronunció con deje seductor, algo que molestó a Duncan, más cuando su esposa le regaló una sonrisa deslumbrante.

—¿Qué os trae por esta colonia? —preguntó el duque para que el almirante dejase de mirar a su mujer.

El hombre fijó su mirada en Duncan.

—Mantener el orden en la isla y encarcelar a los exaltados en su intento de sublevación.

Duncan se sorprendió; no había tenido noticias de un motín.

—¿Sublevación? —preguntó de nuevo.

—Intento, más bien —alegó el almirante—. Llegamos a tiempo de que el motín no llegase tan lejos.

—Meritorio su trabajo —admiró Penelope.

—Es mi deber, Excelencia, para con mi reino.

—Por favor, pasemos al comedor —anunció el barón.

Como era de esperar, a Penelope le tocó entrar del brazo del barón, ya que ella era la invitada más loable. De haber estado la baronesa, su esposo habría tenido que acompañarla.

Al entrar en el comedor, Penelope se extrañó; la mesa estaba preparada para diez comensales y ellos solo eran cuatro.

El barón, como anfitrión, ocupó su puesto. Justo a su vera se sentaría Penelope, y al lado de ella, el almirante. Sin embargo, a Duncan el

mayordomo de la casa le ofreció el asiento que estaba justo al otro extremo, por lo que Penelope pensó que la baronesa sí acudiría a la cena; de ser así, había mostrado una falta de modales al no recibirlos.

Penelope se sobresaltó cuando en la sala entraron seis esclavos, cinco hombres y una mujer, con risas escandalosas.

Parpadeó al comprobar que el barón no los amonestaba por tal actitud, sino que, al contrario, sonrió.

Lo que menos esperaba era que se sentaran en la mesa, ¡descalzos! Y mucho menos que la mujer rechoncha, vestida con una túnica blanca y con la cabeza cubierta por un pareo del mismo color, ocupara el puesto de la baronesa, justo al lado de su esposo.

—Sentaos —ordenó la mujer, tomando asiento la primera.

Penelope se quedó tan petrificada que apenas reaccionó.

Duncan, que ya se había sentado tras la orden, miró a su esposa y tragó saliva comprendiendo de inmediato que lo había vuelto a hacer; había vuelto a cometer el error de no avisar a Penelope sobre la vida excéntrica de su anfitrión.

Él estaba acostumbrado; como bien había puesto al corriente a Penelope, en la colonia las normas no eran las mismas, la vida allí era muy distinta a la que estaban acostumbrados. Pero ahora, al ver a su mujer allí, de pie e inmóvil, se preocupó. Que el barón fuese díscolo era algo que a él no le importaba, pero lo que no esperaba era que Bonifait hubiese decidido esa noche saltarse cualquier norma protocolaria, consciente de que iba a tener en su mesa a Penelope, nada menos que con la meretriz más conocida de la isla, una esclava que había conseguido su libertad hacía muy poco y había montado la mayor casa de dudosa reputación de Jamaica.

El almirante, que, al igual que Penelope, también se había mostrado reacio ante la aparición de la mujer que presidía la mesa, tuvo la galantería de retirar un poco el asiento de la duquesa para que esta reaccionara y tomase asiento, en vista de que el duque no se molestaba en amonestar al anfitrión por el poco decoro que estaba mostrando ante la duquesa.

Lo que le faltaba a Duncan. Encima de que él había cometido el error de llevar a su esposa a la casa del barón, ahora el almirante heroico tan admirado por su mujer también conseguía que Penelope se sintiera apoyada y resguardada por él.

¿Qué debía hacer? Sacar a Penelope de aquella casa sería lo más apropiado, pero hasta la fecha había mantenido una buena amistad con el barón y hacerle ese desaire acabaría con tan estrecho trato.

Menos mal que no reinaba el silencio, ya que los invitados del barón eran bastante escandalosos, porque de lo contrario, la situación habría sido más complicada en ese momento.

—¿La pelirroja es tu esposa? —preguntó la mujer, con voz elevada, a Duncan, sin ningún miramiento ni educación por su parte. Aunque no le dejó responder—. Eres un hombre valiente al casarte con ella, tengo entendido que se considera a los pelirrojos… malditos.

Las carcajadas de los cinco esclavos que estaban sentados en la mesa retumbaron por toda la estancia.

—¿Existe mayor condenación que nacer con ese color de pelo?

El insulto quedó en el aire. Incluso el barón, que hasta la fecha había consentido a Komona todos sus caprichos y faltas de respeto, se molestó. Tembló al pensar en la insensatez que había cometido al invitar a la duquesa.

—Nacer con el color de su piel —replicó Penelope, consiguiendo que las risas de los cinco esclavos cesasen en el acto.

Ahí estaba el silencio temido por Duncan.

Komona la miró intensamente y, para sorpresa de todos, se carcajeó.

—Tu esposa tiene un gran sentido del humor.

«Yo no lo aseguraría», se dijo para sí misma Penelope, porque no le encontraba la gracia a nada. Además, ese trato tan cercano que mostraba con su esposo era ante todo *inconcebible*. Y para mal de males, esa mujer había destrozado por completo el día tan maravilloso del que había gozado. Claro que Duncan también por consentirlo.

Clavó su mirada en él.

El duque cerró los ojos; no quería ver esa mirada, la que mostraba una vez más… desilusión.

—Barón…

Duncan tembló y se frotó la nuca. Conocía muy bien ese tono de voz de su mujer, un tono sereno, frío y sentenciador, con el que advertía de que ella era la duquesa, la mujer que no se saltaba las normas, y la que pensaba dejar clara su postura en esa casa. Y fuera la que fuese, estaba convencido de que

Penelope acababa de sentenciarlos tanto al barón como a él. Y la verdad, en esa ocasión no podía negar que ella llevaba razón.

—Puede que hasta la fecha no nos conociésemos —habló Penelope muy seria—, pero sí tuve la oportunidad de conocer a *su esposa* en Londres —informó—. La mujer que debería estar ocupando el puesto que merece en esta mesa.

El barón miró a Duncan suplicando que le ayudase, que interrumpiera.

Penelope, que no tenía intención de ceder ni ante el barón ni ante nadie, continuó:

—¿Puede explicarme por qué me ha invitado a su mesa para insultarme?

—¡Ohh…! —se mofó Komona—. ¿Te has sentido insultada por el comentario de tu pelo?

Penelope, cual digna dama de alta alcurnia, giró la cabeza con lentitud, dejando el resto de su cuerpo bien recto y estirado.

—La ofensa es que estemos sentadas en la misma mesa —declaró, mostrando la gran educación que había recibido.

Duncan se puso en pie, era hora de sacar a su mujer de esa casa; se maldijo por no haber tomado esa decisión en cuanto Komona entró por la puerta.

—Excelencia —medió el barón—. Sé que no es habitual, pero por estos lares las normas no son las mismas.

—Las normas son las normas, lord Bonifait —replicó Penelope—. Su deber es dar ejemplo —le recriminó—. Más, cuando su hacienda está ubicada sobre suelo británico, por ende, bajo el amparo de la corona —declaró, taxativa.

—Penelope —siseó Duncan a su espalda, pues se había desplazado con sigilo hasta ella para retirarle la silla.

La duquesa levantó el brazo sin girarse para mirarlo; no se levantaría hasta terminar todo lo que tenía que decir.

—Nuestro rey le concedió un título nobiliario —informó por si se había olvidado—, ergo está obligado a respetar las normas y decoro que se exige a un hombre con su cargo.

El almirante se enorgulleció de la duquesa, él pensaba lo mismo. Además, la presencia de los esclavos en la mesa no solo había ofendido a Penelope

sino también a él y a todo lo que representaba, pues si estaba en la colonia era para mantener el orden y la jerarquía, ya que los exaltados de la semana pasada, con su intento de revolución habían pretendido hacer una revuelta para independizarse de la corona británica.

No comprendía cómo el duque había permitido que Penelope llegase a sentarse; su obligación era sacar a la duquesa de allí para que no se viese ultrajada, y en vez de eso, Duncan lo había permitido. ¿En qué pensaba ese hombre? ¿Acaso era tan excéntrico como el barón? Se apenó por Penelope; él había jurado lealtad a su padre, un gran duque respetado, y ahora, el nuevo duque estaba poniendo en peligro aquella buena reputación, por lo que al verla en esa tesitura se molestó.

Los esclavos miraron a Komona; para ellos ella era la única autoridad, la mujer a la que seguían a pies puntillas y a la que obedecían. Poco les importaba que el barón fuese el amo del lugar; Komona se había establecido en aquella hacienda como la dueña, la mujer que pernoctaba con el barón y la que lideraba, a escondidas, a todos los revolucionarios que estaban cansados de permanecer bajo el yugo inglés.

—No soy la única a la que ha ofendido, lord Bonifait —adujo Penelope con aplomo—. Ha insultado el buen trabajo del almirante Candem y a la Royal Navy; hombres que protegen nuestro imperio con su vida, mientras usted se ríe con su insolencia de nosotros.

Penelope se puso en pie y Duncan arrastró la silla.

El almirante y el barón también se levantaron, gesto que no imitaron el resto de comensales.

—Os pido disculpas, Excelencia —se disculpó, muy avergonzado, el barón—. No era mi intención.

—Anthony —llamó Komona—. Esta es tu casa, no tienes que disculparte por nada.

El barón le dedicó una mirada gélida.

Komona sonrió y continuó; ella también tenía algo que decir.

—Los ingleses os creéis superiores —criticó—. Podréis poner vuestras banderas, pero no importa la bandera que ondee porque estas tierras no os pertenecen.

—¡Komona! —le increpó el barón; aquello había sido un insulto al imperio británico.

—Poco respeto mostráis al hombre inglés que os liberó —dijo el almirante aludiendo al barón, que pagó por ello—. Dinero británico para que una mujer africana obtuviese su libertad —constató, para que recordase de dónde venía ella. Ni siquiera había nacido en la colonia como para que se diese tantos aires a la hora de reclamar una tierra que tampoco a ella le pertenecía.

—Almirante, os pido disculpas —se pronunció el barón.

—Qué cobarde eres, Anthony —se mofó Komona—. Tú eres el dueño de esta casa, no eres tú quien debe pedir perdón sino ellos —Señaló con la cabeza a sus invitados—, por venir aquí con aires de superioridad. ¿Quién se cree que es esa mujer endiablada para insultarte en tu propia casa?, ¿quién se cree que es ese hombre para insultarme a mí en mi casa?

—¡Komona, cállate! —se enfureció el barón.

La mujer se levantó de su asiento y puso las manos en jarras a la altura de sus redondeadas caderas.

—No lo haré antes de decirle a la duquesa que, le guste o no, se ha sentado a la mesa con una mujer que en su día fue una esclava —anunció con sarcasmo—. Igual que el gran almirante, que ha tenido que acompañar a hombres que un día serán libres y dueños de estas tierras. Porque nosotros —Abarcó con la mano a sus fieles seguidores y a ella misma—, no le debemos respeto ni sumisión a la corona británica. Para nosotros la jerarquía nobiliaria no existe, porque algún día todos seremos libres e iguales —vaticinó—. Y no podrán obligarnos a regirnos por sus normas; menos, cuando eso obliga a guardar lealtad y respeto a un rey —dijo con soberbia—, y menos aún, a uno que está loco.

La ofensa al monarca fue la culminación de la velada. Y no solo por eso, sino por el desprecio que había mostrado hacia todo lo que Penelope representaba.

La duquesa aguardó con impaciencia a que Duncan cumpliera con su deber. Había un miembro de la *Royal Navy* en la misma habitación como testigo de la afrenta a su monarca y su esposo tenía que actuar de inmediato antes de avergonzar a los ducados que representaba.

Cansada de esperar y desilusionada hasta lo más profundo de su ser por la poca autoridad que mostraba Duncan, se pronunció:

—Almirante Candem…

Duncan volvió a sentir un escalofrío; sabía perfectamente lo que iba a

reclamar su mujer, y aunque era bien cierto que Komona se había extralimitado, la conocía desde hacía muchos años y sabía que, a pesar de la brusquedad y despotismo con el que se había pronunciado, sus palabras habían salido de la rabia y rencor que profesaba en su interior por la vida de penurias con la que había crecido.

—Penelope, el barón ya se ha disculpado por los dos —terció por Komona —. Es hora de retirarnos.

Si a la duquesa le hubiesen pinchado en ese mismo instante, no le hubiese salido ni gota de sangre tras la intromisión de Duncan. ¿Después de lo que esa mujer había proclamado él iba a protegerla? ¿Con qué clase de hombre se había casado? ¿Es que Duncan no pensaba actuar como un duque nunca?

El almirante apretó los puños; le hubiese encantado partirle la cara al duque por mediar por una mujer que acababa de despreciar a su reino. Qué vergüenza para los ducados de Whellingtton y Kennt si eso trascendiese.

Por el cariño que profesaba hacia Penelope y el respeto al fallecido duque, de su boca no saldría una palabra.

—Esta casa pertenece al barón Bonifait —continuó Penelope, haciendo caso omiso a Duncan—, ergo está ligada a la corona.

—Penelope —la advirtió Duncan.

Ella volvió a ignorarlo.

—El ultraje a nuestro monarca es un delito penado por sublevación —sentenció.

El barón se cubrió la cara con las dos manos.

El almirante asintió con la cabeza; él había pensado igual que la duquesa. De hecho, si ella no le hubiese interrumpido, ya habría arrestado a Komona; y si no lo había hecho aún, era porque estaba esperando con paciencia a que el duque, la máxima autoridad allí, diera la orden primero.

Por primera vez desde que Komona había hecho acto de presencia, su gesto dejó de ser altivo y condescendiente, y se inquietó. Llevaba años hablando a sus anchas, ya que ser la prostituta más afamada le había concedido cierto poder, pues los hombres tenían tendencia a hablar más de la cuenta en su cama. Eso le otorgaba ser conocedora de los secretos de los caballeros más influyentes, confidencias que podía utilizar en caso de necesitarlas. Pero el almirante y Penelope eran harina de otro costal, a ellos no podía chantajearlos, y eso la preocupó.

Cuando el almirante dio varios pasos para detener a Komona, los cinco esclavos se abalanzaron sobre él.

Duncan tuvo que intervenir junto al barón.

Forcejearon durante un par de minutos, mientras Penelope, con el corazón agitado y algo aturdida, contemplaba la escena.

Salió corriendo en busca de ayuda; en la parte trasera de la hacienda aguardaban cuatro marinos al almirante.

Los soldados entraron como huracanes y consiguieron parar la reyerta.

—¡Tranquilicémonos! —apaciguó Duncan, con la voz elevada y entrecortada por el esfuerzo que había realizado al separar a uno de los esclavos cuando intentaba golpear al almirante.

El silencio reinó por un instante, uno muy breve.

—No se llevarán a Komona —amenazó uno de los esclavos.

Penelope se retorció las manos; estaba muy angustiada y, ante todo, ofendida por la inaptitud del barón, permitiendo que esos esclavos camparan a sus anchas en su propia casa, sin mostrar respeto ni obediencia, mientras tenía a lacayos británicos sirviéndoles, como si eso no fuese un insulto a sus compatriotas.

—Si Komona se disculpa por sus acusaciones —intervino Duncan—, olvidaremos este altercado.

Penelope sintió que su boca se convertía en un óvalo, totalmente desconcertada ante lo que acababa de escuchar.

¿De verdad Duncan había sido capaz de decir aquello delante de los cuatro soldados y el almirante?

Candem miró a Penelope y se enfureció con Duncan al ver reflejada la vergüenza, a la par de la desilusión, en su pecoso rostro.

—Me temo, Excelencia, que eso no será posible —habló el almirante, y se acercó hasta él para hablarle en voz baja para que solo Duncan le escuchase —. A diferencia de usted, yo voy a cumplir con mi deber.

Duncan se ofendió.

El almirante, al percibirlo, continuó:

—No se le ocurra replicarme ni defender a Komona delante de mis hombres —advirtió, con deje amenazador—. Los mismos que velan para que

usted mantenga unos ducados que, por desgracia, no merece.

Las palabras eran hirientes pero meritorias.

El barón intentó apaciguar los ánimos.

—Señores, señores, por favor —pronunció tembloroso—. Acepten mis disculpas, además de las de Komona, que se retractará de sus palabras.

El almirante no estaba dispuesto a ceder.

—Lo lamento, barón, pero Komona será llevada ante el magistrado.

—Por favor, almirante, esta mujer iba ebria —intentó mediar para salvar tanto a Komona como a sí mismo, ya que de no hacerlo correría la voz de que mantenía en su propia casa a una notoria fulana de la colonia, además de la permisividad que les había otorgado a los esclavos más allegados a ella, y de muchos privilegios que ningún noble debería permitir—. ¿No es cierto, Excelencia?

Penelope no estaba segura de poder soportar en pie si la respuesta de Duncan no era la apropiada, ¿se podía morir en el acto por vergüenza y deshonor?

Duncan, que en ese momento estaba alterado por las acusaciones de Candem, en lugar de sopesar lo que debía contestar, se limitó a responder con un único fin: demostrarle al almirante que su palabra tenía más poder que la de él.

—Cierto, esta mujer no era consciente de sus palabras —afirmó, defendiendo a Komona.

La confirmación del duque apoyaba la mentira del barón, obligando al almirante a cesar en su empeño de detenerla, pues no dejaba en buen nombre a los soldados de su majestad arrestar a una mujer que por embriaguez había hablado más de la cuenta.

Penelope notó cómo sus piernas cedían y tuvo que aferrarse al respaldo de la silla que tenía delante para mantenerse en pie.

Si esa tarde había albergado esperanzas en su matrimonio, Duncan acababa de dilapidarlas por completo.

Con desgana y hastiado, el almirante hizo una seña con la cabeza a sus hombres para que se retirasen.

La duquesa se acercó hasta él y puso una mano en su hombro para llamar su atención.

El hombre se giró.

Penelope no supo de dónde sacó las fuerzas necesarias para pronunciar las palabras y aguantar las lágrimas.

—Me siento avergonzada —reconoció en voz alta—. No existen disculpas suficientes, almirante. —Le tembló la voz.

Duncan se quedó petrificado, ¿su esposa estaba pidiendo perdón?

El almirante se enorgulleció de Penelope todavía más, ella sí sabía comportarse como se esperaba de una duquesa. Se estaba rebajando a pedir perdón por los malos actos de su esposo, ahí demostraba su grandeza.

—No os disculpéis, Excelencia —rehusó el almirante con gratitud—. No es necesario.

—Sí lo es, almirante —aseguró ella, con un nudo en la garganta—. Debo pedir disculpas en nombre de los ducados de Whellingtton y Kennt.

Ahí quedó la *demostración* de cómo debía actuar alguien de su rango, la misma que abofeteó a Duncan en su ego, y la que dejaba constancia de que Penelope esta vez no le perdonaría su comportamiento.

Capítulo XXXVIII

Por muy buena voluntad que se tenga para salvar un matrimonio, no es suficiente si uno de los dos no se sabe comportar

El trayecto de regreso a *Obeah* se caracterizó por el silencio. Duncan miraba de soslayo a Penelope, que no había pronunciado una sola palabra desde que abandonaron la hacienda del barón.

—Detente —ordenó Penelope en cuanto vio *Obeah* a lo lejos.

Duncan obedeció y la duquesa bajó del *gig* de un salto. Necesitaba respirar, estaba tan enfadada que le faltaba el aire.

Él la siguió y ella se giró, afrontando de cara lo que iba a decir.

—Has puesto en evidencia al almirante delante de sus hombres —lo acusó—. Los soldados que se levantan cada mañana con la misión de proteger con su propia vida todo lo que tú representas, por una mujer que nos desprecia.

—Penelope —quiso disculparse, pero ella no estaba dispuesta a escucharlo, por lo que lo interrumpió, impidiendo que él hablase.

—Ya me has ultrajado bastante —se ofendió—. He soportado con infinita paciencia todas tus faltas —le recriminó—, y el buen Dios sabrá cuántas más me aguardan por soportar —vaticinó, pues de Duncan no se podía esperar ninguna otra cosa.

A él le dolió aquella acusación.

—Las soportaré por haber cometido el error de elegirte. —Se entristeció—. Pero atiende bien, Duncan. El castigo por no haber elegido a un hombre que esté a la altura lo pagaré yo, no mis ducados.

St. John entrecerró los ojos.

—Más vale que aprendas a comportarte como se espera de ti, porque yo puedo tolerar tu *inaptitud* —lo insultó a conciencia—, pero no permitiré bajo ninguna circunstancia que destroces la herencia de mi familia. No lo consentiré.

—Pen…

Ella levantó el brazo, tajante.

—Esta noche has puesto en peligro a centenares de familias —lo acusó—. Tú representas a dos ducados, y eso significa que arrastras a todos los que dependen de ti.

Hasta ese momento, Duncan no se había dado cuenta de la magnitud del cargo que ahora encarnaba.

—Has ofendido a la corona —lo recriminó, con hastío al pensarlo—. Un puesto que yo ostento en la decimoquinta posición —le informó, por si él todavía no se había enterado de con quién se había casado—. Y has tenido el valor de menospreciar a tu propio rey y a toda la jerarquía por la que han luchado nuestros ancestros, por una ramera.

El vocabulario de Penelope golpeó a Duncan; él era el culpable de que ella tuviese que pronunciar palabras que una dama jamás habría de nombrar.

—Deberías haberle dado las gracias al almirante por no apresarte a ti también por sublevación —adujo, clavando su mirada más fría en los ojos grisáceos de su esposo—. Y puedes dar gracias también de que para proteger lo que tanto esfuerzo les costó a mis antepasados conseguir, no pida la anulación de nuestro matrimonio.

Duncan agrandó los ojos; Penelope acababa de afirmar que si no fuera porque debía proteger sus ducados, pediría la nulidad matrimonial.

—Como mujer soportaría la exclusión social —aseguró honesta, pues así lo sentía—. Como duquesa me veo obligada a convivir el resto de mi vida con un hombre que menosprecia lo que le he legado.

—¡Eso no es cierto! —se expresó Duncan, colérico.

—La verdad es que has mentido para proteger a una cualquiera —reprochó—, desprotegiendo y avergonzando a las familias que dependen de ti. A tu ejército, a tus sirvientes, a tus arrendatarios, a tus peones, a tus jornaleros, a tus pastores… —enumeró parte de las personas que dependían de los ducados, alzando poco a poco más la voz, algo que de normal ella no hacía—. Ultrajándome a mí y menospreciando todo cuanto posees. ¡Esa es la verdad! ¡Eres un hombre irresponsable y desleal!

Duncan, totalmente encolerizado y turbado por las duras acusaciones, la agarró de los hombros y la zarandeó.

—¡No te atrevas a insultarme!

—No existe ofensa cuando mi acusación es cierta —rebatió, iracunda—. ¡Deja de comportarte como un segundón! ¡Aprende a ser duque!

La bofetada que recibió Penelope se quedó plasmada en su rostro.

Duncan la soltó en el acto, incrédulo ante lo que acababa de hacer.

Ella se llevó las manos a la mejilla.

—Penelope —musitó porque apenas le salía voz, angustiado por su salvaje comportamiento.

Ella se enderezó, prohibiéndose llorar; jamás volvería a derramar una lágrima por Duncan.

Él intentó acercarse pero ella dio un paso atrás, evitando cualquier contacto.

Se dirigió al *gig*, subió sin pedir ayuda, y se sentó con la pose más ducal que pudo adoptar.

Duncan caminó con lentitud y apoyó sus manos en el pescante del carruaje, justo al lado de Penelope.

—Perdóname, Pen —suplicó—. Por favor, te lo suplico, perdóname.

Jamás imaginó que un hombre pudiese llorar, pero en sus ojos se agolparon lágrimas de frustración y vergüenza.

Penelope no bajó la cabeza para mirarlo, continuó con su mirada fija en el horizonte.

—Ojalá mostraseis la misma fuerza que utilizáis para defender vuestro orgullo, para defender vuestros ducados.

Esa frase fue demoledora para él; ella, una vez más, le estaba dando una lección de ejemplaridad. Como mujer estaba dolida y rota pero, como duquesa, permanecería a su lado para salvaguardar las apariencias por el bien de su legado, una herencia que él había estado a punto de destrozar por su estúpido orgullo herido ante el almirante.

Con el corazón roto, la conciencia magullada y el alma en vilo, Duncan montó en el *gig* y continuó su camino, consciente de que él y solo él había destrozado su matrimonio.

Capítulo XXXIX

Hay momentos en los que una duquesa se ve obligada a actuar como mujer

La luna de miel finalizó en el mismo instante en que Duncan se comportó como un salvaje. Aun así, Penelope intentaba pasar los días ocupada, paseando y leyendo, cualquier cosa con tal de evitar a su esposo.

Llevaban cinco días en los que no se habían dirigido la palabra más que para saludarse delante de los sirvientes.

Penelope estaba sentada en uno de los sofás del corredor exterior leyendo un libro, cuando las voces procedentes del interior de la casa la perturbaron y escuchó atenta.

Cerró los ojos clamando paciencia, una que últimamente le faltaba. Y es que en aquella hacienda los esclavos se creían superiores a August.

Dejó el libro a un lado y se levantó.

Caminó con decisión y se quedó parada a escasos dos metros de la puerta, al ver llegar una carreta que se apostaba en la misma entrada.

Al mirar con atención a las dos pasajeras, apretó los puños. Una era Komona; la otra, una mujer rubia de mediana edad. Entonces tomó la decisión de llegar hasta la entrada antes de que a esas mujeres se les ocurriese poner un pie en su casa.

—Buenos días, Excelencia —saludó la mujer rubia—. Permítame presentarme, soy la señora Perkins, la mujer del vicario.

Penelope no respondió porque en ese instante la puerta se abrió y Janine salió corriendo, hasta que llegó a Komona y la abrazó.

La señora Perkins llamó la atención de Penelope.

—Discúlpeme, pero me he tomado la libertad de invitar a Komona en mi visita, para solucionar…

Penelope tenía un límite ante tanta ofensa; ya había soportado la de ciertos nobles, la de la gente que tenía bajo su amparo y la de su propio esposo. No iba a permitir una más.

—Mal hecho por su parte —le recriminó—, tomarse tantas libertades.

La mujer ensanchó la sonrisa intentando empatizar con ella.

—Penelope —la tuteó—. Debes comprender que en la isla las cosas son diferentes.

Estaba cansada de escuchar esa frase, y eso hizo que pagase con la mujer que tenía delante el enfado que guardaba desde hacía días.

—Tamaña temeridad por su parte tutearme sin haberle dado permiso para hacerlo —puntualizó—. Y mayor todavía que se crea con derecho a darme lecciones en mi propia casa.

A la mujer se le fue desdibujando la sonrisa.

—Puede darse la vuelta y marcharse por donde ha venido porque en esta casa no pondrán un pie ni usted ni ella.

August salió en ese mismo instante, quedándose a unos pasos de su señora.

—Excelencia —habló la señora Perkins con la educación exigida—. Komona me ha explicado lo sucedido y venimos con la intención de enmendar…

Penelope la volvió a interrumpir.

—Señora Perkins —pronunció, con ese deje que provocaba escalofríos en Duncan—, si las cosas son diferentes por estos lares es por culpa de la permisividad de gente como usted —alegó sin pestañear—. Pero yo no estoy dispuesta a permitir el mínimo cambio social.

—Yo… yo… —titubeó la mujer del vicario.

—Y espero que se encuentre a gusto en la colonia, porque si tuviese intención de regresar a nuestra querida Inglaterra, tendría que dar muchas explicaciones cuando regresase —advirtió con la serenidad que la caracterizaba—. La gente querrá *comprender* —recalcó la palabra por haberse atrevido a decirle a ella lo mismo—, por qué la esposa de un vicario se codea con mujeres de dudosa reputación y, además, se toma la libertad de querer meterla en la respetable casa de una duquesa.

August se sorprendió, ¿esa mujer pretendía tal proeza?

La señora Perkins tragó con dificultad, en Londres esa historia se convertiría en su ruina social.

—No pretendía ofenderla —se disculpó, sudando.

—No ha hecho otra cosa desde que ha aparecido en mi puerta —la acusó Penelope—. Ahora márchese y llévese a su compañera; que esté respirando el

mismo aire que yo inspiro es ofensivo.

La mujer asintió con la cabeza y se alejó rauda.

Penelope permaneció estoica, sin inmutarse. Era increíble que por dar cobijo a Mildred un galeno hubiese intentado chantajearla, y ahora la mujer de un vicario se permitiese el lujo de meter en su casa a una fulana, como si eso no perjudicara su reputación.

El carruaje se alejó y Janine se plantó delante de Penelope con la rabia plasmada en su mirada.

—¿Pretendía encerrar a mi madre? —preguntó, recriminándola.

Penelope levantó las cejas.

La joven la miró con desprecio y se llevó las manos a su abultado vientre.

—Será la dueña de *Obeah*, pero mi hijo será el primogénito de Duncan —escupió la frase con desdén y triunfo—. ¿Qué le parece a la gran duquesa? El hijo de un duque y una esclava.

Y sin dejarle replicar a Penelope, entró en la casa dando un portazo.

Penny no pensó en replicar porque se había quedado paralizada.

August se estremeció, ¿qué podía hacer o decir?

—Excelencia —musitó a su espalda.

Penelope, sin cambiar de posición, ordenó:

—Que preparen mis pertenencias, partimos hacia Inglaterra.

El hombre se apresuró en obedecer el mandado, esa voz derrotada de su señora no la había escuchado nunca.

Duncan regresaba a caballo desde la plantación, donde había decidido pasar las horas trabajando de sol a sol, así se mantendría ocupado y dejaría de castigarse a cada segundo del día. A mitad de camino se cruzó con Shamar, que conducía uno de los carruajes.

—¿De dónde vienes? —indagó, pues no era normal que Shamar se hubiese ausentado de la casa.

—Del puerto —respondió—. La duquesa ordenó que llevásemos sus pertenencias al *My Duchess*.

Duncan se inquietó, ¿qué estaba diciendo?

—Todavía no habían zarpado cuando me fui —informó.

El duque espoleó a su caballo; necesitaba llegar al puerto antes de que su esposa zarpara hacia alta mar sin él.

Durante el trayecto su corazón se aceleró por los nervios, ¿acaso Penelope no pensaba en los riesgos de viajar sola? Y no es que temiese por su tripulación, ya que él mismo la había contratado y era de total confianza, pero en los tiempos que corrían habían aumentando los corsarios.

Se bajó del caballo sin esperar a que parara, corrió sin descanso hasta el muelle, donde estaba apostado su velero, y, al no verlo, gritó.

Uno de los mozos que trabajaba en los muelles se acercó hasta él.

—¿Es usted el duque de Whellingtton?

«¿El duque?, qué ironía», pensó Duncan, ya que lo era para todos excepto para su mujer, que no lo consideraba digno.

Asintió con la cabeza y el hombre le entregó una nota escrita por August.

En la carta el hombre se disculpaba por tomarse la libertad de escribirle, pero debía entender el motivo de la partida de su esposa.

Cuando terminó de leer la explicación por la que Penelope había decidido marcharse de *Obeah*, se encolerizó como nunca antes lo había hecho.

¿Janine le había acusado ante su esposa de ser el padre de su hijo?

Regresó a por su caballo con la intención de poner a cada uno en su sitio. Lástima que Penelope no estuviese, porque por primera vez iba a actuar como un auténtico duque.

Mientras cabalgaba maldecía sin cesar.

¿Cómo había podido Janine hacerle eso? ¡A él! El único que la había acogido y apoyado después de haber sido brutalmente violada por un lord que vivía en la isla. Por ese mismo motivo había intentado ayudar a su madre, porque esa mujer había vivido demasiadas penurias… ¿y se lo pagaban así?

Se odió por haberse comportado como un estúpido, por haber puesto en riesgo todo aquello por lo que Penelope tanto había luchado, y sobre todo, por no haber podido controlar su temperamento ante la mujer que amaba. Eso no se lo perdonaría nunca, ¡nunca!

Entró en *Obeah* como un huracán y su rabia fue in crescendo al escuchar las risas y cantos de todos sus esclavos. Estaban celebrando que su esposa se había marchado, y con ella August, un hombre que les había puesto en vereda en tan poco tiempo.

—¡Desagradecidos! —bramó, sorprendiendo a todos—. No merecéis ni el agua que bebéis.

—Duncan… —intentó disculparse Shamar.

—¡Cállate! —gritó, señalándole con el dedo—. Jamás os he tratado como esclavos, ¡pero a partir de hoy lo haré!

—Señor…

—¡Excelencia! —lo corrigió, para que lo entendiesen de una vez—. Vais a limpiar toda la hacienda, no dormiréis hasta que esté tan impoluta y no quede ni una mota de polvo. ¡Ni una!

Se miraron entre ellos; ya estaba anocheciendo y cumplir ese mandado significaba que pasarían la noche trabajando.

Pero Duncan no pensaba ceder, ya había consentido demasiado. Había escuchado al señor Patterson discutir todos los días con ellos por su falta de limpieza y compromiso, porque las únicas estancias que en esa casa estaban limpias eran la cocina, los dormitorios de él y Penelope, y el salón. Y hasta la fecha no le había importado, ya que nunca solía tener visitas, y al estar ausente durante largas temporadas no se preocupaba. Pero todo había cambiado, ellos habían cambiado las cosas y arruinado todavía más su matrimonio.

—Y en cuanto a ti, Janine —advirtió—, puedes dar gracias de que estés esperando un hijo, porque de lo contrario te azotaría hasta que a través de las heridas de tu espalda llegase a ver tu alma sucia.

La joven se apenó por lo que había hecho, Duncan siempre había sido un buen amo.

—¡A trabajar!

Nadie respondió, se limitaron a obedecer como les correspondía.

En esa casa no durmió nadie, ni siquiera Duncan, que pasó la noche recorriendo sus campos.

Llegó el alba y Duncan mandó una misiva a su administrador porque había tomado una decisión muy importante.

Mientras esperaba a que llegase King, salió de la casa sin rumbo fijo y sus pasos le llevaron hasta la pequeña duna de arena en donde le había hecho el amor a su mujer.

Se sentó en la arena y cerró los ojos recordando aquel momento tan

maravilloso.

Se levantó y miró a su alrededor. *Obeah* era su gran logro, su gran orgullo.

Regresó a la casa al ver acercarse el caballo de King.

Se saludaron y entraron en el despacho de Duncan.

Durante una hora el administrador le puso al corriente de todo.

—Busca un comprador para *Obeah*.

El señor King se subió las gafitas redondas, apretándolas hasta el puente de su nariz.

—¿Quieres vender *Obeah*?

—Sí.

—¿Por qué? Esta hacienda es muy lucrativa, las cosechas te aportan grandes beneficios —le recordó, porque las plantaciones de caña de azúcar de Duncan eran de las más productivas de la isla.

Les unía una estrecha amistad desde hacía muchos años, por ello, la franqueza entre ellos no necesitaba protocolos.

Duncan pensó en Penelope. Conociéndola, no regresaría a *Obeah*, y él no tenía intención de alejarse de su mujer en cuanto llegase a Inglaterra. Le gustase o no reconocerlo, Penelope se había convertido en su mayor prioridad. Ella estaba por encima de *Obeah* y de cualquier otra cosa.

—No tendrás problemas para encontrar un comprador —vaticinó Duncan, ya que sus tierras eran muy codiciadas—. Asegúrate de que paguen lo justo por ellas, no voy a regalar nada.

—No hay problema, lord Bonifait y lord Bangrood llevan años interesados en *Obeah*.

—Bonifait está descartado —habló, molesto—. No me importa que triplique el precio, del barón no quiero nada.

King asintió lentamente. Prefirió no decir nada porque había escuchado rumores en los que se decía que el barón había molestado a la duquesa de Whellingtton.

—¿Y los esclavos?

—Entran con la hacienda… ¡Todos! —alegó, enfadado. Quien comprara la hacienda compraría los esclavos, tanto los que trabajaban dentro de la casa como los que lo hacían en el campo.

—Duncan, este lugar te ha costado mucho esfuerzo —intentó persuadirlo el administrador—. Las tierras llevan tu propio sudor, no tomes una decisión precipitada estando enfadado.

Duncan se levantó y paseó por la habitación.

—Este lugar ha conseguido que mi mujer se aleje de mí.

King se apenó. Durante el año de luto de Penelope, Duncan le había hablado con franqueza sobre sus sentimientos por ella.

—En ese caso, buscaré un comprador —aseguró. Sabiendo lo que sentía por su mujer, nunca más regresaría a *Obeah*.

—Parto esta tarde para Inglaterra —le informó de sus planes—. Si necesitas encontrarme, estaré en *Golden House*.

O eso esperaba, porque conociendo a su duquesa, capaz era de no dejarlo entrar en su hogar.

Capítulo XL

Duncan llegó a *Golden House* con cinco días de retraso; el mal temporal había obligado al capitán del barco a desviarse de su camino.

El viaje fue una tortura emocional para él. ¿Su mujer estaría bien? ¿El capitán del *My Duchess* también se habría tenido que desviar? Preguntas que no cesaban en su cabeza; de continuar así acabaría volviéndose loco.

—Excelencia —saludó el mayordomo, algo avergonzado. No sabía cómo se habría tomado Duncan aquella carta que le escribió—. Bienvenido.

Duncan le entregó su sombrero, y antes de que el hombre se retirase, lo retuvo del brazo.

—Le agradezco que se ocupara de mi esposa.

August asintió agradecido; esa frase implicaba más que eso, le estaba premiando por la información sobre todo lo acontecido.

—La duquesa salió a cabalgar —anunció August—. Pueden prepararle el baño mientras la espera.

—Perfecto, lo necesito.

Mientras el duque gozaba de un baño reparador, Penelope acariciaba a Ítaca en el hocico, junto al arroyo.

—¿Dónde crees que estará Duncan? ¿Estará bien? ¿Regresará pronto a casa?

El caballo relinchó como si le diese las respuestas.

—¿Por qué todas sus amantes han engendrado y yo no?

Se pegó al cuello de su jamelgo y lloró.

Lloró por la desilusión, pues había albergado la esperanza de estar encinta. Y eso creía también Mery cuando ella empezó a vomitar durante días en el barco. Pero esa misma mañana, al despertar, tras ver sus calzones manchados se esfumó su gran anhelo.

Se limpió las lágrimas.

Qué horrible era el amor. Ella debía estar enfadada, debía odiar a Duncan por lo que había hecho, pero en vez de eso, deseaba con todo su corazón llevar un hijo de él en su interior.

Ese pensamiento la hundió por completo, se arrodilló y lloró con rabia.

¿Qué pasaría ahora? ¿También tendría intención de reconocer al hijo de la esclava? Su angustia aumentaba a cada pregunta.

Se limpió las lágrimas. Seguramente el buen Dios había tomado la decisión más acertada no dejando que ella quedase embarazada porque… ¿qué futuro le esperaba a su hijo? ¿Merecía él ser castigado por los pecados de su padre?

Se levantó y montó en su caballo para regresar a la casa.

Al entrar, un lacayo la informó de que el duque la esperaba en la sala familiar.

Sin poderlo evitar, su corazón se agitó con fuerza.

¡Duncan había regresado!

Asintió con la cabeza y subió las escaleras con tranquilidad; necesitaba controlar su corazón desbocado antes de llegar hasta Duncan.

Inspiró con fuerza antes de cruzar el umbral de la puerta.

Duncan, que estaba en medio de la sala mirando los retratos de los antiguos duques, se giró lentamente.

Durante unos minutos permanecieron en silencio, sin moverse.

—Los retratos de todos los duques de Whellingtton han sido hasta hoy herederos Callan.

Penelope no interrumpió.

—El próximo será el mío, un St. John —informó, sereno—. Y voy a jurarte, Pen, delante de todos tus antepasados, que a partir de este momento no colgará ningún retrato de nadie que no sea un St. John.

Penelope tragó. ¿Qué pretendía? ¿Acaso intentaba insultarla y además regodearse en su cara?

Cuando Duncan vio que el rostro de Penelope se demudaba, se explicó con celeridad porque ella no lo había entendido. Además, iba siendo hora de que supiese toda la verdad.

—El único hijo por el que corra en sus venas la sangre de un St. John y un Callan.

Penelope miró el cuadro de sus padres.

—Elaine no está embarazada —la informó—. Y el hijo de Janine es del

lord que la violó.

Los ojos de Penelope buscaron los de Duncan, necesitaba encontrar la verdad en ellos.

Él se acercó lentamente.

—Jamás le he puesto un dedo encima a Janine —se sinceró—. No te mentí, Pen, no estuve con ninguna mujer mientras tú estabas de luto —y se corrigió con celeridad—: Con ninguna mujer conscientemente. Lo de Elaine no sé cómo ocurrió porque el alcohol me hizo perder la razón.

A Penelope le volvieron a brillar los ojos. Una parte de ella se sentía liberada; otra, todavía no podía perdonar.

—No existe perdón alguno para mi comportamiento deleznable —dijo Duncan, aludiendo al día que la abofeteó—, y comprendo que no quieras perdonarme. —Se entristeció—. Pero te pido una oportunidad —imploró—. Permíteme redimirme y concédeme la oportunidad de demostrarte que puedo estar a la altura del hombre que representa el duque de Whellingtton y Kennt.

—El hombre y el duque deben ser uno —dijo Penelope, emotiva.

—Lo seré, Pen, seré los dos —susurró—. Permíteme demostrártelo.

A Penelope le rodó una lágrima por su mejilla que le fue imposible retener.

Él la paró con su pulgar y aprovechó para acariciar el óvalo de su cara.

—Demuéstralo, Duncan —rogó ella—. Porque hasta entonces no podré perdonarte.

Ella le amaba, estaba seguro. Más, cuando le estaba concediendo esa oportunidad, una que no desaprovecharía.

Capítulo XLI

Los golpes que te da la vida a veces sirven para hallar la verdad

Julio de 1817

Duncan llevaba un año intentando demostrar a su esposa que su promesa no iba a caer en saco roto, y empezaba a ser angustioso.

No se podía mentir a sí mismo, él había fallado en todo ese tiempo de manera inconsciente. O más bien, su temperamento había conseguido que cada vez que estuviera cerca de conseguir un acercamiento con su mujer, todo se esfumara. ¡Y ya no podía soportarlo más!

En un año había aceptado más invitaciones a bailes y festejos que en toda su vida, ya que era la única forma de poder estar con su mujer. Allí podía hablar con ella, tocarla, bailar…, porque ante la sociedad ellos eran una pareja enamorada.

«¡Porque lo somos!», se dijo a sí mismo.

Se enfadó al pensarlo. Ambos estaban enamorados, o eso quería pensar él, porque estaba convencido de que en los actos sociales Penelope se mostraba realmente como era y como se sentía. Pero al llegar a la casa, en su propio hogar, la magia se evaporaba, arropados por el silencio; un silencio que se rompía solo cuando discutían.

Se estaba volviendo loco, necesitaba amar libremente a su mujer. Estaba tan desesperado, que una noche llegó a plantearse tomarla por la fuerza si ella se negaba.

Su último contacto más íntimo había sido en febrero, cuando Penelope admitió en el carruaje de vuelta a casa, tras la fiesta de pedida de mano de una de las hijas del barón Treinton, que se había sentido orgullosa de él por haber actuado por primera vez como se esperaba de un duque, defendiendo a su amiga Abby. Y de eso ya hacía cinco meses. ¡Cinco meses de celibato!

Un hombre tenía un límite, y el suyo ya lo había alcanzado. Esa noche tenía previsto salir; si no podía disfrutar con su mujer, tendría que encontrar a una meretriz. Las amantes estaban descartadas.

«Llevas meses diciendo lo mismo», se amonestó mentalmente, porque era cierto que cada noche tomaba la decisión de buscar consuelo fuera de su hogar, pero cada día se levantaba en su cama, solo, haciéndose la misma promesa.

Penelope estaba tumbada en su cama, y como cada noche, anhelaba que Duncan cruzase el umbral para buscarla.

No iba a ser ella quien acudiera a él, porque era Duncan quien hasta la fecha había cometido errores, no ella. Y a pesar de eso, nunca le habría negado la entrada a su alcoba. Muy a su pesar, ella lo amaba.

Su pensamiento vagó a la primera vez que hicieron el amor. Sonrió al recordar lo nerviosa que estaba y lo atrevida que había sido al presentarse en la recámara de Duncan.

Su corazón vibró al recordarlo.

Una risita vergonzosa se le escapó.

El recuerdo fue tan hermoso y tan emotivo, que tiró de las sábanas y se levantó, dejándose llevar por su corazón, porque cada vez que lo hacía acababa sintiéndose dichosa.

Corrió descalza, pasando por el vestidor y la antecámara que separaba la suya de la de su esposo, abrió la puerta y entró con una gran sonrisa.

Una sonrisa que se evaporó al comprobar que Duncan no estaba en su cama.

Retrocedió pasito a pasito, hasta que su espalda se topó con la puerta. Poco a poco su cuerpo fue bajando hasta que quedó en el suelo, se abrazó a sus rodillas y lloró.

Ahora entendía por qué Duncan no la reclamaba por las noches, porque él no dormía en la casa.

En cuanto se recuperó, se levantó y regresó a su dormitorio.

Una vez en la cama, tomó una decisión, y esta vez sería fiel a su promesa.

A la mañana siguiente, Penelope desayunó en su dormitorio; no quería cruzarse con Duncan.

Estaba preparada para salir a cabalgar, cuando el sonido de pisadas en la planta de arriba la sorprendió.

Escuchó con atención; eran pasos de un lado a otro, como si alguien estuviese corriendo.

Era extraño, ya que en la segunda planta las habitaciones estaban

destinadas a los niños, las niñeras e institutrices.

Subió y caminó despacio, intentando no hacer ruido.

La risa de un chiquillo le hizo parpadear, ¿había un niño en la casa?

Sabía de dónde provenía, del dormitorio que fue suyo cuando nació.

Al abrir la puerta, se encontró con una mujer muy delgada, ataviada con el típico traje de niñera y un niño de unos cuatro años.

—*Holaaa* —saludó cantarín el muchacho.

—Hola —respondió Penelope, contagiada por la sonrisa del jovencito.

—¿Quién eres? —pronunció arrastrando las letras.

—Penelope —respondió ella aguantando la risa—. ¿Y tú?

—Richard St. John.

La duquesa agrandó los ojos, totalmente conmocionada. Se fijó bien en el crío: pelo negro, ojos grisáceos, hoyuelo en la barbilla…

Se llevó las manos al corazón.

No se podía creer que Duncan hubiese tenido tanta desfachatez. No solo tenía un hijo ilegítimo sino que, además, lo había metido en su propia casa.

¿De qué se sorprendía? ¿Acaso su marido no pasaba las noches fuera con alguna fulana?

Salió corriendo y bajó a su dormitorio.

Avisó tirando del cordón a Mery.

—¿Excelencia? —preguntó la doncella al entrar.

—Ten preparado mi vestido rubí para esta tarde.

La mujer pestañeó; ese vestido lo había encargado Penelope tras una conversación con su amiga Sophie. Sabía que a pesar de haberle encomendado a la modista aquella prenda, no se la pondría; era demasiado escandalosa.

—Excelencia —intentó persuadirla.

—Lo quiero preparado a las cinco —sentenció Penelope, dejando clara su postura.

La doncella asintió con lentitud.

Penelope salió de la casa y fue directa al panteón familiar; el hallazgo del hijo de Duncan le había hecho descubrir la verdad, una que dolía y que

necesitaba contar.

Entró, se arrodilló, y dejó sus manos sobre el frío mármol de la tumba de sus padres.

—Lo he intentado —confesó—. He sacrificado mi felicidad por vuestro legado —habló desde el corazón—. Pero ya no puedo seguir luchando, no puedo seguir viviendo castigándonos el uno al otro —aludió a Duncan y sí misma.

Se levantó y paseó de un lado a otro, hablando en voz alta.

—Conocías a Duncan —se dirigió a su padre—. ¿Por qué le elegiste a él sabiendo que no estaba preparado? —le acusó—. No es culpa de él sino tuya, porque tenías conocimiento de su vida disoluta.

Se quedó parada mirando fijamente la inscripción de la lápida.

—Has condenado a dos personas —le recriminó con mucha tristeza—. A él porque no estaba preparado para legar tus ducados, y a mí por obligarme a no fallar.

Se acercó más y rozó con sus dedos el mármol.

—Debiste concederme el beneplácito de poder cometer algún error, porque soy humana y tengo corazón.

Se volvió a arrodillar con lágrimas en el rostro.

—Qué irónico, padre —meditó, como si hablase consigo misma—. Solo he sido feliz cuando me he dejado llevar por el corazón. El mismo que me enseñaste a mantener apartado ante los demás, y a que lo ocultase a la hora de tomar decisiones, porque así se comportaba un duque; porque eso se esperaba de mí.

Se levantó y se alisó las faldas.

—¿Quieres saber qué he conseguido con tu aprendizaje? Ahuyentar al hombre que amo. Amargarle la vida porque tú no me permitiste que lo juzgara con el corazón —reprochó a su padre, convencida de sus palabras—. Y la culpa es mía por no haber tenido el valor de elegir mi lado humano, mi corazón enamorado, mi amor por él… Esa es mi culpa por haberte obedecido y haber actuado como la mujer impecable que no puede cometer errores, porque tú así lo decidiste por los dos.

Se sacó un pañuelo del bolsillo de la falda.

—No puedo borrar el pasado —dijo molesta—. De poder hacerlo lo

elegiría a él; no al duque, sino a St. John —aludió a la noche que se pelearon en Jamaica, cuando ella decidió darle la espalda al hombre, a su marido, para que pudiese convertirse en un respetado duque—. Pero tampoco voy a ser la duquesa perfecta que tú me obligaste a ser —advirtió a su padre, como si con eso pudiese castigarlo—. Voy a actuar como una mujer, una que cometa errores pero que al menos se sentirá viva.

Y salió de allí con un pensamiento y una determinación: iba a ser la protagonista de un escándalo.

Aunque en ese escándalo no entraba un amante porque, en el fondo, sería incapaz de serle desleal a Duncan.

Capítulo XLII

No existe mayor tristeza que llegar a conocer a alguien tras su muerte

Duncan estaba demacrado, o eso le pareció a Penelope, que lo había visto a escondidas al pasar.

En realidad le consolaba saber que ella no era la única que lo estaba pasando mal. Supuso que el abatimiento de Duncan no se debía solo a su noche libertina, sino también a que debía afrontar cara a cara con ella la decisión de haber llevado a su casa al crío.

Pues tendría que esperar, porque ella tenía otros planes, los mismos por los que estaba a punto de salir de *Golden House*.

—¿Adónde crees que vas? —preguntó molesto Duncan, a su espalda.

¿Por qué se había molestado? Porque su esposa llevaba un vestido excesivamente provocador. Aquel tono rubí era muy llamativo, y el escote bajo con aquel corsé tan ceñido mostraba más carne de la que debería estar permitida. Además, ¿desde cuándo llevaban las damas respetadas las espaldas descubiertas?

Penelope no se giró, continuó colocándose los guantes cortos.

—He decidido acudir a un evento… —respondió—. Sin ti.

En dos zancadas, la alcanzó y le dio la vuelta.

—Sin mí —repitió él, incrédulo.

—Me congratula saber que tu audición es buena.

La sorna de su voz enfadó a Duncan.

—No saldrás de esta casa, Penelope —le advirtió—. Hasta dentro de una semana no llegarán los guardias que están batallando en la Península —la informó—. Pero te juro, Pen, que no los necesito para atrincherar las puertas.

—¿Crees que puedes prohibirme salir?

—Sí —respondió taxativo.

La duquesa se dio la vuelta y bajó las escaleras que daban al vestíbulo principal.

Él la siguió.

Empezó a subir los primeros peldaños que daban acceso a la puerta principal.

—No me pongas a prueba.

—¿O qué?, ¿me volverás a pegar?

Duncan se quedó paralizado, aquello había sido muy ruin y ella lo sabía.

—Que pases una buena noche —se despidió sarcástica, pensando que él acudiría a casa de su amante.

Duncan, encolerizado, empezó a gritar, asustando a todos los sirvientes de *Golden House*.

—¡Jason! ¡Jason!

El ayuda de cámara llegó hasta él, despavorido.

—Prepárame el traje negro.

El hombre se apresuró.

El mayordomo y el ama de llaves se miraron; aquella noche no iba a acabar bien.

Y no se equivocaban, porque Duncan salió presto al encuentro de su mujer. La velocidad era primordial, por lo que se decantó por su *curricle*.[10]

La interceptó a mitad del camino y obligó al cochero a que parase. Sin miramiento alguno, abrió la puerta del carruaje y la sacó echándosela al hombro.

La montó en su *curricle* y retomó el camino de vuelta.

—¿Es que has perdido por completo la cabeza? —le reprochó Penelope.

—La perdí el mismo día que te conocí.

Ella se tuvo que agarrar con fuerza; Duncan conducía muy rápido y los baches del camino desestabilizaban el carro.

—Ve más despacio —protestó ella.

Con el enfado que tenía, ¿no pensaría que iba a obedecer, verdad? Más bien, hizo lo contrario: atizó las riendas con fuerza para que los caballos corriesen más rápido.

Penelope empezó a asustarse. Puede que con la rabia que él llevaba no se diese cuenta de las cosas, pero ella sí, y sabía que algo iba mal; el carruaje se estaba desestabilizando demasiado.

—¿Qué pretendes, matarme? —gritó ella.

—¡Igual esa sería mi liberación! —estalló él, mirándola directamente.

La cara de conmoción de Penelope no la esperaba; claro que, tampoco esperaba que una rueda se partiera y volcaran.

El impacto fue brutal; durante unos segundos el silencio los envolvió. Cuando Duncan pudo abrir los ojos tras cesar la nube de polvo que los había envuelto, vio a lo lejos *Golden House*.

Se levantó un tanto desconcertado.

—¡Penelope! —gritó al verla aplastada por parte de la capota.

Había mucha sangre a su alrededor.

—¡Ayuda! —aulló como un lobo con todas sus fuerzas.

Un mozo de cuadras escuchó los gritos del duque y alertó a toda la casa.

Duncan se arrodilló y apartó el pelo de Penelope para que lo mirase.

La rueda del lado contrario crujió; estaba a punto de partirse y eso partiría en dos a Penelope, por lo que hizo palanca con sus manos y su espalda.

—Mi amor, escúchame —suplicó con el corazón desbocado; ella tenía la mirada perdida—. Tienes que arrastrarte, amor, arrástrate.

Penelope cerró los ojos.

—¡Pen, por favor, arrástrate! —rogó angustiado.

Si ella no salía de allí, él no podría soportar todo el peso.

—Mi amor, sé que te duele, pero arrástrate. Esto se va a partir y no podré sujetarlo.

Penelope apenas tenía fuerzas, y a él le empezaban a flaquear.

—Penelope, no me hagas esto —suplicó con los ojos brillantes—. No me hagas responsable.

Ella empezó a moverse. Duncan miró al otro lado; la gente había escuchado el auxilio pero no sabían muy bien de dónde procedía.

—¡Ayuda! —volvió a gritar—. ¡Estamos en el sendero que va al arrollo!

—¡Ya vamos, Excelencia! —gritó el mozo de cuadras al reconocer la voz de Duncan.

A Penelope le faltaba muy poco para salir de debajo de la carreta.

—Pen, amor, un poco más —la animó.

Pero ella ya no tenía fuerzas; se limitó a mirar a Duncan por última vez.

Intentó sonreír.

—Vo… voy… a li… berar… te —se despidió titubeante mientras cerraba los ojos.

—¡Nooo, noooo! —bramó Duncan desesperado por no poder soltar el carro y abrazarla.

En ese momento llegaron los dos muchachos más jóvenes y ayudaron a Duncan a lanzar el carro al otro lado.

En cuanto sus manos se desocuparon, se arrodilló y abrazó a su mujer.

—Amor, mi pelirroja… mi pecosilla… mi duquesa… háblame.

Los dos mozos palidecieron; la duquesa estaba muerta y el duque no dejaba de abrazarla sin cesar.

Con la cabeza ida y su esposa entre sus brazos, se levantó.

Uno de los mozos se ofreció a llevar a la duquesa porque el duque también estaba herido, pero Duncan no permitió que nadie la tocara.

La estampa era demoledora. La duquesa, inerte, con los brazos colgando, ensangrentados, balanceándose a cada paso que daba Duncan, y su largo cabello casi rozando el suelo, entre los brazos del duque, que estaba tan conmocionado que apenas veía a la gente que salía a su paso.

August dejó de caminar al verlos. Sus ojos se llenaron de lágrimas y, sin poderlo evitar porque le fallaron las fuerzas al ver muerta a la niña que había visto nacer, cayó arrodillado.

Las doncellas bajaban la cabeza cuando pasaban por su lado en señal de respeto. Aunque, más bien, escondían las lágrimas.

Duncan depositó con sumo cuidado a Penelope en su cama, la de él, porque ese sería el último lugar en el que ella estaría.

La besó con amor y salió de allí; le había fallado a Penelope en vida y no estaba dispuesto a fallarle también en la muerte.

Se encerró en el despacho de su mujer para cumplir como se esperaba de él. Por ello, se encargaría de escribir personalmente el aviso de su fallecimiento al regente.

Maldijo al no encontrar un tintero, buscó entre los cajones pero no había nada allí. Cogió la llave del cofre y abrió el secreter de Penelope.

Sus ojos se clavaron en dos torres de cartas atadas con lazos rojos. Todas ellas iban dirigidas a él.

Las sacó y deshizo el lazo.

Abrió una carta y la leyó.

Nervioso, abrió un par más y buscó por fechas las primeras cartas. Entonces se dio cuenta, ella llevaba escribiéndole una carta por semana desde que se conocieron, incluso antes de marcharse a Jamaica.

Pasaron las horas y él no dejó de leer.

En aquellas letras estampadas su mujer le hablaba desde el corazón, pidiéndole perdón por no poder comportarse como la mujer que lo amaba.

Las lágrimas inundaron su rostro.

Qué triste era conocer a la verdadera mujer cuando ya estaba muerta.

Terminó de leerlas y buscó la que más le había llegado al corazón.

16 de Julio de 1816

Mi amor:

Estoy navegando con rumbo a Inglaterra. A pesar de que los últimos tres días la tormenta no nos ha dado tregua, no existe oscuridad ni tempestad en mi corazón. Todo lo contrario, me siento dichosa y solo veo claridad, porque albergo la esperanza de portar un hijo tuyo en mi interior.

Sé que no será el primero para ti, pero no me importa. Nada importa con tal de tener este hijo nacido del amor. Un amor puro por mi parte, aunque a ti no te lo parezca.

Lamento todo cuanto te dije. Créeme, amor, si hubiese podido hablarte como la mujer que te ama, solo te habría pedido que intentases razonar antes de actuar. Pero ya te lo expliqué, mi padre me crio obligándome a actuar como duquesa. Pero aquí, en estas cartas, aquí soy yo; tu Pelirroja, tu Pecosilla, tu Duquesa… Tu esposa. La que te ama de forma incondicional, la que te espera cada noche en la cama, la que se siente muy orgullosa.

Nunca me arrepentiré de nuestro enlace porque tú eres lo único que me importa. Elegirte fue la única decisión que tomé como mujer y no como duquesa. Créeme, amor, siempre te elegiría a ti… siempre. Porque adoro al hombre, al sinvergüenza, al díscolo, al temperamental… A ti, amor, a ti en cuerpo y alma. A mi St. John.

Espero poder darte la buena nueva en cuanto regreses a casa, porque el fruto de nuestro amor es nuestro principio.

Sin más, se despide la mujer que te ama.

Tu esposa.

Durante horas nadie se atrevió a interrumpir al duque, pero su hermano Connor, que llevaba toda la noche en *Golden House* esperando, decidió que era el momento.

Entró sin llamar y vio a Duncan sentado en el escritorio.

—Me amaba —declaró—. A pesar de todos mis errores, me amaba.

Connor asintió con la cabeza y se sentó en el sofá.

—Ha tenido que morir para que yo conociese la verdad.

—¿Cuál? —indagó el conde.

—El poder de mi esposa no se lo otorgaban sus ducados —aseguró, orgulloso—, sino su lealtad.

Connor se acomodó en el sofá.

—Me fue leal a mí incluso pensado que yo le había sido infiel; incluso fallándole tantas veces me fue leal.

Se levantó de su asiento y caminó hasta las puertas que daban al jardín.

—Fue leal a todos los que estaban a su cargo, y se ganó el respeto de todos gracias a eso. A su padre lo respetaban, pero a ella la adoraban.

Connor se acercó a él.

—Y fue fiel a su padre actuando como se esperaba de ella, a sabiendas de que sería más feliz de otra manera… Pero no, ella le fue leal —se apenó—. Y yo la he matado.

—Duncan.

—Sí, yo la he matado por conducir como un salvaje; porque, una vez más, no he sabido controlar mi temperamento.

—No ha sido culpa tuya.

—Si pudiese volver atrás, si pudiese enmendarlo todo… —Lloró y su hermano lo abrazó—. Lo primero que haría sería pedirle perdón, el que yo siempre le he solicitado a ella…

Connor esperó a que terminase de desahogarse, ofreciéndole su hombro.

—La he amado tanto, tanto… Y no he sido capaz de demostrárselo.

—Entonces tendrás que hacerlo ahora.

Duncan se separó para mirarlo.

—¿Cómo?, ¿cumpliendo con mis obligaciones como duque?

Connor negó con la cabeza.

—Como esposo enamorado.

Duncan estaba aturdido, no entendía a su hermano.

—No sabría decirte si ha sido obra de la mano divina, del médico, o de los hechizos de nuestra tía y sus amigas —intentó bromear—, pero tu esposa respira.

No mentía. Mientras lavaban a la duquesa para amortajarla, el médico entró y se sorprendió, pues su primera impresión fue que la duquesa había fallecido pero, tras comprobarlo por segunda vez, el espejo se empañó.

Llevaba toda la noche curándola, pero Connor se había negado a avisar a Duncan; darle esperanzas cuando ya estaba destrozado era demasiado cruel si ella no se recuperaba.

Al alba, el médico avisó de que el estado de la duquesa era muy grave, pero cabía la posibilidad de que superara las heridas internas. Todo estaba en manos del divino, porque las fiebres podían aparecer y llevársela.

En ese instante, Connor tomo la decisión de avisar a su hermano.

Capítulo XLIII

Cuando dos personas se aman de verdad, no existe obstáculo que los pueda separar

Septiembre de 1817

En *Golden House* habían vivido durante tres semanas un auténtico infierno, ya que durante todo ese tiempo la duquesa no había mostrado mucha mejoría. En la última semana, pareció mostrarse más recuperada.

Duncan ordenó que pusiesen una cama para él en la habitación de su esposa porque quería dormir cerca de ella. Y así lo hizo hasta que despertó.

Entonces regresó a su antiguo dormitorio; las cosas entre ellos todavía estaban por solucionar, pero esperaría a que Penelope se recuperara del todo para hacerlo. El doctor Evans le comunicó al duque que Penelope tardaría casi un mes más en estar del todo repuesta; por ello, hasta finales de septiembre no podrían festejar la total recuperación de la duquesa.

Por fin, por esas fechas, el doctor le anunció a Duncan que Penelope ya no revestía peligro y que podía empezar a hacer vida normal; esa última semana la había obligado a permanecer en cama tan solo por precaución.

La duquesa estaba tumbada, esperanzada; esa mañana por fin podría levantarse de la cama. Y la verdad, no entendía por qué no lo había podido hacer antes, pues ya llevaba más de una semana sin sentir ningún tipo de molestia o dolor.

La puerta se abrió muy despacio y la cabecita de un niño apareció.

Penelope lo miró, y él, al verla despierta y medio sentada, entró corriendo y saltó para llegar a la cama. Una vez encima, se quedó arrodillado.

—*Holaaa* —saludó—. ¡Por fin! Duermes mucho —la acusó.

Penelope no pudo evitar sonreír.

—Sí, eso parece.

El niño torció el labio.

—No puedes dormir tanto —la riñó—, porque cuando duermes, mi tío Duncan se pone triste.

Penelope parpadeó.

«¿Su tío?», pensó.

La nodriza del niño los interrumpió.

—Señorito Richard —lo amonestó—. No puede molestar a la duquesa.

—No la molesto, solo le digo que no duerma.

—Perdónelo, Excelencia —se disculpó la mujer en nombre del niño—. Richard, tienes que desayunar.

El niño bajó de la cama y salió corriendo.

La mujer se despidió de Penelope con una genuflexión.

Cuando Mery llegó al dormitorio, sonrió al notar las ansias de Penelope por levantarse de la cama.

—Mery, ¿quién es Richard St. John?

—Es el hijo de un primo de su esposo —respondió—. Los padres de Richard y sus dos hermanos contrajeron fiebres y avisaron al duque.

Penelope cerró los ojos, apenada por la familia y enfadada consigo misma por haber llegado a una conclusión equivocada.

—¿Y están…? —Se inquietó, no podía terminar la frase.

—No, no. Se han recuperado, pero el doctor Evans ha recomendado que Richard permanezca alejado una semana más para asegurarse de que no haya riesgo de contagio.

Penelope respiró tranquila.

Mery le preparó un vestido de diario veraniego color malva.

Media hora más tarde, Penelope paseaba por los jardines de *Golden House*, respirando aire fresco y muy pensativa.

—Penelope.

Se giró y vio al señor Hook a su espalda.

—Leighton, qué alegría verte —se animó, pues su administrador había sido para ella un gran aliado, así como un buen amigo y confidente. Además, había sido la persona que la había animado cada día, mientras que se distanciaba de su marido cada vez más.

—Nos tenías muy preocupados.

Ella hizo una mueca en señal de lamento.

—¿Qué te trae por aquí? —indagó, al tiempo que ponía sus manos en el hueco del brazo que él le ofrecía para pasear.

—He venido a dejar la documentación de la venta de *Obeah*; el señor King me la envió la semana pasada.

Penelope se paró y se soltó del brazo.

—¿La venta de *Obeah*?

—Sí.

Ella parpadeó. ¿Duncan había vendido su hacienda? ¿Cómo era posible? Aquel lugar era su gran orgullo.

—Pero… ¿Cómo...?

Leighton, al verla tan perpleja, la interrumpió:

—Tú eres lo más importante para Duncan —habló sincero—. *Obeah* era un obstáculo para vosotros y él te eligió a ti.

Penelope se emocionó, y al pensar en las últimas palabras que había escuchado de él, tomó una decisión: liberarlo.

—Voy a retirarme —anunció—. Viajaré a *Green Land* y viviré allí mi destierro.

Leighton no esperaba aquello. Por eso, durante unos segundos se quedó paralizado.

—No puedes hablar en serio.

—Mi matrimonio está muerto —confesó con pena—. Duncan no se merece vivir condenado, y yo he sido su verdugo desde el mismo día en que nos casamos.

—Penelope, tu esposo te quiere.

Ella torció el labio, apenada y frustrada porque ese amor no hubiese sido suficiente.

—Y yo a él, Leighton —aseguró con tristeza—. Y por ese amor que le profeso, voy a liberarlo —habló con el corazón en la mano—. Lo creas o no, mi decisión es un gesto de amor.

Durante todo el día los duques no coincidieron. Además, Penelope intentaba retrasar todo lo posible el momento de anunciarle a Duncan lo que había decidido. Por ello, se retiró a su dormitorio más temprano; al día siguiente le daría la noticia a su esposo.

Pero esa noticia ya le había llegado al duque por boca de su ayuda de cámara. Aunque el mayordomo había pedido discreción, la lealtad de Jason hacia su señor era superior; por ello, lo informó de los planes que la duquesa

tenía para viajar a *Green Land* dentro de tres días.

Duncan pidió a Jason que se retirase, necesitaba estar solo y pensar.

No podía permitir que Penelope se alejara de él; no ahora, justo cuando estaba al corriente de los verdaderos sentimientos de su mujer.

Decidió tomar partido. Había llegado la hora de tomar decisiones, o más bien, de tomar la decisión.

Se dirigió a la puerta que comunicaba con la habitación de su esposa y entró.

Caminó con decisión, cruzando la antecámara y el vestidor, y llegó hasta ella.

Penelope estaba a punto de meterse en la cama. Al ver a Duncan allí se tensó.

Durante unos minutos ninguno fue capaz de pronunciarse, solo se miraban.

Duncan se acercó más a ella, levantó el brazo y rozó con suavidad su mentón.

—Libéranos, Pen —musitó con desgarro—. Libéranos a los dos.

Mientras a Penelope se le iluminaba la mirada por la emoción, él besó su frente.

—Solo tú tienes el poder de nuestra liberación —susurró, tan emocionado como ella—. Concédenos la libertad de poder ser Penelope y Duncan, la mujer y el hombre, la esposa y el esposo —habló con inquietud—. Rompe esa cadena que te ata al yugo de exigencia que te impusieron —rogó—. Libéranos, amor; libéranos y concédenos el poder de decisión, de cometer errores, de no ser perfectos… De ser simplemente nosotros mismos.

A Penelope le resbaló una lágrima y él se mojó los labios al besarla.

—No podemos borrar el pasado —lamentó—. Tampoco deseo hacerlo, porque no quiero borrar ningún recuerdo nuestro —se sinceró, pues así lo sentía—. Ni uno solo, porque no soportaría olvidar cómo nos conocimos, ni nuestro primer beso junto al arroyo, ni la primera vez que hicimos el amor, ni nuestra boda… Incluso nuestras discusiones y todos los errores cometidos —aseguró—. No quiero olvidarlos porque así aprenderemos a no volver a cometerlos.

Penelope dejó caer su cabeza en el hombro de él.

Duncan la rodeó con sus brazos, emocionado, nervioso y, sobre todo, enamorado.

—Mi pelirroja… —Besó su cabeza—. Mi pecosilla… —Besó su cuello—. Mi duquesa… —Le agarró la mano y le besó los nudillos con tanta suavidad, que la caricia pareció de seda—. No borremos el pasado, amor, pero libéranos para que este sea nuestro *principio*.

Penelope echó el cuello hacia atrás para mirarlo a los ojos.

—Libéranos, Pen. Vivamos la vida de Penelope y Duncan —imploró con voz temblorosa—. Convirtámonos en los duques que queramos ser, con nuestros aciertos y nuestros errores… Pero nuestros, Pen; los tuyos y los míos, pero siempre juntos.

A la duquesa le tembló la barbilla.

El duque besó sus labios.

—Tú tienes el poder, amor —solicitó—. Solo tú tienes el poder de liberarnos y convertirnos en las personas que queremos ser; solo tú tienes el poder de decisión para apostar por nosotros y augurar un brillante futuro juntos… Solo tú decides si quieres que este sea nuestro *principio*.

Y ella tomó la decisión al acercar sus labios a los de él, porque esta vez se dejaría guiar por el corazón, no lo volvería a esconder ante Duncan, y sería el que tomaría las decisiones de ahora en adelante porque él, su amor… su hombre… su esposo… le había concedido la libertad de decisión, y ella quería ser la esposa, la amante, la mujer, y por último, la duquesa; pero una duquesa que ya no antepondría la razón al corazón. Esa duquesa ya había desaparecido, porque la nueva quería vivir su propia vida, y su primera decisión había sido elegir a su marido.

El beso aumentó en intensidad y se dejaron llevar por el corazón, entregándose el uno al otro, sin restricciones… sin miedos… sin rencores.

Hicieron el amor con desesperación, como si quisieran compensar todo el tiempo que habían perdido. Al finalizar, Penelope se quedó tumbada, con el cuerpo ladeado, apoyando su cabeza en el pecho de él.

—Perdóname, Duncan.

Aquel perdón fue inesperado; tantas veces le había reclamado aquella palabra y ahora no la quería escuchar.

—No tienes nada por lo que disculparte —aseguró y besó la cabeza de su

mujer.

Penelope se inclinó para mirarlo.

—Sí, sí debo —certificó—. Te pido perdón por haber antepuesto el deber al amor.

Duncan se movió con agilidad y tumbó a Penelope, poniéndose encima de ella.

—El deber forma parte de ti —reconoció—. Y es así como te amo.

Penelope se emocionó y se sintió feliz… muy feliz.

—Nos queda una ardua tarea por delante, amor —vaticinó, convencido—. Tú tendrás que aprender a tomar decisiones sin separar el corazón —dijo esperanzado—. Y yo a tomar las mías aprendiendo a controlar mi temperamento y sin dejarme llevar por el orgullo.

Ella sonrió, encantada de escuchar aquellas palabras. Se sentía liberada y nueva; tanto, que quiso bromear con su marido.

Levantó la mano como si fuese a presentarse.

—Soy Penelope, la nueva duquesa de Whellingtton y Kennt, esposa de Duncan St. John.

Si alguien le hubiese dicho a Duncan que en ese mismo instante se enamoraría por completo de su mujer, no lo habría creído, pues pensaba que amarla más era imposible; pero no. Ella, con esa broma en la que estampaba que desde ese momento ellos eran libres de pecados y cargas del pasado, lo había conseguido.

Estrechó la mano de Penelope.

—Soy Duncan, el nuevo duque de Whellingtton y Kennt, esposo de Penelope Callan.

Penelope se rio y él se inclinó para besarla.

Duncan no podía creer que aquel beso consiguiera excitarlo y reanimarlo tan rápido, pues no hacía ni diez minutos que había consumado; pero tampoco se iba a quejar, disfrutaría de su esposa, su pelirroja… su pecosilla… su duquesa.

—Mmmm… dije que no tenías que disculparte, pero estaría bien volver a oírlo —bromeó.

—Mi querido esposo, no te va a ser tan sencillo —replicó ella, bromista y

feliz.

Él le acercó su miembro desnudo y tenso para que supiese lo que le esperaba.

—Amor, créeme, tienes más que ganar si lo dices.

Y se posicionó, ensartando la punta y parándose para que ella le rogara.

Penelope, que también se había excitado, al notar la penetración deseó más, mucho más.

—Perdón —susurró, anhelante.

—¿Cómo has dicho? —Fingió no haberla escuchado llevándose una mano a la oreja.

—¡Perdón! —exclamó, para que él continuara.

Entonces Duncan la penetró por completo y le hizo el amor. Y para qué mentir, Penelope exclamó «perdón» durante mucho rato, porque allí había un matrimonio amándose, una pareja enamorada que acababa de dejar atrás su pasado, sus rencores y sus errores, firmando y pactando con ese amor su principio.

Notas de la autora

No sé vosotras, pero yo lo único que conocía sobre los títulos nobiliarios era la jerarquía: rey, príncipe, duque, marqués, conde, vizconde, barón, baronet y caballero. Al comenzar la novela me interesé en saber por qué y cómo se habían otorgado estos títulos. La verdad es que me sorprendió un poco, pues pensaba que siempre habían sido títulos heredados de padres a hijos, pero la historia nos cuenta que no siempre fue así. Os voy a dejar unos datos curiosos, o por lo menos que a mí me lo han parecido.

Los títulos nobiliarios abarcan cinco categorías en la jerarquía aristocrática, de ahí la posesión tan famosa de los cinco títulos nobiliarios. Pero además, también estaba el **baronet**, que al igual que el **caballero,** no entraban en la escala aristocrática; eran títulos por cortesía, aunque se les trataba con el mismo respeto y estaban muy bien situados en la alta sociedad.

El quinto título nobiliario es el **barón**; abarca una baronía y se remonta a finales del siglo VII. Una baronía con antigüedad podía estar mejor considerada que un vizcondado; por ello, un barón podía ser más admirado que un vizconde, incluso estando por debajo de este en la jerarquía.

El cuarto título nobiliario es el **vizconde**. En su origen no eran herederos; solían ser los administradores que trabajaban para los condes y actuaban con poderes cuando los condes estaban ausentes. Con los años el título obtuvo mayor clase social, ya que se otorgaron vizcondados y también se nombró vizconde a los hijos primogénitos de los condes.

El tercer título nobiliario es el **conde**. Es el título más antiguo, se remonta a principios del siglo VII. Se otorgaba por el rey, a dedo, y eran dueños y gobernadores de un condado entero. Fue un título vitalicio hasta el siglo IX, fecha en la que pasó a ser hereditario de padre a hijo.

El segundo título nobiliario es el **marqués**. Sus orígenes se remontan a hombres de gran poder y su misión era estar al cargo de territorios fronterizos. Con el tiempo se designó este título a los hijos primogénitos de los duques.

El primer título nobiliario es el **duque**: el mayor rango social en la jerarquía aristocrática. En su origen, la Edad Media, se trataba de

hermanos o hijos del rey, o de un gran señor feudal dueño de comarcas enteras. Tenían un gran peso político, económico y militar. A partir del siglo IX pasó a ser el título más importante de la jerarquía, justo después del rey, poseyendo la mayoría de ellos guardia privada.

Debo reconocer que el tratamiento con respecto a todos estos nobles llega a ser muy estricto y lioso, por ello acabamos tomándonos ciertas libertades a la hora de escribir este tipo de novelas románticas de época, o por lo menos yo lo he hecho para no acabar mareando al lector. En el caso de nuestra Penelope, ni qué decir tiene que sería casi imposible que ella hubiese heredado los dos títulos de duquesa; seguramente habrían pasado a pertenecer a la corona. Y aquí voy a tener que dar una pequeña aclaración, porque muy pocas veces una mujer heredaba un título, aunque no era imposible, pues ya hemos visto en la novela que el rey tenía la última palabra a la hora de hacer concesiones. La cuestión es que si una mujer de mayor rango se casaba con un hombre sin título, este no adoptaba el título con la unión; como ha pasado con los esposos de las reinas, ellos no se convertían en reyes. Pero en el caso de nuestros protagonistas Penelope y Duncan, como el duque de Whellingtton había conseguido a través de una «patente real» el título de duque consorte para el hombre que se casara con su hija, Duncan sí obtuvo el trato de Excelencia. De no haberlo conseguido, siempre se les trataría como la duquesa de Whellingtton y su esposo el lord Duncan St. John.

Como veréis es todo muy lioso, y como esta historia es ficción, me he permitido tomarme todas estas libertades, pues de tratarse de una novela histórica real no hubiese podido hacerlo. Penelope no hubiese heredado sus títulos, como tampoco Duncan sería duque consorte.

En la próxima entrega, *La condesa despojada*, os dejaré anotado el verdadero tratamiento para que comprendáis lo estrictos que eran en el protocolo. No lo pongo en esta para no adelantaros acontecimientos, ya que pondré ejemplos de todos los personajes y eso sería contar lo que está por llegar. Aunque os adelanto el tratamiento de los duques:

El tratamiento de un duque: Su excelencia el duque de Whellingtton; aquí excelencia no va con mayúsculas porque utilizamos la connotación «duque de…». Si nos dirigiésemos directamente al duque diríamos «duque de Whellingtton, Su Excelencia o Excelencia». La duquesa sería: Duquesa de

Whellingtton. Y sus familiares o amigos más allegados pueden referirse a ellos como «duque, o usar solo su título: Whellingtton». Veréis que me tomé la libertad de que el señor Hook tutease a Penelope, porque me pareció apropiado para que nuestra protagonista no se sintiese una mujer mayor.

El tratamiento para los hijos sería el siguiente. Al heredero, se le atribuye el título de marqués o, en su defecto, el título más antiguo que posea el padre. Normalmente un duque posee sus cinco títulos nobiliarios; de no poseer ninguno excepto el de duque, su hijo sería «Lord + apellido». Si Penelope y Duncan en un futuro tienen hijos, recordaremos que el título más ancestro que posee es el del marquesado de Wells, por ello su hijo sería el marqués de Wells; de haber sido más antiguo su título de condesa de Baht, su hijo sería el conde de Baht.

Debo anotar que hoy en día podríamos condenar el comportamiento de Penelope en Jamaica de racista, pero en 1815 era una colonia inglesa, y aunque los ingleses fueron los que más abogaron por la abolición de la esclavitud, llevaban cuatro siglos de lucha continua por esos lares, porque primero estuvo bajo dominio español. Y aunque en 1807 quedó prohibido el comercio de esclavos en las colonias inglesas, ya que a partir de esa fecha todo hijo nacido de un esclavo ya era un hombre libre, los elitistas británicos continuaron ocupando la colonia bajo el poder real. Por ello, sentar en la misma mesa a una aristócrata con gente de color que todavía era esclava o una mujer que ejercía la prostitución, bajo las estrictas normas del decoro inglés, era totalmente condenable.

Por último, voy a anotar que el vals comenzó a bailarse en Inglaterra a partir de 1812, aunque solo en zonas rurales y en fiestas campestres, ya que era inconcebible en los eventos más selectos que un hombre y una mujer pudiesen danzar con tanta proximidad, porque parecían estar abrazados. Gracias a que en el club social Almack´s las anfitrionas lo incorporaron como baile de la temporada, empezaron a acostumbrarse; aun así, tardaron cuatro años en considerarlo tolerable como baile de salón. De ahí que nuestro protagonista bromee al decir que todavía no es un experto bailarín del vals.

Dedicatorias especiales de las lectoras

En esta ocasión, las lectoras han querido aportar un pequeño homenaje a todas las mujeres que nos allanaron el camino, tanto a las grandes desconocidas como a todas aquellas que han formado parte de sus vidas. Porque existen tantas DAMAS PODEROSAS como mujeres respiran. A todas ellas, sin excepción, mil gracias por ayudarnos a vivir en un mundo mejor.

Audrey Mar

A las mujeres de mi familia, que me enseñaron a luchar pero, sobre todo, a reír.

Chari Martines

Para esas mujeres luchadoras que valen mucho, mis más sinceras felicitaciones.

Isa Arraez Cordoba

La mujer que más admiro en esta vida es mi madre. Por su lucha, amor… y porque de la nada me lo dio todo.

Beatriz Mariscal

En honor a todas las mujeres luchadoras del mundo, da igual su raza o color; porque nos han ido abriendo el camino para seguir luchando por la igualdad.

Rosa Plaza

GRACIAS a todas las mujeres que lucharon y no se rindieron para conseguir nuestros derechos, y a todas las jóvenes que no permiten que les roben todo lo conseguido.

Gema Pomares Quesada

Para mi gran dama poderosa, MI MAMÁ, una luchadora incansable. Te quiero.

Encarna Cobo Fernández

A mi madre. Cada día te echo más de menos. TQM

Manoli Morcillo Ruiz

Para ti, una mujer que siempre has demostrado estar ahí con una sonrisa.

Loli Martinez Castellano

Mil GRACIAS a todas esas extraordinarias mujeres que abrieron el camino para que hoy en día podamos disfrutar de un mundo con un poco más de igualdad. Y para las que siguen luchando por no perder lo conseguido y así, algún día poder llegar a la igualdad total.

Nataliuki Al

A todas las que en un mundo vetado a las mujeres, se empeñaron en luchar para conseguir unos derechos que ellas no llegaron a disfrutar, pagándolo incluso con su vida.

Nuri Ferrer Martinez

Gracias por vuestra lucha, por vuestros esfuerzos, por no rendiros, por darnos voz y voto. ¡Gracias por tanto!

Mari Carmen Gonzalez

A todas las mujeres, empezando por mi abuela, que fueron capaces de engendrar la vida de diez hijos, amamantarlos, criarlos, cuidar de todo y de todos, y transmitir y conservar los mejores valores. ¡Qué sería del mundo sin las manos de las mujeres!

Rita Monzon Santana

Gracias por la lucha de la primera mujer, pues hoy, en estos momentos podemos decir que ahora nos escuchan, aunque aún siga haciendo falta que nos sigan escuchando... Nuestras antepasadas han luchado por nuestros derechos y ahora nos toca a nosotras seguir. Somos mujeres fuertes, mujeres que podemos con dos cosas y más a la vez, y que seguimos luchando por nuestros derechos, porque la vida es de las mujeres también y, sobre todo, SOMOS DAMAS Y PANTERAS.

Natti Ruano

A ti, mujer, que no dejas que la adversidad te haga caer, y ante lo imposible haces lo posible, porque eres madre y muchas veces padre; porque eres abuela, tía, hermana e hija.

Por esa lucha diaria que nos hace fuertes a cada instante, mujeres admirables que luchamos con uñas y dientes para salir triunfadoras contra corriente y marea.

A ti, mujer, que la palabra «IMPOSIBLE» no existe... Solo a ti. ¡MUJER!

María Inmaculada Vacas Campos

¡A ti, mamá! Mujer luchadora desde niña, que apenas conociste a tu madre, criada por tus abuelos, que más que eso fueron padres; personas que te guiaron he hicieron que no pasases nunca hambre, un verdadero ejemplo a seguir. Desde pequeña trabajando para llevar un jornal a tu casa, luchando con tus hermanas, por los caminos de la vida... Gracias por tener el coraje de sortear todas las piedras del camino que te pusieron...

Maria Del Mar Santos

A todas esas mujeres valientes que lucharon por nuestros derechos para que podamos disfrutar de lo que ellas no pudieron; aunque hay que coger el relevo para las siguientes generaciones.

Ester Villarroel Prats

Por todas las mujeres valientes y tenaces que lucharon para que nosotras tengamos un mundo mejor. Por mi madre, una luchadora incansable, por mi hermana, «MI CAMPEONA», y por todas nosotras, pues seguiremos luchando sin desfallecer para seguir allanando el camino a las mujeres que vendrán. Por esa fuerza que tenemos que hace que luchemos como Panteras hasta el final.

Maria Moreno Maldonado

Por mi madre, mujer incansable. Por mi hermana, sin la cual no sé dónde estaría. Ahora es ella quien *tira* de mi madre y de mí. Inigualable.

Manoli Morcillo Ruiz

Por ellas, por nosotras, por todas.

Mariangel Rivas

Por y para todas las mujeres que, a través del más sincero amor, damos y entregamos VIDA.

Martin Na

A mi madre y a mi hermana pequeña, pues me ayudaron a salir de una relación tóxica y gracias a ellas hoy estoy viva.

Patricia Cano

Por todas las mujeres que han sido parte de la historia, haciendo que nuestro presente sea mejor, y a nuestras mujeres del presente que ya hacen historia, tirando barreras por un mejor futuro para todas. Mil gracias.

Arrate Solana

A todas las mujeres que lucharon, contra todo y todos, por un futuro mejor, que nos enseñaron que no hay nada imposible y que siempre hay que pelear para lograr nuestros sueños. A todas las mujeres del presente que nos levantamos todos los días para conseguir un mundo diferente, enseñando a las generaciones futuras a no rendirse.

Veronica Cuenca Rodriguez

A mi madre, porque para mí es la mujer más especial que conozco, por apoyarnos a mi hermano y a mí. Y sobre todo, porque aparte de ser mi madre, es mi amiga.

Montse Rodriguez

A ti, mujer. No pierdas nunca tus valores y tu dignidad.

Sara Isabel Rodríguez

A mi madre y sus amigas, porque me demuestran cada día que no hace falta tener músculos, sino un alma de acero, para ser fuerte y poderosa.

Miriam Passerini

A mi madre, Inés Mansilla, por haberme dado la vida en primer lugar; y en segundo lugar, por haberme ayudado y apoyado en todo cuanto he hecho y seguiré haciendo.

Isita Real Amaya

A mis abuelas por ser grandes luchadoras. Y ami MADRE, con mayúsculas, por ser una gran mujer. Os quiero muchísimo, pues sois los pilares más importantes de mi vida.

Virginia Muñoz

A todas las mujeres luchadoras. A mi ABUELA, que tanto luchó para salir adelante. A mi MADRE, porque por ella soy quien soy, y todo se lo debo. Y a todas aquellas que yo elegí como familia y que tanto me dan, pues sois lo mejor de mi vida.

Nieves Diaz Castilla

A mi madre, abuela y hermanas, porque cada una me ha dado su esencia y todas han contribuido a que sea quien soy.

Pili Doria

Por todas las mujeres luchadoras, pasadas, presentes y futuras. Porque juntas nadie nos podrá parar.

Carmen Lázaro Martín

A todas las mujeres en general y a las de mi familia en particular, por una lucha que nunca debió existir. Hoy soy quien soy gracias a todas ellas. Mi agradecimiento y recuerdo para ellas.

Elisa Fernández

Para todas las mujeres que han sido, son y serán: Mediadoras en los conflictos. Únicas pasa salir de ellos. Juiciosas en la vida. Enérgicas con los problemas. Realistas con las circunstancias. Emprendedoras siempre. Solidarias con los demás. ¡Gracias a todas ellas!

Angels Arilla

A todas las mujeres que luchan en la vida, y en especial a mi MADRE y mis AMIGAS, porque siempre han estado y están ahí.

Lorena Lopez Perez

Para todas las mujeres que luchan cada día, que no se rinden y tienen fuerza. Por su mérito y constancia… SIMPLEMENTE ELLAS.

Elsa Maximiliano

A mi madre, por todo lo que me enseñó durante toda la vida, y a mis hermanas por no abandonarme cuando estoy en el suelo por la pérdida de mi mami.

Marisa Gallen Guerrero

Por todas nosotras, madres, hijas, hermanas, compañeras, amigas. Por las incansables, las inagotables. Por nosotras las Mujeres.

Mónica Martínez López

A todas las mujeres, las que estuvieron y lucharon, las que están y luchan, las que estarán y lucharán; por todas sin excepción. ¡Grandes guerreras!

Mila Sanchez

A mi madre y a mi abuela, dos grandes mujeres que la primera luchó por mi vida y la segunda era toda bondad, toda una guerrera. Siempre.

Beatriz Jimenez

A mi madre, por enseñarme que hay que luchar todos los días, por tener esa fuerza, constancia y ganas de seguir disfrutando de la vida con la familia y amigos. Ojalá podamos seguir disfrutando y aprendiendo de ti muchos años más.

Chris M. Navarro

A mi madre, la mujer más luchadora que he conocido en mi vida, pues vivió más de la mitad de su vida enferma, trabajando día y noche para sacar a sus hijas adelante, sola, y además pudo ser mi gran apoyo en la mía, mi fuerza, mi pilar, mi todo. Dondequiera que esté, espero que se sienta orgullosa de mí, ya que aunque a veces me den bajones, su fuerza me acompaña y me hacer pensar que si ella, con lo que tenía encima, fue capaz, yo no puedo ser menos. Por ti, mamá, por ser mi mejor amiga, por ser la mujer más grande. Te quiero y te querré siempre.

Bibliografía

Noa Pascual nació en Valencia, España, en 1973 y se trasladó a Miranda de Ebro, por amor. Donde vive en la actualidad con su marido, aunque sigue enamorada de su tierra natal y sus fiestas.

Desde su adolescencia ya le gustaba inventar historias divertidas y que estas transmitieran algunos valores humanos que la sociedad actual deja al margen.

Su alegría y ganas de vivir son contagiosas, por eso es que le encanta leer *Chick Lit* y romántica, género que escribe de manera divertida y jovial.

En 2012 ve publicada su primera novela, *Desconocidos en un andén*, y con ello comprueba que los sueños pueden cumplirse con tesón y esfuerzo. Le sigue *Amigos enredados* (2013), una divertida ficción que pone en la palestra el verdadero sentido de la amistad. *Una chica sin igual* (2014) ha conseguido unir a infinidad de personas que forman parte de su grupo P@nter@s Incomprendid@s en Facebook.

Colaboradora en las antologías El trabajo de cupido (2014), la antología benéfica La vida es bella (2015) y en la antología Siete vecinos y un San Valentín (2016).

La Saga Los Irwin: Dance therapy (2015), Desafíos por amor (2015) y El gran nido (2016), abrió otra fase de la creativa autora que no dejó de sorprender a sus seguidores. Consiguiendo que miles de lectores se enamorasen de una familia entera.

Nos ofreció una recopilación de doce relatos, Todo un año de amor (2017)

Su pasión por la escritura va más allá, y su mente es una continua máquina de concebir historias para sorprender a sus lectores, como demostró con un cambio de registro al escribir el thriller Lo que todos callan (2017)

En su tónica habitual de querer sorprender a sus seguidores, se aventura en este nuevo proyecto, transportándonos a la época de la regencia con la saga Damas poderosas: La duquesa ultrajada (2018), La condesa despojada (2018) y La dama envidiada (2018)

Índice

---

[1] Carruaje de gente muy pudiente. Para cuatro pasajeros, con capota plegable para cubrir a dos. Tirado por cuatro caballos. (N. de la A.)

[2] Bolsos pequeños que las damas ya no escondían bajo sus faldas, denominados retículo, balandrán y ridículo. (N. de la A.)

[3] Seis de enero, día de Reyes. (N. de la A.)

[4] Documento legal entregado por un monarca en carta abierta, concediendo un cargo, un título o un derecho. (N. de la A.)

[5] Primera razón social de subasta y venta de caballos, que se convirtió en el más famoso mercado equino del mundo. (N. de la A.)

[6] Carreras de caballos que se realizan a finales de junio en el Hipódromo que inauguró en 1711 la reina Ana de Inglaterra, dando inicio a la temporada social estival. (N. de la A.)

[7] Ropas para el mar. Trajes de diario de tejidos claros y frescos más cortos, por lo que se llevaba calzones largos a juego para no mostrar los tobillos. (N. de la A.)

[8] Carruaje ligero, para una o dos personas, y tirado por un sólo caballo. (N. de la A.)

[9] Marina Real británica: La armada más poderosa del mundo desde finales del siglo XVIII hasta la Segunda Guerra Mundial. (N. de la A.)

[10] Coche de carreras, tirado por uno o dos caballos, con capota. (N. de la A.)